

HiStOrIA dE CuATRO CiUDADES

Salduie
Caesaraugusta
Saraqusta
Zaragoza

Joaquín Lostal Pros
Arturo Ansón Navarro



HiStOrIA dE CuaTRo CiuDaDeS

Joaquín Lostal Pros
Arturo Ansón Navarro

Salduie
Caesaraugusta
Saraqusta
Zaragoza



CAJA INMACULADA ■



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

EDITAN AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA
Área de Cultura, Acción Social y Juventud
Servicio de Cultura

CAJA INMACULADA

**DISEÑO, PREIMPRESIÓN Y
TRAZADO DE MAPAS** Estudio Camaleón

**ILUSTRACIONES DE CUBIERTA Y
PORTADILLAS** Ana G. Lartitegui

TIRADA 3.000 ejemplares

IMPRESIÓN Arpi Relieve S.A.

ISBN 84-8069-225-1

DEPÓSITO LEGAL Z-3519-01

Historia de cuatro ciudades. *Salduie, Caesaraugusta, Saraqusta, Zaragoza.*
- 1ª Ed.- Zaragoza: Ayuntamiento, Servicio de Cultura: Caja Inmaculada.

D.L. 2001.-

227 p.: il: 22 cm. + CD-ROM

ISBN: 84-8069-225-1

I. Zaragoza - Historia - Libros de divulgación.

I. Ansón Navarro, Arturo. II. Lostal Pros, Joaquín. III. Zaragoza.

Ayuntamiento, Servicio de Cultura, ed. IV. Caja Inmaculada.

946.022.4-25Z (087.5)

Hace poco más de dos años concluía felizmente un proyecto editorial compartido entre el Ayuntamiento de Zaragoza y Caja Inmaculada, como resultado del cual disponemos de los trece volúmenes de la Historia de Zaragoza, publicación modélica y muy asequible, tanto por su formato y contenido como por el precio de venta para los lectores, que respondieron magníficamente a los objetivos del proyecto, dando lugar a uno de los mayores éxitos editoriales que se han conocido en Aragón en los últimos tiempos.

Animados por aquellos resultados, y deseosos de poner a disposición de nuestros estudiantes de secundaria una publicación específica y diferente sobre las Historias de Zaragoza –redactada pensando en sus intereses y necesidades, como herramienta de trabajo pero también y muy fundamentalmente como medio de entretenimiento y ocio formativo–, los mismos editores de entonces hemos acordado una nueva colaboración, fruto de la cual es el libro que ahora presentamos.

Escrito por los doctores Arturo Ansón y Joaquín Lostal, catedráticos de Instituto de muy probada solvencia docente e investigadora, esta panorámica selecta (si se nos permite la expresión, puesto que se han seleccionado los sucesos y los personajes en virtud de su importancia y significación) de las historias de las diferentes ciudades que se han sucedido sobre el solar de la actual Zaragoza, con la consiguiente superposición y mutuo enriquecimiento de las respectivas culturas y sociedades, tiene como principal objetivo fomentar entre los jóvenes zaragozanos el conocimiento de la naturaleza e idiosincrasia de su ciudad, como primer paso para fundamentar el amor por la misma y por cuanto significa y representa.

Todo ello desde la convicción de que contribuimos así a reforzar la consciencia de nuestros conciudadanos, presentes y futuros, acerca del valor de nuestro patrimonio cultural, del respeto que le es debido y de la tolerancia y solidaridad que deben caracterizar la convivencia en una ciudad bimilenaria que desea desarrollarse en la cultura de la paz.

Zaragoza misma es prueba viviente de que la historia no deja de avanzar, lo mismo que la técnica, hija, al cabo, de esa misma historia. Por ello se ofrece esta obra en dos soportes que se refuerzan entre sí: el imprescindible libro impreso en papel y el CD-ROM, que amplía notablemente las posibilidades de uso y manejo que ofrece la edición tradicional. El Ayuntamiento de Zaragoza y Caja Inmaculada muestran, así, su voluntad de actualización y servicio a los ciudadanos con el recurso a los medios que nuestro tiempo exige.

Fernando Gil Martínez
Presidente de Caja Inmaculada

José Atarés Martínez
Alcalde de Zaragoza

ÍNDICE

Joaquín Lostal Pros

Parte 1

La Ciudad en la Antigüedad

1. DE CUANDO ZARAGOZA NO EXISTÍA	13
2. <i>SALDUIE</i>	17
3. LA FUNDACIÓN DE <i>CAESARAUGUSTA</i>	23
4. LA CONSTRUCCIÓN DE <i>CAESARAUGUSTA</i>	27
5. LA VIDA Y LA MUERTE EN <i>CAESARAUGUSTA</i>	31
6. LA APARICIÓN DEL CRISTIANISMO EN <i>CAESARAUGUSTA</i>	33
7. LA <i>CAESARAUGUSTA</i> DE LA ROMANIDAD TARDÍA (408-472)	37
8. <i>CESARACOSTA</i> (472-714)	41

Parte 2

Saraqusta Ciudad Musulmana

9. LA PRESENCIA ISLÁMICA: <i>SARAQUSTA</i>	49
10. LA MEZQUITA DE <i>SARAQUSTA</i>	51
11. CARLOMAGNO Y <i>SARAQUSTA</i>	53
12. LA TAIFA DE <i>SARAQUSTA</i> Y EL CID	55
13. LA ALJAFERÍA DE AL-MUQTADIR	57
14. LOS ALMORÁVIDES Y AVEMPACE	59

Parte 3

La Zaragoza Cristiana

15. LA CONQUISTA CRISTIANA DE ZARAGOZA	63
16. LAS CAPITULACIONES DE LOS MUSULMANES	67
17. LOS FUEROS DE LOS CRISTIANOS	69
18. ALFONSO VII Y EL ESCUDO DE ZARAGOZA	71
19. LA CATEDRAL ROMÁNICA DE ZARAGOZA (S. XII)	73
20. LA MORERÍA	75
21. LA JUDERÍA	77
22. LOS ORÍGENES DEL PILAR DE ZARAGOZA	79
23. ZARAGOZA EN ÉPOCA DE JAIME I (1213-1276)	81

Parte 4

Zaragoza en la Baja Edad Media

24. ZARAGOZA CIUDAD DE LA UNIÓN ARAGONESA (1283-1348)	87
25. ZARAGOZA EN LA GUERRA DE LOS DOS PEDROS (1356-1369)	89
26. EL MERCADO DE ZARAGOZA EN LA EDAD MEDIA	91
27. LA DIETA ALIMENTICIA EN LA ZARAGOZA MEDIEVAL	93
28. LAS CORONACIONES REALES EN LA SEO DE ZARAGOZA	95
29. EL EBRO Y LOS PUENTES DE ZARAGOZA	97

30. DESCRIPCIÓN URBANA DE LA ZARAGOZA MEDIEVAL	101
31. LOS PALACIOS CRISTIANOS DE LA ALJAFERÍA	103
32. LA SALUD EN LA ZARAGOZA MEDIEVAL	105
33. EL GOBIERNO DE LA CIUDAD EN LA BAJA EDAD MEDIA	107
34. LA SOCIEDAD ZARAGOZANA EN LA BAJA EDAD MEDIA	109
35. LA VIOLENCIA URBANA EN ZARAGOZA	111
36. LA CATEDRAL GÓTICO-MUDÉJAR DE LA SEO SS. XIV-XVI	113
37. LA INQUISICIÓN EN ARAGÓN Y EL ASESINATO DE PEDRO ARBUÉS (1485)	115

Arturo Ansón Navarro

Parte 5

Zaragoza en el siglo XVI

38. EL REAL MONASTERIO DE SANTA ENGRACIA DE ZARAGOZA	119
39. LA TORRE NUEVA Y EL RETABLO DEL PILAR, DOS EXTRAORDINARIAS OBRAS DE ARTE EN LA ZARAGOZA DE COMIENZOS DEL SIGLO XVI	121
40. LA LARGA ESTANCIA DE CARLOS I Y LA CORTE EN ZARAGOZA (1518-1519)	123
41. ZARAGOZA "LA HARTA" Y SU ESPLENDOR URBANO Y ECONÓMICO. LA LONJA DE MERCADERES	125
42. DON HERNANDO DE ARAGÓN, ARZOBISPO DE ZARAGOZA Y VIRREY DE ARAGÓN	129
43. LA CULTURA EN LA ZARAGOZA DEL RENACIMIENTO: IMPRESORES Y LIBREROS, EL HUMANISMO ERASMISTA Y LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD	131
44. LA REBELIÓN DE ARAGÓN DE 1591 CONTRA EL REY FELIPE II. SUS NEGATIVAS CONSECUENCIAS PARA LAS "LIBERTADES" ARAGONESAS	135
45. LAS PESTES AZOTAN ZARAGOZA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.SUS CONSECUENCIAS	141

Parte 6

Zaragoza en el siglo XVII

46. LA CONVULSA DÉCADA DE 1640 EN ZARAGOZA: GUERRA, VISITAS REALES, EL MILAGRO DE CALANDA Y UNA GRAN RIADA QUE SE LLEVÓ LOS PUENTES	145
47. CRISIS ECONÓMICA Y CONSECUENCIAS SOCIALES EN LA ZARAGOZA DEL SIGLO XVII	149
48. CONFLICTOS Y TENSIONES EN LA SOCIEDAD ZARAGOZANA DEL SIGLO XVII	151
49. DON JUAN JOSÉ DE AUSTRIA, "SU ALTEZA", VIRREY DE ARAGÓN	155
50. EL REY CARLOS II VISITA ZARAGOZA PARA JURAR LOS FUEROS ARAGONESES Y CELEBRAR CORTES DEL REINO (1677)	157
51. LA ECLOSIÓN DEL BARROCO ZARAGOZANO DURANTE EL REINADO DE CARLOS II	159

Parte 7

Zaragoza en el siglo XVIII

52. ZARAGOZA DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN	165
53. LA CONTINUACIÓN DE LAS OBRAS DEL PILAR Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA SANTA CAPILLA	169
54. EL MOTÍN DEL PAN DE 1766 Y LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS (1767)	171
55. DON RAMÓN DE PIGNATELLI Y EL CANAL IMPERIAL DE ARAGÓN	173
56. ZARAGOZA DURANTE EL SIGLO XVIII: UNA CIUDAD QUE CRECE, PROGRESA Y SE EMBELLECE	177
57. LA FUNDACIÓN Y LAS ACTUACIONES DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS EN LA ÉPOCA DE LA ILUSTRACIÓN	179
58. DIVERSIONES Y RECREOS DE LOS ZARAGOZANOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII	183
59. GOYA Y LOS BAYEU PINTAN EN ZARAGOZA	185

Zaragoza en el siglo XIX

60. LOS SITIOS DE ZARAGOZA (1808-1809)	189
61. ZARAGOZA DURANTE EL REINADO DE FERNANDO VII: LOS AÑOS DE PENURIA Y LA LUCHA ENTRE ABSOLUTISMO Y LIBERALISMO	195
62. UN QUINQUENIO MUY AGITADO (1835-1839): LOS MOTINES LIBERALES, LA DESAMORTIZACIÓN Y LA CINCOMARZADA	197
63. LA PRIMERA INDUSTRIALIZACIÓN DE ZARAGOZA Y LA LLEGADA DEL FERROCARRIL	201
64. LA RENOVACIÓN URBANA DE LA ZARAGOZA BURGUESA	203
65. ZARAGOZA, DE LA REVOLUCIÓN DE 1868 A LA RESTAURACIÓN	205
66. ZARAGOZA HACIA EL FINAL DEL SIGLO XIX	207

Zaragoza en el siglo XX

67. EL PRIMER CENTENARIO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA Y LA EXPOSICIÓN HISPANOFRENCA DE 1908	211
68. UN PERIODO DE GRAN CONFLICTIVIDAD SOCIAL: 1917-1923	213
69. ZARAGOZA DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA	215
70. 1928: EL CENTENARIO DE GOYA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL RINCÓN DE GOYA	217
71. LOS AÑOS CONVULSOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936)	219
72. 18 Y 19 DE JULIO DE 1936 EN ZARAGOZA: EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL	221
73. EL DRAMA DE LA GUERRA CIVIL EN ZARAGOZA, 1936-1939	223
74. ZARAGOZA DURANTE LA PRIMERA ETAPA DE LA DICTADURA FRANQUISTA (1939-1959): LA DUREZA DE LA VIDA DE POSTGUERRA Y LA AUTARQUÍA	225
75. LA ÉPOCA DEL DESARROLLISMO EN ZARAGOZA Y EL FINAL DEL FRANQUISMO (1960-1975)	227

INTRODUCCIÓN

La historia de esta ciudad es vieja... muy vieja. A lo largo del tiempo aquí han pasado muchas cosas. Pequeñas cosas, si se quiere, desde el punto de vista de la Historia con mayúsculas, pero la vida de los hombres –casi siempre anónimos– ha florecido en este lugar, y la ciudad se ha ido construyendo con sus afanes diarios, sus deseos y sus miedos, sus torpezas y sus aciertos, sus cobardías y su generosidad. Y con muchísimas cosas más.

La Zaragoza pretérita está lejos en el tiempo, pero en cambio sigue aquí, debajo de nuestros pies. Por donde hoy pisamos, pisaron nuestros antecesores. Sus asuntos les hicieron –como a nosotros– recorrer sus calles y doblar sus esquinas, a veces despacio y a veces deprisa; a veces guiados por ideas luminosas y a veces llevados por el corazón caliente. En ocasiones, hasta la vida les iba en ello.

Aquí se han oído murmullos, voces altas, palabras de amor, rezos, cánticos de alegría y gritos de angustia en varias lenguas, que, a la postre, han constituido nuestra personalidad histórica.

En eso la historia de Zaragoza se puede parecer a la historia de otras muchas ciudades, lo mismo que una partida de ajedrez se puede parecer a otra: las piezas son las mismas y los movimientos están estipulados, pero en cambio uno no se aburre de jugar porque no hay dos partidas iguales.



HiStOrIA dE CuaTRO CiuDaDeS

PARTE 1.

**La Ciudad
en la Antigüedad**



Vista general de una casa de la I Edad del Hierro, en la calle Palafox nº 26.

▷	▷	a	∧	∧	i
∇	∇	e	◁	▷	r
∇	∇	i	◇	◇	s
H		o	∇		n
↑		u	∇		m
			Y		-
			∇	∇	s
			M		s
I		ba	X		ta
∇		be	◇		te
∇		bi	∇		ti
∇	∇	bo	∇		to
□		bu	△		tu
			∇	∇	ka
			∇	∇	ke
			∇		ki
			∇		ko
			◇	○	ku



S. A. L. D. U. I. E.

El signario Ibérico y sus equivalencias.



Hispania en la II Guerra Púnica (según J. Lostal).

1. DE CUANDO ZARAGOZA NO EXISTÍA (ÍBEROS Y CELTÍBEROS EN EL VALLE MEDIO DEL EBRO)

No sé cuando empezó la historia de nuestra ciudad, ni siquiera sé cuando empezó a ser ciudad. Los arqueólogos con su paciente método han llegado a vislumbrar en sus niveles más profundos unos fondos de cabañas que formaron parte, al parecer, de un primer poblado permanente construido al abrigo del rincón que forma la confluencia del Huerva con el Ebro. Esto sucedió hace unos dos mil seiscientos años, o sea, hacia el 600 a.C.



La puesta de largo se produjo con la llegada de los romanos a esta península, que ellos llamaron *Hispania*, en el 218 a.C. dentro del contexto de las luchas entre romanos y cartagineses por el dominio del Mediterráneo occidental (las llamadas Guerras Púnicas¹). Enseguida descubrieron el valor estratégico del valle del Ebro que, en aquellos tiempos, estaba poblado por una serie de tribus formadas por la fusión de los distintos grupos humanos que se habían establecido aquí a lo largo de miles de años, siendo los celtas los últimos en llegar, desde el centro de Europa.

Junto con las aportaciones demográficas del Norte llegaron otras por el Este de carácter cultural, sobre todo de la mano de fenicios y griegos, que no tenían intención de ocupación territorial, sino de presencia comercial a partir de sus enclaves costeros (colonias).

De esta confluencia de aportes étnicos y culturales surgió en el valle medio y bajo del Ebro, y en la zona oriental de la Península en general, una sociedad que llamamos ibérica², dife-

rente de aquellas otras que no estuvieron en contacto con la evolucionada cultura mediterránea, a las cuales llamamos céltica, o celtibérica dependiendo del grado de proximidad a los pueblos ibéricos.

Una de estas tribus ocupaba un territorio alargado en torno al curso medio del Ebro, más o menos desde la desembocadura del Jalón hasta la del río Martín. Eran los sedetanos. En torno a éstos había otras tribus ibéricas (como la de los poderosos ilergetes en los Monegros), celtibéricas (titos, belos y lusones por el valle del Jalón), y la de los vascones, que llegaban hasta la zona de las Bárdenas.

Posiblemente la tribu de los ilergetes fuera en estos momentos la dominadora del valle medio del Ebro, y desde esta posición de superioridad tomó partido por el bando cartaginés en el conflicto que llamamos II Guerra Púnica. Los sedetanos y otras tribus de la zona, en cambio, se decantaron por el lado de los romanos, enemigos de los cartagineses y, por tanto, de los ilergetes.

A finales del siglo III a.C. (206 a.C.) los ilergetes –cuyos jefes eran los famosos Indíbil y Mandonio– atacaron a los sedetanos³, lo cual provocó la respuesta de las legiones romanas que derrotaron y mataron a los jefes ilergetes.

Pero los sedetanos, tras la derrota de los ilergetes, rompieron su alianza con los romanos, que ya mostraban su verdadera intención de conquistar y explotar estas tierras a las que en un principio habían llegado sólo para atacar las bases cartaginesas de Aníbal.

¹ Guerras Púnicas, son las mantenidas entre romanos y cartagineses durante los ss. III y II a.C. por el dominio del Mediterráneo Occidental.

² Ibérico es un concepto cultural que expresa la aceptación de modos y formas culturales mediterráneas (griegas y fenicias) por parte de las poblaciones indígenas de la zona oriental de la Península.

³ Es en la descripción de este incidente por el escritor romano Tito Livio cuando aparece citado por primera vez el pueblo sedetano.



Etnias prerromanas en la Península Ibérica (según M. Beltrán Lloris).



Tribus y ciudades del valle medio del Ebro. (Elaborado a partir de M. Beltrán Lloris).

Los constantes levantamientos de las tribus ibéricas obligó al Senado de Roma a enviar no ya a un gobernador, sino a uno de los dos cónsules, que eran la máxima autoridad de Roma. La suerte decidió que fuera Marco Porcio Catón el designado para sofocar las revueltas ibéricas.

Esto sucedía el año 195 a.C. El valle del Ebro estaba en armas (salvo los ilergetes claro). Catón derrotó –a veces con astucia de cazador⁴– a las tribus indígenas, envió a su segundo, el pretor Manlio, a explorar la región de la Celtiberia, expolió en concepto de botín de guerra una gran cantidad de monedas de plata⁵, le puso nombre (*cercius*) a un fuerte viento que soplaba encajonado por el valle capaz de tirar a un hombre de su caballo, y, seguramente, dejó guarniciones romanas en las ciudades más importantes de la región.

Catón venció y se marchó a Roma a saborear la ceremonia de su triunfo, pero aquí en el valle del Ebro no había paz ni en el ámbito ibérico, ni ahora en el celtibérico. El asedio a *Corbio*, la capital de los moderados suessetanos de las Cinco Villas, o la batalla de *Calagurris* contra los celtíberos hablan claramente en este sentido.

Hubo que esperar a la llegada de un pretor honorable para serenar una situación con más de veinte años de violencia establecida. Este hombre bueno fue Tiberio Sempronio Graco, el padre de los famosos tribunos⁶ que lucharon y murieron por reformar la estructura política de Roma.

El pretor Graco derrotó a los celtíberos a los pies del Moncayo, les prohibió edificar nuevas ciudades, desmanteló sus defensas y les impuso tributos. Pero firmó con ellos una paz que estaba dispuesto a mantener. Era, claro está, una paz de vencedor, pero no una añagaza. De hecho la abundancia del nombre *Sempronius* entre los habitantes del valle invita a pensar en una cierta vinculación a su persona como valor y mantenedor de los pactos.

Fundó cerca de Alfaro la primera colonia romana en el valle del Ebro, a la que llamó *Gracchurris* (para glorificar su nombre) y asentó guarniciones en las principales ciudades, entre las que ya debemos contar a *Salduie*. Pero Graco no fue más que una excepción en la voluntad imperialista del Senado romano. El escenario de las guerras de conquista se va desplazando hacia el Oeste, estabilizándose el frente en la mítica *Numancia*, cerca de la ciudad de Soria.

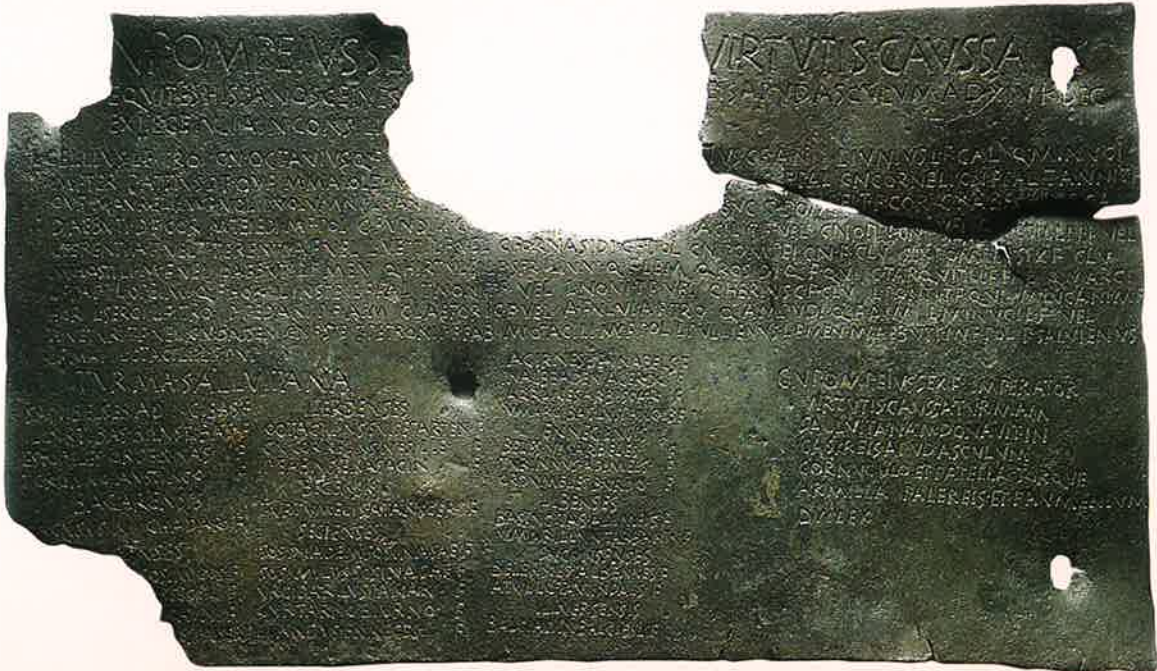
En la retaguardia romana surgió la figura que los textos romanos denominan bandido. En el año 141 a.C. las fuerzas romanas de ocupación tuvieron que perseguir al sedetano Tongino, uno de nuestros primeros guerrilleros, que seguramente se tuvo que echar al monte para no sufrir el dominio soberbio de los nuevos conquistadores.

A finales del s. I a.C. llegaron al valle del Ebro los temibles cimbrios, pueblo que, tras abandonar sus tierras en el Elba, derrotaron a todos cuantos –bárbaros y romanos– se pusieron delante de ellos. Sin embargo en el Jalón se toparon con los celtíberos... Los que quedaron abandonaron la Península a toda prisa.

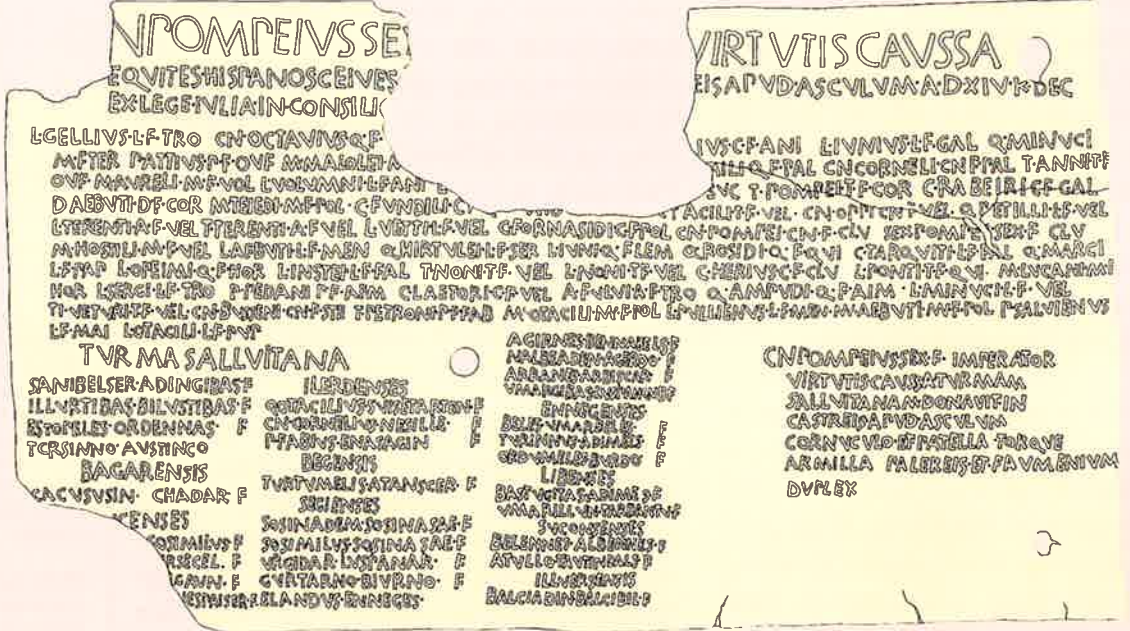
⁴ Catón nunca había podido entablar batalla con los *iacetanos*, "nación apartada y salvaje" que imponía su dominio a las tribus vecinas. En vista de ello Catón sitió su capital (*Iaca*) ocultando al ejército romano y simulando un ataque con los menospreciados suessetanos. Los iacetanos cayeron en la trampa, salieron de la ciudad y fueron derrotados por los romanos.

⁵ Tito Livio llamó a este caudal de monedas *argentum oscense*, aunque en realidad se trataba de dracmas ibéricas que imitaban la moneda griega de *Emporion* (Ampurias).

⁶ Tiberio y Cayo Sempronio Graco intentaron llevar a cabo una reforma agraria (y social) que repartiera las inmensas tierras públicas entre los proletarios y limitara la extensión de los latifundios, trabajados con mano de obra esclava.



Bronce de Ascoli y calco de su texto donde se destaca la Turma Salluitana. Museo Capitolino. Roma.



...TURMA SALLUITANA...
 ...AGNESIO M...
 ...ARAB...
 ...B...
 ...C...
 ...D...
 ...E...
 ...F...
 ...G...
 ...H...
 ...I...
 ...L...
 ...M...
 ...N...
 ...O...
 ...P...
 ...Q...
 ...R...
 ...S...
 ...T...
 ...U...
 ...V...
 ...X...
 ...Y...
 ...Z...

Nombres de los 30 jinetes de la Turma Salluitana.

2. SALDUIE

Un día del año 90 a.C. llegó a Salduie un correo militar con tanta prisa como ganas de demostrarla ante los jóvenes indígenas que le vieron llegar. Se bajó del sudoroso caballo, bebió un gran trago de agua que le ofreció el centinela y entró en el cuartel de la guarnición romana que Tiberio Sempronio Graco había mandado construir en la parte más elevada de la ciudad.

Al día siguiente de su llegada se hizo público un bando que explicaba de sobra la precipitada venida del soldado postal.

Casi al mismo tiempo se instaló un banderín de enganche en Salduie y en otras ciudades del valle del Ebro para proceder al alistamiento de jinetes ibéricos con el fin de formar un escuadrón de caballería o turma que ayudara a las legiones romanas en una guerra que se había declarado entre Roma y sus socios itálicos, razón por la cual se le llamó Guerra Social¹.



Los socios (*socii*) tenían más razón que un santo. Luchaban como fuerzas auxiliares (*auxilia*) en el ejército romano, que estaba formado exclusivamente por ciudadanos romanos, asumían los mismos riesgos que los soldados romanos en la batalla, pero sin embargo se les escamoteaba su gran objetivo: alcanzar la ciudadanía romana y con ella la parte beneficiosa del estatus, como el derecho a votar, a casarse, a negociar, etc.

El ejército romano² era básicamente de infantería. Las legiones eran unidades de a pie que

contaban con un pequeño escuadrón de caballería (*turma*) con una función secundaria en el campo de batalla. Parece que los romanos no eran buenos jinetes, o en su táctica militar no entraba ese tipo de movimientos.

Pero los pueblos ibéricos adoraban al caballo. No hay más que ver las monedas ibéricas: su reverso es un jinete. La caballería ibérica era formidable y los romanos lo sabían de sobra después de más de un siglo luchando contra ella.

Con ella se podría cubrir con ventaja el vacío dejado por las tropas auxiliares, ahora convertidas en un enemigo que conocía perfectamente al ejército romano, pues hasta ese momento había formado parte de él.

De Salduie y de otras ocho ciudades como Segia (Ejea de los Caballeros), Ilerda (Lérida), Libia, Succosa, etc. salió la famosa *Turma Salluitana* que podríamos traducir hoy día como el escuadrón de Zaragoza, cuyos treinta jinetes lucharon tan valerosamente en *Asculum* (Ascoli, Italia), que el general en jefe de los romanos, Cneo Pompeyo Estrabón —el padre del famoso Pompeyo Magno compañero y luego rival de Julio César en el primer Triunvirato— les concedió el don máspreciado, por el que precisamente habían luchado los socios itálicos en el otro bando: la ciudadanía romana (*ius civitatis*)³.

Tal muestra de valor fue inmortalizada en una placa de bronce en la que se grabó el premio obtenido, el primer nombre que tuvo nuestra ciudad y una lista de honor en la que aparecen citados los nombres de nuestros más antiguos vecinos conocidos.

¹ Guerra Social (91-89 a.C.). Sublevación de los aliados itálicos (*socii*) contra Roma en demanda del derecho de la ciudadanía romana.

² Legión. En el s. I a.C. está formada por unos 5.000 o 6.000 infantes organizados en cohortes, manipulos y centurias. Se ayuda de unas alas de caballería, constituidas por unos 200 o 300 jinetes organizados en escuadrones (*turmae*).

³ *Ius civitatis*. Derecho de ciudadanía romana que convertía a su poseedor en ciudadano de pleno derecho. Tenía derechos civiles y políticos. Era un privilegio celosamente reservado a los romanos.



Bronce de Contrebia.
Museo de Zaragoza.

(líneas 1 a 5). Sean jueces quienes del senado contrebiense se hallaren presentes. Si resulta probado que el terreno que los saullenses compraron a los sosinestanos para construir una canalización o hacer una traida de aguas –de cuyo asunto se litiga–, lo vendieron los sosinestanos con pleno derecho a los salluienses, (aún) contra la voluntad de los allavonenenses. En tal caso si así resulta probado, sentencien estos jueces que el terreno –de cuyo asunto se litiga– lo vendieron los sosinestanos a los salluienses con pleno derecho; si resulta probado que no, sentencien que no lo vendieron con pleno derecho.

(líneas 6 a 11). Sean jueces los mismos suprascritos. Si la Ciudad Estado sosinestana fue por donde los salluiense, recentisimamente, amojonaron (terrenos) de manera oficial –de cuyo asunto se litiga–. Si podían los salluienses con pleno derecho, hacer la canalización a través de un terreno privado de los sosinestanos, por el cual tendría que discurrir la canalización, a condición (en tal caso) de que los salluienses pagaran dinero en la cuantía en la que fuera tasado el terreno por el que discurría la canalización. En tal caso, si así resulta probado, sentencien estos jueces que los salluienses pueden hacer la canalización con pleno derecho. Si no resulta probado, sentencien que no pueden hacerlo con pleno derecho.

(líneas 12 a 14). Si sentenciaran que los salluienses podían hacer la canalización, que los salluienses paguen entonces corporativamente por el campo privado por el que será construida la canalización, de acuerdo con el arbitraje de cinco (miembros) que la magistratura contrebiense designe (a tal fin) de su senado.

(línea 14). Sancionó aprobatoriamente este procedimiento judicial Cayo Valerio Flaco, hijo de Cayo, general en jefe (= proconsul de la provincia Hispania Citerior).

Fallo (líneas 15 y 16). Manifestaron (los jueces) esta opinión: “Puesto que poseemos la facultad de juzgar, fallamos, en el asunto en el que se litiga, a favor de los salluienses.”

(líneas de 16 a 20). Cuando este asunto fue juzgado éstos fueron los magistrados contrebienses: Lubbo, de los Úrdinos, hijo de Letondo, pretor (de Contrebia). Lesso, de los Sirisos, hijo de Lubbo, magistrado. Babbo, de los Bolgondicos, hijo de Ablón, magistrado. Segilo, de los Annios, hijo de Lubbo, magistrado. – ato, de los –ulovios, hijo de Uxentio, magistrado. Ablón, de los Tindilios, hijo de Lubbo, magistrado. La causa de los salluienses la defendió –assio, hijo de –eihar, salluiense. La causa de los allavonenenses la defendió Turibas, hijo de Teitabas, allavonenense.

(línea 20). Actuado en Contrebia Balaisca(sic), en los idus de mayo, siendo cónsules Lucio Corneliu(Cinna) y Gneo Octavio. (El 5 de mayo del año 87 a. de C.) (Según G. Fatás.).



1. Plaza de La Seo
2. C. Sepulcro (plaza S. Bruno)
3. C. Gavín, angular a Sepulcro
4. C. D. Juan de Aragón
5. C. Palafox, 26
6. C. Palafox, angular a Universidad
7. C. Torrellas, 1-2
8. C. Universidad, angular a Castillo
9. Plaza de Asso, 3

Ubicación de los hallazgos de restos prehistóricos e ibéricos en el casco urbano de Zaragoza . Ayuntamiento de Zaragoza.

En el Bronce de Áscoli –que así se llama la inscripción– todavía hoy podemos leer, sobre-cogidos por su fonética, los nombres de *Sanibelser*, hijo de *Adingibas*; *Illurtibas*, hijo de *Bilustibas*; *Estopeles*, hijo de *Ordennas*; y *Torsinno*, hijo de *Austinco*, jóvenes salluitanos todos que volvieron a su ciudad convertidos en ciudadanos romanos, y seguramente convencidos de que el futuro pasaba por Roma.

Son los primeros soldados extranjeros (*peregrini*) a los que Roma les concedió tan alto honor. La romanización estaba en marcha en el valle del Ebro, incluso algunos de ellos –concretamente los de *Ilerda* (Lérida)– ya habían adoptado nombres latinos, mientras que sus padres todavía conservaban sus nombres indígenas, como por ejemplo, *Caio Otacilius*, hijo de *Suisetarten* (algo así como si hoy día alguien de por aquí, prendado de la cultura anglosajona, se hiciese llamar John F. Taylor, y su padre se llamase Juan Sastre).

Los treinta jinetes procedían de lugares muy distantes. Si tuviéramos que indicar en términos actuales su procedencia diríamos que algunos eran catalanes (*ilerdenses*, *succonenses*), otros riojanos (*berones*), otros aragoneses de las Cinco Villas (*segienses*) y otros navarros (*ennegenses*, pueblo probablemente vascón). Pero el nombre que distinguía al grupo era el de *Salduie*.

Indudablemente *Salduie* era una ciudad estratégica en el dispositivo táctico de la presencia romana en el valle del Ebro. Su situación en un cruce de caminos en el centro del valle del Ebro que abría las puertas del Norte y de la

Meseta Central, la existencia de un vado que permitía cruzar en determinadas épocas del año el río (pensemos que no hubo puente hasta bien entrado el siglo I a.C., y que el Ebro era el primer gran obstáculo natural para alguien que viniese desde los Pirineos), y su condición de ciudad fronteriza entre el mundo ibérico y el celtibérico explican sobradamente su importancia.

Y en su consiguiente expansión demográfica y económica surgieron problemas con sus vecinos, los cuales fueron dilucidados civilizadamente, como sucedería hoy en día, ante los tribunales de Justicia. Ese es precisamente el asunto del famoso Bronce latino de *Contrebia Belaisca*⁴ (Botorrita), ciudad que debió ser sede de una especie de Tribunal Internacional de la época.

El 15 de mayo del año 87 a.C. este tribunal, formado por el Senado de la ciudad celtibérica de *Contrebia Belaisca* y presidido, ni más ni menos, que por el gobernador (*procónsul*) de la *Provincia Hispania Citerior*, Cayo Valerio Flaco⁵, emitió un fallo, cuyo texto fue grabado en una lámina de bronce y conservado junto a otros en el Archivo de este Tribunal.

Resulta curioso que este texto fuese escrito en latín, en tanto que los otros lo estaban en ibérico. Seguramente en *Salduie* ya se hablaba más latín que ibérico o celtibérico; o a lo mejor, sencillamente, la presencia del gobernador romano de la provincia exigía un protocolo latino.

¿Cuál era la cuestión sometida a jurisdicción?

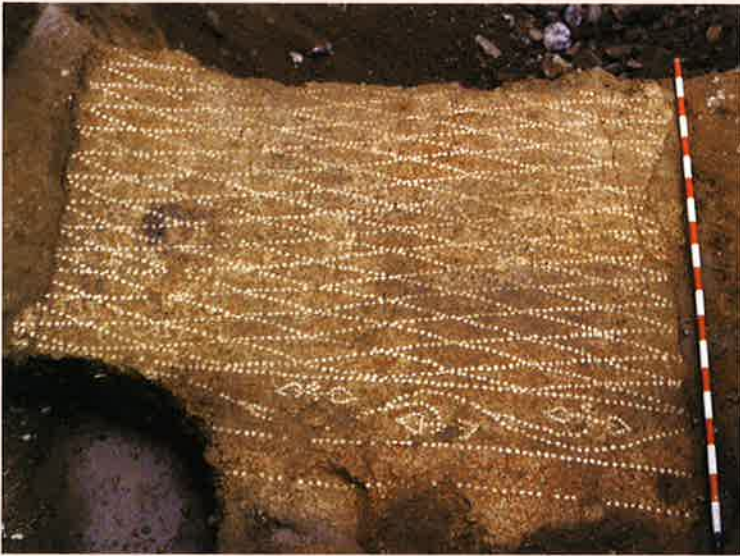
⁴ En la ciudad celtibérica de *Contrebia Belaisca* junto a Botorrita en el valle del río Huerva se descubrió un edificio columnado que bien pudo ser la sede del Tribunal.

La ciudad ha librado ya varios e importantísimos documentos epigráficos escritos tanto en ibérico como en latín.

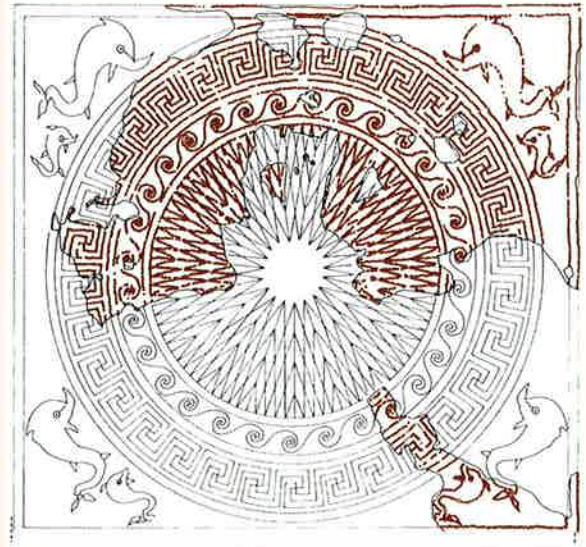
⁵ Cayo Valerio Flaco gobernó la Provincia Citerior ininterrumpidamente entre el 92 y el 82 a.C., un periodo excepcional de tiempo que se explica por las convulsiones de la Guerra Civil en Roma.



Muralla indígena
aparecida en la
excavación de la
calle del
Sepulcro nº 18.



Pavimento de *opus signinum* de la casa del triclinio de la calle de Torrellas nº 1.



Pavimento de *opus signinum* de la casa del triclinio de la calle
Don Juan de Aragón nº 9 (según M.P. Galve).



Cuenco de campaniense A tardía. Hallado en las
excavaciones de la calle Don Juan de Aragón, 9



As de *Salduie*. Colección Lizana.

Pues una que aparece constantemente en esta tierra a lo largo de los siglos: el uso del agua. Los habitantes de *Salduie* habían comprado unos terrenos a la vecina ciudad de *Sosinesta* para construir en ellos un canal que abasteciera de agua a la ciudad y a sus campos. Ese canal perjudicaba de alguna manera los intereses de los habitantes de *Alaun* (Alagón), razón por la cual interpusieron pleito. El juicio, que contó con abogados que defendieron las causas de *Salduie* y de *Alaun*, fue favorable a los primeros que, finalmente, pudieron hacer su canalización.



La ciudad de *Salduie* se encontraba situada en la zona delimitada por la desembocadura del río Huerva en el Ebro, no muy cerca de las orillas para evitar las inundaciones periódicas producidas por las crecidas del gran río, y para situarse en el lugar más elevado del entorno sobre el que apoyar sus murallas, que estaban aparejadas con sillarejos de yeso, una piedra abundante en el valle. Así se pudo ver en las excavaciones de la calle Sepulcro en el Boterón.

Era este un lugar habitado desde antiguo como lo demuestra el fondo de cabaña circular de la Edad del Bronce Final (630-600 a.C.) y las tres casas de planta rectangular de la I Edad del Hierro (520-480 a.C.) localizadas en las calles de Palafox, Carrillo y en la plaza de Asso.

Los *salluienses* se romanizaron a pasos agigantados en el siglo I a. C. como lo demuestra

la Arqueología que ha ido desvelando en el solar zaragozano estructuras de casas con influencias itálicas, como la llamada "Casa del Triclinio" cerca de la calle Don Juan de Aragón, pavimentos romanos conocidos con el nombre de *opus signinum* (especie de mortero coloreado en el que se incrustan teselas blancas para formar sencillos dibujos geométricos o zoomórficos), fina cerámica de mesa, de color negro, importada de la región de Campania, en el sur de Italia, y que llamamos por eso Campaniense, o las más conocidas, quizá, ánforas para vino, aceite o salazones, con esa curiosa terminación en forma de punta para poder ser apiladas y trabadas en las bodegas de los barcos que navegaban sólo durante la época del año en que la climatología propiciaba buena mar⁶.

Salduie acuñó monedas de bronce ya desde el siglo II a.C. seguramente como consecuencia de los acuerdos suscritos con Tiberio Sempronio Graco, siguiendo el modelo de los ases⁷ romanos, pero manteniendo imágenes y alfabeto ibérico. Así una moneda de *Salduie* tenía en su cara (anverso) la cabeza de un hombre joven, y en su cruz (reverso) un jinete con una palma apoyada en el hombro. Su tamaño oscilaba en torno a los 2,5 cms. de diámetro.

También desarrollaron los romanos las vías terrestres de comunicación por el valle del Ebro. A finales del s. II a.C. tendieron una que llegaba hasta la ciudad de *Celse* (Velilla de Ebro), y seguramente también a *Salduie*. De ella conocemos dos miliarios⁸ que están entre los más antiguos de la Península.

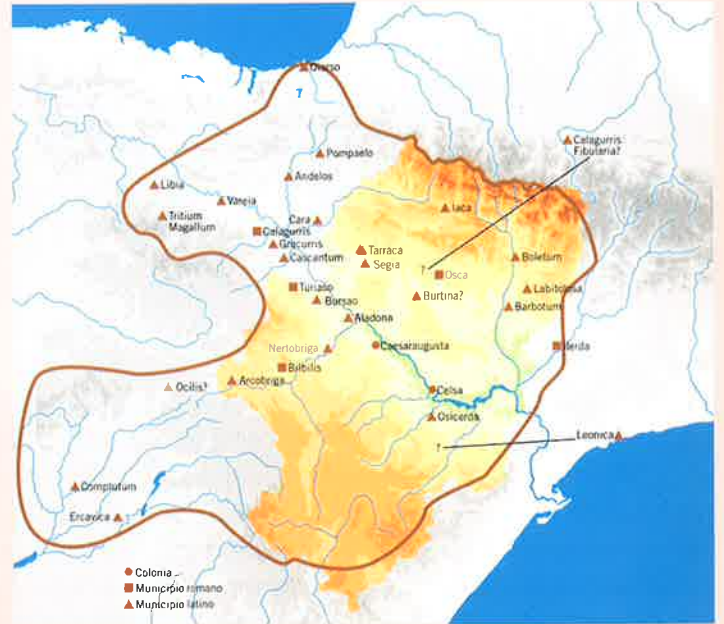
⁶ *Mare clausum*. Durante el invierno no se navegaba. El mar estaba "cerrado".

⁷ El as era la unidad monetaria en bronce. Pesaba unos 13,5 grs y medía unos 23 mm. de diámetro. Servía para los pequeños gastos diarios. Mayor poder libratorio tenía el denario de plata (10 ases) y mucho más el áureo de oro (25 denarios).

⁸ Los miliarios equivalen a nuestros mojones kilométricos. Eran piedras cilíndricas levantadas junto a las calzadas con información viaria (distancia en millas, ciudad más próxima, emperador que había ordenado su construcción, etc).



Copia en bronce del Augusto de Prima Porta. Zaragoza.



El Convento Jurídico Caesaraugustano (según F. Beltrán Lloris).



Dupondio de Caesaraugusta, con las enseñas de las legiones IV, VI, y X, fundadoras de la ciudad (F.N.M.T.).



Vista aérea de la ciudad de Timgad (Argelia).



Armamento de un legionario romano.

3. LA FUNDACIÓN DE CAESARAUGUSTA

El año 26 a.C. el emperador Augusto pasó por aquí camino del frente del Norte, donde cántabros y astures se oponían al dominio de Roma arriscados en sus montañas. En plena campaña Augusto tuvo que abandonar la guerra aquejado por una dolencia renal de la que al parecer, fue tratado en el balneario de *Turiaso* (Tarazona), regresando posteriormente a sus cuarteles de invierno en Tarragona.

Estas idas y venidas imperiales entre *Tarraco* y el *limes* del norte de la Península (entre el 26 y el 25 a.C.) se realizaron por el valle del Ebro, y en ellas seguramente el emperador descubrió la importancia estratégica de *Salduie* como centro de apoyo a una guerra que no le fue fácil sofocar, puesto que años más tarde tuvo que enviar a Agripa, su mejor general y consejero, para terminar con ella. Esto sucedía en el año 19 a.C.

Todavía volvió Augusto a *Hispania* una segunda vez (entre el 16 y el 13 a.C.) después de pacificada la cornisa cantábrica, para reorganizar la estructura administrativa de la Península y proveer a los asuntos convenientes para su colonización y asimilación. Dividió a *Hispania* en tres provincias (Bética, Lusitania y Tarraconense)¹, y éstas a su vez en Conventos Jurídicos, distritos menores con funciones judiciales y administrativas que venían a aproximar el Estado a los habitantes de la Península, los cuales, aunque vivieran en lugares recónditos, se encontraban así a pocas jornadas de viaje de un centro de decisión disociado de la capital provincial. Uno de ellos fue el Convento Caesaraugustano.

Pero el gran acto de presencia fue la creación de ciudades. El Imperio Romano fue un imperio urbano. Infinidad de ciudades, nuevas Romas, habitadas por ciudadanos romanos y extranjeros (*peregrini*) surgieron un poco por cualquier lado a lo largo y ancho de la tierra conquistada, comunicadas por una red de calzadas que atendía tanto a la defensa como a la vivificación del comercio. Esa es en definitiva la esencia de la romanidad sobre la que crecerá Europa.

Y *Caesaraugusta*² fue una de ellas. Nuestra ciudad es fundación de Augusto como tantas otras ciudades sembradas por el solar europeo: Mérida (*Emerita Augusta*), Tréveris (*Augusta Treverorum*), Aosta (*Augusta Pretoria*), etc. Y cumplió la doble misión encomendada a cada una de ellas: asentar a los soldados licenciados que, tras más de veinticinco años de servicio, ya no volvían a sus lugares de origen, donde ya nada ni nadie les esperaba; y fijar la presencia de Roma en lugares recién conquistados, pues la conquista es inútil si no hay colonización posterior.

Caesaraugusta se fundó con veteranos de las tres legiones que había dejado Augusto en *Hispania* para mantener el orden en la frontera del Norte. Se llamaban: *Legio IV Macedonica*, *legio VI Victrix* y *legio X Gemina*. Y sus nombres aparecen recogidos en las primeras monedas que acuñó la ciudad y en los primeros miliarios de Augusto.

Un legionario (*legionarius miles*) o un soldado (*auxiliaris*) romano cumplían hasta veintiocho años de servicio militar.

¹ *Caesaraugusta* pertenecía a la *Provincia Hispania Citerior* o *Tarraconensis*. Era provincia imperial, es decir bajo tutela directa del emperador, que nombraba un gobernador (*legatus Augusti propraetore*) de rango superior (consular), bajo cuyo mando se encontraban las tres legiones de las que habían sido licenciados los fundadores de *Caesaraugusta*.

² Pocas ciudades tuvieron el título de colonia en el valle medio del Ebro: sólo *Celsa* y *Caesaraugusta*. Municipios había más: *Osca*, *Bilbilis*, *Turiaso*, *Leonica* y *Osicerda*. Con Vespasiano se concede el derecho latino a todos los hispanos, con lo que en la práctica todas las ciudades se convierten en municipios.



Origen y Fundación de Caesaraugusta, de E. Gil Murillo, 1896. Ayuntamiento de Zaragoza.



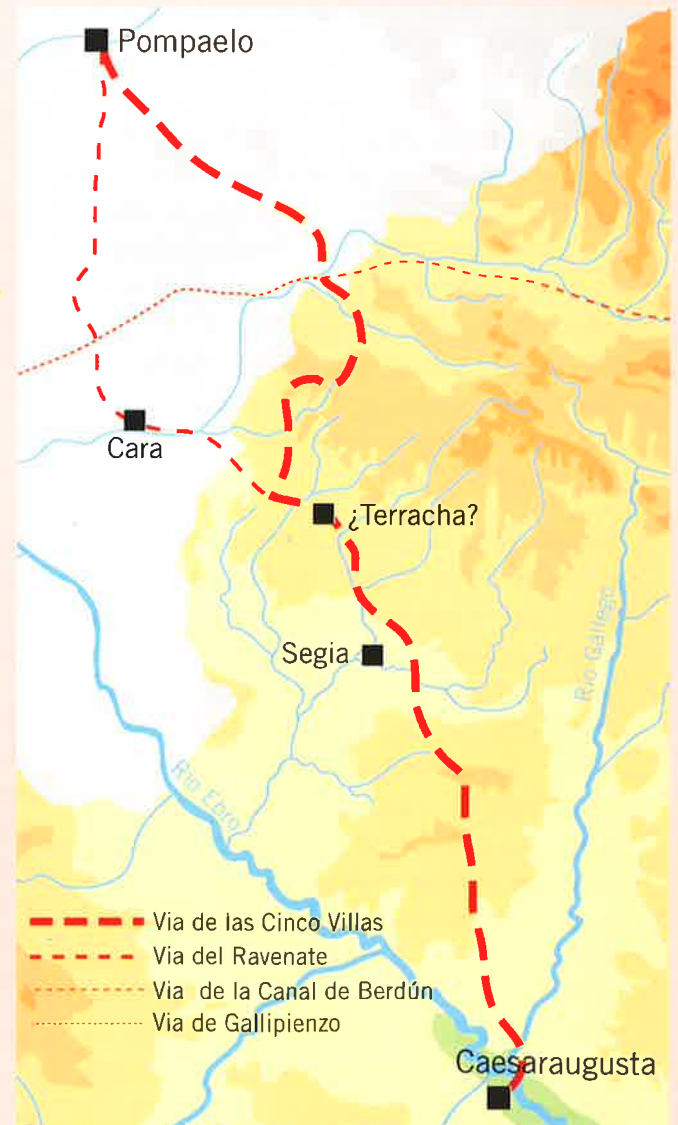
Diploma militar.



Puente sobre el Danubio representado en la Columna Trajana de Roma. El viaducto era de madera y los pilares de piedra.



Miliario de Ejea



Via romana de Caesaraugusta a Pompaelo (según M. C. Aguarod y J. Lostal).

Era reclutado a los 17 y se le licenciaba –salvo hazaña heroica premiada con el adelanto– a los 45 años. En aquellos tiempos la esperanza de vida no iba mucho más allá, con lo que a este hombre "viejo", trabajado por los combates y la dura vida castrense, se le hacía entrega de una casa en la nueva ciudad y unas tierras³ para cultivar allí donde había estado de servicio en los últimos tiempos.

Además se quedaba junto a sus viejos compañeros de armas (*commilitones*), con los que había vivido momentos de gloria y de peligro, lo cual creaba unos lazos de amistad indisolubles.

También caían otras prebendas que no eran de despreciar. Por ejemplo ya se podía casar oficialmente (*ius conubii*). Como este permiso llegaba demasiado tarde, se hacía un poco la vista gorda y se admitía el hecho de que los soldados tuvieran mujeres y naturalmente hijos, que ahora quedaban legitimados.

Esta situación era posible gracias al hecho de que el ejército romano era un ejército estacionario. Es decir junto al campamento militar (*castrum*) crecía una pequeña ciudad habitada por todos aquellos que, en el sentido que fuera, dependían del cuartel. Es ejemplar el caso de *Aquincum* en *Pannonia* (en las afueras de Budapest, Hungría).

Si la ciudad era colonia inmune, como era el caso de *Caesaraugusta*, se estaba libre, además, de pagar impuestos.

No se vivía del todo mal el otoño de la vida. Incluso los camaradas se organizaban para

garantizar un entierro digno al compañero que moría.

Hay que pensar que muchos de estos soldados "cesaraugustanos" se habían unido a mujeres de las zonas por las que habían estado guerreando. Ellas y sus hijos alcanzaban el título de ciudadanos romanos con el *diploma* del marido, y su descendencia era fruto de un sano mestizaje que hay que incluir en el haber de la romanización.

Así pues, ellos fueron los primeros habitantes de *Caesaraugusta*, la cual nació con los inmejorables títulos de colonia inmune. La ciudad se pudo fundar entre los años 15 y 13 a.C. durante la segunda estancia de Augusto en *Hispania*, y sobre los restos de la vieja ciudad ibérica de *Salduie*.

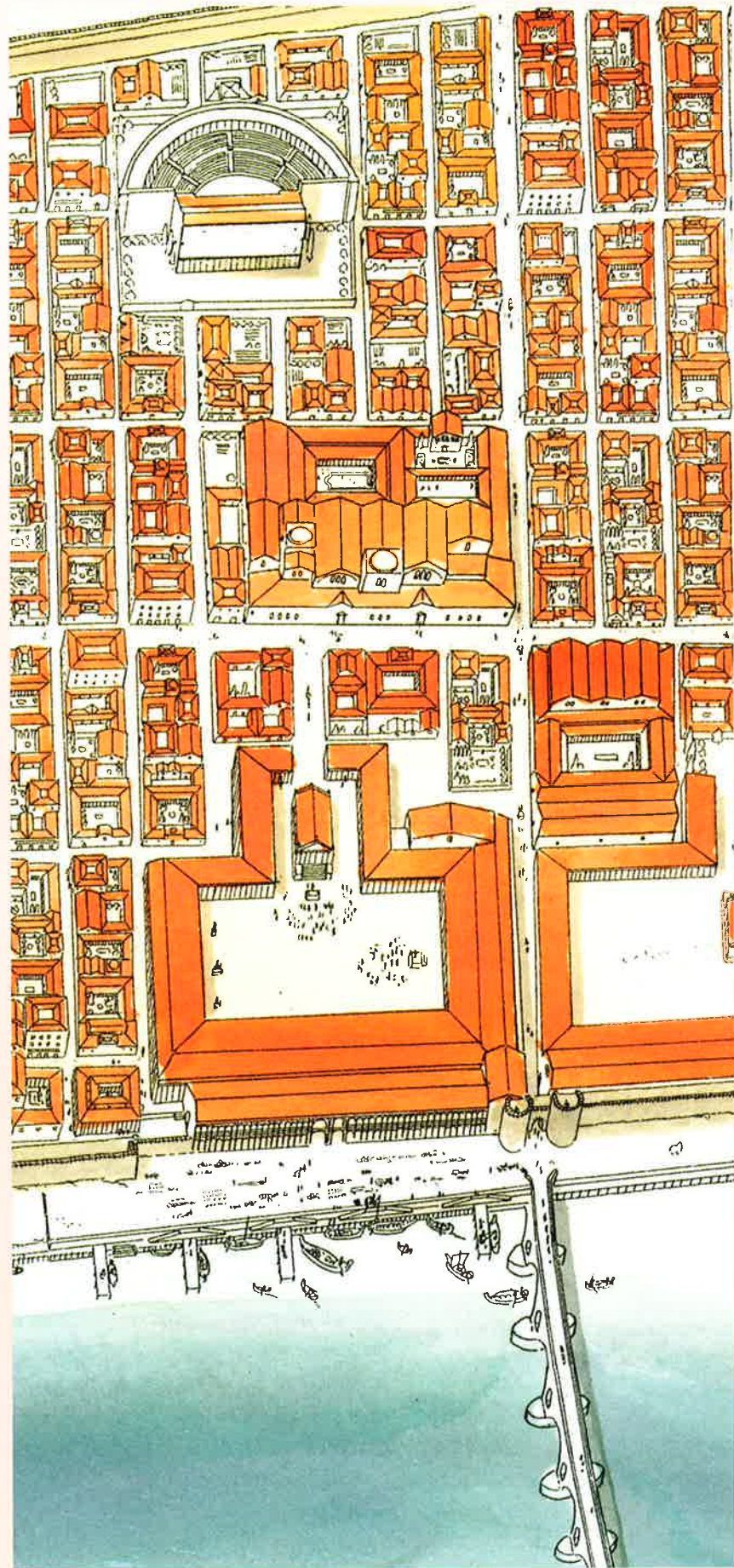
El lugar elegido, tras los favorables auspicios, era un enclave estratégico de primer orden. Desde ese punto de vista la ciudad surgió como defensa del puente que cruzaba el río en un punto en el que confluyen varios caminos naturales: el propio Ebro que comunicaba cómodamente con el Mediterráneo, el que venía de las Galias (Gállego), y los que se dirigían hacia el interior de la Península (Jalón, Huerva y Jiloca).

Al mismo tiempo a los legionarios licenciados, que no estaban exentos de trabajos civiles, ni de tomar las armas en caso de necesidad, se les encargó la construcción de una calzada⁴ que unió *Caesaraugusta* con *Pompaelo* (Pamplona), para facilitar el acceso al *limes* cántabro en caso de necesidad.

3 El territorio en torno a *Caesaraugusta* se dividió en parcelas de 15 *actus* que serían entregadas a los soldados junto con una casa en la ciudad.

(Un *actus* era una medida de superficie de 120 pies cuadrados (1250 m²). La parcela alcanzaba, pues, los 18.750 m²).

4 La vía legionaria entre *Caesaraugusta* y *Pompaelo* es una de las primeras que mandó construir Augusto. Por los miliarios conservados sabemos que se hizo entre los años 9 y 4 a.C.



Reconstrucción ideal de la ciudad de *Caesaraugusta* en el siglo I d.C. (según M^o C. Aguarod).

4. LA CONSTRUCCIÓN DE CAESARAUGUSTA

El puente, del que no conservamos nada salvo su emplazamiento, fue el elemento organizador del trazado urbano de *Caesaraugusta*. La calzada que provenía del otro lado del río lo cruzaba, atravesaba la puerta Norte, y se convertía en la avenida principal de la ciudad (*kardo máximo*), la cual adoptaba una orientación aproximada Norte-Sur. Formando ángulo recto con ésta, se disponía la otra gran arteria de toda ciudad romana: el *decumano máximo*, en dirección Este-Oeste. Juntas formaban una cruz primordial, cuyos brazos al entrar en contacto con la muralla generaban las cuatro puertas principales.

El resto de la trama urbana se conseguía sencillamente trazando calles paralelas a uno y otro eje, las cuales al cruzarse entre sí generaban las manzanas de casas (*insulae*). La ciudad adquiriría así un trazado funcional –y un tanto monótono– inspirado en los campamentos legionarios.

Al igual que ellos la ciudad se rodeó de una primera muralla¹. Los poderosos restos conservados en San Juan de los Panetes y en el Santo Sepulcro son, sin embargo, posteriores, fechándose a mediados del s. III.

Por debajo de las calles corría un sistema idéntico de cloacas² que permitía evacuar las aguas sucias, las de las fuentes públicas y las de lluvia con una facilidad tal que hasta nuestro siglo no se ha podido superar.

Sobre esta trama en cuadrícula era preciso disponer además los edificios públicos y singulares de la Colonia.

EL FORO

Aunque lo normal en una ciudad romana de nueva creación era que el Foro se situara en el centro, justo en el cruce de las dos grandes calles, en *Caesaraugusta* se emplazó en el cuartel noreste, junto al río.

El foro³ es un espacio esencial en la vida de una ciudad romana. En él se desarrollan casi todas las actividades que componen su pulso diario. En *Caesaraugusta* la dependencia con respecto al puerto fluvial fue tan grande que el espacio forense se vinculó al muelle.

En tiempos de Tiberio (14-37 d.C.) el primitivo Foro de Augusto, que no pasaba de ser un simple mercado a ras de tierra que se inundaba cada vez que el río venía crecido, se engrandeció y ennoblecó considerablemente. Hoy, a pesar de la destrucción y del tiempo transcurrido, lo conocemos bastante bien, e incluso podemos visitar sus restos, así como los del puerto fluvial anejo.

El Foro de Tiberio presenta una plaza de planta rectangular rodeada por un pórtico doble al menos en sus lados cortos, donde se disponen las pequeñas tiendas (*tabernae*) provistas de sótanos para el almacenaje. El lado largo de la muralla comunicaba a través de una puerta monumental con el muelle del puerto, y en el centro del otro, ordenando la vista del espacio acotado por los pórticos, se erguía sobre alto podio un majestuoso templo de seis columnas en fachada.

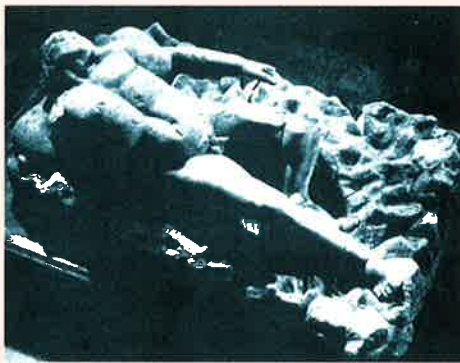
❶ La muralla delimitaba el espacio sagrado (*pomerium*) de la ciudad. En principio tenía más valor simbólico que defensivo.

❷ Las cloacas estuvieron en servicio hasta el s. III, momento en que se fueron cegando e inutilizando.

❸ En el Foro se acumulan la mayor parte de los edificios que sirven de soporte a las funciones urbanas: templo, basílica, curia, monumentos conmemorativos, tiendas, pórticos, etc. Es el corazón de la ciudad.



Teatro romano de
Caesaraugusta.



Fauno dormido. Museo de Zaragoza.



Ninfas del grupo Ena. Museo Marés, Barcelona.



Mosaico de
Orfeo. Museo de
Zaragoza.

TERMAS PÚBLICAS

En la parte central de la ciudad, entre el foro y el teatro, formando una especie de recorrido urbano, se construyeron a mediados del s. I d.C. unas termas al servicio de los ciudadanos de *Caesaraugusta*.

Era ésta una actividad indispensable en la vida de un romano, que podía pasarse horas muertas en el interior de estos complejos, tomando un baño, haciendo ejercicio, charlando, leyendo, viendo, dejándose ver o, simplemente, no haciendo nada. Los escasos restos conservados (en la calle de San Juan y San Pedro), una piscina porticada al aire libre, se han convertido en un espacio mágico, que con sólo bajar unas escaleras adentran en el túnel del tiempo.

Caesaraugusta, como todas las ciudades romanas, era una gran consumidora de agua y eso exigía dos tipos de infraestructuras: la de la traída de agua limpia (acueductos⁴) y la de la evacuación de las aguas residuales (cloacas).

EDIFICIOS DE ESPECTÁCULOS

Las ciudades romanas, al igual que la propia urbe, no desatendían los espectáculos públicos. La famosa –y amarga– frase de Juvenal resumía los intereses de la plebe: "*Panem et circenses*"⁵.

De la trilogía de edificios para espectáculos: teatro, anfiteatro y circo, aquí en *Caesaraugusta* tenemos restos del primero, constancia del segundo y noticia escrita del tercero.

El teatro se construyó pronto, a mediados del s. I d.C., y estaba situado en una zona ajardinada, junto a las termas, en lo que parece desvelarse como un sector de la ciudad dedicado

al esparcimiento. En la actualidad se conserva parte del graderío (*cavea*) y del ámbito escénico (*orchestra* y *scaena*).

La colonia tuvo también un anfiteatro. Era este un edificio dedicado a los espectáculos de lucha, bien entre o con animales, o bien entre seres humanos: los famosos gladiadores. Estaba situado fuera del recinto amurallado de la ciudad, junto a la vía que se dirigía hacia el sur (calle de Casa Jiménez).

Cerca del anfiteatro se encontraría el circo, espacio amplio y alargado destinado a las carreras de carros (inmortalizadas en la película de *Ben Hur*). No hay duda de que la ciudad tuvo su circo, como lo tuvieron otras de parecido tamaño (*Tarraco*, *Emerita*, *Italica*), o incluso menor (*Calagurris*). En el tendrían lugar los juegos circenses que el año 504 recoge la Crónica Cesaraugustana.

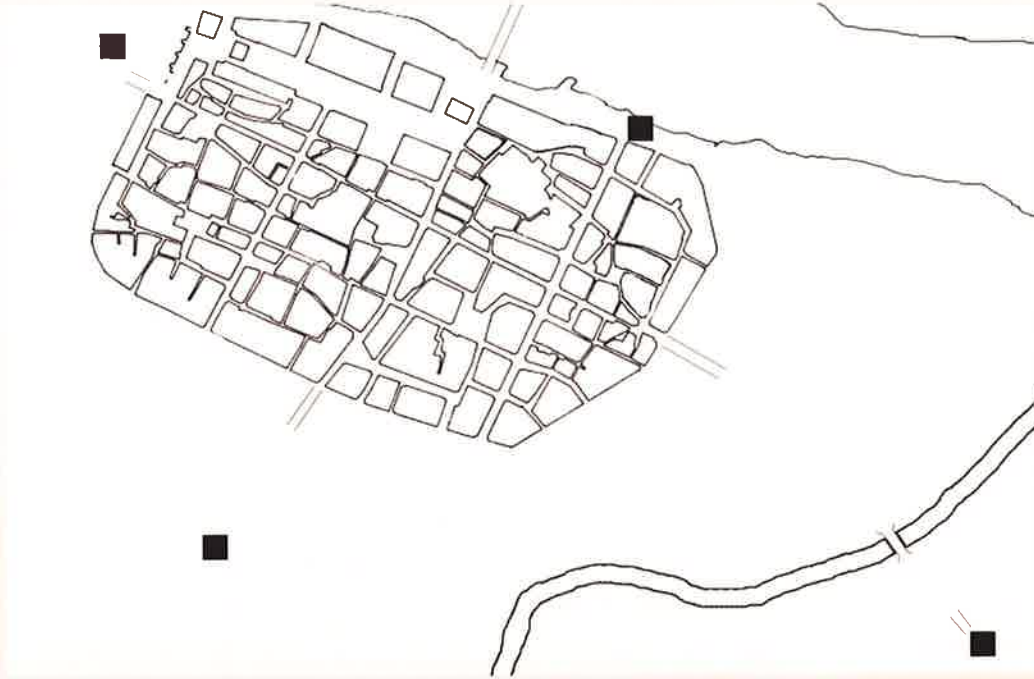
CASAS

De la arquitectura doméstica no conservamos lógicamente tanta información como de los edificios monumentales. Por los restos excavados hasta el momento se puede decir que había hermosas casas tanto dentro (*domus*) como fuera (*villae suburbanae*) de las murallas de la ciudad. Destacan sobre todo los espléndidos pavimentos de mosaico (Mosaico de Orfeo⁶), o las esculturas que adornaron las casas más ricas (Grupo de Ninfas, Fauno dormido), obras de arte que nos hablan, además del gusto estético, de las inclinaciones religiosas de sus propietarios. También– pero en menor medida se conservan restos de las pinturas que adornaban sus paredes.

⁴ El acueducto principal se abastecía de las aguas puras del Cállego y entraba en la ciudad apoyándose en el puente que salvaba el Ebro.

⁵ *Panem et circenses*. Comida y diversión gratuita. Aspiración del proletariado urbano ... y del Poder que de esta manera lo mantenía alejado de las cuestiones políticas.

⁶ En torno a Orfeo (aquel que bajó a los Infiernos en busca de su amada Eurídice) se desarrollaron los misterios órficos que garantizaban al iniciado la salvación del alma, condenada a vivir encerrada en un cuerpo impuro y a la transmigración.



Las necrópolis más importantes de *Caesaraugusta* (elaborado a partir de M. Beltrán Lloris).



Lápida funeraria de Antonius Avitus. Hallada en el antiguo Almudí. Museo de Zaragoza.



Inhumación en sarcófago. Necrópolis oriental de *Caesaraugusta*.



Bustum hallado en la necrópolis occidental de *Caesaraugusta*.

5. LA VIDA Y LA MUERTE EN CAESARAUGUSTA

Más perdurables son los cementerios (*necropolis*) que por ley¹ debían establecerse a las afueras de la ciudad. Los romanos encontraron la forma de cumplir con la ley y al mismo tiempo no dar la espalda a sus seres queridos.

Las necrópolis se extendían a lo largo de las calzadas un poco antes de que éstas llegaran a las puertas de la ciudad (famosas son la Vía Apia de Roma, o la Vía de los Sepulcros de Pompeya). A ambos lados del camino se levantaban ricos mausoleos² junto a simples tumbas indicadas con una simple lápida, de tal manera que siempre que se entraba o se salía de la ciudad se pasaba junto a las tumbas.

Hace mucho tiempo, y reaprovechada como sillar en la zona del Seminario de San Carlos, se descubrió una lápida funeraria en la que dentro de unas fórmulas establecidas (igual que ahora) una mujer llora la muerte de su esposo y de su hijo.

Decía así:

VALERIO . LI	<i>A Valerio Libero,</i>
BERO. VALER	<i>dignísimo marido,</i>
IA. LEONINA	<i>y a Liberio,</i>
CONIOGI. MER	<i>queridísimo hijo.</i>
ENTESSEM	<i>Valeria Leonina</i>
O. ET. LIBERI	<i>hizo (esta lápida)</i>
O. FILIO. KAR	<i>a sus expensas</i>
ESSEMO. FE	
CET	
D. S.	

La inscripción expresa todavía hoy el dolor de Valeria, una mujer zaragozana, seguramente del s. IV d.C., por la pérdida simultánea de su marido y de su querido hijo Liberio. Ella se preocupó de que una inscripción guardara su memoria, y ciertamente su recuerdo ha vencido al tiempo.

Las grandes necrópolis de *Caesaraugusta* se situaron a la salida de las dos puertas del Decumano Máximo. Una se ha descubierto en la calle de Predicadores y la otra en la calle de Ntra. Sra. Del Pueyo en el Barrio de las Fuentes, al otro lado del Huerva. Posteriormente (s. IV) se acotó otro cristiano en la zona de Sta. Engracia.

En la necrópolis occidental (calle de Predicadores) se descubrió un *bustum*, un edículo donde se incineraba el cadáver y se recogían las cenizas en una urna que se depositaba en el mismo lugar. A partir del s. II d.C. la incineración dejó paso a la inhumación³, y con ella a la conservación del esqueleto, fuente de información interesantísima (sexo, edad, enfermedades padecidas, causa de la muerte, etc.), y a la aparición de una tipología de enterramientos que variaba según el poder económico de la familia. En la necrópolis oriental (Ntra. Sra. del Pueyo) hay, por ejemplo, desde simples fosas excavadas en el suelo o fosas rodeadas de cantos rodados, a sarcófagos de piedra e incluso restos de un mausoleo.

¹ Ya la Ley de las XII Tablas (c. 450 a.C.) obligaba a que las necrópolis se levantaran fuera de las ciudades, tanto por razones de higiene, como de tipo religioso.

² Mausolo fue un personaje que existió realmente. Fue rey de Caria a mediados del s. IV a.C. En su capital, Halicarnaso, se mandó construir una tumba tan fastuosa que, además de convertirse en una de las Siete Maravillas del mundo, dio nombre a cualquier monumento funerario de cierto porte.

³ El cambio de ritual funerario, de la incineración a la inhumación, se debió al triunfo de religiones salvíficas que exigían la conservación del cadáver.

Sarcófago de la *receptio animae*. Cripta de Santa Engracia. Zaragoza.



Los atlantes marcan la separación entre la tierra, donde ponen sus pies los mortales, y el Cielo, de donde viene la mano de Dios Padre.

FRONTAL

① ② ③ ④ ⑤

- ① Hemorroisa y Cristo.
- ② Orante y dos acompañantes.
- ③ La difunta, acompañada de dos personajes, es recibida por la mano de Dios Padre.
- ④ Cristo y el ciego de nacimiento.
- ⑤ Cristo con la vara taumaturga, realiza el milagro de las bodas de Caná.

LATERAL IZDO.



Personaje sacro, Adán, Cristo, Eva y Atlante. Representa la entrega a Adán y Eva de los símbolos del trabajo: un haz de espigas y un cordero.



LATERAL DCHO.

Atlante, Adán cogiendo la manzana, tronco de árbol con serpiente enroscada, Eva y personaje sacro. Representa la expulsión de Adán y Eva del Paraíso.

Sarcófago de la trilogía Petrina. Cripta de Santa Engracia. Zaragoza.



① ② ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦ ⑧

- ① Milagro de la fuente.
- ② Arresto de Pedro.
- ③ Escena del gallo.
- ④ Orante.
- ⑤ Curación del ciego.
- ⑥ Conversión del agua en vino.
- ⑦ Multiplicación de los panes y los peces.
- ⑧ Resurrección de Lázaro.

(según A. Mostalac).

6. LA APARICIÓN DEL CRISTIANISMO EN CAESARAUGUSTA

Y la Caesaraugusta de origen militar creció. Llegaron nuevas gentes. Cada una con sus afanes, sus actividades y sus ideas, que hicieron de la ciudad un lugar más abierto, más cosmopolita. Un día cualquiera de un año de comienzos del siglo III d.C. Llegó al puerto de la ciudad una barcaza procedente de Dertosa (Tortosa), puerto intermodal al que llegaban los grandes barcos que surcaban el Mediterráneo, y del que partían las barcazas de fondo plano que ascendían por el Ebro hasta Vareia (Logroño). Traía un preciado cargamento procedente de Hadrumentum (Africa proconsular) compuesto de fina cerámica de mesa y lucernas. También venían enjaulados dos leones cazados en el Atlas para los juegos del anfiteatro.

En él venía un pequeño grupo de personas que se quedó en la ciudad. Eran seguidores de un tal Cristo y la gente los llamaba cristianos. Su vida era rigurosa e irreprochable y su mensaje esperanzador, sobre todo para los humildes y para aquellos que la fragilidad de esta vida apenas satisfacía. Tenían un solo Dios y un solo libro en el que se contenía la palabra por Él revelada. No hacían daño a nadie, pero eran incompatibles con el Estado romano. No reconocían a sus dioses, ni al emperador en calidad de tal. Eran unos objetores de conciencia convencidos.



Mientras el Imperio fue fuerte daba igual¹, pero en época de crisis había que cerrar filas, y entonces se notaba la diferencia. A mediados del s. III sucedió: Roma exigió adhesión al régimen. Los ciudadanos debían hacer un inofensivo acto de acatamiento, tras el cual se

obtenía el certificado de “buena romanidad” (*libellus*). El castigo por no hacerlo iba desde una sanción económica, pérdida de derechos civiles, hasta la condena a la pena de muerte en los casos más rigurosos y ejemplarizantes.

Entre los cristianos hubo de todo: hubo quienes se agenciaron uno de esos dichos libelos comprándoselos al funcionario corrupto de turno, hubo quienes hicieron la pantomima exigida temerosos de ser castigados, y los hubo rigoristas que se negaron al disimulo por lo que de contradictorio tenía con su modelo de vida.

El más carismático de entre éstos era Cipriano, obispo de Cartago, el cual en una de sus cartas, fechada en el 254, cita a Félix de Caesaraugusta como *fidei cultor ac defensor veritatis*, es decir, como a uno de los suyos.

Esta vez, en la llamada persecución de Decio, no pasó nada en Caesaraugusta, pero en las siguientes sí, y mucho. La persecución de Valeriano² (257-258), –el emperador que cayó prisionero de los persas y acabó sirviendo de taburete donde se apoyaba el rey Sapor para subir a su caballo– fue más sistemática y en ella debieron perecer los Innumerables Mártires de Caesaraugusta (en realidad fueron 18) y Engracia.

En la de Maximiano (303-305) fueron deportados a Valencia el obispo Valero y su diácono Vicente, donde este último fue torturado y muerto dando testimonio de su fe. No ocurrió lo mismo con Valero que vivió para asistir en *Iliberis* al primer Concilio celebrado en tierras hispanas, allá por el 306. El recuerdo de todos estos mártires zaragozanos se guarda en el *Peristefanon*³, poema que Prudencio de Calahorra escribió a comienzos del s. V.

¹ Roma era tolerante con las religiones de los pueblos que conquistaba. Incluso hubo algún emperador que a título personal fue cristiano, como Filipo el Árabe (244-249). Pero el desprecio de los cristianos por la religión romana y, sobre todo, el rechazo al culto imperial, hizo que fueran vistos como “ateos” desde el punto de vista religioso y sedicentes desde el político.

² Valeriano promulgó un Edicto en 258 en el que se ponía fuera de la ley a la Iglesia como institución. En esa persecución fue martirizado Cipriano, obispo de Cartago, y Fructuoso, obispo de Tarragona, y el obispo de Roma (Papa) Sixto II.

³ “Dieciocho mártires guarda nuestro pueblo en un solo sepulcro; a la ciudad que ha cabido tamaña gloria la llamamos Zaragoza”. (Trad. J. Guillén). Así comienza el Himno de Prudencio.



Francisco de Goya. Detalle de *La Virgen, S. Pedro, S. Pablo, S. Prudencio, S. Vicente, S. Valero, S. Lorenzo y Santa Engracia* en la cúpula *Regina Martyrum*. Basílica del Pilar, 1780-81.



Mosaico con símbolos cristianos del *Martyrium* (?) de Santa Engracia y los dieciocho mártires. Museo de Zaragoza.



Mosaico romano con escenas de suplicio en el circo. Zliten, Tripolitania (Líbia).



Lucerna con tema cristiano (Cruz), hallada en la calle Palafox. Zaragoza.



Lucerna con tema cristiano (los exploradores enviados por Moisés a la Tierra de Canaán cortan un racimo que tienen que llevar entre dos), hallada en la plaza de San Pedro Nolasco. Zaragoza.

Los restos mortales de Engracia y los dieciocho compañeros fueron enterrados en un pequeño edificio dedicado al culto de los mártires (*Martyrium*) al que parece corresponder el magnífico mosaico de iconografía cristiana que se halló en la zona de la Plaza de los Sitios y que se conserva en el Museo de Zaragoza.

En torno a este lugar sagrado surgió un cementerio para cristianos al que pertenecen los dos sarcófagos que se conservan en la cripta de Sta. Engracia. Ambos fueron encargados a talleres escultóricos de Roma y traídos por vía marítima-fluvial, para garantizar su integridad, entre el 330 y el 350.

El s. IV fue un siglo de disputas internas entre los nuevos cristianos que se enzarzaron en una serie de tiquismiquis teológicos, los cuales dieron como resultado la aparición de distintas sensibilidades (herejías), tan irritantes para los contrarios que resultaban irreconciliables. Fue necesaria la celebración de concilios para depurar o imponer ideas cada vez más complejas sobre el sencillo mensaje del amor cristiano. Era preciso fijar la ortodoxia para dar unidad a la Iglesia naciente.

Ya hemos visto en el 306 al obispo Valero representando a la comunidad cristiana de *Caesaraugusta* en *Iliberris* (cerca de Granada). Con el reconocimiento de la religión cristiana por parte de los emperadores⁴ los concilios se multiplicaron. A algunos de ellos acudieron presbíteros cesaraugustanos y otros tuvieron lugar en nuestra propia ciudad.

El año 314, Rufino y Clemencio de *Caesaraugusta* fueron enviados al Concilio de Arlés,

donde se condenó la herejía de Donato, también obispo de Cartago. Los donatistas eran extremadamente rigoristas, tanto en el plano espiritual (creían, por ejemplo, que determinados pecados no tenían perdón), como en la vida cotidiana, lo cual les llevaba a provocar a la autoridad romana para alcanzar la palma del martirio.

El 343 el obispo de la ciudad, Casto, fue convocado nada menos que a *Serdica* (Sofía, Bulgaria) para combatir la herejía arriana. Arrio trataba de explicar racionalmente el Dogma de la Trinidad, llegando a la conclusión de que Cristo carecía de esencia divina. Cuando el Imperio de Teodosio se hizo oficialmente cristiano, éste abrazó la ortodoxia emanada del Concilio de Nicea (325), con lo que Arrio fue desterrado a los confines del Imperio, donde evangelizó a los pueblos bárbaros. De ahí que cuando los Visigodos llegaron a *Hispania*, éstos eran ya cristianos,... pero arrianos.

A finales de este siglo surgió otra herejía, esta vez hispana, que fue objeto del primero de los Concilios celebrados en *Caesaraugusta* (380). El heresiarca era esta vez Prisciliano, el cual había refundido una serie de doctrinas anteriores entre las que incluso se contaban el Panteísmo y el Maniqueísmo⁵. El resultado fue una rara mezcla de rigor y desenfreno entre sus seguidores que fue anatematizado en el I Concilio *Caesaraugustano*. Cinco años más tarde, y como prueba de la colaboración entre el poder político y la Iglesia, Prisciliano fue mandado ejecutar por el emperador Máximo⁶ en la ciudad de Tréveris, capital de la parte occidental del Imperio.

⁴ Los emperadores que legalizaron la religión cristiana fueron Constantino y Licinio en el llamado Edicto de Milán (313).

⁵ El Panteísmo es la identificación de Dios con el Universo. El Maniqueísmo se centra en la explicación del Mal. Para él existen dos principios contrapuestos: el Bien (luz) y el Mal (oscuridad), que también están presentes en el hombre.

⁶ Máximo (383-388) es el mismo emperador que mandó restaurar la vía romana del valle de Hecho, y del que se conserva una interesante inscripción en el Mtro. de Siresa.



Irupción de los pueblos bárbaros (elaborado a partir de G. Arias).



Entrada de los vándalos.

7. LA CAESARAUGUSTA DE LA ROMANIDAD TARDÍA (408-472)

A comienzos del s. V *Caesaraugusta* seguía siendo una gran ciudad. Sus edificios públicos y sus casas no tenían ciertamente el brillo de épocas pasadas, algunos incluso habían caído en desuso o se habían transformado, pero sus murallas, que habían sido cuidadas a lo largo del tiempo, estaban intactas e imponentes. Y en esos tiempos de invasiones y violencia física eran de extraordinaria importancia.

El Imperio Romano estaba en franca decadencia desde hacía tiempo y no por culpa de los bárbaros, sino por razones internas. La paralización de las conquistas trajo consigo la crisis económica, y ésta la financiera que convirtió al hasta ahora magnánimo Estado romano en un insaciable devorador de impuestos y otras cargas con las que gravar al pobre ciudadano.

La crisis económica puso en marcha un efecto dominó. A la crisis financiera siguió una crisis social y urbana. Era mejor no estar localizable por si alguien pasaba lista: eso podía suponer pagar más impuestos o recibir un cargo político preñado de responsabilidades. La ciudad, célula vitalísima del Imperio, se había convertido en estos últimos tiempos en una jaula y sus gobernantes, los curiales¹, en sus vigilantes.

La estructura política también se resintió y entró, a su vez, en crisis. Los emperadores se sucedían con la cadencia arrítmica de los golpes de Estado². En fin, mal iban las cosas dentro del Imperio, y peor se pusieron cuando los pueblos del otro lado del *limes*, los llamados bárbaros, atravesaron la frontera presionados por otros más bárbaros: los terribles hunos³.

La mayor parte del ejército estaba en las fronteras (*limes*) por lo que la defensa de las ciudades del interior era responsabilidad de sus propios habitantes. Los *collegia iuvenum* agrupaban a los jóvenes que eran adiestrados por soldados veteranos afincados en la ciudad. El elemento táctico en el que se basaba esta milicia urbana no era la batalla campal, sino la defensa metódica del perímetro amurallado de la ciudad...Y *Caesaraugusta* supo defenderse muy bien.

El mundo rural corrió peor suerte. Hubo que abandonar muchas explotaciones agrarias, o convertirlas en baluartes, no tan seguros como una gran ciudad.

Durante el invierno del 405-406, y aprovechando que el Rin estaba helado, pueblos germánicos enteros cruzaron la frontera natural, ahora indefendible, y se lanzaron ávidos sobre las más dulces tierras de la Galia. Eran los suevos, vándalos (asdingios y silingios) y alanos. Tres años más tarde, en el otoño del 409 entraron en *Hispania*.

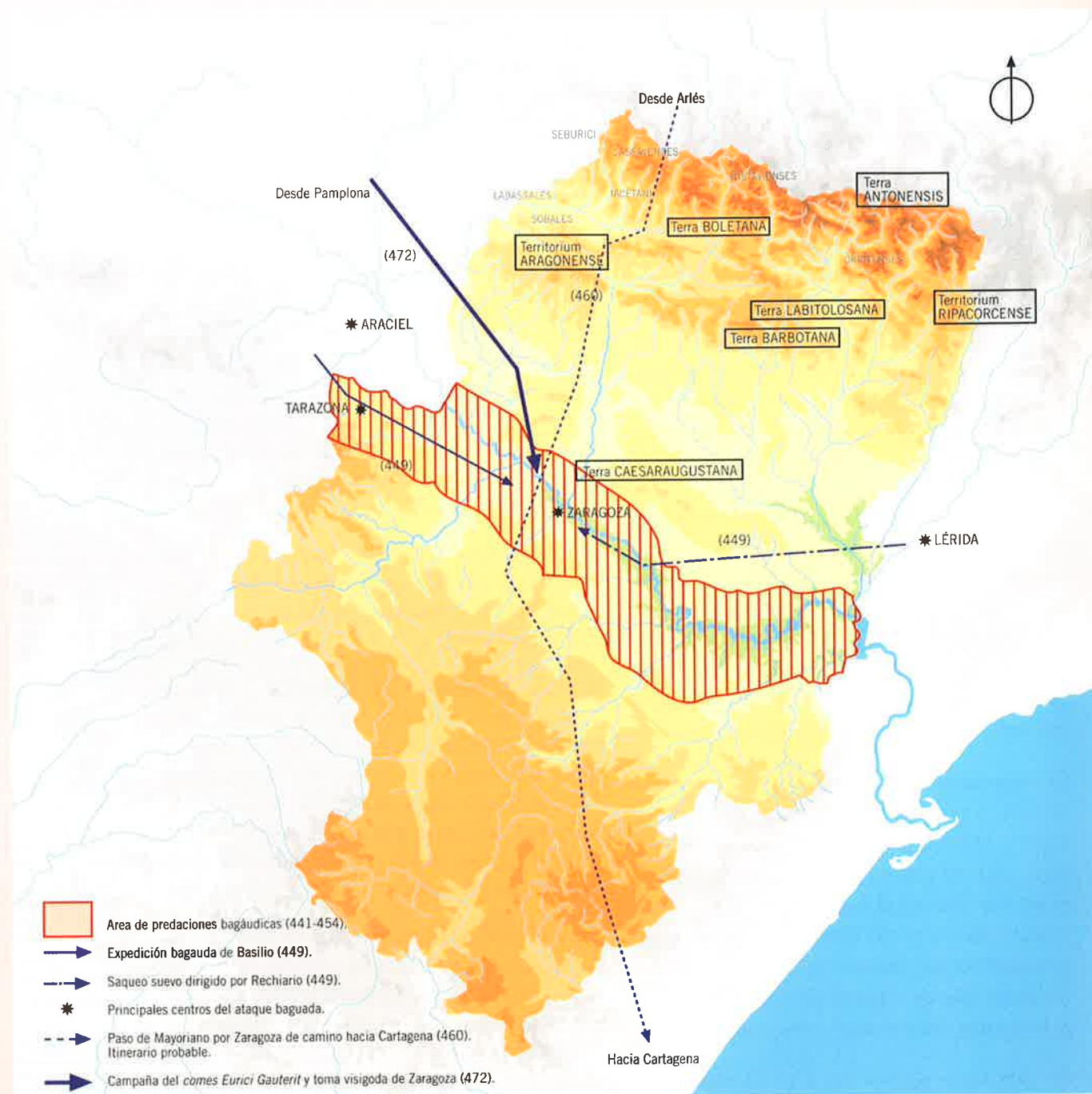
En este preciso momento *Caesaraugusta* entra en el juego de las tensiones políticas antes aludidas. En 407 el comandante militar de *Britania*, Constantino (III), se alza contra Honorio, el emperador de la parte occidental del Imperio. Desde la isla pasa a la *Galia*, donde es aclamado, y establece su capital en Arlés.

La resistencia que encuentra en *Hispania*, y más concretamente en la *Lusitania*, le obliga a enviar a su hijo, el César Constante, acompañado de su general Geroncio, a esta zona que seguía fiel a Honorio, hijo del gran Teodosio (379-395), natural de *Cauca* (Coca, Segovia).

① La aristocracia urbana (*ordo curial*) estaba formada por los terratenientes, puesto que la tierra era el valor más seguro. Con la crisis del s. III la ciudad perdió su autonomía y se convirtió en un instrumento fiscal. Los curiales debían recaudar el impuesto asignado a su ciudad, y si no lograban reunirlo, lo completaban con sus propios bienes.

② El *curriculum* de los emperadores suele ser militar, y su misión la de defender las fronteras del Imperio o defenderse a sí mismos de algún otro contrincante. Al período comprendido entre los años 235-268 se le denomina la *Anarquía militar*, y en esos 33 años se sucedieron o coexistieron 25 emperadores.

③ Los hunos fueron expulsados de China en el s. III a.C. y comenzaron a moverse hacia el Oeste. El año 357 aniquilan a los Ostrogodos en el sur de Rusia. Causan tal terror que su desplazamiento provoca la entrada de los Visigodos en la parte oriental del Imperio (Batalla de Adrianópolis, 378) y el paso del Rin a los pueblos germánicos en la parte occidental en el 405.



Incursiones de Bagaudas y Suevos. Itinerario de Majoriano, y conquista visigoda de *Caesaraugusta* (elaborado a partir de M^a V. Escribano).

La empresa resultó victoriosa y, de regreso a Arlés, Constante descubre la fortaleza de *Caesaraugusta* por lo que decide instalar aquí a su mujer y a su pequeña corte, para avanzar así más rápidamente, dar cuenta a su padre de la victoria y entregarle los prisioneros. También tuvo la mala idea de dejar aquí a Geroncio con el grueso del ejército. Por una razón que no conocemos, Geroncio se subleva en *Caesaraugusta* contra Constantino III y Constante, decidido a correr su propio destino. La ciudad le parece lo suficientemente importante, poblada y segura como para lanzarse a la aventura. Pacta con los recién llegados suevos, vándalos y alanos un hipotético reparto de tierras, y se lanza en persecución de Constante al que alcanza y mata. Pero en 411, Honorio⁴, reagrupando fuerzas, consigue vencer a los sublevados (Constantino III) y a los sublevados de los sublevados (Geroncio). Sin embargo de *Hispania* sólo pudo conservar ya la provincia *Tarraconense*, y por tanto *Caesaraugusta*. El resto tuvo que ser abandonado a los invasores⁵.



A mediados de siglo, entre 441 y 454, se desató a lo largo del Valle del Ebro el azote de los bagaudas⁶. No designa este nombre a un nuevo pueblo invasor, sino a un variopinto conglomerado formado por aquellos a los que el sistema había echado o no habían querido adaptarse: campesinos que lo habían perdido todo, ciudadanos arruinados, desertores, esclavos fugitivos, montañeses acostumbrados al pillaje del llano, etc. Todos juntos formaron bandas, y a veces algo más, que se dedicaron a asolar el corredor del Valle del Ebro. *Caesaraugusta* se

libró de sus ataques gracias a sus murallas, pero ciudades importantes como *Turiaso* (Tarazona), sede episcopal y defendida por una guarnición militar fue asaltada, pillada y masacrada, muriendo en el saco el propio obispo León, seguramente la máxima autoridad de la ciudad. El golpe fue tan duro que fue necesario poner en pie de guerra a todo un ejército visigodo mandado por Frederic, hermano del rey Teodorico II, todavía bajo obediencia romana, para acabar (sólo por el momento) con el problema del bandolerismo bagáudico.

Pocos años más tarde, en 460, recoge la escueta Crónica Caesaraugustana la última presencia de un emperador romano en nuestra ciudad. Se trataba del emperador Mayoriano (457-461), que pasó por *Caesaraugusta* camino del puerto de Cartagena, donde le esperaba la flota para pasar a África, que había caído en manos de los vándalos asdingios. El hecho de que Mayoriano escogiera *Caesaraugusta* como estación de descanso en lugar de bajar directamente por la costa, indica la importancia militar de la ciudad.

Doce años después, en 472, y cuatro antes de que demos por oficialmente terminado el Imperio Romano de Occidente, un ejército visigodo al mando del conde Gauteric entra en la Península por Roncesvalles y, utilizando la vieja calzada militar que hicieran los legionarios de *Caesaraugusta* en época de Augusto, toman la ciudad en nombre del rey Eurico. Desde ese momento *Caesaraugusta* y la *Tarraconense* pasan a formar parte del Reino Visigodo de Tolosa.

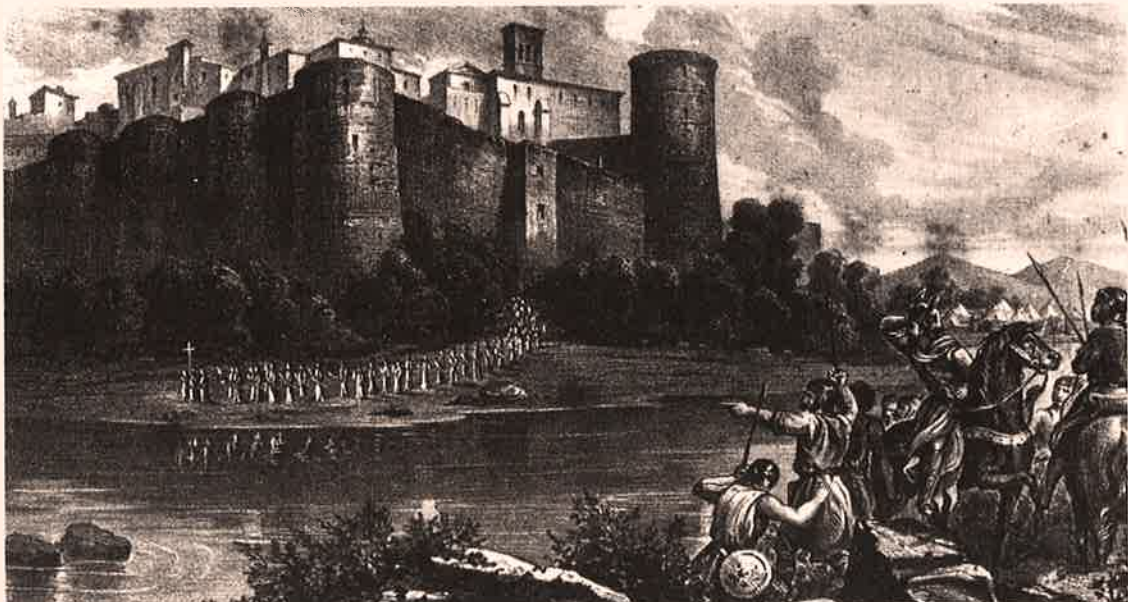
⁴ Con Honorio y Arcadio (hijos de Teodosio) se divide definitivamente el Imperio. Honorio (395-423) tuvo que asistir a la entrada en la *Galia* (405) de los pueblos germánicos; a la sublevación de Constantino (III) (407) que supuso la pérdida de *Britania*; y al saqueo de Roma (410) por los Visigodos.

⁵ Los suevos y vándalos asdingios ocuparon casi toda la *Gallaecia*. Los alanos la *Lusitania* y casi toda la *Cartaginense*, y los vándalos silingios la *Betica*. Sólo la *Tarraconense* (quizá la parte que se reservara Geroncio) quedó bajo el control directo de Roma.

⁶ La falta de autoridad y protección estatal hizo que grupos de rebeldes al sistema se dedicaran al saqueo y al pillaje de ciudades y latifundios. Los movimientos bagáudicos se desarrollaron en la *Galia* y en la *Tarraconense*. En África hubo un movimiento similar, el de los *circumcelliones*, aunque éstos hicieron causa común con los ascéticos donatistas.



Incursiones y asedios de Francos y Vascones en época visigoda (elaborado a partir de J. Paz).



El asedio de Caesaraugusta por los francos en el año 541.

8. CESARACOSTA (472-714)

La *Crónica de Caesaraugusta* recoge en una escueta anotación referida al año 494 que se produjo una entrada de población visigoda en Hispania¹. No sería una gran cantidad, pero al superponerse a la hispanorromana en calidad de grupo dominante se iniciaron los roces y enfrentamientos.

Los visigodos (germánicos) son ahora la casta dominante, tienen el poder militar y político del nuevo Estado llamado el Reino de Tolosa; pero además y sobre todo son arrianos², es decir, herejes a los ojos de los hispanorromanos católicos.

En estos años de finales del s. V y comienzos del VI se producen algunas rebeliones, quizá explicables en este contexto, como las de Burdunelo, que murió asado dentro de un toro de bronce en la capital del reino el año 496. Esta muerte ejemplar y horrorosa estaría reservada a los delitos de traición o lesa majestad.

Diez años más tarde es Pedro quien se subleva en Tortosa, donde recibe la muerte por decapitación, más dulce o por lo menos más rápida que la aplicada a Burdunelo. Como Tortosa era menos importante que *Cesaracosta* su cabeza fue traída hasta aquí y expuesta en las murallas de la ciudad para dar publicidad al asunto, o mejor dicho a su solución.

Es chocante pensar que sólo dos años antes de estos dramáticos sucesos (504), en la *Cesaracosta* visigoda se celebraron juegos circenses, según la costumbre romana.

No sabemos en qué consistieron estos tardíos juegos, pero el autor de la *Crónica Cesaraugustana* es preciso en el empleo del término ("*his consulibus Caesaraugustae circus spectatus est*"), lo que nos permite imaginar concursos hípicos y carreras de carros.

El año 507 fue un año triste para los Visigodos. Los Francos del norte de la Galia los derrotaron en la batalla de Vouillé. Eso les obligó a abandonar el sur de la *Galia* y a replegarse tras los Pirineos. Este acontecimiento colocó a *Cesaracosta* en primera línea frente a las posibles invasiones francas.

Y así sucedió en 541, cuando un ejército franco mandado por Childeberto y Clotario³ se dejó caer una vez más por la vieja y estratégica vía romana de las Cinco Villas asediando la ciudad durante casi dos meses. Tanto tiempo demuestra con claridad que no eran capaces de tomarla al asalto, por lo que decidieron rendirla por hambre.

Los habitantes de *Cesaracosta* aprovecharon para realizar un ayuno penitencial y pasear por los adarves y almenas de su muralla la milagrosa túnica del mártir San Vicente, diácono del obispo Valero.

Cuentan las fuentes de la época que los francos (convertidos ya al catolicismo) sintieron un temor reverencial ante tan prodigiosa reliquia, y convencidos de la inutilidad de asediar una ciudad tan bien protegida, tanto en el Cielo como en la Tierra, acordaron levantar el sitio, a cambio de poder llevarse para Francia una reliquia del santo diácono.

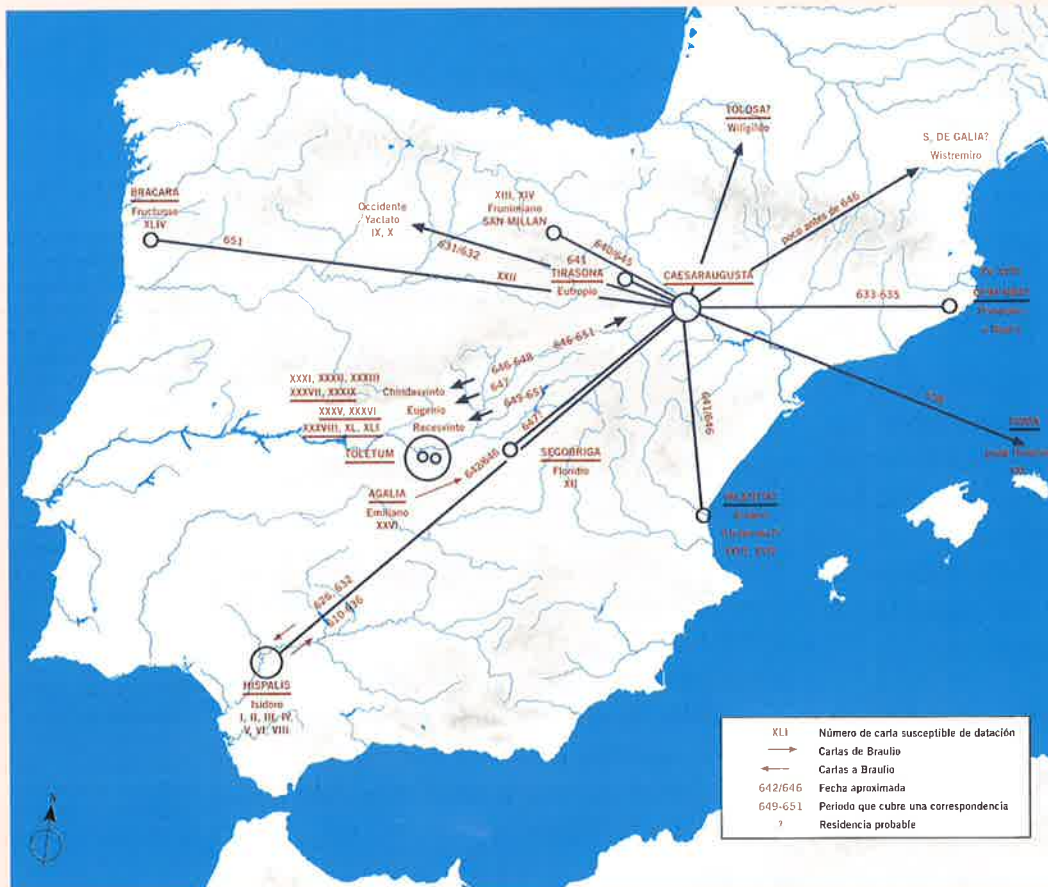
¹ Los visigodos, asentados en Aquitania desde el 418 como *socii foederati* de Roma, nunca dejaron de ver a *Hispania* como un territorio propio, ya que bajo mandato romano la habían limpiado de otros pueblos bárbaros.

² Ulfilas fue un obispo visigodo que, convertido al arrianismo, tradujo la Biblia (arriana) a su lengua vernácula, evangelizando así al pueblo visigodo. Por esta razón ya eran arrianos cuando entraron en el Imperio (378).

³ Childeberto y Clotario eran hijos del gran Clodoveo (491-511), el fundador del reino franco tras vencer a romanos, alamanes y visigodos y extender a su pueblo por toda la Galia.



Conversión de Recaredo, de A. Muñoz de Grain. Palacio del Senado, Madrid.



Moneda de Leovigildo acuñada en Cesaracosta.

Correspondencia de S. Braulio (según G. Fatás).

Los defensores de *Cesaracosta* accedieron a entregarles la estola de San Vicente con la que el entusiasmado Childeberto volvió a París donde mandó levantar una iglesia relicario⁴, en la que incluso preparó su propia tumba que ocupó años más tarde, en 558.

Eran tiempos del obispo Juan, y no eran buenos en el plano material. El asedio, que debió acabar con los cultivos extramuros, trajo escasez, enfermedades y plagas; pero al menos había paz en la comunidad cristiana (católicos la mayoría y arrianos los godos) de la ciudad.

Pero el Estado Visigodo (ahora Reino de Toledo) veía con preocupación esta dualidad religiosa que no ayudaba a la conveniente unificación del reino. Seguramente por eso Leovigildo, el gran rey visigodo, presionó y convenció al obispo de *Cesaracosta*, Vicente II (572-586) para que se convirtiera al credo arriano.

La apostasía⁵ de aquél que precisamente debía vigilar la recta observancia de los católicos, provocó una enorme conmoción en la asamblea cristiana de la ciudad, tal como se puede entrever a través de los cánones del II Concilio de *Cesaracosta* celebrado el año 592, bajo los auspicios de Máximo, nuevo obispo católico, el cual aprovecharía la conversión oficial de los visigodos al catolicismo acordada en el III Concilio de Toledo (589) para volver las cosas a su ser tradicional.

En esos cánones o artículos podemos leer que se aceptan de nuevo en el seno de la Iglesia a los presbíteros apóstatas, siempre que manifiesten su arrepentimiento, o que las reliquias arrianas deben sufrir la prueba del fuego para demostrar su inutilidad, o que las iglesias que hubieran sido consagradas bajo el rito arriano se consagren de nuevo bajo el rito católico. Y esto es, precisamente, lo que tuvo que hacerse con la iglesia de Santa Engracia.

El siglo VII es la época más brillante desde el punto de vista cultural (lo que equivale a decir religioso) en nuestra ciudad. Se suceden una serie de obispos de gran altura intelectual (Juan II, Braulio, Tajón, Valderedo), que hemos de vincular al monasterio extramuros construido junto a la iglesia de Santa Engracia, donde contaban con una surtida biblioteca y un *scriptorium*, lugar en el que los monjes copiaban pacientemente y sin pausa –salvo que no hubiera papiro⁶– las obras conservadas en la biblioteca para distribuir e intercambiar con otros centros monacales o episcopales de *Hispania* o de la Europa cristiana.

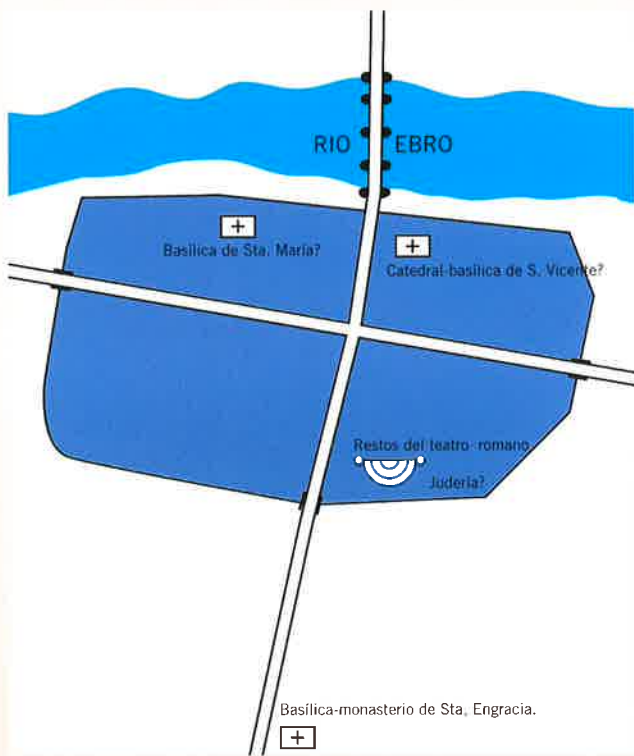
Por ejemplo, el vehemente Tajón marchó a Roma para hacerse con las obras del Papa Gregorio Magno, las cuales consideraba imprescindibles.

Cesaracosta se convirtió en uno de los centros culturales más importantes de *Hispania*, junto con la Sevilla de Isidoro o la Toledo de Eugenio, que antes de llegar a ocupar la sede primada fue arcediano de Braulio.

⁴ Con el tiempo esa iglesia relicario, panteón de los reyes merovingios, se convirtió en la abadía de Saint-Germain des Prés.

⁵ Un apóstata es aquel que abandona sus creencias religiosas para aceptar otras. Vicente II fue el único obispo que en 580 cedió ante las presiones unificadoras de Leovigildo. De poco le sirvió, pues nueve años más tarde el Estado visigodo se convertía al catolicismo.

⁶ El papiro es una planta herbácea que crece en las orillas de los ríos del Oriente Próximo, a partir de la cual se preparaba el soporte de la escritura en la Antigüedad (papiro, *charta*). En Occidente era un artículo raro y escaso.



Plano esquemático de *Cesaracosta* (según G. Fatás).



Jamba de cancel, perteneciente posiblemente a la catedral visigoda de Zaragoza. Hallada en las excavaciones de la calle Sepulcro.



Sisenando, el rey visigodo que se coronó en *Cesaracosta* (631), de B. Montañés y Pérez, 1856. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza.



San Braulio, obispo de *Cesaracosta*, de Bartolomé Bermejo. Museo de la Colegiata de Daroca. Zaragoza.

Pero al mismo tiempo la ciudad seguía siendo un enclave estratégico de primer orden como se puede ver si contrastamos las noticias que de ella tenemos con los acontecimientos más preocupantes en este campo: las *razzias* vasconas y la inestabilidad política aportada por el sistema electivo de sucesión al trono visigodo. El año 625 volvemos a tener noticias de incursiones vasconas esta vez cerca de *Cesaracosta*.

El rey Suintila, seguramente teniendo como base nuestra ciudad, funda la fortaleza de Olite para contener sus ataques, de la misma manera que Leovigildo fundara Vitoria.

Pero mientras Suintila se afanaba por someter a los vascones, en el año 631 se fraguó un nuevo complot para destronarle. El rey se refugió en *Cesaracosta* al abrigo de sus inexpugnables murallas.

El ejército levantisco del pretendiente Sisenando⁷, ayudado por otro franco comprado con oro, no pudieron tomar la ciudad, pero al final las deserciones y las traiciones pudieron más que sus robustos muros y Suintila se entregó a Sisenando, que se hizo proclamar rey en la misma ciudad.

Esta constante zozobra sucesoria es la que lleva al obispo Braulio⁸ a pedir, desde su altísima autoridad moral, al anciano rey Chindasvinto que asocie al trono a su hijo Recesvinto.

Y en contra de la vieja tradición germánica que obligaba, tras la muerte del rey, a escoger al más capaz de entre los nobles, Recesvinto fue

nominado el año 649 como sucesor de su padre, abriendo así el camino de la sucesión dinástica.

Entre Recesvinto –quizá por el favor– y Braulio hubo "química", y de ella surgió la colaboración del obispo en la redacción del *Liber Iudiciorum* que promulgó el rey con un interés homogeneizador⁹.

Todavía en el 653 *Cesaracosta* fue el valladar donde se dirimió otra más de las muchas disputas por el poder. En esta ocasión es Froya (seguramente *dux* de la *Tarraconense*) el que se alza contra Recesvinto.

La novedad es que ya no pide ayuda a los francos, siempre dispuestos a sacar tajada, sino a los vascones, con los que sitia a la ciudad de *Cesaracosta* durante meses. Por fin, Recesvinto vendrá en auxilio de la ciudad y logrará levantar el asedio y también la cabeza de los hombros de Froya.

En las largas e inactivas noches del sitio de Froya fue cuando el obispo Tajón, sucesor de Braulio, encerrado en su atrio episcopal escribió sus "Sentencias" basadas en los escritos del Papa Gregorio Magno, aquellos que fuera a buscar de propio a la misma Roma.

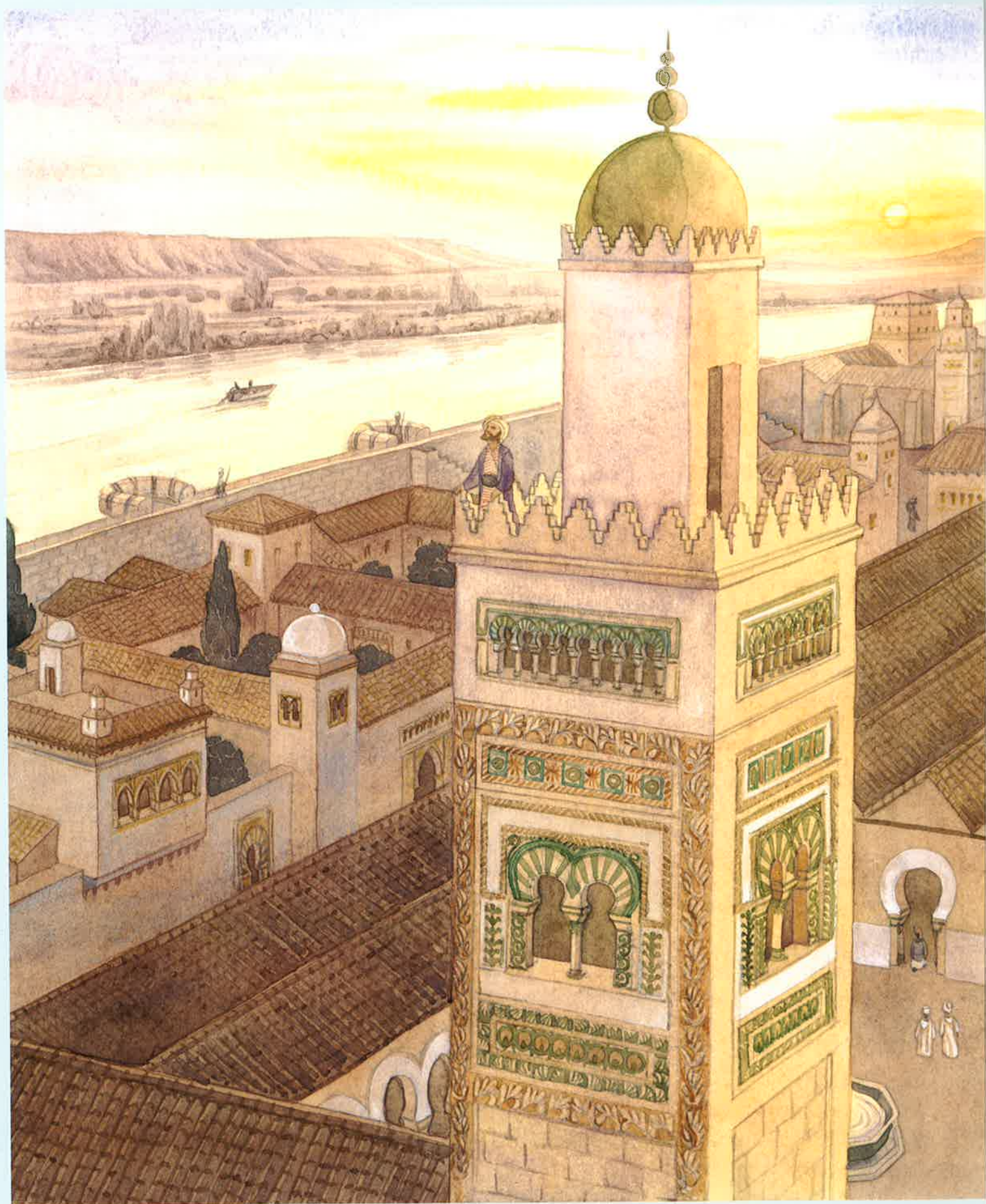
El siglo y la época visigoda se cierra con el III Concilio de *Cesaracosta* (691), el único de categoría nacional que no se celebró en Toledo.

Era obispo de la ciudad Valderedo, cuyo nombre nos demuestra el acceso a la sede episcopal de los sacerdotes de origen visigodo.

⁷ Sisenando (631-636) era un noble de la Galia gótica que conspiró contra el rey Suintila. Para ello contó con la interesada ayuda del rey franco Dagoberto, al que le ofreció una fuente de oro macizo que pesaba más de 160 kilos.

⁸ Braulio como obispo de Zaragoza asistió al IV, V y VI Concilios de Toledo; animó a su amigo Isidoro de Sevilla a redactar sus *Etymologiae*, verdadera enciclopedia de la época; y colaboró en el *Liber Iudiciorum* de Recesvinto.

⁹ El *Liber Iudiciorum* (h. 654) es el nuevo código de leyes que puso fin a la distinción jurídica entre visigodos e hispanorromanos



HISTORIA DE CUATRO CIUDADES

PARTE 2.

Saraqusta

ciudad musulmana



El nombre de Alá.



El color blanco de los sillares de la vieja muralla romana le dio a Saraqusta el sobrenombre de *Medina Albaida*.



Guerreros musulmanes. Manuscrito árabe. Biblioteca Nacional de París (Francia).



Dinar *abasi* (s. VIII) hallado en el curso de las excavaciones de la mezquita-aljama de Saraqusta.

9. LA PRESENCIA ISLÁMICA: SARAQUSTA

Hacia tres años que los musulmanes habían entrado en la Península cuando un buen día *Tariq y Musa*, el gobernador de la ciudad santa de Kairuán, se presentaron ante los muros de *Cesaracosta*.

El ambiente de desánimo entre sus habitantes hispanogodos, las continuas luchas entre partidarios de una cosa u otra y el resentimiento de la población judía, muy discriminada por las leyes visigodas, hicieron que la ciudad se entregara sin lucha a los nuevos señores venidos del sur, los cuales casi no podían dar crédito a su buena estrella.

Sólo unos pocos nobles visigodos y clérigos huyeron de la ciudad hacia las montañas del norte. Los demás se quedaron, pues los musulmanes no eran enemigos exterminadores, y seguramente pensaron que se viviría peor huyendo que aceptando su autoridad.

Los musulmanes no eran muchos. La mayor parte procedían del sur de Arabia (*yemeníes*), otros provenían del norte (*qaysíes*), algunos vinieron más tarde de Siria, y otros, los *berberes*, habían sido convertidos y arrastrados por la incontenible expansión del Islam desde el norte de África. Hablaban árabe, una lengua extraña, y escribían con un alfabeto todavía más extraño, pero en tres años algunos de ellos ya se hacían entender.

A nadie obligaron a convertirse al Islam. Los que continuaron fieles a su fe fueron agrupados en dos barrios; los judíos en el ángulo suroriental de la ciudad, en el llamado Castillo de los judíos (Coso Bajo, zona de San Carlos),

y los cristianos o mozárabes¹ en torno a la iglesia de Santa María junto al tramo central de la muralla que da al río (El Pilar). Éstos, los no asimilados, tenían que pagar unos impuestos que ponían a prueba su fe, de tal manera que muchos hispanogodos se convirtieron a la religión islámica por interés. Estos nuevos musulmanes fueron llamados muladíes², cambiaron sus nombres y sus costumbres para poder seguir viviendo como lo habían hecho hasta ese momento. Los más conocidos en el valle del Ebro fueron los *Banu Qasi* (hijos de *Casius*).

Y la vida continuó su lento fluir en la ciudad, a la que los nuevos dueños, acomodando el nombre anterior a su fonética, llamaron *Saraqusta*. Por lo demás la ciudad romana con sus siete siglos de existencia impuso su plano ortogonal al concepto urbanístico musulmán, que no parte de la idea de un todo planificado, sino de la suma de espacios particulares que modelan caprichosamente la medina³.

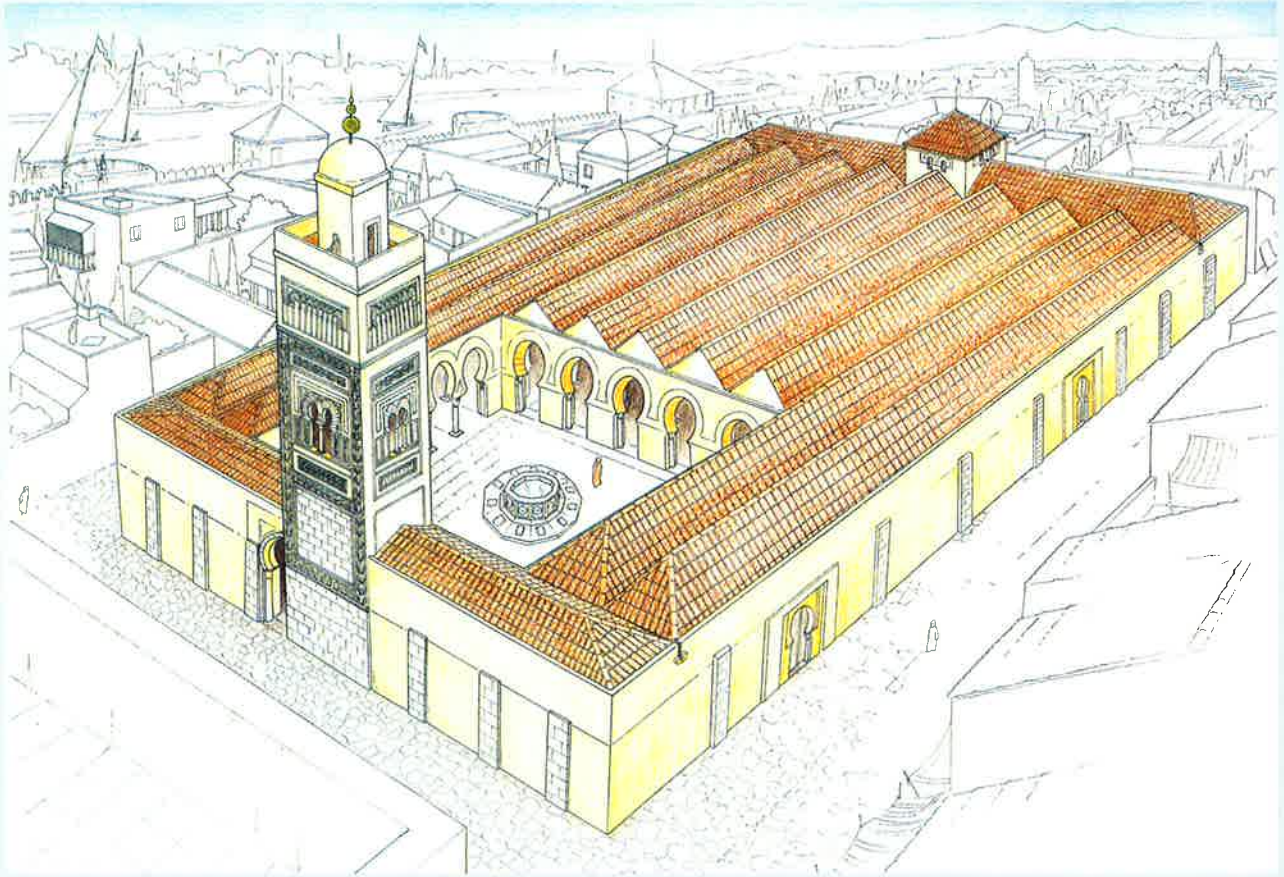
De esta forma surgió la Medina Albaida (la ciudad blanca) de *Saraqusta* que sobrenadaba 3 ó 4 metros por encima de los restos arruinados de la *Caesaraugusta* romana y visigoda.

Esto explica la visión un tanto fantástica que de ella da el geógrafo *al-Zuhri*: "*Su muralla es de piedra blanca, de bloques escuadrados y machihembrados. Por su parte exterior se eleva a cuarenta codos, más o menos, pero por el interior se halla al mismo nivel de las calles y vías, sobresaliendo como mucho cinco codos. Todas sus casas destacan por encima de sus murallas.*"

¹ Mozárabes (*must'arib*): Cristianos sometidos al Islam, pero que conservan su fe.

² Muladí (*muwalladum*): nuevos musulmanes. Cristianos que reniegan de su fe para convertirse al Islam.

³ Medina (*madinat*): parte de la ciudad defendida por murallas.



Aspecto de la mezquita-aljama de *Saraqusta* hacia 1050. Dibujo de J. A. Pérez Casas sobre datos de B. Cabañero, J. L. Corral y J. A. Pérez Casas.



Musulmanes orando en la mezquita, de Bartolini, 1884. Victoria and Albert Museum. Londres.

Alzado de los restos conservados de la impronta del alminar y reconstrucción del mismo (según A. Almagro).



10. LA MEZQUITA DE SARAQUSTA

Los musulmanes eran gente de religión. Nada más tomar posesión de la ciudad levantaron una mezquita¹ en medio del foro, junto al viejo templo romano.

Los musulmanes creen en el Dios de Abraham y en Jesucristo, por lo que deben respeto a judíos y cristianos (*Ahl al-Kitab*), creyentes, como ellos, en un solo Dios y en su Palabra revelada a través de un Libro sagrado².

Dice el Corán: *"Sólo hay un Dios: el Dios vivo y eterno. Él ha enviado el Libro que encierra la verdad, para confirmar las escrituras que le han precedido. Antes hizo descender el Pentateuco y el Evangelio para que sirvieran de guía a los hombres, ahora ha enviado el Corán desde los cielos"*. (Corán, III, versículos 1-3).

La Mezquita es un lugar para el rezo en común. Éste debe hacerse así, al menos, los viernes³ al mediodía en la mezquita aljama. Allí, juntos e iguales, manifiestan su sumisión a Dios, que es lo que quiere decir en árabe la palabra Islam.

Las dos condiciones para la oración son la correcta orientación y la limpieza tanto personal como del lugar en el que se encuentre. Por eso, y para cumplir la primera condición, el elemento esencial de una mezquita es la *qibla* o muro orientado hacia La Meca.

La tradición piadosa considera que fue un hombre santo, llegado con los primeros conquistadores, llamado *Hanas as-Sanani* y discípulo de un discípulo directo del Profeta, quien indicó la orientación de la *qibla* de la mezquita de *Saraqusta*, y el punto en el que debía disponerse el *mihrab* o nicho abierto en el centro

del muro desde el que el imán podía dirigir la oración de los fieles sin tener que dar la espalda a la orientación sagrada. El de la mezquita aljama debía ser espléndido. Un autor anónimo lo describe así: *"Este mihrab es un bloque de mármol blanco de una sola pieza ahuecado con una maestría asombrosa y un arte maravilloso, encima del cual se colocó una concha de formas perfectas; en todo el mundo no existe un mihrab semejante"*.

A partir de la *qibla* se desarrolló una sala de oraciones (*haram*) dividida en cinco naves. Allí, y en un espacio atomizado por las columnas para señalar que sólo en Dios hay unidad y duración, se disponían los musulmanes en largas filas paralelas a la *qibla*, al contrario que la costumbre cristiana, en cuyas iglesias predomina la profundidad. A este lugar sagrado se entra descalzo y limpio.

A continuación se extendía un patio (*sahn*) rodeado de pórticos, en los que se abrían las puertas. En el centro de este patio se disponía una fuente para las abluciones, con lo que se cumplía la segunda condición para la oración. En su lado occidental, es decir, en el punto opuesto a la *qibla* se levantó una torre (*al-minar*) desde la que el almuédano llamaba a la oración cinco veces al día.

Esta primera mezquita fue construida deprisa, entre 714 y 716, aprovechando materiales romanos y visigodos, tuvo unas dimensiones de 35 x 44 ms. Fue ampliada en 856 y en 1018 por *Mundir I*⁴. A esta última ampliación pertenece la sorprendente impronta del alminar que se ha conservado en la cara interna de la torre barroca de La Seo.

¹ Mezquita quiere decir lugar para prosternarse.

² *Ahl al-Kitab*: gentes del Libro (revelado), a los que no se les puede forzar a convertirse.

³ Los viernes es el día sagrado para los musulmanes. Deben rezar todos juntos en la mezquita principal de la ciudad.

⁴ *Mundir I* fue el primer rey de la Taifa de *Saraqusta*.

La *Chanson de Roland*, escrita mucho tiempo después (hacia 1100) comienza precisamente con el asedio a la ciudad de *Saraqusta*:

*Carles li reis, nostre emperere magnes,
Set anz tuz pleins ad estet en Espagne:
Tresqu'en la mer cunquist la tere altaigne.
N'i ad castel ki devan lui remaigne;*

- 5 *Mur ne citet n'i es remés a fraindre,
Fors Sarraguce, ki est en una muntaigne.*

(Versos 1-6)

Carlos el rey, nuestro emperador grande,
siete años enteros ha estado en España:
hasta la mar conquistó esta tierra altanera.

- No hay castillo que ante él se mantenga;
5 muralla ni ciudad que no hayan sido hundidos,
excepto Zaragoza que está en una montaña*.

*(Como se puede ver la licencia topográfica de situar a Zaragoza sobre una montaña se explica por necesidades de la rima).

Edición crítica de Ángel Crespo.



Estatua ecuestre de Carlomagno. Museo del Louvre. Paris.



Expedición de Carlomagno (según J. Paz).



Carlomagno llora a Roldán muerto en Roncevalles. Miniatura del siglo XIV, Biblioteca Real de Bruselas. (Bélgica).

11. CARLOMAGNO Y SARAQUSTA

Saraqusta, y toda la Frontera superior, no aceptaban de buen grado el poder de Córdoba. Disputas tribales importadas desde Arabia, deseo de libertad, lejanía del poder central, etc. habían hecho de los primeros años de la historia de *al-Andalus* una larga serie de conspiraciones, asesinatos, venganzas y odios irreconciliables entre los distintos bandos que constituían la sociedad islámica.

En *Saraqusta* el predominio de árabes del sur (*yemeníes*) entre los conquistadores era abrumador. Por eso no fue bien recibido el nombramiento de *Al-Sumayl* (750-754) –un árabe del norte (*qaysí*)– como wali¹ de la ciudad.

Cuando en el 755 el joven príncipe omeya *Abd al-Rahman* consigue llegar vivo a la Península y crear un emirato andalusí independiente de Bagdad, la libertad de estas tierras del norte no tenía cabida en un Estado que quería ser fuerte y centralizado. Por eso mandó ejecutar a *al-Sumayl* y lo sustituyó por *Badr*, su hombre de confianza.

Los primeros años de su reinado se consumieron en sofocar rebeliones (Toledo, Beja, Alcalá de Guadaíra), y en sellar la Frontera Superior del valle del Ebro frente al expansionismo franco. En el año 772 se produjo la revuelta más famosa de toda la serie cuando *Sulayman al-Arabí*, otro yemení, antiguo gobernador de Barcelona y Gerona, depuesto y deportado a Córdoba por oficiales omeyas, aparece en *Saraqusta* acaudillando el bando yemení y enarbolando banderas de independencia.

Ante la más que segura reacción del emir *Abd al-Rahman I*, no se le ocurrió otra cosa mejor que ofrecer la ciudad a Carlos, el rey cristiano

de los francos. En el invierno de 777-778 Carlomagno se encontraba en Paderborn, (Westfalia) y hasta allí llegó una embajada de *Saraqusta* con la misiva en cuestión.

Carlomagno vio la ocasión de crear una Marca² Hispánica frente a los "infeles", de modo que en la primavera de 778 cruzó la cordillera por Roncesvalles, sometió la ciudad de Pamplona, recibió la pleitesía de *Abu Tauro*³, señor de Huesca, y, recorriendo la vía romana de las Cinco Villas, llegó ante la ciudad de *Saraqusta*, como años antes (541) hicieran sus antecesores Childeberto y Clotario.

Le salió a recibir el mismo *Sulayman* como prenda de garantía, pero ante el estupor de ambos, el lugarteniente que había dejado en la ciudad, *Husayn al-Ansari*, cerró sus puertas y, parapetado tras sus inexpugnables murallas, se negó a entregar *Saraqusta* al cristiano. La posición del pobre *Sulayman* no se puede decir que fuera más ridícula que peligrosa. Carlomagno temiendo que fuera una treta de los musulmanes lo tomó como rehén y en pleno verano se volvió con el prisionero por donde había venido.

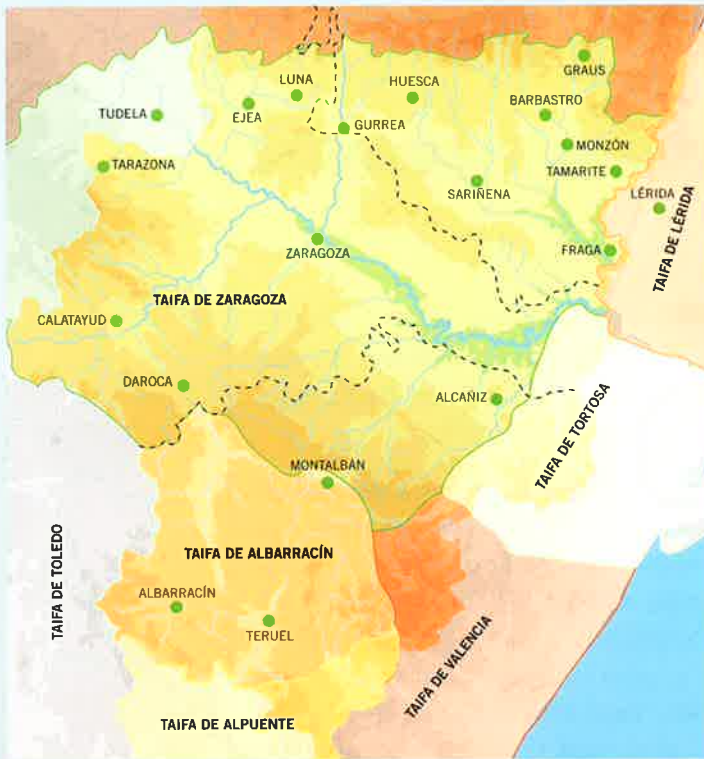
Las fuentes árabes anotan que los hijos de *Sulayman* atacaron al ejército franco y liberaron a su padre, que regresó a *Saraqusta* y se reconcilió con *Husayn* (¡).

Y aquí surge entre los historiadores la duda de si fue éste el ataque a la retaguardia del ejército de Carlomagno que inmortalizará la más famosa de las Canciones de Gesta, o si hubo otro posterior a cargo de los vascones cuando repasaba el puerto de Roncesvalles, en el que murió Roldán, el duque de Bretaña.

¹ *Wali* es un gobernador musulmán.

² La Marca es una frontera defendida militarmente, a cuyo frente se encuentra un marqués.

³ *Abu Tauro* era un muladí, posiblemente hijo del conde Casio.



Mapa de la Taifa de Saragusta (según Agustín Ubieto).



Tratado entre Sancho el de Peñalén, rey de Pamplona, y al-Muqtadir fechado el 25 de mayo de 1073. Archivo Histórico Nacional, Madrid.



Campañas del Cid en Aragón (según R. Fletcher).



Dinar de oro acuñado en la Taifa de Saragusta por Mundir II (1033-1034).



Monumento al Cid en Vivar, Burgos.

12. LA TAIFA DE SARAQUSTA Y EL CID

Con la descomposición del Califato de Córdoba a comienzos del siglo XI la ciudad de *Saraqusta* volvió a lo que parecía ser su tendencia natural hacia la independencia. Esta vez un simple pero valeroso soldado llamado *Mundir*, que había sabido maniobrar en las turbulentas aguas provocadas tras la muerte de Almanzor, se proclamó primer rey de la Taifa de *Saraqusta*.

Mundir I (1018-1023) amplió su reino por el valle medio del Ebro, y se dedicó a convertir la ciudad en un centro de saber, como sólo puede hacerlo aquel hombre que se esfuerza por aprender de mayor lo que no pudo de joven.

Sin embargo su dinastía no duró mucho tiempo. Su nieto, *Mundir II*, cayó víctima de la enésima conspiración el año 1038. Esta vez el favorecido fue *Sulayman ibn Hud*, con el que se inicia la última dinastía saraqustí: los *Hudfés*.

Le sucedió su hijo el gran *Al-Muqtadir* (1046-1081), quien –con la ayuda de los castellanos– derrotó y mató en 1064 a Ramiro I, el primer rey de Aragón, cuando éste trataba de conquistar la fortaleza de Graus, llave de la importante ciudad de Barbastro. Poco después de la muerte de Ramiro I, en agosto de 1064, se reconquistó efímeramente Barbastro, en lo que se considera la primera Cruzada de la cristiandad. La hazaña no pudo ser mantenida y en menos de un año pasó a manos de *Al-Muqtadir*, que celebró el momento más brillante de su reinado con la construcción del palacio de la Aljafería¹.

La presencia de mesnadas castellanas (entre las que ya figuraba Rodrigo Díaz de Vivar) ayudando al "rey moro de Zaragoza" se explica por

las rivalidades de los reinos cristianos entre sí de cara a la futura expansión hacia el sur. *Al-Muqtadir*, por ejemplo, firmó un tratado de alianza con el mismísimo Sancho IV, rey de Pamplona (hoy diríamos Navarra), mediante el cual se comprometía a pagarle 1000 monedas de oro al mes en concepto de parias².

La Corte de *Al-Muqtadir* fue una de las más famosas y brillantes de todo el siglo XI en la Península, aunque su progresiva debilidad militar ante la expansión de los cristianos aragoneses le llevó a rodearse de mercenarios, hombres de fortuna que luchaban por dinero. Este fue el caso del protagonista del Poema del Mío Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, que desterrado de Castilla por Alfonso VI entró al servicio de *Al-Muqtadir* en 1081, y continuó estándolo con su hijo *Al-Mutamín* (1081-1085). Bajo sus banderas luchó contra el rey de Aragón, Sancho Ramírez, y contra el Conde de Barcelona, y fue aclamado como un héroe por los habitantes de *Saraqusta*, cuando tras la batalla de Morella (1084) entró en la ciudad con 16 grandes señores aragoneses prisioneros, entre los que estaban Blasco Garcés el mayordomo del rey Sancho Ramírez y el obispo Dalmacio de Roda.

Este –digamos– lado oscuro del hombre de frontera, que se mueve más por necesidad que por ideales, no aparece reflejado tan apenas en el Poema del Mío Cid, que es un canto épico de exaltación de los valores que adornan al caballero cristiano, y no una crónica histórica. El juglar (¿Per Abbat?)³ autor de la obra evitó en lo posible tocar este asunto tan poco airoso del Cid al servicio del rey moro de Zaragoza.

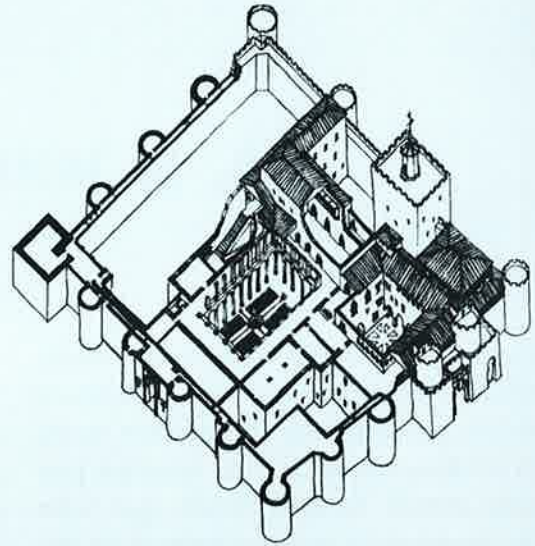
¹ Aljafería. El nombre del palacio deriva de Ahmad *Abu Yafar ibn Sulayman*, que adoptó el título de *al-Muqtadir bi-llah* en 1068, con el que es más conocido, aunque ellos lo denominaron *Qsar al-Surur* o Palacio de la Alegría.

² Parias. Tributo en oro que los reyes de las taifas musulmanas pagaban a los reyes cristianos en reconocimiento de su superioridad y para ser protegidos. Era una costumbre feudal.

³ Per Abbat figura en el colofón del Poema del Mío Cid como transcriptor de la obra y hay quien lo considera autor de la misma. Menéndez Pidal cree que el Poema es obra de dos juglares anónimos, uno de San Esteban de Gormaz y otro de Medinaceli.



Ribat de Monastir (Túnez).



Reconstrucción hipotética de la Aljafería (según F. Íñiguez).



Reconstrucción del aspecto original del Salón del Trono del palacio de la Aljafería, siglo XI (según B. Cabañero y C. Lasa).



Oratorio y Mihrab de la Aljafería.



Inscripción en caracteres cúficos de la puerta del oratorio de la Aljafería.



Ave (¿faisán?) tallado en yeso en el lado izquierdo de la puerta central de ingreso al Salón del Trono del palacio de la Aljafería. Medios del siglo XI.

13. LA ALJAFERÍA DE AL-MUQTADIR

A las afueras de la ciudad, junto a la Almozara¹, y no lejos de la muralla de tierra con la que se protegieron los distintos arrabales que iban surgiendo en torno a la medina, surgió una fortaleza-palacio cuyo origen se remonta probablemente al campamento militar que *Abd al-Rahman III* construyó durante el asedio a la ciudad en 935-937.

La fortaleza se edificó en el siglo X a la sombra de una robusta torre levantada junto a un profundo pozo que conecta con la capa freática del Ebro. Esta torre es conocida en Zaragoza como la del Trovador, ya que en ella situó Antonio García Gutiérrez el drama amoroso de Don Manrique de Lara y Doña Leonor Sesé de Urrea, obra que sirvió de base para el libreto de *Il Trovatore*, una de las más famosas óperas de Verdi.

La muralla dibuja un perímetro rectangular de 78 por 87 m. defendido por torreones, siguiendo el modelo de los palacios Omeyas del desierto sirio (*Qsar al-Hayr, Mshatta*), emplazados, al igual que éste, sobre un terreno llano y por tanto inútil para su defensa. Este lejano modelo llegará a la Península a través de los *ribat*² del norte de África, como los de Sousse o Monastir en la costa del actual Túnez, datados en el s. VIII.

Cuando *Ahmad Abu Yafar ibn Sulayman, al-Muqtadir bi-Allah* en 1065 alcanza el zenit de su poder al reconquistar a los cristianos la importantísima ciudad de Barbastro que había caído en sus manos pocos meses atrás, decidió construir una obra digna de su hazaña y transformó lo que no era más que una fortaleza en un fastuoso palacio para él y su corte.

La superficie interior del recinto fortificado fue dividida en tres espacios en sentido norte-sur, reservándose el central y más importante para la construcción de su palacio. El palacio de la Aljafería (algo habitual en la arquitectura mediterránea) se construye en torno al concepto de patio, un espacio interior y abierto al cielo, que organiza y distribuye las distintas dependencias palaciegas.

El palacio musulmán, residencia del señor y anticipo del Paraíso prometido, gira en torno al agua, el bien máspreciado para un árabe. Diríase que la esencia de un palacio árabe es el rumor del agua. El agua obra el milagro de la vida, y la vegetación ocupa el patio –que nosotros llamamos de Santa Isabel– como prueba fehaciente del prodigio. Sólo en los lados cortos del patio rectangular se abren en sucesivos grados de intimidad y luminosidad las estancias palaciegas. No hay tan apenas habitaciones cerradas, como tampoco las hay en la tienda de un beduino.

Siguiendo el precepto coránico de la prohibición de representar imágenes³ que pudieran entenderse como un afán de emulación a la obra de Dios –el único creador–, el arte plástico musulmán se condensa y resume en una respetuosa tendencia a la abstracción geométrica (arabesco), vegetal (ataurique), y al reconocimiento del valor sagrado del alfabeto árabe (escritura cúfica).

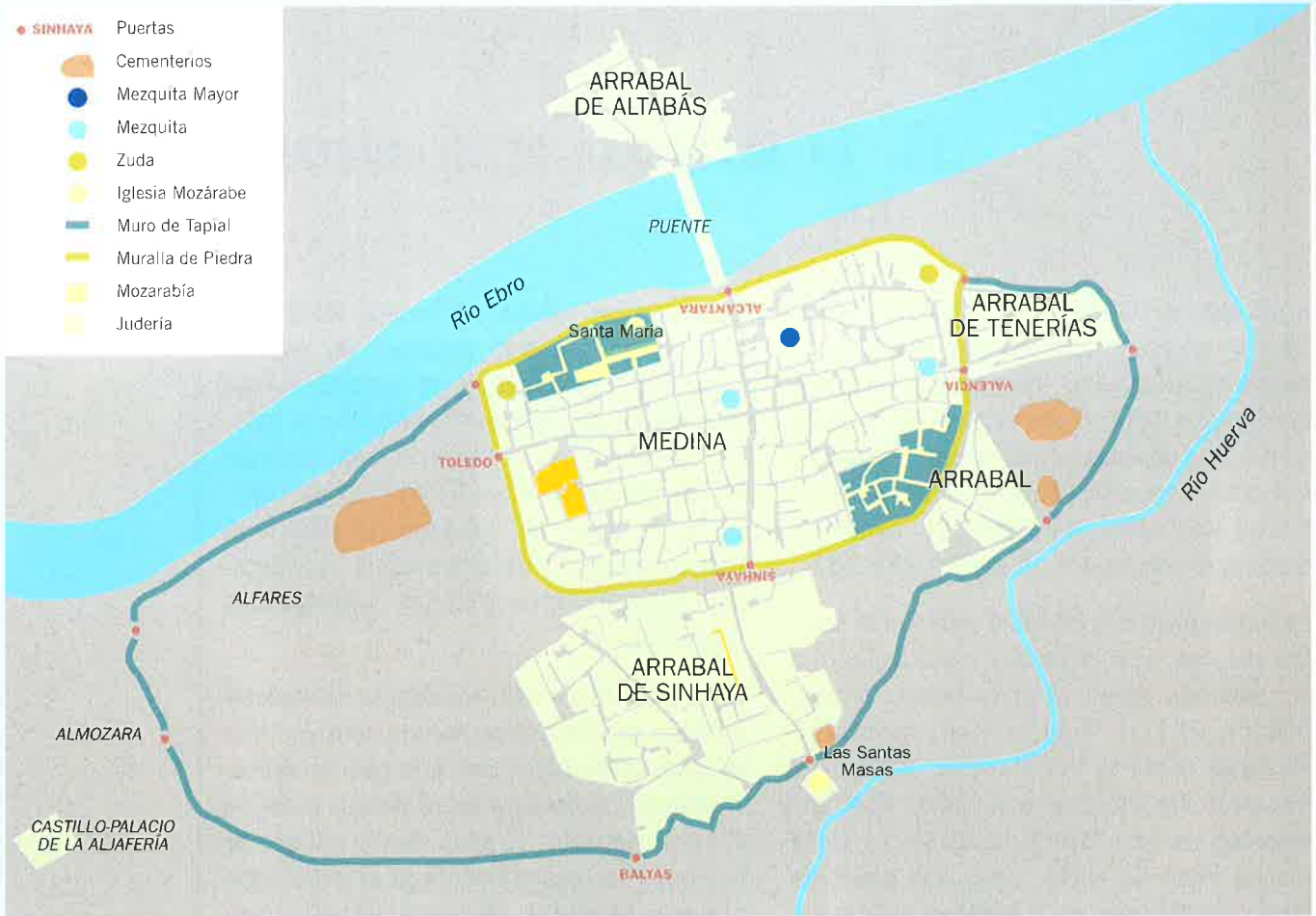
Todas las superficies disponibles estaban recubiertas con este epitelio decorativo que canta en su multitud repetitiva la unidad de Dios.

¹ Almozara (*al-Musara*): explanada donde se realizan ejercicios militares y de equitación. Campo de Marte.

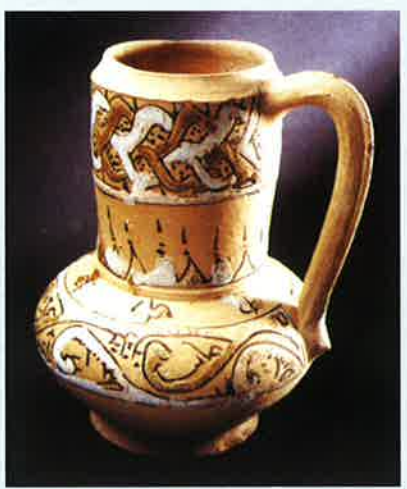
² Los *ribat* fueron conventos-fortaleza distribuidos a lo largo de la orilla árabe del Mediterráneo para proteger la costa y servir de albergue a viajeros y peregrinos. En España se conserva su recuerdo en topónimos como San Carlos de la Rápita o La Rábida.

³ A pesar de la prohibición, en la parte izquierda del acceso principal al Salón del Trono se esconde un faisán entre el ataurique. No sabemos si fue una broma o un desafío del artista.

- SINHAYA Puertas
- Cementerios
- Mezquita Mayor
- Mezquita
- Zuda
- Iglesia Mozárabe
- Muro de Tapial
- Muralla de Piedra
- Mozarabía
- Judería



Saraqusta en el siglo XI (según J.L. Corral).



Jarrito con decoración de cuerda seca parcial procedente de la excavación de la calle Martín Carrillo (siglo XI).



Astrolabio realizado en Saraqusta por Annaqqâsh. Museo de Nüremberg.

14. LOS ALMORÁVIDES Y AVEMPACE

La prematura muerte de *Al-Mutamin* elevó al trono zaragozí a su hijo *Al-Mustain* (1085-1110), con el que se inicia el declive de la Taifa de Zaragoza. El mismo año de la sucesión, Alfonso VI de Castilla conquista Toledo –el mayor éxito de los cristianos en todo el siglo XI– y sitia Zaragoza a continuación.

Sólo la llegada de los fanatizados Almorávides¹ desde el norte de África, llamados como última esperanza por sus hermanos de religión, obligó al castellano a levantar el sitio de la ciudad para acudir a hacerles frente en los campos de Sagrajas (cerca de Badajoz), donde fue derrotado en toda regla.

Al afortunado *Al-Mustain*, que gobernó sin sobresaltos veinticuatro de sus veinticinco años de reinado, le sucedió su hijo *Abd al-Malik*, quien tomó el sobrenombre de *Imad al-Dawla* ("El Pilar de la dinastía"), título que se antoja demasiado rimbombante para alguien que sólo consiguió gobernar cuatro meses del año 1110.

En la ciudad se habían creado dos estados de opinión. Por un lado estaban los partidarios de seguir como hasta ahora, disfrutando de una relativa paz comprada a peso de oro a los cristianos, y, por otro, los que hartos de tal humillación y, tal vez, de tanta relajación en materia religiosa de la corte *hudí*, veían a los almorávides como los salvadores de la dignidad política y de la ortodoxia religiosa al mismo tiempo.

El 30 de mayo del año 1110 los almorávides africanos ocupaban la ciudad. El "Pilar de la dinastía" huyó al castillo de Rueda en el valle del Jalón, llevándose la mayor parte del

tesoro de la ciudad y poniéndose bajo la protección de Alfonso I el Batallador.

Durante el breve período de dominación almorávide (1110-1118) floreció en *Saraqusta* la figura más señera de la cultura árabe en estos momentos. Se llamaba *Abu Bakr Muhammad ibn Yahya ibn al-Saig ibn Bayya*, pero todos lo conocemos con el nombre de Avempace. Avempace nació en Zaragoza entre 1085 y 1090 en el seno de una familia humilde. Muy pronto destacó en diversos campos del estudio, como la medicina, la música o la poesía. Incluso hay investigadores que sostienen que fue el creador del zéjel².

Su valía intelectual y su pureza en materia religiosa hizo que el primer gobernador almorávide de la ciudad, *Ibn Tifilwit*, se fijase en él y lo nombrara visir³.

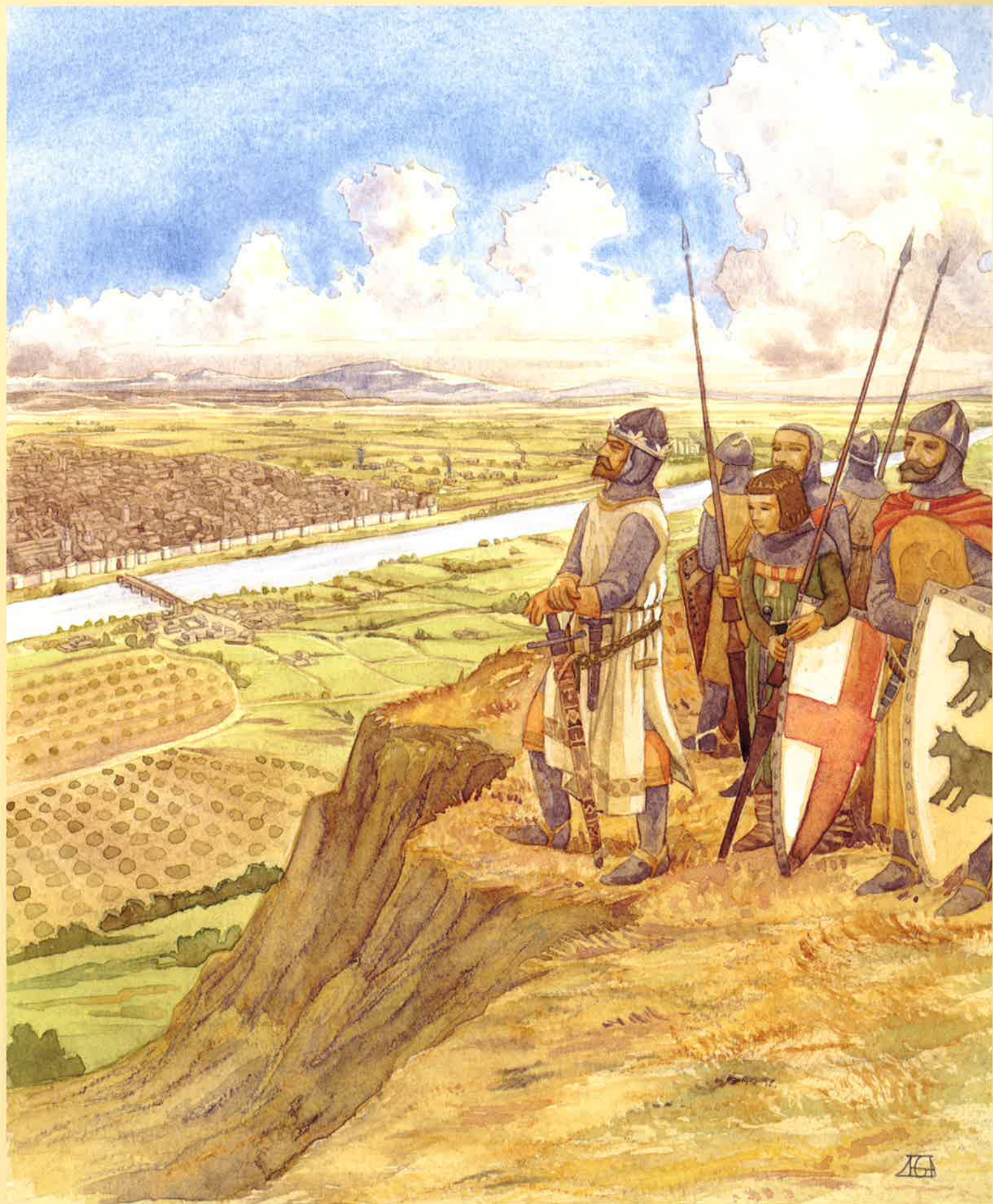
En 1118, ante la inminente caída de Zaragoza en manos cristianas, decidió marcharse de la ciudad que le vio nacer, yendo a establecerse como médico en Fez, donde murió en 1139, seguramente envenenado por el gremio local.

Fue médico, astrónomo, poeta, músico y, sobre todo, filósofo en el sentido estricto de la palabra. Es el introductor de la filosofía aristotélica en Occidente, y con ella el creador de una visión más racional y lógica del mundo, que se enfrentaba al misticismo platónico que impregnaba el pensamiento islámico en estos momentos, y del que él mismo no pudo o quiso liberarse totalmente. Él inicia la línea filosófica que a través de Averroes llegará al pensamiento cristiano con Sto. Tomás de Aquino.

¹ Almorávide (*murabitum*) viene a significar "de gran resistencia y valor", y es el nombre que *Ibn Yasin* les dio en 1054 a un grupo de tribus bereberes de la etnia *sinhaya* seguidores de la escuela *maliki* y muy ortodoxos en materia de religión, que llegaron a formar un gran imperio en el norte de África y *Al-Andalus*.

² El Zéjel es una composición poética popular de origen arábigo-andaluz, pero con métrica románica, lo que hace suponer una influencia mozárabe. Del zéjel parece derivar el villancico medieval castellano.

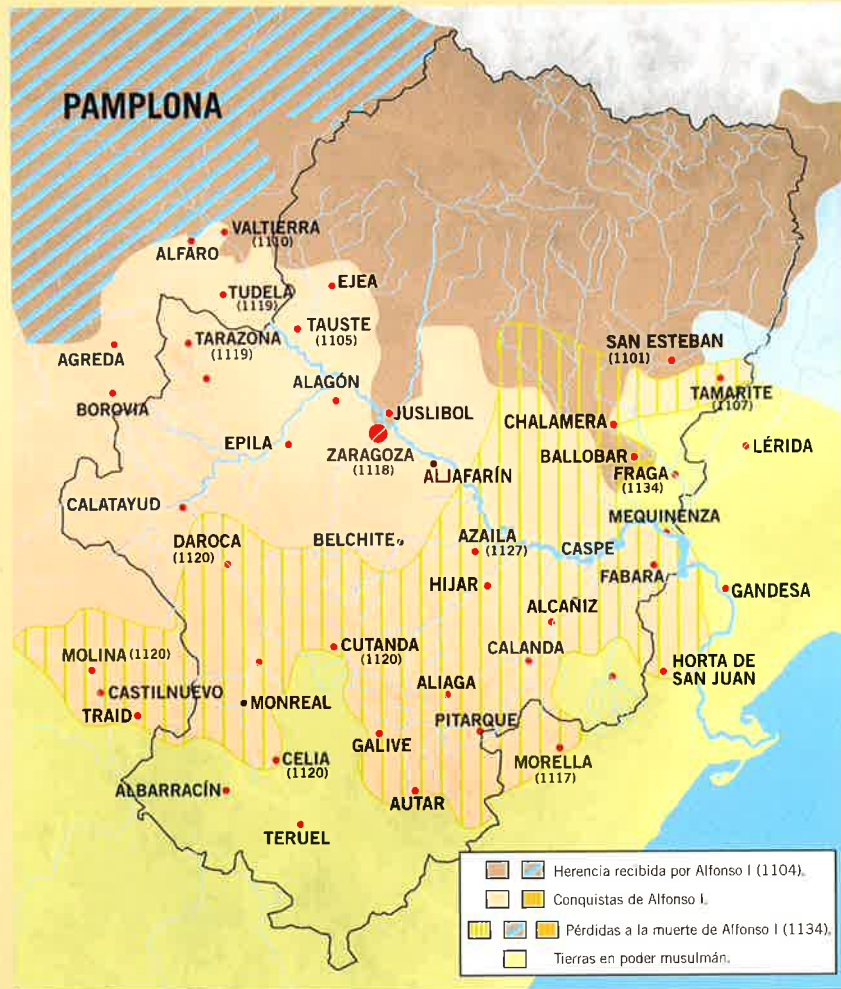
³ Visir (*Wazir*). En origen representante del príncipe musulmán. Posteriormente pasa a designar a una especie de ministro encargado de la Chancillería o del Tesoro.



HistorIA de CuATRO CiUDADES

PARTE 3.

**La Zaragoza
cristiana**



Conquistas de Alfonso I (según Agustín Ubieta).



El Barranco de la Muerte, de Agustín Salinas, 1891-92. Diputación de Zaragoza. Palacio de Sástago.

15. LA CONQUISTA CRISTIANA DE ZARAGOZA

Durante casi un siglo, paralelamente a la Taifa de *Saraqusta*, se ha ido desarrollando el Reino cristiano de Aragón, que ya no es aquel pequeño territorio perdido en la zona central del Pirineo, sino un incipiente Estado que mantiene relaciones diplomáticas con la Santa Sede, que pelea con sus vecinos para defender sus derechos, y que posee la fuerza suficiente para expansionarse hacia el sur: hacia la rica tierra llana en manos de los musulmanes, que ya no son lo que eran desde la descomposición del Califato en 1031.

A Ramiro I (1030-1064), muerto en Graus ante el ejército de *Al-Muqtadir*, le sucede su hijo Sancho Ramírez (1064-1094), muerto también en acto de guerra, esta vez ante los muros de Huesca. De sus hijos, tres pasaron por el trono aragonés: Pedro I (1094-1104), Alfonso I (1104-1134) y, aunque sólo lo justo, Ramiro II, el Monje (1134-1137).

La vinculación de Sancho Ramírez a la Santa Sede explica el espíritu de cruzada que se vive en el reino y en su propia familia. En 1086 no duda en enviar a su hijo Pedro (I) al lado de Alfonso VI de Castilla para ayudarle a contener la invasión almorávide, a pesar del interés castellano por el valle del Ebro¹. Cinco años más tarde (1091) levantó la fortaleza adelantada del Castellar en los montes frente a la desembocadura del Jalón para marcar el gran objetivo de la dinastía: la conquista de la ciudad de Zaragoza.

Tras la conquista de Huesca, Pedro I se atreverá a cerrar más el cerco, y en 1101 construirá, a la vista ya de la ciudad, un campamento cristiano que bautizará con el

emblemático nombre del grito de guerra cruzado: *Deus o vol* (Dios lo quiere), o sea, Juslibol.

La muerte de Pedro I con sólo 36 años y sin ningún hijo superviviente hizo que la corona recayera en el príncipe Alfonso, que era nada menos que el segundón del segundo matrimonio de su padre Sancho Ramírez, habido con Felicia de Roucy, una dama francesa originaria de la región de Champaña. Las muertes prematuras de todos los que tenía por delante en la línea sucesoria dieron como resultado su ascenso al trono, algo que ni él mismo debía haber considerado.

Tenía 31 años, y su escasa inclinación a las mujeres lo mantenía soltero a esa *avanzada* edad. Vivía totalmente entregado a su misión como soldado de Cristo. Pero en 1109 los hilos de la Historia se cruzaron hasta sacar a Alfonso de su destino natural. No hacía mucho el infante Sancho de Castilla había muerto en la batalla de Uclés (1108), y casi a continuación lo hacía su padre, Alfonso VI. Quedaba únicamente su hija Urraca², viuda y con un hijo (el futuro Alfonso VII).

En esta delicada situación se convino el matrimonio entre ambos, el cual hubiera podido desembocar en la unión³ de los reinos de Castilla-León y Aragón en plena Edad Media, pero aquello no sirvió más que para disgustos personales y políticos, amén de distraer a Alfonso I de su objetivo que era reconquistar el valle medio del Ebro.

Disuelto el vínculo matrimonial en 1114, Alfonso I centró todo su interés en la conquista de Zaragoza, ciudad tan importante para el Reino de Aragón, como Toledo lo había sido para Castilla.

¹ En 1086 Alfonso VI estaba sitiando Zaragoza. Sólo la llegada de las almorávides a la Península le obligó a levantar el asedio.

² Urraca había estado casada en primeras nupcias con el conde Ramón de Borgoña, de cuya unión nació el futuro Alfonso VII.

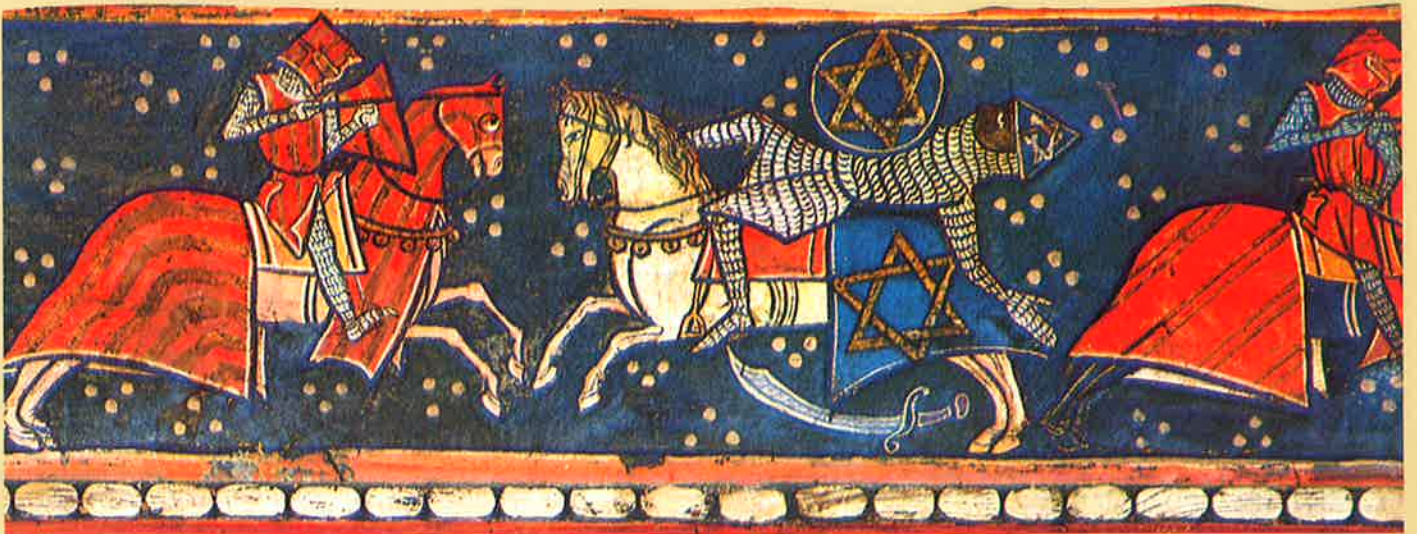
³ Hubiera sido necesario el nacimiento de un hijo común, el cual habría heredado ambos reinos. Hubo que esperar a los Reyes Católicos para que se produjera esta unión.



El rey D. Alfonso I el Batallador, de Francisco Pradilla, 1879. Ayuntamiento de Zaragoza.



Olifante de Gastón de Bearn. Museo del Pilar. Zaragoza.



Caballero cristiano derribando a un musulmán. Artesonado de la catedral de Teruel.

Saraqusta estaba en manos de los almorávides desde 1110. El último rey *hudí* había tenido que abandonar la ciudad e instalarse en la fortalesa de Rueda de Jalón bajo la protección de Alfonso I, a quien interesaba mantener las diferencias internas entre los musulmanes hispanos y los almorávides africanos.

El nuevo gobernador almorávide *Muhammad ibn al-Hayy*, sintiéndose fuerte por la ausencia del rey cristiano, lanzó una algarada⁴ por tierras de Huesca y Barbastro, que llenó de temor a toda la frontera. Esto sucedía entre 1112 y 1113.

En el verano de 1117 el rey Alfonso junto a sus inseparables compañeros de armas, los hermanos Gastón, vizconde de Bearn, y Céntulo de Bigorra, recorrieron el perímetro de las murallas de *Saraqusta* para descubrir posibles puntos débiles y diseñar las máquinas de asalto, de las que Gastón era un experimentado constructor, como ya había demostrado en la toma de Jerusalén (1099) durante la I Cruzada.

Los habitantes de la ciudad se alarmaron ante tan inquietante visita. Sabían de sobra a qué habían venido aquellos ojeadores.

La empresa estimuló de forma extraordinaria a los caballeros cristianos de uno y otro lado del Pirineo. De hecho a comienzos de 1118 se celebró un concilio en Toulouse, que elevó a la categoría de cruzada la toma de *Saraqusta*. Gran número de caballeros del *Midi* francés, aragoneses, sobrarbenses, ribagorzanos, navarros, vizcaínos y alaveses se pusieron con sus mesnadas⁵ bajo el estandarte de Alfonso I. El obispo Esteban de Huesca era el alma de la expedición.

En mayo de 1118 se formalizó el asedio de la ciudad. Los sitiados hicieron un intento de romper el cerco, cruzando el puente de madera y atacando las posiciones cristianas que amenazaban el arrabal. La salida resultó un fracaso y más aún la retirada, pues los cristianos incendiaron el puente cortando así la retirada. Sólo el vado existente no lejos del puente evitó una masacre entre los musulmanes, que tras la amarga experiencia se encerraron en la ciudad.

En junio asaltaron los cristianos el palacio de la Aljafería, que quedaba fuera de las murallas de la ciudad. La caída del alcázar fue un aldabonazo en las conciencias almorávides. *Abd Allah ibn Mazdali*, gobernador de Granada, acudió en ayuda de los sitiados, derrotó a los cristianos en Tarazona y consiguió –burlando el cerco– entrar con un grupo escogido de guerreros en la ciudad. La moral de los sitiados subió y la de los sitiadores se vino abajo.

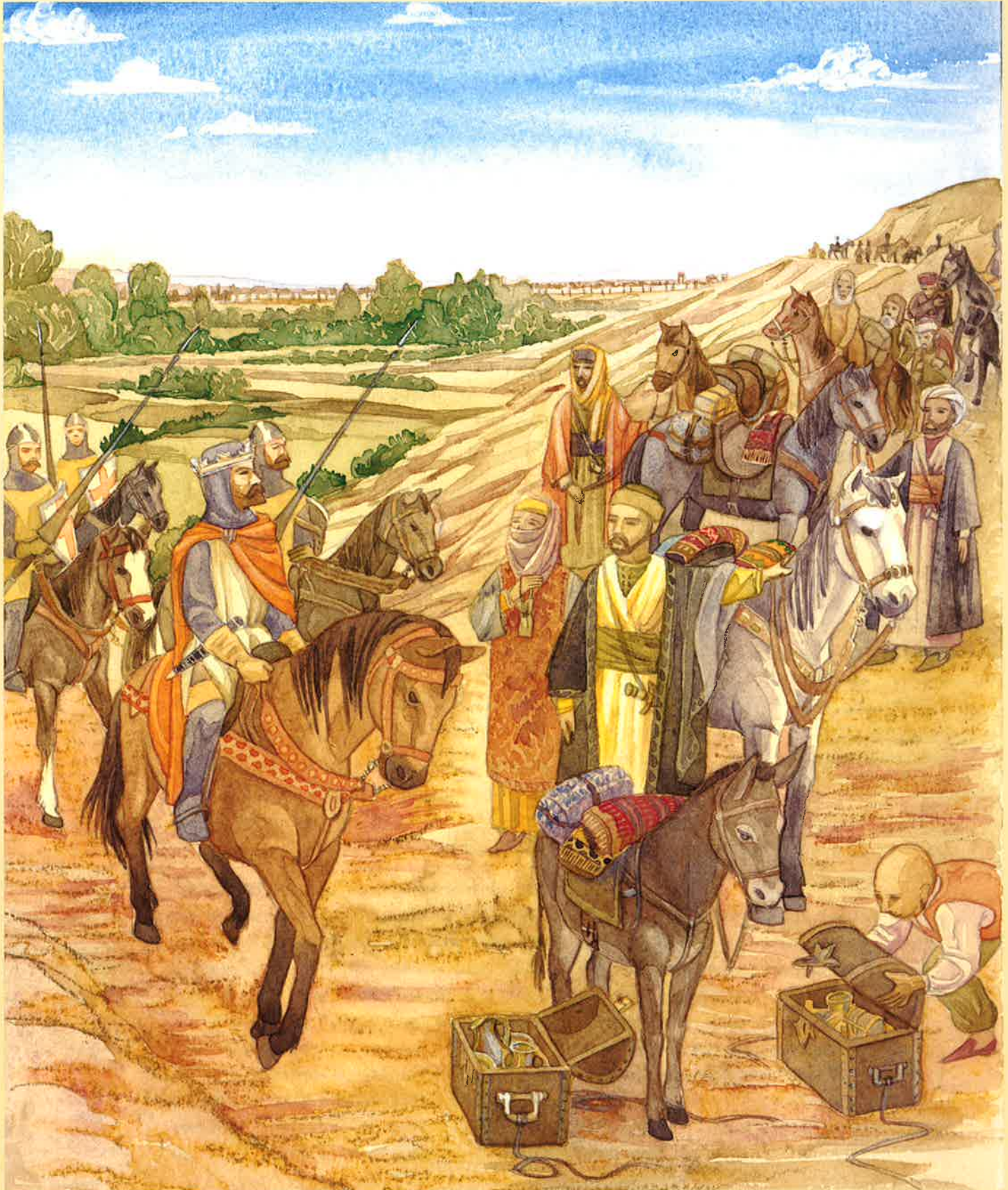
Pero el valiente *Abd Allah* murió al poco de entrar en la ciudad y, aunque se trató de ocultar la noticia, pronto se supo en el campamento cristiano.

Los cruzados ya no dudaron de la victoria. *Saraqusta* no fue asaltada, sino rendida por hambre. Era costumbre no entregar una ciudad amurallada sin condiciones, así que se pactó una tregua durante la cual los sitiados esperarían un posible auxilio, que fue desbaratado por los cristianos antes de que pudiera llegar a la ciudad. Perdida toda esperanza, los sitiados pidieron el *aman*⁶ a Alfonso que lo concedió, entrando en la ciudad y tomando posesión del palacio de la Azuda el 19 de diciembre de 1118.

⁴ **Algara** (*al-gara* = saqueo). Una algara o algarada es una incursión rápida de la caballería en tierra enemiga con el fin de destruir cosechas y amedrentar a la población.

⁵ La mesnada es un grupo de guerreros, normalmente de la baja nobleza (*infanzones*) que se vinculan al rey o a un noble de mayor categoría.

⁶ **Amán** (*aman* = seguridad). Es la solicitud de paz o perdón que hace un musulmán a cambio de su sometimiento.



Alfonso I contempla los tesoros de los musulmanes que decidieron marcharse tras la conquista cristiana de Saraqusta.

16. LAS CAPITULACIONES DE LOS MUSULMANES

Los cristianos arrastraban un serio problema. Tenían fuerzas para conquistar, pero carecían de recursos humanos para repoblar las tierras y ciudades que iban arrebatando a los musulmanes. Alfonso I tenía alma de cruzado y no luchaba por un espacio vital, sino por una idea, a la que tenía que ir adaptando la realidad.

Por ejemplo, uno de los objetivos de su famosa expedición a Levante y Andalucía (1125-1126) fue el de rescatar a miles de mozárabes, sometidos a los más que intransigentes almorávides, y a los que se trajo consigo para asentarlos en su reino como hombres libres.

Saraqusta no había sido saqueada, ni sus habitantes pasados por las armas. Los señores, caballeros y peones cristianos que la habían conquistado tenían un lugar de origen al que normalmente tenderían a volver, aunque aquí recibieran su parte en el reparto.

Esta paradoja explica la generosidad de las capitulaciones impuestas a los vencidos¹. En primer lugar podían quedarse en la ciudad y conservar todas sus propiedades; incluso durante el primer año –para hacer más suave la transición– seguirían viviendo en la medina² y se mantendría abierta la mezquita aljama para la oración común de los viernes. Transcurrido ese plazo de tiempo pasarían a residir fuera de las murallas, en el arrabal de *Sinhaya*³.

No tendrían que pagar más impuestos que los que ya pagaban a la autoridad islámica, la cual seguiría existiendo como garantía de su autonomía jurídica. Aquellos que en el momento de la conquista no se encontraran en la ciudad

también podían acogerse a las capitulaciones y recobrar sus propiedades, si regresaban antes de cuatro meses.

Pero también podían marcharse si así lo deseaban. Y podían hacerlo libremente llevándose todas sus propiedades y pertenencias. Los más comprometidos política o religiosamente, los intelectuales y las clases altas escogieron este camino.

Un cronista árabe, llamado *Ibn al-Kardabus*, que escribía en la segunda mitad del siglo XII, cuenta el siguiente episodio que su propia admiración elevó a la categoría de leyenda:

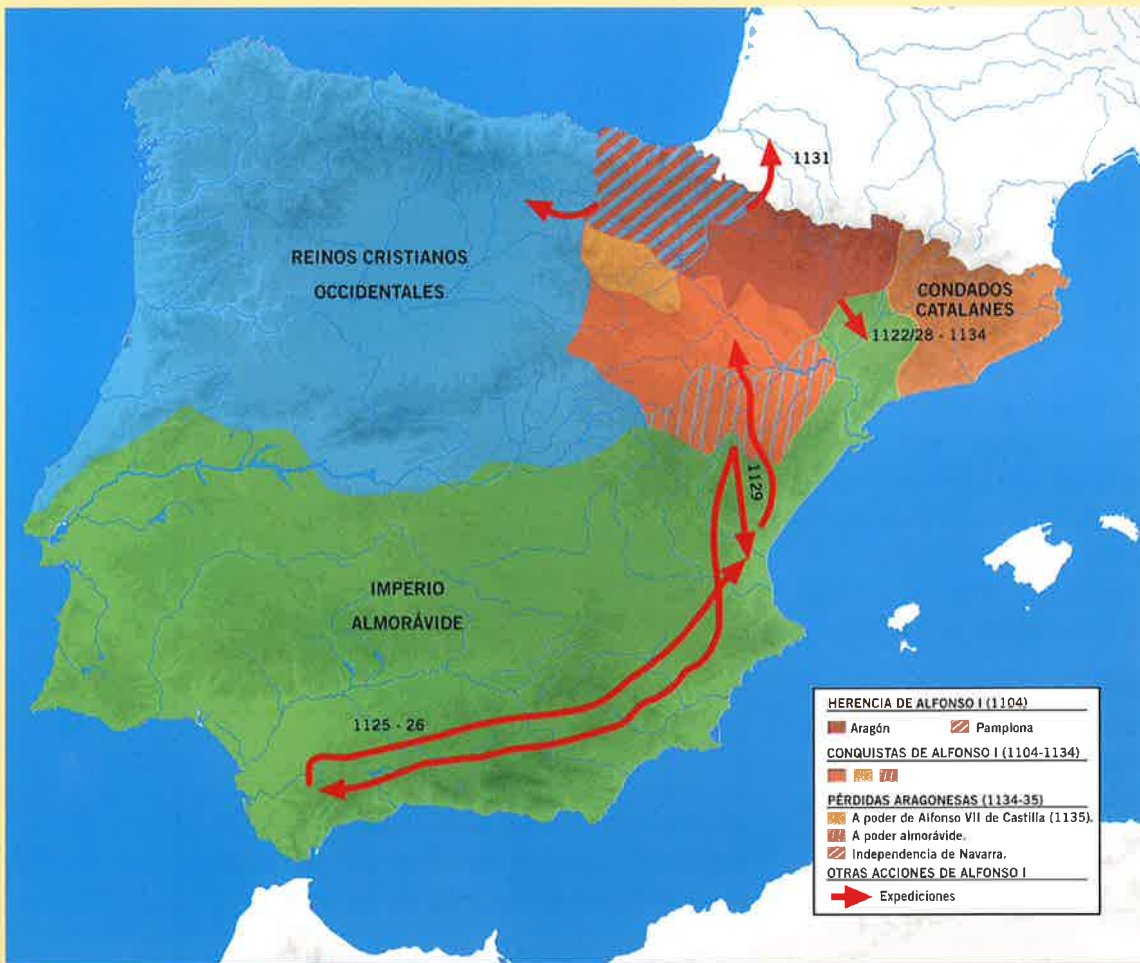
"Cuando estaba dispuesta esta multitud para la marcha, cabalgó el rey cristiano fuera de la ciudad con su escolta y, presentándose ante los emigrantes, les ordenó formar en filas y mostrarle cuantos bienes, grandes o pequeños, llevara cada uno consigo. Hecho esto, fueron exhibidos tesoros sin cuento, y con todo, cosa extraña, aunque el rey sabía muy bien que jamás en su vida volverían a recrearse sus ojos en tal cúmulo de riquezas, se abstuvo de tomar nada, y les dijo: 'Si no hubiera pedido que me enseñaseis las riquezas que cada cual lleva consigo, hubierais podido decir 'El rey no sabía lo que teníamos; en otro caso, no nos hubiese dejado ir tan fácilmente'. Ahora podéis ir a donde os plazca, en completa seguridad".

Además, les puso una escolta armada para que les acompañase hasta la frontera de su reino a fin de que no sufrieran ningún asalto. Incluso les perdonó el impuesto que cada persona debía de pagar antes de salir del reino.

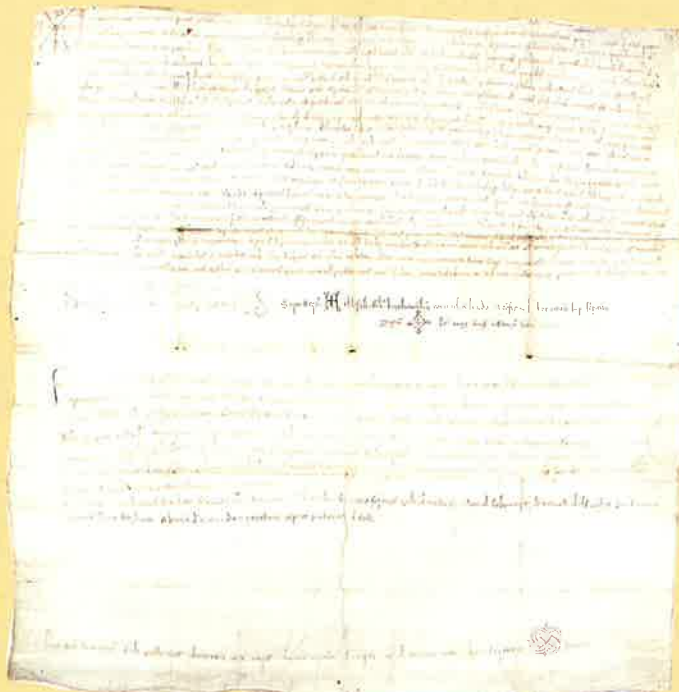
¹ El texto de la capitulación de Zaragoza no se conserva, pero sí los de Tudela, Borja y Tortosa, a los que sirvió de modelo.

² La medina es la zona amurallada de una ciudad árabe.

³ Los *Sinhaya* eran bereberes asentados tardíamente en un arrabal de *Saraqusta* al que dieron su nombre. La existencia de mezquita y de mercado hizo que Alfonso I instalara allí la aljama musulmana.



Expedición de Alfonso I a Levante y a Andalucía para rescatar mozárabes (según Agustín Ubieta).



Documento de Alfonso I, concediendo fueros a los habitantes de Zaragoza. Archivo Municipal de Zaragoza.



Dinero de vellón de Alfonso I. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

17. LOS FUEROS DE LOS CRISTIANOS

Pero los conquistadores cristianos fueron lógicamente los nuevos amos de la ciudad. Alfonso I nombró a Gastón de Bearn señor de Zaragoza. A continuación se nombró una comisión, presidida por el propio Gastón y formada por un *justicia* y dos *partidores*, para proceder al reparto de las casas que los musulmanes abandonarían al año siguiente y las casas y tierras de los que habían optado por marcharse. Cada uno de los señores recibió propiedades según su contribución a la conquista de la ciudad. Éstos a su vez hicieron lo mismo con sus vasallos.

A todos ellos, nada más conquistar la ciudad (enero de 1119), Alfonso I les concedió los buenos fueros de los infanzones de Aragón sin honores¹. De esta manera trató de asentar en Zaragoza a berneses, gascones, aragoneses, navarros, etc., pero no todos arraigaron en la ciudad. Sobre todo los franceses vendieron o donaron a iglesias y monasterios sus propiedades aquí y regresaron a sus lares o siguieron avanzando hacia el sur.

Alfonso tuvo que asentar en Zaragoza a parte de los miles de mozárabes que trajo de la expedición a Andalucía y concederles un amplio fuero (1126) para tratar de retenerlos: eran libres, no serían vasallos ni siervos de ningún señor, tenían derecho de propiedad, quedaban exentos de la *lezda*², podían apelar en sus causas judiciales a la justicia real e, incluso, aplazar el juicio hasta que el rey estuviese presente en la ciudad, y no serían llamados a filas si el conflicto era contra cristianos. Espléndida situación, si se piensa además de donde los acababa de sacar el rey de Aragón.

Pero algo no iba bien, pues el rey amplió la foralidad de los habitantes de Zaragoza de una forma extraordinaria. Estando en Huesca el 5 de febrero de 1129, firmó el fuero conocido como el *Privilegio de los Veinte*. Se llamó así porque en él se autoriza a los zaragozanos a elegir de entre ellos a veinte hombres buenos que vigilen el cumplimiento del fuero y defiendan a la comunidad ciudadana, dejando a salvo, naturalmente, los derechos y la fidelidad debida al rey.

En él se conceden amplios derechos que garantizan a los ciudadanos de Zaragoza ya no su supervivencia, sino un cierto nivel de vida. Obtienen para sus ganados derechos de pasto sobre todo el territorio del reino, derecho de talar arbustos y de coger leña seca en todos los sotos del Ebro que hay entre Novallas y Pina, derecho de pesca en la zona acotada anteriormente (excepto salmones que se reservan al rey), derecho de carboneo y de recoger piedra para la construcción, exención de *lezda*, etc.

También se les conceden garantías judiciales, muy importantes en una época en la que cada señor, según su propio criterio, impartía justicia en su territorio. Sólo podrán ser juzgados en Zaragoza, delante de sus vecinos y por su propio juez (*Zalmedina*)³. En consecuencia la otra parte litigante tendrá que venir aquí y, además, no se podrá hacer representar por persona poderosa.

Sin embargo, lo que hace excepcional a este fuero es la facultad que otorga a los zaragozanos de tomarse la justicia por su mano si se sienten ofendidos por alguien, sin esperar a ninguna otra justicia. Es el llamado privilegio del *tortum per tortum* o de la venganza privada⁴.

¹ Honor es el bien (tierras, castillos o villas) que el rey entregaba a un infanzón. Había, por tanto, infanzones con y sin honores. Unos y otros tenían obligaciones y derechos distintos.

² Impuesto que se pagaba por la circulación de productos dentro del reino.

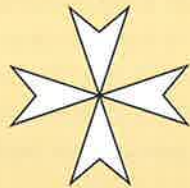
³ Zalmedina (*Sahib al-Madina* = señor de la ciudad). Los habitantes de Zaragoza no dependían del juez de la Corte, sino de su propio Justicia o Zalmedina.

⁴ El Privilegio de los Veinte era un arma legal peligrosa dada su libertad de interpretación. Todavía se utilizará en el s. XV, en el marco de violencia urbana que caracterizó a la época.



Para después de mi muerte dejo por heredero y sucesor mío, al Sepulcro del Señor que está en Jerusalén, y a los que velan en su custodia y sirven allí a Dios; al Hospital de los Pobres de Jerusalén; y al Templo de Salomón, con los caballeros que allí velan para defensa de la Cristiandad. A estos tres concedo mi reino y el señorío que tengo en toda la tierra de mi reino y el principado y jurisdicción que tengo sobre todos los hombres de mi tierra, tanto clérigos como laicos, obispos, abades, canónigos, monjes, nobles, caballeros, burgueses, rústicos, mercaderes, hombres, mujeres, pequeños, grandes, ricos y pobres, judíos y sarracenos, con las mismas leyes y costumbres que mi padre, mi hermano y yo mismo tuvimos hasta ahora y debemos tener. Añado también a la Milicia del Templo mi caballo y todas mis armas, y, si Dios me diere Tortosa, toda íntegra sea del Hospital de Jerusalén.

(Testamento de Alfonso I, pergamino original fechado en Sarrifena el 4 de septiembre de 1134, y conservado en el Archivo Histórico Nacional, Madrid). Traducción de Ana Mateo.



Hospital.



Temple.



Santo Sepulcro.



Sello de la ciudad, que representa, con el león rampante, la rueda validatoria del documento de Alfonso VII confirmando los fueros y costumbres de los infanzones y barones de la ciudad. Biblioteca Capitulare de La Seo. Zaragoza.

18. ALFONSO VII Y EL ESCUDO DE ZARAGOZA

Alfonso I murió sin hijos a pesar de haber estado casado con la infanta Urraca de Castilla. Esta circunstancia, que ya era un problema, se agravó con el testamento del rey Batallador, que dejaba el Reino de Aragón a las Órdenes Militares de Oriente¹.

Ni los posibles herederos, ni los nobles aragoneses iban a permitir que se cumpliera la última voluntad del rey-cruzado. Los navarros eligieron rey a García Ramírez, sobrino-nieto de Sancho IV de Peñalén, y se desligaron de la unión con Aragón que había durado más de medio siglo. Los aragoneses, siguiendo la línea de sucesión de su casa real, apoyaron a Ramiro, el hermano pequeño del rey, a pesar de su condición de clérigo. Con la preceptiva dispensa papal, Ramiro II *el Monje*, fue proclamado rey de Aragón.

Pero surgió un problema con el llamado Reino Cesaraugustano, nombre dado a las tierras que Alfonso I había conquistado a los musulmanes y que por tanto no pertenecían todavía a los estados patrimoniales del Reino de Aragón.

Alfonso VII, rey de León y Castilla, hijastro de Alfonso I, lo reclamó haciendo valer precisamente su línea de parentesco. Urraca era viuda del conde Ramón de Borgoña y madre de un niño llamado Alfonso (VII). Cuando Alfonso I de Aragón se casó con ella, el infante se convirtió en hijastro del aragonés. Al morir su madre (1126) fue proclamado rey de Castilla y de León con el nombre de Alfonso VII, y cuando murió Alfonso I de Aragón (1134) reclamó para sí las tierras reconquistadas por su padrastró.

Ramiro II, inseguro en el trono, hizo acto de presencia en la ciudad durante unos días, donde fue recibido por los *cabalgadores de*

Zaragoza que estaban luchando denodadamente contra los musulmanes. Éstos, envalentonados tras la victoria de Fraga y la ulterior muerte de Alfonso I, amenazaban la línea de Alfajarín-Belchite.

En diciembre de 1134, sólo tres meses después de la muerte de su padrastró, y con los musulmanes a 50 kilómetros de la ciudad, Alfonso VII se presentó al frente de un poderoso ejército castellano, y de una no menos imponente comitiva de nobles y eclesiásticos, para tomar posesión del *Regnum Cesaraugustanum*.

Como sus derechos no eran muy consistentes jugó sus propias cartas. Esgrimió ante la ciudad la seguridad que daba su ejército de cara a un posible ataque musulmán, y se ganó a la Nobleza y a la Iglesia zaragozana aceptando toda petición que se le pusiera delante. De este modo Alfonso VII, intitulado "Emperador de León", confirmó una supuesta (y favorecedora) carta de fueros concedidos en época de Pedro I que le presentaron los barones e infanzones de la ciudad².

El sello con el que, al parecer³, se validó el documento tiene en una de sus caras un león rampante, emblema del Reino de León, que se convertirá en el escudo heráldico de la ciudad de Zaragoza.

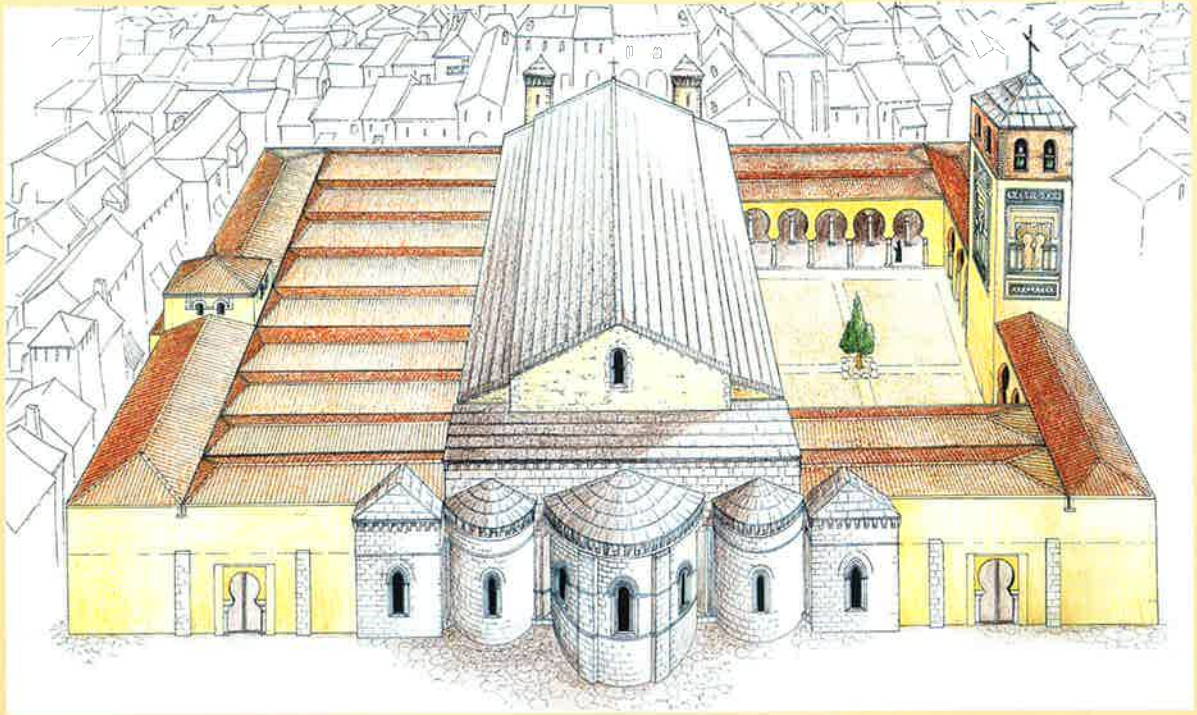
Inopinadamente⁴ en 1136 reconoció a Ramiro II como rey de Zaragoza, siempre y cuando aceptara su dominio feudal. Esta obligación vasallática se fue disolviendo poco a poco. Alfonso II, el hijo de Petronila y Ramón Berenguer IV, ya es denominado rey de Aragón sin ninguna condición.

¹ Estas órdenes eran: la del Santo Sepulcro, la del Hospital de San Juan de Jerusalén y la del Temple.

² Para afirmar su soberanía llegó a acuñar moneda en Zaragoza.

³ En el Archivo Municipal de Zaragoza se conserva una copia coetánea de este documento, pero sin sello.

⁴ Hasta ese momento había gobernado la ciudad el rey de Navarra García Ramírez, vasallo de Alfonso VII.



La Catedral Románica de La Seo hacia 1300 (según J. A. Pérez Casas sobre datos de B. Cabañero).



Ábsides románicas de La Seo.



Esculturas del interior del ábside central.



El tema de la Parousia en la portada de S. Pedro de Moissac. Languedoc (Francia).

19. LA CATEDRAL ROMÁNICA DE ZARAGOZA (S. XII)

Pasado el año concedido en las Capitulaciones, la mezquita aljama fue clausurada y entregada al obispo D. Pedro de Librana para que procediera a convertirla en iglesia sede¹ de su dignidad episcopal, es decir, en la catedral de Zaragoza. No se buscó nuevo emplazamiento.

Es curioso observar como los hombres no cambian con facilidad las cosas que pertenecen al mundo de las creencias, y un lugar que fue considerado digno y noble por los romanos para construir el templo principal de su colonia, fue aceptado más tarde por los primeros cristianos romanos y por los visigodos para erigir una iglesia (sin pruebas arqueológicas todavía); por los musulmanes, venidos de muy lejos, para edificar su mezquita; y finalmente por los cristianos aragoneses, los cuales levantaron en el centro de la misma (como puede verse todavía hoy en la mezquita de Córdoba) su catedral románica, siguiendo el estilo artístico en el que se expresaba la Cristiandad de los siglos XI y XII.

Incluso algo tan importante como la orientación de una iglesia cristiana tuvo que acomodarse. La primera fábrica de la catedral ocupó sólo la zona central de la gran mezquita, es decir, una parte de su Sala de Oraciones, dejando en pie, por un lado, el patio de las abluciones y el minarete (que fueron convertidos en claustro y torre campanario) y, por otro, la zona de la *qibla* que mira hacia La Meca, es decir, hacia el Sureste. En consecuencia la catedral se dispuso perpendicularmente a la dirección sagrada de los musulmanes, con lo que la cabecera de la iglesia en vez de mirar al Este (el lugar por donde sale el Sol, símbolo de la vida y de Cristo), lo hace al Noreste.

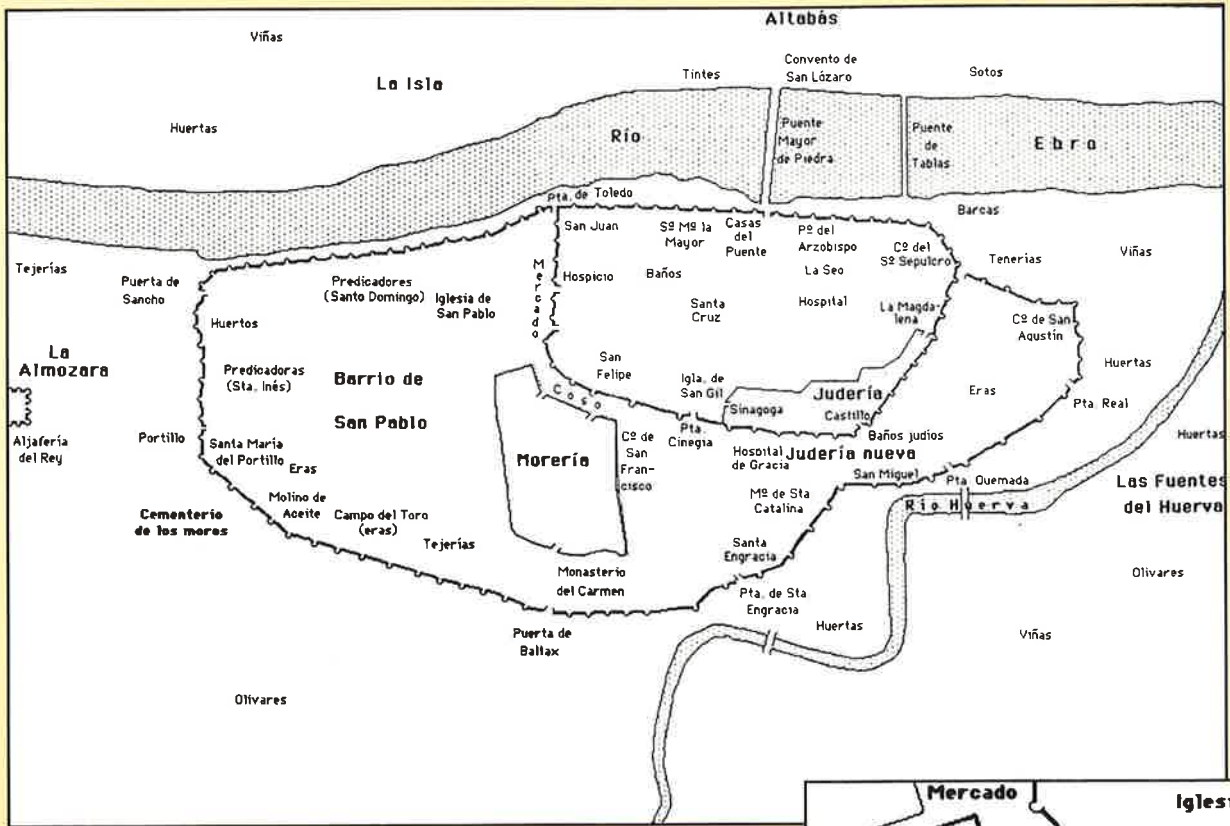
Los arqueólogos e historiadores del Arte han llegado a reconocer varias fases constructivas a lo largo de los ss. XII y XIII, siendo la más importante la llevada a cabo en el último cuarto del primero (1175-1200). Este momento coincide con el reinado de Alfonso II (1162-1196), el primer rey de la Corona de Aragón², que enriqueció a su bien amada catedral con la reliquia del cráneo de San Valero en 1170, lo cual bien pudo estimular su construcción. La catedral medía algo más de 54 metros de longitud y constaba de cabecera con cinco ábsides, transepto no acusado, cuerpo de tres naves y portada monumental flanqueada por dos torres de planta cuadrangular. En su lado noreste el claustro viejo o de San Valero, y en su lado sureste el claustro nuevo o del Salvador. De ella sólo quedan en pie dos de los cinco ábsides y fragmentos escultóricos de la portada. Las sucesivas ampliaciones explican esta carestía de restos.

La obra impulsada por el rey tuvo una riquísima decoración escultórica. A través de los restos hallados podemos afirmar que en la portada monumental se representaba el tema de la *Parousia* o Segunda vuelta de Cristo en Majestad rodeado por los 24 ancianos (San Juan, *Apocalipsis* 4, 4-7)³ similar al que podemos ver en la portada de San Pedro de Moissac en el Languedoc, (h.1115). En la cara interna de los ábsides también se dispuso (cosa poco habitual) una compleja decoración escultórica que recubre profusamente el espacio articulado mediante elementos arquitectónicos. El tema, apoyado en distintos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, es la Caída y la Redención de la Humanidad a través de la muerte y resurrección de Cristo.

¹ De la palabra latina *sedes* (asiento) deriva el término Seo o Seu usado en Aragón y Cataluña para designar a una catedral.

² Alfonso II contrajo matrimonio con la infanta Doña Sancha, hija de Alfonso VII, en La Seo el 18 de enero de 1174.

³ "Alrededor del trono había veinticuatro tronos, sobre los que estaban sentados veinticuatro ancianos, vestidos de blanco y con coronas de oro en la cabeza (...); en medio del trono y alrededor, cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás. El primero era parecido a un león; el segundo, a un toro; el tercero tenía la cara parecida a la de un hombre; y el cuarto, parecido a un águila que vuela."



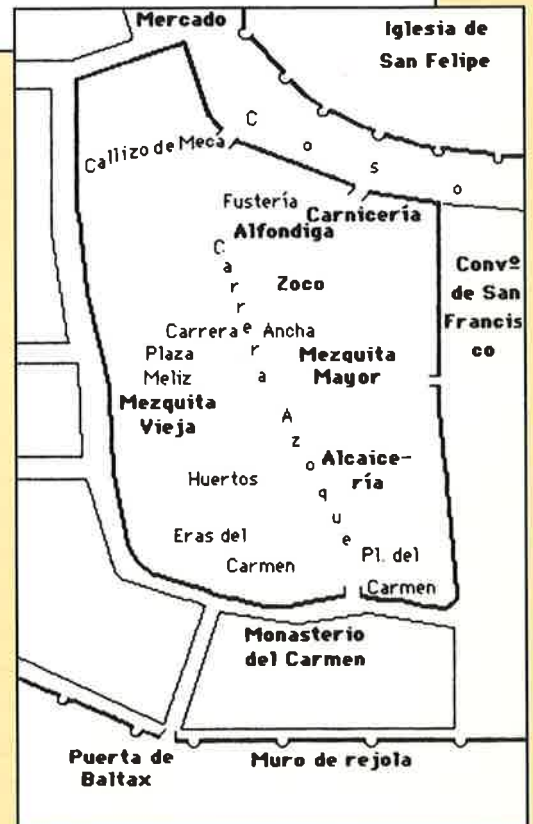
Croquis de Zaragoza a fines del s. XIV (según M.I. Falcón).



Caja de marfil. S. XIII. Basílica del Pilar. Zaragoza.



Versículos del Corán escondido en el artesanado del Salón del Trono de la Aljafería. ¿Finales del S.XV?. Biblioteca de las Cortes de Aragón. Zaragoza.



Detalle de la Morería.

20. LA MORERÍA

En las Capitulaciones que siguieron a la rendición de *Saraqusta* quedó establecido que, pasado un año, todo aquel musulmán que hubiera decidido quedarse en la ciudad debería trasladar su residencia "*in illos arrabales de foras*", es decir, fuera de las murallas romanas que delimitaban la medina, lo cual no quería decir, ni mucho menos, que fueran a vivir aislados. Podían circular libremente por la ciudad y cruzar el puente para apacentar sus ganados y cultivar las huertas de la margen izquierda del Ebro y del Gállego, ya que muchos de los que se quedaron eran agricultores, y significaban, por tanto, el sustento alimenticio para toda la ciudad.

El arrabal escogido fue parte del conocido antiguamente como de *Sinhaya* (Cinegia), situado frente al ángulo suroeste de la muralla romana. En época cristiana pasará a denominarse la *Morería de Çaragoça*. Sus límites iban aproximadamente desde lo que actualmente es el Coso a la altura de la plaza de San Roque, calle del Teniente Coronel Valenzuela, por detrás de la calle de Azoque hasta la plaza del Carmen. De aquí girando en ángulo recto por las calles del capitán Portolés, Ramón y Cajal, atravesando Conde Aranda y Boggiero hasta la calle de San Pablo, para salir a César Augusto y enlazar de nuevo con el Coso. La Morería, que someramente dibuja un rectángulo, estaba cerrada por un muro de adobes en el que se abrían puertas y portillos; protegida a su vez por la muralla exterior de la ciudad, conocida como el muro de rejola para diferenciarla de la muralla romana de piedra que había quedado en el interior.

Una arteria principal atravesaba de Norte a Sur el abigarrado caserío y en torno a ella se disponían los edificios esenciales a cualquier ciudad islámica: la mezquita aljama¹, el zoco (mercado abierto), la alcaicería (mercado cubierto reservado a productos de calidad y caros), la alhóndiga (hospedería musulmana, en la que se instalaron cinco comerciantes cristianos), la carnicería (donde se sacrificaba según el ritual islámico), etc. Esa *carrera*² se nos ha conservado hasta hoy en día: es la calle Azoque, o sea, la calle del Zoco.

Seguramente nos llevaríamos más de una sorpresa si pudiésemos ver a los mudéjares³ de nuestra Morería. Muchos de estos llamados "moros" eran descendientes de los habitantes de la Zaragoza romana y visigoda que habían vivido aquí, generación tras generación, dedicados a su trabajo y ajenos a los grandes avatares de la Historia que pasaban muy por encima de sus humildes existencias. En el año 714 sus antepasados se convirtieron al islamismo para mejor acomodar su vida a la nueva situación; y ahora ellos, cuatrocientos años después, y profundamente islamizados, también prefirieron quedarse bajo las generosas condiciones de los nuevos conquistadores, antes que marchar al exilio.

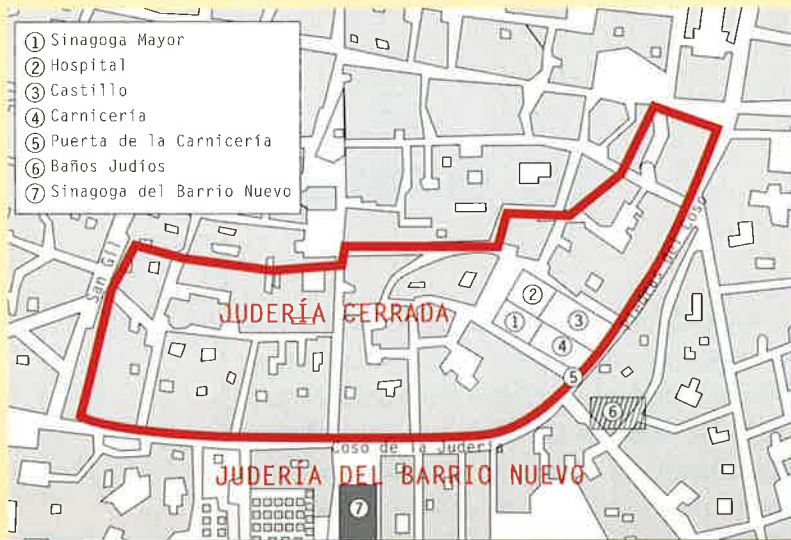
Los que sí debieron optar por marcharse fueron los almorávides africanos, mucho más comprometidos ideológicamente y menos arraigados en el lugar, pues sólo estuvieron ocho años en la ciudad.

Así se explica que, aunque vestían según la costumbre islámica, se les obligara a peinarse de una forma especial para poder distinguirlos de los cristianos.

① Aljama (del árabe *al-chama'a*) quiere decir comunidad. Designa tanto a la musulmana como a la judía.

② Calle amplia por donde puede circular un carro. Carrera se opone a callizo, calle estrecha y sin salida.

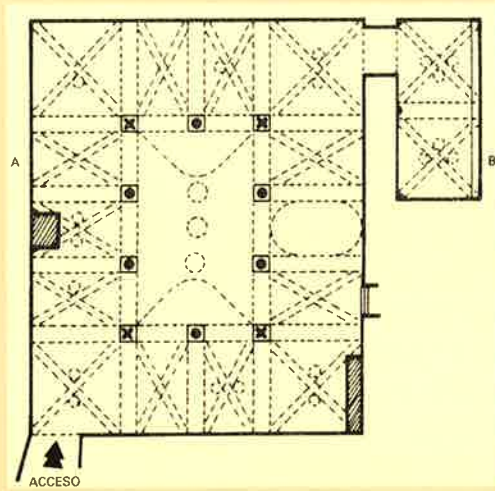
③ Mudéjar (del árabe *mudachchan*) es el musulmán sometido a los cristianos, pero sin renunciar a su fe islámica. En la época se les llamaba normalmente moros, sin matiz peyorativo.



La Judería zaragozana en el siglo XV (elaborado a partir de M.I. Falcón).



Torah de Calahorra. La Rioja.



Planta de los baños judíos de Zaragoza.



Los baños judíos de Zaragoza.



Mujer con la rueda judía. Detalle de la pintura mural del trascoro de la catedral de Tarragona.



San Vicente Ferrer de Juan de Juanes. Sacristía del Pilar. Zaragoza.

21. LA JUDERÍA

La presencia judía en Zaragoza es muy antigua, casi tanto como la Diáspora¹. Es decir ya estaban aquí en época romana; aquí tuvieron sus primeros roces con los primitivos cristianos y con los visigodos, que casi siempre los vieron como un grupo extraño, cuando no hostil. Lo cierto es que el año 714 recibieron a los musulmanes como libertadores. También fueron bien tratados por Alfonso I en 1118.

La Judería estaba situada en el ángulo sureste de la muralla, de la que ocupaba un tramo de siete torres. La zona se llamó Castillo de los Judíos y, en época más reciente, Piedras del Coso. Sus límites eran el Coso Bajo, las calles de San Lorenzo, San Jorge y San Andrés, enlazando de nuevo con el Coso a la altura del Teatro Principal. En su interior se encontraba la Gran Sinagoga (hoy San Carlos), una alcaicería (mercado cerrado) y el almudí (granero), así como el fosar (cementerio). Esta fue la Judería Cerrada. A fines del s. XIII fue necesario ampliarla con un Barrio Nuevo, que se asentó en la zona que va desde la actual calle de Espartero hasta la Plaza de España. Su límite con el campo era la actual calle de San Miguel. Justo al lado, frente a la Gran Sinagoga, se construyeron unos baños judíos que todavía hoy se conservan.

Los núcleos neurálgicos de una judería son sus sinagogas: casas de oración y de reunión. Eran edificios sencillos, amplios y orientados a Jerusalén. En su cabecera se guardaba el rolde del Pentateúco² (*Sefer Torah*). En la Judería de Zaragoza había varias sinagogas y, vinculadas a ellas, cofradías con funciones asistenciales, pues aunque en la Corona de Aragón fueron bastante bien tratados, los judíos sabían que no podían contar más que con sus propias fuerzas.

Los reyes de Aragón protegieron a sus súbditos judíos, entre otras cosas, porque eran una saneada fuente de ingresos. Y los judíos sabían que pagar impuestos era su garantía. Debían pagar impuestos para mantener la aljama, pero también debían pagar impuestos al rey, al obispo y al concejo de la ciudad. Era una forma de señalarles su inferioridad, de la misma manera que debían llevar sobre sus vestidos un trozo de tela redonda (la rueda judía) dividida en seis gajos, rojos y amarillos, para distinguirlos.

A finales del s. XIV las cosas comenzaron a ponerse mal para los judíos de Zaragoza. En 1391 fueron asaltadas y destruidas las juderías de Sevilla, Valencia y Barcelona; no así la de Zaragoza. La Iglesia, a través de la Orden de Predicadores, inició una labor de proselitismo en pro de su conversión. El famoso dominico Vicente Ferrer lanzó sus fogosas (y antisemitas) homilías en la Zaragoza de 1414.

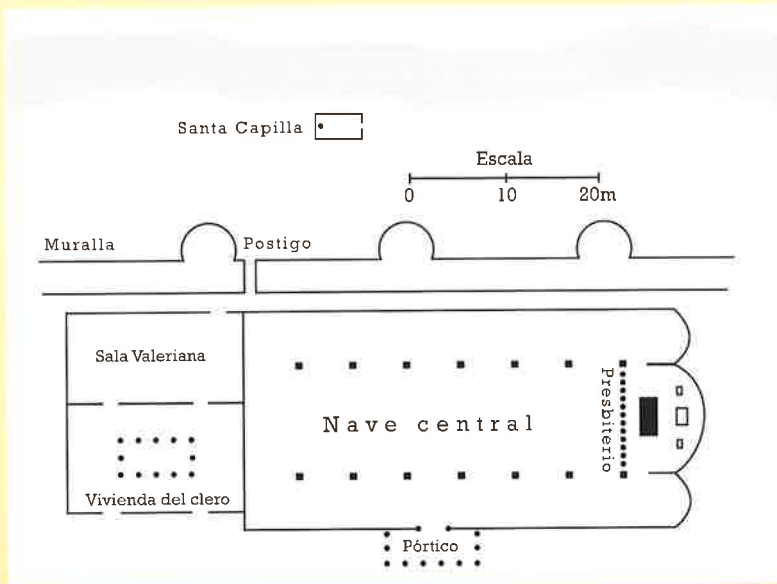
Debido a la presión comenzó a haber conversiones en masa. En 1483, y a pesar de la oposición aragonesa, se instaló aquí la Inquisición Nueva. En este ambiente hostil fue asesinado en La Seo el primer inquisidor Pedro Arbués. Ocho años después, en 1492, se decretó la expulsión de los judíos. Muchos de los sefardíes³ zaragozanos emigraron a Orán y a Tesalónica, donde aún se puede oír cantar en ladino cosas como:

*"Mi padre era de Francia
mi madre de Aragón;
se casaron, justo
para que nasca yo".*

¹ Diáspora es una palabra griega que significa dispersión. Hace referencia a la expulsión de los judíos de su tierra decretada por Tito el año 70 d.C, tras la conquista de Jerusalén y la destrucción del templo. El arco de Tito en el foro de Roma conmemora tal hecho.

² El Pentateuco (*Torah* en hebreo) son los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

³ Los judíos llamaron *Sefarad* a España. Tras la expulsión de 1492 a los judíos españoles se les denominará sefardíes. La lengua que hablaban era el ladino, un castellano del s. XV con voces hebreas.



Planta de la iglesia románica y sagrado recinto, siglos IV - XII (según D. Lasabagaster).



Timpano románico de Sta. María la Mayor. Basílica del Pilar, Zaragoza.



Iglesia de Sta. María del Pilar a mediados del s. XVII. Detalle de la Vista de Zaragoza de J. B. Martínez del Mazo, 1647. Museo del Prado, Madrid.



Documento de 1299 en el que se menciona por primera vez el nombre de Santa María del Pilar. Archivo Capitular del Pilar, Zaragoza.

22. LOS ORÍGENES DEL PILAR DE ZARAGOZA

Justo debajo de la Santa Capilla actual hubo desde tiempos antiguos un pequeño y humilde recinto donde se veneraba la imagen de la Virgen Madre sobre una columna de jaspe, que la tradición cristiana vincula a la aparición de María en carne mortal a Santiago y sus compañeros en ese mismo lugar el 2 de enero del año 40.

En la década de 1930-1940 se hicieron obras para reafirmar los cimientos de la actual Basílica del Pilar, y en aquella ocasión se descubrieron algunos restos de mosaicos romanos que, desgraciadamente, no fueron conservados. Es lo poco que sabemos del lugar en época romana.

Sin embargo a mediados del s. IX (855), en pleno dominio musulmán de la ciudad, el monje Aimonio, perteneciente al Monasterio de St. Germain-des-Près (el mismo que fundara Childeberto a mediados del s. VI) da noticia por primera vez de una iglesia en este lugar, que atendía al servicio religioso de los mozárabes que habían decidido permanecer en *Saraqusta*.

Tras la conquista cristiana de la ciudad (1118), su primer obispo, Don Pedro de Librana, mandó construir una iglesia intramuros –de estilo románico–, que fue llamada Santa María la Mayor. Al mismo tiempo, se agrandó el pequeño recinto que albergaba la columna, rodeándolo de un claustro envolvente. Ambas, iglesia y santuario, estaban comunicadas a través de un postigo abierto en la vieja muralla romana. En 1130 ya debía estar terminada esta iglesia, pues Gastón de Bearn, el primer señor de la ciudad, siguiendo sus deseos, fue enterrado junto a la puerta de la iglesia¹.

De la fábrica románica sólo conservamos un tímpano de aire jaqués, encastrado en el muro de la fachada que da a la plaza, cerca de la puerta por la que habitualmente se entra a la Basílica del Pilar.

La iglesia de Santa María la Mayor pasó a formar parte, como era lógico, del circuito de Peregrinación Jacobea. Ya en 1143 tenemos noticias de la existencia de un hospital para peregrinos anejo al santuario (seguía dando servicio en el s. XIV), al que se sumará el de Santa Marta en 1305. Una guía piadosa recomendaba al peregrino por esos mismos años pasar por Zaragoza bien a la ida o bien a la vuelta de Santiago.

Y así lo hizo en 1155 ni más ni menos que el propio rey de Francia, Luis VII², que ya había participado en la Segunda Cruzada.

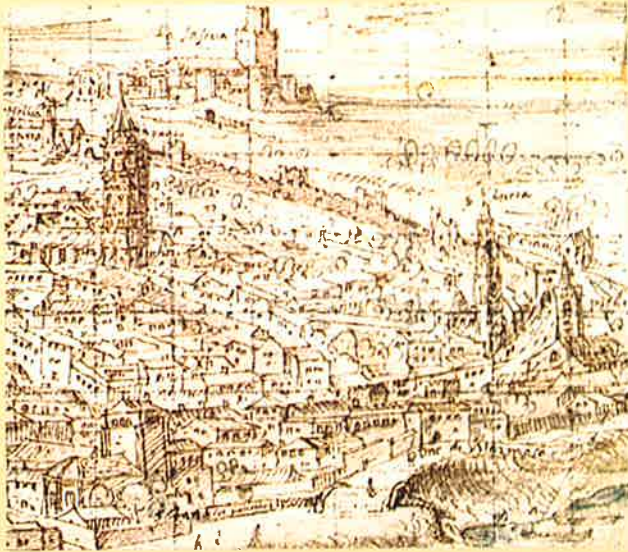
A finales del s. XIII, la devoción iba en aumento: el papa Bonifacio VIII concedió indulgencias a los que orasen en el santuario los días de la Virgen, del Espíritu Santo, de Santiago, de San Miguel, de San Cristóbal o de San Martín de Tours, que con toda seguridad tendrían capillas en la iglesia; y el concejo tuvo que defender a los numerosos peregrinos de los robos de que eran objeto en la ciudad. Precisamente en este documento, de 1299, se menciona por primera vez el nombre de Santa María del Pilar.

Pero también el conjunto románico amenazaba ruina. Así que se inició de inmediato una lentísima reconstrucción que terminó en 1515³. Era esta una iglesia de estilo gótico-mudéjar, con tres torrecillas adosadas al ábside poligonal y robusta torre a los pies, como se puede ver en la *Vista de Zaragoza* de Martínez del Mazo. En 1718 fue demolida para construir el templo barroco que ha llegado hasta nuestros días.

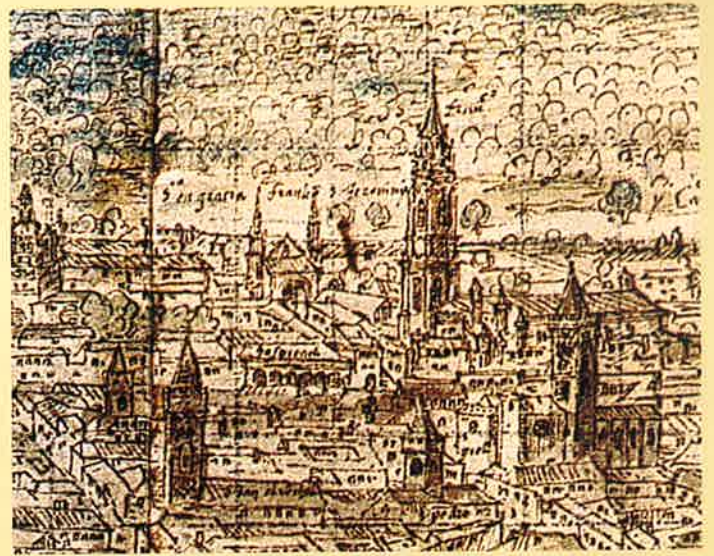
¹ En el Museo del Pilar puede verse todavía su olifante de guerra.

² Luis VII repudió a su esposa Leonor de Aquitania, que casó en 1154 con Enrique II de Inglaterra, planteando un problema feudal que desembocará en la Guerra de los Cien Años.

³ El impulso definitivo a las obras se dio con los bienes de los judíos que acababan de ser expulsados en 1492.



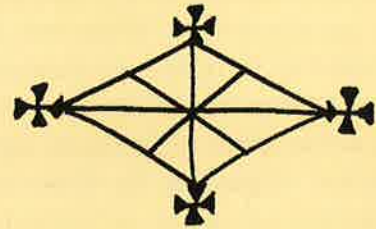
San Pablo y Convento de Dominicos. Detalle de la *Vista de Zaragoza* de A. van Wingaerde, 1563. Biblioteca Nacional de Viena (Austria).



San Francisco. Detalle de la *Vista de Zaragoza* de A. van Wingaerde, 1563. Biblioteca Nacional de Viena (Austria).



Torreón de la Zuda (s. XVII). Resto del palacio fortaleza en el que estuvo prisionero Jaime I.



Signo de Jaime I.



Dinero de Vellón de Jaime I. Museo de Zaragoza.

23. ZARAGOZA EN ÉPOCA DE JAIME I (1213-1276)

La Zaragoza de Jaime I el Conquistador es la Zaragoza que va saliendo de las últimas fases del asentamiento tras la conquista, y entra en un período de expansión y desarrollo tanto institucional, como económico y urbanístico.

Es un siglo de luces y sombras en el que se enfrenta la nueva concepción romanista del poder¹, representada por Don Jaime, frente a la idea del poder compartido que tienen los nobles de Aragón. Lo cierto es que el rey no se encontró a gusto en Aragón, y sí en Cataluña.

La prematura muerte de su padre Pedro II en la batalla de Muret elevó al trono a un niño de tan sólo cinco años custodiado por unos regentes que no estuvieron a la altura de las circunstancias. La alta nobleza aragonesa aprovechó la ocasión para afianzar sus posiciones.

En 1218, con 10 años, Jaime I y su corte vinieron a Zaragoza precisamente para tratar de poner paz entre algunos nobles del reino. Durante su estancia confirmó el poblamiento del barrio de San Pablo haciendo que el Mercado siempre estuviera allí. Fue un año de gran sequía y, por tanto, de hambruna. La situación fue tan crítica que Don Jaime (sus consejeros se entiende) concedieron a los pastores de Zaragoza el privilegio de poder ajusticiar en el acto a los cuatros.

Un año más tarde llegó a Zaragoza la primera comunidad de franciscanos con cartas de presentación del papa Honorio III. Se les dio un terreno fuera de la muralla cercano a la Moreña. Casi al mismo tiempo lo hicieron la orden de los dominicos o predicadores. Se les acomodó en el barrio de San Pablo donde todavía una calle recuerda su presencia. Jaime I les hizo donación de los salmones del Ebro, que

estaban reservados al rey desde la conquista de la ciudad (los conventos se construyeron más tarde: en 1260 el de los dominicos en la calle de Predicadores, y en 1287 el de los franciscanos en el lugar que hoy ocupa la Diputación Provincial).

Cinco años más tarde, en 1224, la insubordinación del noble Guillén de Moncada será excusa suficiente para que parte de la levantisca nobleza aragonesa se ponga de su lado y capture al joven rey en Alagón, para acto seguido encerrarlo, junto a su esposa Leonor de Castilla, en la fortaleza de la Zuda. Allí tuvo que pasar tres semanas hasta que cedió en el enfrentamiento con Moncada. Era una auténtica humillación.

Ese mismo año se funda una leprosería al otro lado del río, en el convento de San Lázaro, pues la enfermedad era considerada, además de maldita, muy contagiosa.

Cambiando de asunto, en el campo de las finanzas se fijó un interés del 20% anual para tratar de evitar la práctica de la usura².

En las Cortes de 1228 celebradas en Barcelona Jaime I –con 20 años– plantea la conquista de Mallorca. Era la manera de encauzar tanta disputa interna y de proseguir la reconquista. La oligarquía catalana, vinculada a los negocios comerciales, aceptó encantada el proyecto, en tanto que los nobles aragoneses lo consideraron una empresa ajena a sus intereses. En cualquier caso, con el apoyo mayoritario de Cataluña y el de algunos nobles aragoneses³, partió la flota desde Salou el 5 de septiembre de 1229. El 31 de diciembre caía la ciudad de Palma.

¹ Del Derecho Romano surge la concepción autoritaria del poder y la necesidad de unificar jurídicamente el reino. Esa misión debía cumplir, en principio, el Código redactado por el obispo Vidal de Canellas en 1247: los Fueros de Aragón.

² En concreto se fijó un interés mensual de 4 dineros por libra prestada. (Una libra eran 20 sueldos, y un sueldo 12 dineros).

³ Por fidelidad personal y en cumplimiento de sus obligaciones vasalláticas acudieron entre otros: Pedro Cornel, Jimeno de Urrea, Ato de Foces, López Jiménez de Luesia, Beltrán de la Naja.



Convento de Sta. Catalina. Detalle de la *Vista de Zaragoza* de A. van Wingaerde, 1563. Biblioteca Nacional de Viena (Austria).



Sello de plomo de Jaime I. Archivo de la Corona de Aragón. Barcelona.



El rey Jaime I con el *Señal Real*, miniatura del Vidal Mayor.



Sarcófago de la Infanta María. Catedral de La Seo, Zaragoza.

En el Concilio de Tarragona de 1235 se deja entrever un ambiente religioso enrarecido. Se prohíbe la traducción de la Biblia a lengua romance, con obligación de entregar los ejemplares ya existentes para su destrucción inmediata, y a los sospechosos de herejía se les priva de sus cargos públicos⁴. Este mismo año se instala en Zaragoza la rama femenina de los franciscanos: las clarisas de Santa Catalina. Se les concede terrenos en la Huerta de Santa Engracia, donde todavía permanece su convento.

Mientras tanto se desarrolla la conquista de Valencia (1232-1245) que esta vez sí atrajo a la nobleza y a los concejos de la Extremadura aragonesa (Teruel, Albaracín, Daroca), pues la consideraban una expansión natural del reino de Aragón.

En 1250 Jaime I concede a Zaragoza una feria de 15 días a celebrar por San Juan, y para fomentar su desarrollo garantiza la seguridad de los asistentes y libera de impuestos a los comerciantes que vengan. En 1272 la parroquia de San Pablo, el sector más dinámico de la ciudad, consigue del concejo que en adelante esta feria se celebre siempre en su barrio⁵.

El obispo Arnaldo de Peralta se ve en la obligación de prohibir a los clérigos de la ciudad el ejercicio del comercio u otro oficio, el emborracharse en tabernas o frecuentar "juglarías". Debían, así mismo, vestir adecuadamente, ir tonsurados y celebrar el oficio divino.

El bandolerismo es un grave problema que lleva al concejo de Zaragoza a fundar en 1259 el poblado de La Muela para acortar distancias en despoblado. Al año siguiente se firman Pactos

de Hermandad con Huesca, Jaca, Barbastro, Tarazona, Calatayud, Daroca y Teruel para la mutua defensa contra bandidos y salteadores.

En 1263 Don Jaime está de nuevo en Zaragoza, donde se encuentra con sus hijos María y Jaime. Siempre atento a proteger a los judíos, prohíbe que se les obligue a escuchar los sermones de los dominicos. También protege a los moros prohibiendo a los cristianos tomar a sus mujeres como prenda de un préstamo.

En las Cortes de Zaragoza de 1264 los nobles aragoneses se enfrentan al rey por su decisión de crear el Reino de Valencia, no sometido al fuero de Aragón⁶.

En 1268 morirá la infanta María que es enterrada en La Seo por voluntad de los vecinos de Zaragoza.

El 24 de febrero de 1271 se encuentra de nuevo en Zaragoza, pues con esa fecha promulgó la Ordenanza Regia por la que a partir de ese momento se iba a regir el concejo zaragozano. Dispuso que al frente de la ciudad hubiera doce jurados durante un año y que, al cabo del tiempo, designaran por cooptación a sus sucesores.

En 1275 se produjo un acto de violencia urbana provocado por el enfrentamiento de dos facciones en la parroquia de San Felipe. En la reyerta un tal Martín de Barcelona mató a Gil Tarín, jurado primero de la ciudad. Al lugar de los hechos acudió el Zalmedina con sus oficiales. El Justicia Fortún de Ahe lanzó orden de busca y captura. El asesino fue ajusticiado.

Cuando Jaime I murió en 1276, la ciudad de Zaragoza había transformado su fisonomía, su modo de vida y sus instituciones.

⁴ De hecho en 1242, por mandato de Jaime I, se implantó en la Corona de Aragón la llamada Inquisición medieval.

⁵ Prueba de esa pujanza es el derribo, en 1284, de la pequeña ermita románica dedicada a San Blas, y el inicio de la construcción de la iglesia de San Pablo.

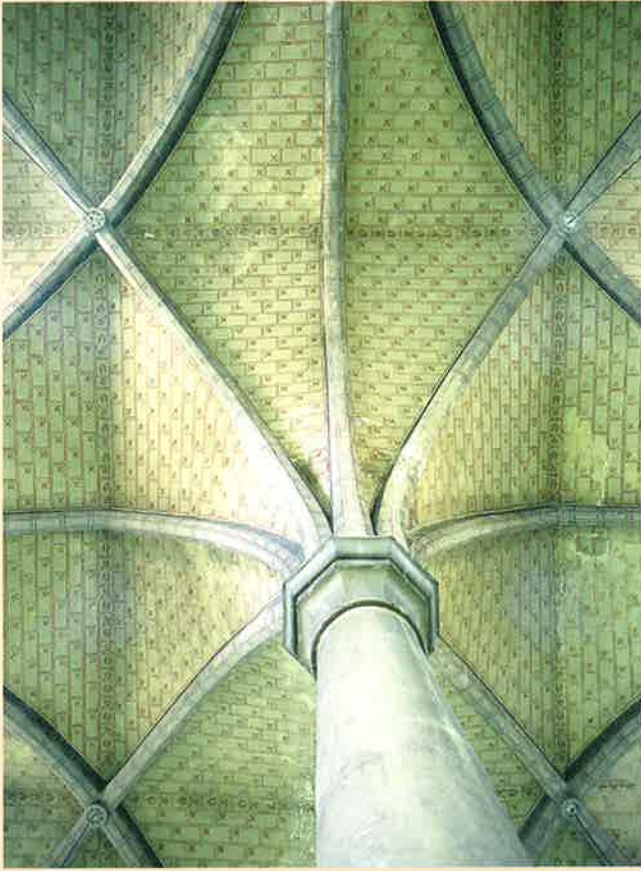
⁶ Al año siguiente, en las Cortes de Ejea, y fruto de esa tensión entre el rey y los nobles, se crea la figura del Justicia para que actúe como juez entre ellos y el rey.



HistorIA de CuATRO CiUDADES

PARTE 4.

**Zaragoza en la
Baja Edad Media**



Bóvedas del refectorio del convento de Santo Domingo, lugar donde se reunían las Cortes del Reino.



Alfonso III acepta el Privilegio de la Unión (1287).



Pedro IV rasga el Privilegio de la Unión en las Cortes de 1348, celebradas en el refectorio del convento de Santo Domingo.



Estatua de Pedro IV. Museo de la Catedral de Gerona.

24. ZARAGOZA CIUDAD DE LA UNIÓN ARAGONESA (1283-1348)

Tras la muerte de Jaime I las espadas seguían en alto. Por un lado estaba la nueva tendencia representada por el redescubrimiento del Derecho Romano en la Universidad de Bolonia y que animaba a concentrar en la figura del monarca la mayor cantidad de poder (Monarquía Autoritaria); y por otro la vieja tradición medieval consistente en conservar repartido ese poder –en forma de Privilegios, Fueros, Usos y Costumbres– entre estamentos nobiliarios y ciudades, los cuales, llegado el momento, acordarían las condiciones del gobierno con el rey (Pactismo)¹.

La cuestión surgió durante el reinado de Pedro III quien, debilitada su posición por la conquista de Sicilia y el entredicho papal², se vio enfrentado a la mayor parte del Reino, que decidió constituir una Unión para defender sus propios intereses. La Unión de nobles, ciudades y villas aragonesas se gestó en Tarazona, y en Zaragoza obligaron al rey a firmar el llamado *Privilegio General* (1283) por el que aumentaba la representatividad de los Estamentos (Brazos) en las Cortes, y por el que tanto el rey como sus sucesores venían obligados a jurar los Fueros antes de ser coronados.

A los dos años se produjo el primer choque. Alfonso III, su sucesor, se había proclamado rey sin jurar previamente los Fueros. Hubo un levantamiento general de la nobleza y de la ciudad de Zaragoza –la única por cierto–, que se rebelaron contra el rey y hasta llegaron a ofrecer la corona a Carlos de Valois. Alfonso III tuvo que transigir y firmar en Zaragoza otro documento más ominoso aún para las prerrogativas reales: el *Privilegio de la Unión* (1287). Las cláusulas eran tan extremas que nunca se convirtió en Fuero.

Y así estaban las cosas cuando Pedro IV volvió a destapar la caja de los truenos. Esta vez fue la decisión de nombrar sucesora a su hija Constanza, en detrimento de su hermano Jaime. Eso fue considerado contrafuero por los unionistas que apoyaron a Jaime. A esta "fiesta" se sumaron los hermanastros del rey, los infantes Fernando y Juan, hijos de Leonor de Castilla, que también aspiraban a sacar partido.

Reunidas las Cortes de nuevo en Zaragoza en 1347, y ante la presión de los unionistas y de los infantes, Pedro IV se vio obligado a jurar el *Privilegio de la Unión*³. La ciudad era un clamor: la bandera de la Unión ondeaba en lo alto de la iglesia de Sta. María la Mayor (El Pilar).

La muerte en extrañas circunstancias de Jaime elevaba al primer puesto de la oposición al infante Don Fernando, hermanastro del rey de Aragón, y primo de Pedro I de Castilla que no dudó en ofrecerle su ayuda a fin de debilitar a Aragón y conseguir para Castilla una salida al Mediterráneo por Valencia y Murcia. En estos delicados momentos hizo su aparición la Peste Negra.

Pedro IV consiguió derrotar totalmente al ejército unionista en los llanos de Épila (1348). Era el triunfo definitivo de la autoridad real. El 7 de agosto entró en la ciudad rebelde de Zaragoza donde mandó ahorcar a trece ciudadanos defensores de la Unión para escarmiento general. En las Cortes celebradas en el convento de Predicadores de la ciudad abolió el *Privilegio de la Unión*, acuchillando teatralmente los Privilegios con su propio puñal.

¹ El Pactismo es una doctrina política que sitúa el origen del poder real en un antiguo pacto entre la comunidad y el elegido por ella como rey. Éste queda sometido a unas leyes previas que limitan su poder.

² El papa francés Martín IV excomulgó a Pedro III y puso sus Estados en entredicho, lo que liberaba a sus súbditos de la obediencia debida a su rey.

³ El día anterior había hecho una declaración secreta por la que desautorizaba todo lo que, bajo presión, tuviera que firmar ante la Unión.



Torre de la iglesia de San Pablo.



Caballeros armados. Artesonado de la Catedral de Teruel.



Torre de ladrillo de la muralla medieval en la calle de Alonso V de Zaragoza.

25. ZARAGOZA EN LA GUERRA DE LOS DOS PEDROS (1356-1369)

La relación entre Pedro IV de Aragón y Pedro I de Castilla no eran buenas. Castilla aspiraba a la fachada levantina de la Corona de Aragón para participar en el activo comercio mediterráneo. Por otro lado, uno y otro reino eran tierra de asilo para sus respectivos enemigos. Pedro I ayudaba y acogía a sus primos los infantes Fernando y Juan, hermanastros de Pedro IV¹, que habían sostenido el bando unionista (recientemente derrotado en la batalla de Épila); y Pedro IV apoyaba a Enrique de Trastámara, hermano bastardo de Pedro I² y aspirante al trono de Castilla.

En 1356 se iniciaron las hostilidades. El poderoso ejército castellano conquistó Tarazona en 1357, amenazando desde allí a Zaragoza que fue puesta en pie de guerra. Se ordenó derribar las casas junto a la muralla, se destinaron 100.000 sueldos para la reparación de la misma, e incluso se pensó en derribar las torres de San Pablo y San Francisco por quedar fuera del perímetro defendible. Los vecinos del barrio de San Pablo decidieron organizar patrullas, formadas por diez hombres de cada calle y un cabo, para vigilar de noche la muralla de ladrillos, mucho más vulnerable a un ataque.

En 1361 se firmó la Tregua de Terrer, momento que aprovechó Pedro IV para licenciar a sus tropas, y Pedro I para reorganizar su ejército de cara a próximas acciones, cosa que ocurrió al año siguiente. Los castellanos ocuparon Borja, Magallón y Calatayud, amenazando de nuevo Zaragoza. Pedro IV reunió Cortes Generales en Monzón, pues la situación era desesperada³, y allí pronunció uno de los más vibrantes discursos de nuestra historia, clamando por la unidad:

"Dios nuestro señor ha querido que seamos vuestro rey y príncipe, y aunque no seamos digno, lo hizo por su gracia y su virtud (...) Y a pesar de que Dios no nos haya hecho grande de cuerpo, tenemos tanta voluntad y corazón como cualquier caballero de este mundo, para vivir o morir y defender nuestra corona y nuestro reino (...) Ahora nos exponemos a un gran desastre y desventura, pues esto que hemos tardado en conquistar quinientos años, lo vamos a perder en quince días. E intencionalmente decimos quince días y no más porque (...) el rey de Castilla se acerca con muchas fuerzas y entendemos que vendrá a Zaragoza. ¡Y que todos nosotros estemos aquí y en Zaragoza haya tan poca defensa y tan poco recaudo como sabéis! Si se pierde, no podemos comprometernos en detenerlo hasta el mar..."

"Pero todo esto sucede por esta desgracia de cuestiones y debates que tenéis entre vosotros, que cada cual quiere el bien propio y guardar sus privilegios y libertades (...) Pero, si tenemos que morir, tened por cierto que no moriremos aquí: antes queremos que todos vosotros, prelados, clérigos, caballeros y hombres de las ciudades y villas, nos sigáis hasta Zaragoza, a caballo o a pie o a cuatro patas, y que allí, celebrando Cortes o en cualquier otra ocupación, estemos para vivir o para morir..."

La muerte de Pedro I en 1369 puso fin a la guerra. Pedro IV y Enrique II firmaron la Paz de Almazán fijando fronteras y acordando el matrimonio de sus hijos Juan (I) de Castilla y Leonor de Aragón, padres de Enrique III de Castilla y de Fernando de Trastámara, que ocupará el trono aragonés tras el Compromiso de Caspe en 1412.

¹ Alfonso IV, el padre de Pedro IV, casó en segundas nupcias con Leonor de Castilla, de la que nacieron los infantes Fernando y Juan.

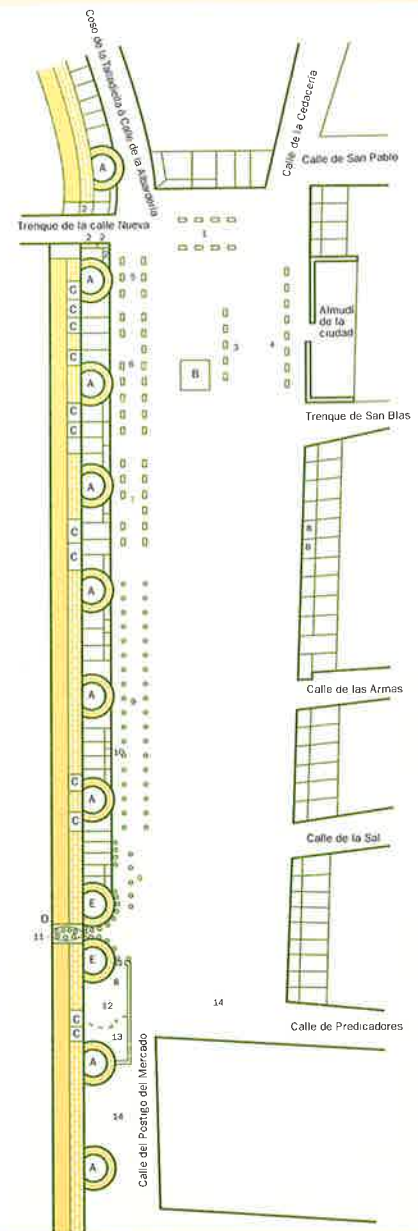
² Pedro I era el único hijo legítimo de Alfonso XI, el cual tuvo otros ocho hijos bastardos con Leonor de Guzmán.

³ En estos momentos de extrema tensión (1363) se creará la Diputación del Reino como organismo permanente de las Cortes, destinado a agilizar las ayudas económicas dedicadas a sostener la guerra contra Castilla. Su nacimiento va unido al impuesto aduanero denominado Generalidades, por lo que también se le llamará Diputación del General.



Picota de Calahorra. La Rioja.

- Muro de piedra
 - Muro de argamasa
 - Puestos comerciales al aire libre
 - Casa
 - Casa en cuyos bajos hay una "botiga" o tienda
- A Torres
 - B Pellerich o picota
 - C Patio alto
 - D Puerta de Toledo
 - E Cárcel
 - 1 Zapateros de calzado nuevo (judíos)
 - 2 Especiería
 - 3 Zapateros de viejo (judíos)
 - 4 Venta de hierba (cristianos)
 - 5 Lenceros (judíos)
 - 6 Prendas de vestir nuevas (judíos)
 - 7 Ropavejeros (judíos)
 - 8 Cambistas
 - 9 Frutas y hortalizas (cristianos)
 - 10 Chatarrero
 - 11 Panadería franca
 - 12 Carnicería del Mercado
 - 13 Corral de la carnicería
 - 14 Salazones y pescados



Plano del Mercado (según M.I. Falcón).



Puerta de Toledo.



Plaza del Mercado. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde, 1563.



Florín de Pedro IV hallado en las excavaciones de la c. Predicadores, nº 28-30, Zaragoza.

26. EL MERCADO DE ZARAGOZA EN LA EDAD MEDIA

En 1210, siendo rey Pedro II, se decidió el traslado del mercado de Zaragoza a la zona de la Puerta de Toledo –extramuros– porque la ciudad estaba creciendo por ese lado. Desde el siglo anterior ya tenemos noticias de la llamada originalmente Población del Rey, que acabará denominándose Barrio de San Pablo.

Entre la muralla y las primeras casa del nuevo barrio se dejó un espacio sin construir de forma rectangular, que enseguida se convirtió en un lugar esencial para la vida cotidiana de la ciudad: era el llamado Mercado del Rey.

El tramo de muralla más concurrido era el que se extendía entre la Puerta de Toledo (la antigua puerta romana del oeste) y el trenque de la Calle Nueva, abierto para facilitar la comunicación con el mercado y la Población del Rey. Entre los cubos de la muralla y apoyándose en sus lienzos se construyeron casas, muchos de cuyos bajos se convirtieron en tiendas (botigas). Lo mismo sucedió con las casas del barrio de San Pablo que daban a la plaza. Incluso delante de ellas se establecieron puestos al aire libre.

Las tiendas estaban agrupadas por ramos: las de ropa y zapatos estaban en la parte próxima al trenque de la Calle Nueva, y las de alimentación más cerca de la Puerta de Toledo, pero alejando las que pudieran ser molestas por sus olores: la carnicería, con su corral, y el puesto de pescados y salazones se encontraban en el extremo próximo a la Zuda y disponían de un canalillo que llevaba las aguas sucias a un desagüe próximo al río.

Pero no sólo había tiendas. Estaba también el Almudí de la ciudad (graneros) y el Estanco de la sal, dos elementos esenciales para la alimentación: el pan y la sal.

Lo que se hacía con el pan era algo realmente curioso. El trigo –el preferido por los zaragozanos venía de Erla y Puendeluna– era comprado por los panaderos en el Almudí, donde se vendía en sacos de seis arrobas¹. Al precio del grano había que sumar el valor añadido de todas las operaciones que acababan transformándolo en pan.

El precio del trigo estaba sometido, como es lógico, a variaciones debidas sobre todo a los avatares de la cosecha: había años buenos, los había malos... y muy malos. Por ejemplo en 1266 el cahíz² de trigo costaba en Zaragoza 24 sueldos³, cosa que no estaba mal, pero, por poner un año trágico, en 1374 llegó a costar 130 sueldos, para bajar a 40 al año siguiente, gracias a la importación de trigo norteafricano.

En cambio el precio del pan era siempre el mismo, apoyado además por la estabilidad de la pobre moneda aragonesa: el dinero jaqués. ¿Cómo era posible tal milagro económico?. Pues muy sencillo; en aquella época el pan no se vendía al peso, sino por piezas (llamadas dinerales o dobleros porque siempre costaban lo mismo: uno o dos dineros). Si el precio del trigo subía, los panes se hacían más pequeños, y si bajaba se hacían más grandes⁴.

También, aunque hoy nos llame mucho la atención, en el mercado estaba la cárcel –en los dos cubos que flanqueaban la Puerta de Toledo–, el cadalso y la picota, donde se exponían los condenados a la vergüenza pública, y, en su caso, sus cadáveres para dar ejemplo. Con el tiempo (s. XV) se fueron humanizando las formas de la justicia, y éstos sólo quedaban expuestos durante un día.

¹ Una arroba era una medida de peso y de capacidad. En Aragón equivalía a 11,5 kgs y a 16,13 litros respectivamente.

² El cahíz era la medida básica para áridos (granos) en Aragón. Equivalía a 32,64 litros.

³ El sueldo jaqués era una unidad de cuenta (no era una moneda) que equivalía a 12 dineros jaqueses, que sí eran monedas.

⁴ En un año normal el dineral pesaba en torno a los 250 g.



Las Bodas de Caná. Blasco de Grañén y Martín de Soria (1484). Temple sobre tabla. perteneciente al retablo de la iglesia de San Salvador de Ejea de los Caballeros, Zaragoza.

27. LA DIETA ALIMENTICIA EN LA ZARAGOZA MEDIEVAL

Da la impresión de que los zaragozanos de la época no comían demasiado. Su dieta se fundamentaba en el consumo de cereales (trigo, cebada, avena y mijo). De algunos años del s. XV tenemos datos que, estadísticamente, nos llevan a pensar que un habitante de Zaragoza comía unos 150 grs. de pan al día, lo cual no es mucho para la época.

La escasa base cerealista se completaba con el consumo de productos de la huerta zaragozana sobre todo coles y legumbres (no olvidemos que la patata no se conocía) como base de los potajes a los que se añadían cebollas y ajos. Junto a estas y otras hortalizas la huerta y los huertos particulares brindaban abundante variedad de fruta: manzanas, peras, alberjes, melocotones, ciruelas, cerezas, higos y uvas. Curiosamente la fruta no tenía demasiada buena fama y los médicos la consideraban poco apropiada.

También sorprende el escaso uso culinario del aceite de oliva, que a pesar de su relativa abundancia, se empleaba como combustible para la iluminación en candiles y lámparas. Se prefería la grasa animal que recibía el nombre genérico de tocino.

Era tal la inclinación de la población cristiana por el consumo de grasa animal que las casas de los judíos se identificaban (a veces con intenciones inquisitoriales) por su olor a aceite de oliva.

Carne se comía todavía menos, aunque aquí la estructura social influía en el sentido de que los ricos comían mucha más que la mayoría de la población.

Así como panaderías las había en abundancia, carnicerías había sólo cuatro: dos para los

cristianos (una en el mercado y otra en el *Cap de la Carrera*)¹, una para la aljama judía y otra para la aljama musulmana, a fin de salvaguardar las correspondientes normas rituales en el sacrificio de los animales. A este tipo de carne (ovino, caprino, bovino y porcino –ésta última consumida sólo por los cristianos–) tendríamos que añadir las aves de corral, conejos y piezas de caza, bocados más exquisitos y por tanto más raros de ver en las mesas de los humildes. La leche, el queso y los huevos completaban el aporte de proteínas.

En el calendario litúrgico había muchos días de abstinencia en los que no se podía comer carne. El pescado suplía su ausencia en Cuaresma, Adviento, todos los viernes del año, etc. Había pescado fresco y en salazón, lo había de mar y de río. El Ebro, entonces sin contaminar, ofrecía especies comunes como los barbos y las madrillas, pero también otras tan sorprendentes como los salmones y sábalos. La gente dedicada a la pesca en el Ebro, Gállego y Huerva era tan numerosa que incluso se organizaron en una Cofradía² –como cualquier otro oficio– y se pusieron bajo la advocación de San Julián. Por el Ebro llegaba también pescado fresco de mar (merluzas, atunes, congrios, sardinas) traídos por los *llauts* desde Tortosa y conservados en nieve y paja. Las salazones (congrío) provenían de Navarra y Castilla.

Beber se bebía agua de los ríos próximos³ y también, de vez en cuando, vino. La tierra daba tintos y blancos, más finos estos últimos. Pero el más apreciado era el vino griego, aunque su precio lo hacía prohibitivo⁴. Frutos secos, miel y los dulces derivados completaban la dieta de un zaragozano... con algo de suerte aquel día.

¹ El *Cap de la Carrera* era un lugar céntrico y estaba en el cruce de la calle Mayor con Don Jaime.

² En las Ordenanzas de la Cofradía estaba prohibido pescar con redes en los ríos, seguramente como medida de protección de las reservas piscícolas.

³ Junto al puente de piedra había un ingenio (cigüeñal) que elevaba el agua del Ebro a la ciudad. Había un oficio que era el de aguador.

⁴ El cántaro de vino *grech* o *forano* costaba en 1472 10 sueldos. Era de cuatro a seis veces el salario de un menestral.



Catedral de La Seo, lugar de las coronaciones reales.



Detalle de la Coronación de un rey de Aragón en la Seo. Xilografía de un Pontifical del s. XVI. Biblioteca Capitular de La Seo, Zaragoza.



Patio de Santa Isabel, Aljafería de Zaragoza.



Fiesta taurina del siglo XIII. Cantigas de Alfonso X el Sabio.

28. LAS CORONACIONES REALES EN LA SEO DE ZARAGOZA

Desde finales del siglo XIII la mayoría de los reyes de la Casa de Aragón se van a coronar en la catedral de La Seo, al tiempo que van a jurar los Fueros del Reino. Estos actos de la coronación, la presentación del heredero y la jura de los Fueros convirtieron a Zaragoza en la cabeza política de un Reino y de una Corona de Aragón que no tenían todavía una capital establecida. El rey y su corte estaban allí donde su presencia era necesaria¹.

La más famosa de las coronaciones reales fue, sin duda, la de Alfonso IV (1327-1336), el cual, a pesar de estar en Montblanc cuando murió su padre Jaime II, quiso venir a Zaragoza "a recibir las insignias de su coronación y caballería". Cosa que sucedió el 3 de abril de 1328, domingo de Resurrección, en medio de una ciudad engalanada para la ocasión, y que albergaba a cientos de nobles invitados no sólo de la Corona y Reino de Aragón, sino también de Navarra, Castilla, Francia, Bohemia, Granada y Tremecén.

El rey y su comitiva salieron el sábado al atardecer del palacio de la Aljafería (su residencia en Zaragoza) y marcharon procesionalmente atravesando la ciudad (calle Predicadores, Mayor y Cuchillería –actual San Gil–) hasta llegar a la catedral a eso de la medianoche.

Una vez llegados a La Seo el rey y los caballeros pasaron la noche velando sus armas (no sabemos si Alfonso IV se retiró a dormir a la sacristía como hará su hijo Pedro IV años más tarde, aduciendo que al otro día debía de estar muy despejado). A la mañana siguiente se desarrolló la ceremonia presidida por el arzobispo de Zaragoza, Don Pedro López de Luna².

El rey colocó su espada y la corona sobre el altar, siendo revestido con alba, dalmática y estola, como si de un diácono se tratara, para mostrar así su vinculación a la Iglesia. Sus hermanos pequeños, los infantes Pedro y Ramón Berenguer, le calzaron las espuelas. Él mismo tomó la espada bendecida del altar y la blandió por tres veces simbolizando la defensa que haría de la Fe, de los desamparados y de la Justicia.

El arzobispo ungió la espada y el brazo derecho del monarca con los óleos santos. A continuación tuvo lugar la coronación propiamente dicha; el rey tomó la corona con sus propias manos (*"que no le ayude ninguna persona, ni l'arzebispe ni infant ne ninguna persona otra"*) y se la puso en la cabeza, sosteniendo el cetro en su mano derecha y el pomo de oro con su izquierda³. Una vez concluida la ceremonia religiosa el rey salió del templo bajo palio, coronado y con todos sus atributos reales para manifestarse ante el pueblo de Zaragoza que, enardecido por esta visión fastuosa, gritaba el nombre de la Casa del rey: *"¡Aragón, Aragón!"*.

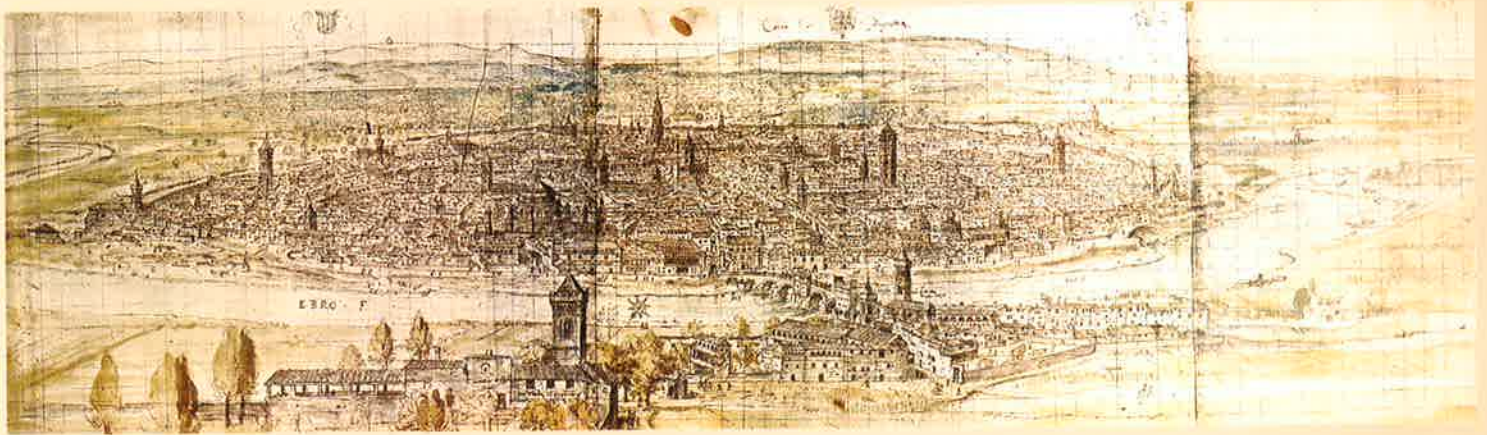
En un caballo blanco volvió el rey a palacio, donde tuvo lugar el banquete de la coronación que daba paso a las fiestas en toda la ciudad. Hubo bailes "a tablado", juegos "a la jineta" y, como no, corridas de toros: *"Delante de la Aljafería estaba un campo cerrado, a donde se corrían los toros que se llevaban, porque cada parroquia enviaba el suyo, divisado con las armas reales..."*.

En las Cortes que hubo en Zaragoza ese mismo año Alfonso IV juró guardar los Fueros y Privilegios de los aragoneses.

¹ El rey y su corte se mueven con un cierto ritmo anual por sus distintas sedes (Jaca, Huesca, Zaragoza, etc.), castillos y monasterios, consolidando su autoridad y resolviendo problemas allí donde surgen.

² La diócesis de Zaragoza había sido elevada a la dignidad de archidiócesis en 1318, segregándose de la de Tarragona. El primer arzobispo fue precisamente Don Pedro López de Luna.

³ El cetro representa la Justicia (*"la vara de la virtud y de la verdad"*), y el pomo o globo la soberanía sobre todos sus reinos.



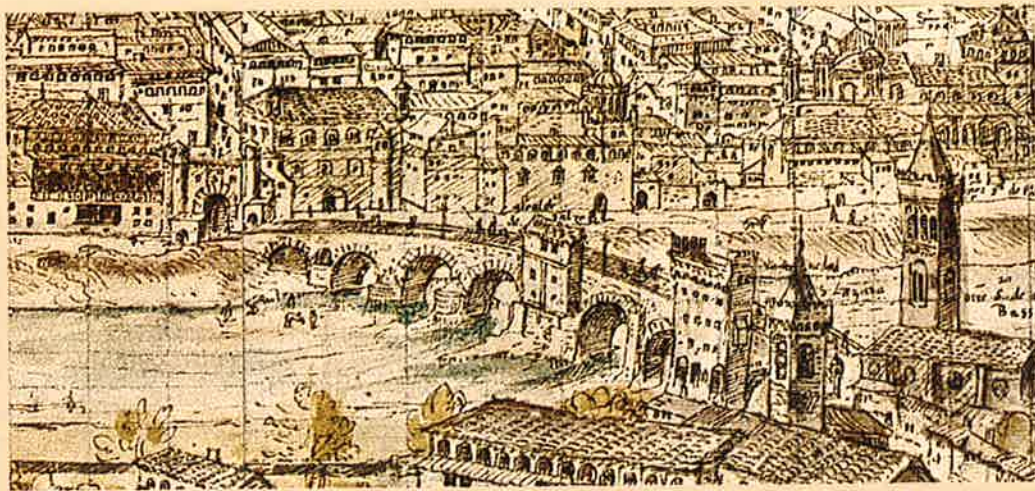
Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde, 1563. Biblioteca Nacional de Viena (Austria).



Abrevadero de la Magdalena. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.



Rambla de los Predicadores. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.



El Puente de Piedra. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.

29. EL EBRO Y LOS PUENTES DE ZARAGOZA

Zaragoza es un don del Ebro. Desde sus comienzos Zaragoza fue una ciudad de paso en un cruce de caminos, y esa función se materializó con la construcción de un puente que obviara el primer gran obstáculo natural que se encuentra quien desde el norte quiere viajar al interior de la Península.

Ya hemos visto que los romanos, dotados de una técnica constructiva envidiable, construyeron el primer puente, del que no conservamos nada excepto su situación, que será aprovechada por nuestro familiar puente de Piedra medieval.

No sabemos a ciencia cierta como era el primitivo puente romano. Se piensa que pudo ser un puente mixto, es decir, con sus pilas de piedra y el viaducto de madera¹; pero también pudo ser todo de piedra como el de Mantible (aguas arriba de Logroño), el de Celsa (Velilla de Ebro), o como el que las mismas legiones fundadoras de *Caesaraugusta* tendieron en *Ad Fines* (Martorell) sobre el Llobregat, y que todavía hoy ostenta sus firmas en los restos sobre los que se construyó el Puente del Diablo.

La primera noticia escrita que tenemos de nuestro puente es del siglo IX (839), cuando Abderramán II ordenó una reconstrucción tras su rotura en 827. Ya vimos también como los cristianos sitiadores de la ciudad en 1118 quemaron el puente (o su viaducto) que en aquel momento, al menos, era de madera.

El Ebro era un río bravo (no estaba regulado como ahora), de modo que las crecidas y las avenidas a las que quedaba expuesto el puente no eran raras. De hecho toda la Edad Media contempló una lucha constante entre los habitantes de Zaragoza y el río Ebro por ver quien podía más.

Desde la segunda mitad del siglo XII, por lo menos, tenemos noticia de que se recaudan fondos para la conservación de la *alcántara*², y de que se nombran encargados para su administración, pero la dificultad mayor estriba en encontrar a alguien con conocimientos técnicos suficientes para su mantenimiento y reparación.

Resulta curioso saber que el Monasterio de San Millán de la Cogolla tenía la obligación, al menos desde 1187, de proveer 20 vigas de madera al año, o de las que hicieran falta en caso de rotura. El trabajo, eso sí, corría por cuenta de los zaragozanos.

Al año siguiente es el Cabildo de La Seo el que se sienta con capacidad técnica suficiente como para comprometerse a hacer un puente de piedra en un plazo de veinte años. A cambio recibirá todas las rentas destinadas a su mantenimiento, podrá construir molinos adosados a sus pilas, cuyos beneficios compartirá con el rey, y podrá coger de las ruinas las piedras que necesite, es decir, de la *Caesaraugusta* romana.

Cruzar el puente –cuando se podía– no era gratis. Había que pagar un impuesto, llamado *pontazgo*. Por ejemplo en época de Jaime I por cada caballería cargada se pagaba una *meaja*³. En 1257 el río tendía a desplazarse hacia la margen izquierda, con lo que si lograba crear un nuevo cauce, el puente quedaría en seco. Cuatro años más tarde una avenida arrasó las huertas y el puente. Hubo que tender uno de barcas. El gasto que generaba el puente era mayor que las rentas asignadas por lo que había que añadir otras: Jaime I cedió las rentas de los baños judíos para las obras de reparación.

1 Así era el que las legiones romanas construyeron sobre el Danubio en el año 104 d.C. El viaducto de madera se apoyaba en 20 pilas de piedra. Está representado en la Columna Trajana de Roma.

2 Alcántara (*al-qantara* = puente). Los zaragozanos de la época designan al puente todavía con la palabra árabe.

3 Una *meaja* u *óbolo* es una moneda que valía medio dinero. Su escaso valor acabará convirtiendo la palabra en sinónimo de poca cosa.



Vista de Zaragoza de J.B. Martínez del Mazo, 1647. Museo del Prado, Madrid.



Vista de Zaragoza de Pier María Baldi (1668).



Detalle del puente de madera.

Pero el río no significaba solamente destrucción. Era también una vía de comunicación y comercio, como ya lo había sido desde época romana. La navegación la realizaban los *arraeces*, patrones de unos barcos adaptados a las características de un río que se llamaban *llauts*. Eran éstas unas barcazas alargadas, de fondo plano para no encallar en las zonas poco profundas del río, y no tenían velas por lo que no podían salir al mar. El puerto de tránsito era Tortosa. Cuando descendían por el río, cargados de cereales o lana por ejemplo, se dejaban arrastrar por la corriente o se ayudaban con remos para avanzar más deprisa; y cuando ascendían lo hacían arrastrados desde las orillas por los llamados caminos de sirga, que había que mantener despejados de la abundante vegetación ribereña que crecía en los sotos.

En tiempos de Pedro III los arraiceros se quejaron de las dificultades que para la navegación suponían los azudes⁴. El rey les dio la razón y se creó una policía fluvial para vigilar que el río fuera navegable desde Navarra a Tortosa. También era una línea de defensa. Por ejemplo en 1367, durante la Guerra de los dos Pedros, se mandaron esconder todas las barcas que había de aquí a Tortosa para que las tropas francesas no pudieran cruzarlo, lo cual nos indica de paso que no había otro puente a lo largo de todo su recorrido.

Pero volvamos de nuevo a Zaragoza. En 1280 continuaban las obras del puente mayor, y en 1325 se concedía permiso para talar 400 robles y pinos de los bosques de Ansó, Hecho y Broto que bajaron hasta Zaragoza en almadías⁵, para hacer con ellos un nuevo puente de

madera sobre barcas. Por esa misma época una nueva avenida arrasaba el puente y la huerta de la Almozara. Se hizo cargo de la obra el cantero Gil Pérez de Fustiñana que labró mil sillares. Le sucedió el moro Mahoma Mazuela, y a éste otros, pero no se consiguió tender los arcos.

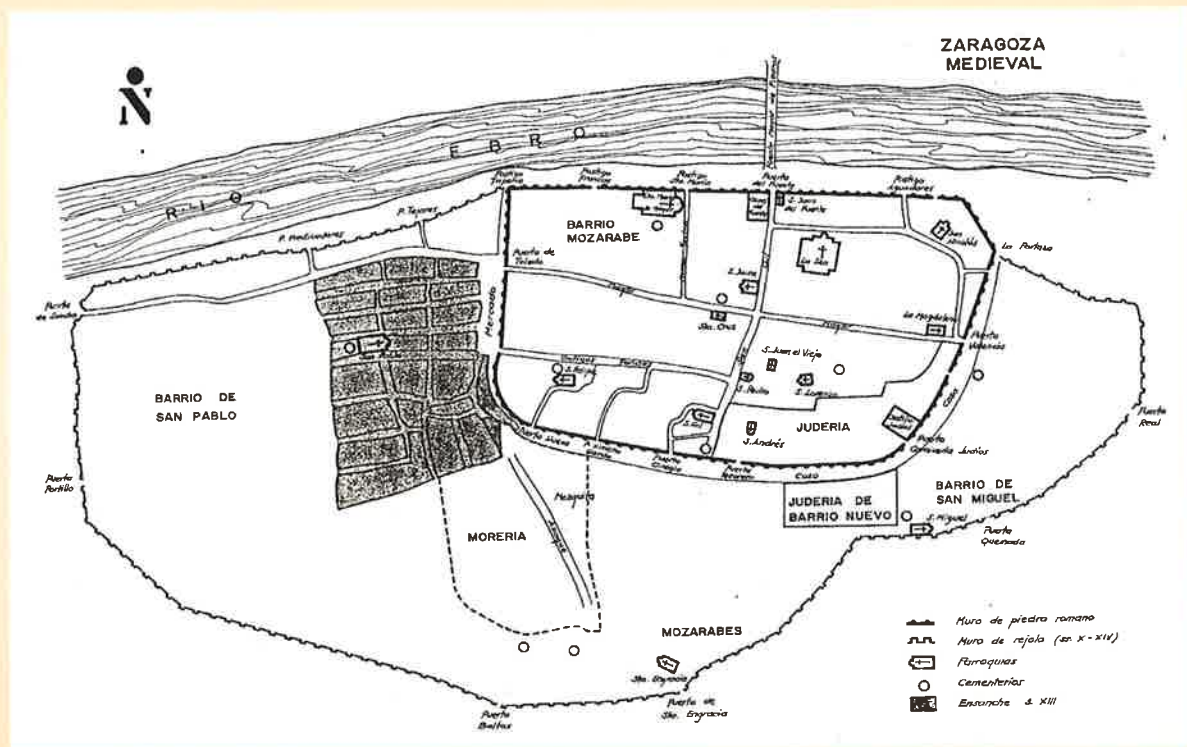
Sin embargo lo peor aún estaba por llegar. En 1380 –por si faltaba algo después de tanta calamidad habida en la ciudad desde 1348– tuvo lugar la avenida más catastrófica que se recuerda. Los campos quedaron anegados y el río bajó con tal fuerza que cortó sus propios meandros, trazando un nuevo cauce rectilíneo. Esos meandros abandonados crearon una zona pantanosa que hoy conocemos como las Balsas de Ebro Viejo.

Con la llegada del siglo XV las cosas parecieron mejorar (no era muy difícil). En la primera década se habían conseguido tender tres arcos del puente por la parte del Arrabal, pero nuevas avenidas dañaron tanto al de piedra como al de barcas que había aguas abajo. En éste, dada su fragilidad, hubo que poner un servicio de vigilancia día y noche para desviar los troncos y demás objetos que se estrellaban contra él arrastrados por la viva corriente del río. Incluso hubo que defender los muros de la catedral, pues el agua llegaba hasta allí.

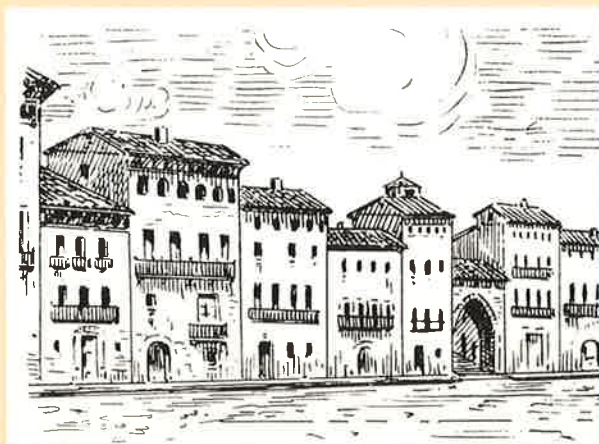
Desde 1420 se duplicaron los precios del pontazgo para acrecentar los recursos destinados a las obras. El 5 de agosto de 1435, cuando se estaba a punto de culminar la obra, se derrumbó uno de los arcos matando a cinco obreros e hiriendo a muchos más. Reconstruido una vez más el puente de piedra se inauguraba, por fin, en 1440.

⁴ Un azud es una presa hecha en un río para elevar el nivel de sus aguas a fin de derivar un canal o acequia de riego.

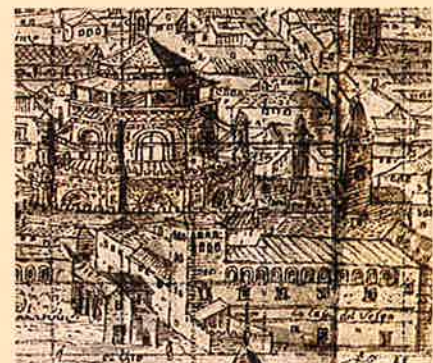
⁵ Una almadía o navata es una especie de balsa formada por los propios troncos que son transportados de esa manera por el río. Mercancía y medio de transporte son la misma cosa.



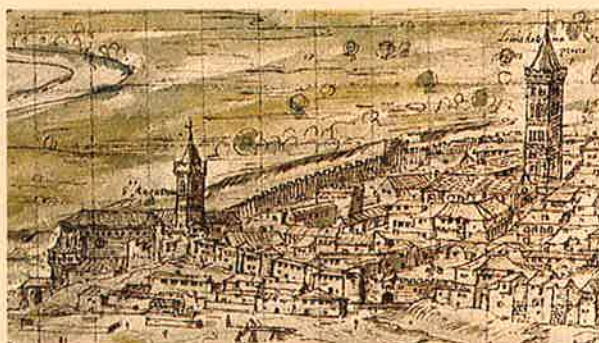
Plano de Zaragoza en la Baja Edad Media (según M.I. Falcón).



Puerta Cinigia.



La Seo y Palacio Arzobispal. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.



San Agustín. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.



San Lázaro y Sta. María de Altabás. Detalle de la Vista de Zaragoza de A. van Wingaerde.

30. DESCRIPCIÓN URBANA DE LA ZARAGOZA MEDIEVAL

El núcleo de la ciudad de Zaragoza seguía siendo la vieja ciudad romana delimitada por la muralla de piedra y surcada por sus dos amplias calles (*carreras*) en cruz¹ que terminaban en las cuatro grandes puertas: la de Toledo al oeste, la Cinegía al sur, la de Valencia al este y la del Ángel sobre el puente del Ebro.

La muralla recibía atenciones sobre todo en época de guerra, y se le dedicaban rentas e impuestos extraordinarios (repartimientos) cuando era necesario². Pero al tiempo era incómoda por lo que a lo largo de la Edad Media se le van a ir abriendo portillos que se llaman postigos o trenques, como el trenque de la Calle Nueva en el barrio de San Felipe, o el de la Judería en el Coso Bajo, o el postigo del fosar de Sta. María para bajar al Ebro.

La muralla romana estaba rodeada, al menos desde el s. XII, de un foso defensivo (tallada) que era utilizado como cauce para evacuar las aguas sucias³.

Ya en época islámica se dotó a la ciudad de un segundo cinturón defensivo que trataba de proteger los distintos arrabales que habían ido surgiendo en torno a la medina, como el de *Sinaya*, en el que se instalará la Morería y dará nombre a la puerta por donde se accedía (Cinegía).

Este muro con sus torres será conservado y mejorado sobre todo a raíz de la Guerra de los dos Pedros. En la ciudad se le conocía como el muro de adobes o de ladrillos (rajolas), y todavía se conservan de él extensos tramos en la zona de las calles de Alonso V y Asalto, y siguió cumpliendo su función defensiva en la Guerra de la Independencia (1808-09). El perímetro

de esta segunda muralla era, lógicamente, mucho mayor. En términos actuales iba junto al Ebro por el Paseo de Echegaray y Caballero, Plaza de Europa, Paseo de María Agustín, Calle de Canfranc, Plaza de Aragón, Paseo de la Constitución, Paseo de la Mina, Plaza de San Miguel, calle de Asalto, calle de Alonso V y Plaza de las Tenerías, y en ella se abrían siete puertas, algunas tan famosas como la de Baltax (luego del Carmen), el Portillo, Puerta Sanchó, Puerta Quemada o Puerta del Sol.

Además de la ciudad contenida dentro de estos dos anillos defensivos se ha de señalar también el arrabal de Altabás al otro lado del puente.

La ciudad medieval así constituida se dividía en barrios (parroquias) que eran distritos administrativos y electorales, a la vez que religiosos. En el casco antiguo había trece, algunas tan importantes como la de Sta. María la Mayor, La Seo, San Felipe, La Magdalena, San Gil, etc. La parroquia de La Seo, en torno a la catedral, era el barrio noble. Allí se construyeron el Palacio de los arzobispos, las Casas del Puente (sede del concejo), la casa de la Diputación del Reino (1437-1450) y la Ceca⁴.

Lo que pudiéramos llamar el ensanche medieval presenta notables diferencias urbanísticas con el casco antiguo. A pesar de su gran tamaño sólo había dos parroquias: la populosa de San Pablo, y la poco poblada de San Miguel. En cambio sí abundan los conventos: franciscanos, dominicos, del Carmen, de Sta. Catalina o de San Agustín, que son grandes consumidores de terreno. También se levantó aquí en tiempos de Alfonso V el gran Hospital de Ntra. Sra. de Gracia.

¹ El cruce de los antiguos Cardo y Decumano máximo se denominaba en la época *Cap de la Carrera* (Intersección de las calles Mayor y Espoz y Mina con la de Don Jaime).

² En 1358 se repartió proporcionalmente entre las parroquias un impuesto de 100.000 sueldos para reparar la muralla ante la amenaza de un ataque de las tropas de Pedro I.

³ Este foso utilizado como canal de desagüe iba cubierto en la zona del Mercado.

⁴ La Ceca es el lugar donde se acuña moneda.



Santa Isabel de Portugal de Francisco Marín Bagüés, 1910. Diputación de Zaragoza.



Artesonado, galería y friso epigráfico del Salón del Trono de los Reyes Católicos. Palacio de la Aljafería, Zaragoza.



Escudos decorando las vigas del alfarje del Salón de Recepción del Palacio de Pedro IV.



Detalles emblemáticos de los taujeles de las Salas de Pasos Perdidos.

31. LOS PALACIOS CRISTIANOS DE LA ALJAFERÍA

La Aljafería cristiana es la heredera del alcázar musulmán. Los sucesivos palacios cristianos están sobrepuestos al palacio taifal como en una metáfora de dominio y de continuidad¹.

Pero aún hay otra evidencia más palpable de esa asunción de un mundo que se ha conquistado por las armas y del que culturalmente no se reniega: es el arte mudéjar, que se va a convertir en la manifestación artística de las tierras reconquistadas al sur del Ebro. La originalidad del mudéjar aragonés surge de la Aljafería, de los arcos mixtilíneos de su oratorio y de sus lazos de seis u ocho puntas, y se expresa en lugares como el muro de la Parroquieta de La Seo, San Pablo, La Magdalena, San Gil, San Miguel, etc.

La Aljafería fue la residencia de los reyes de Aragón durante sus estancias en Zaragoza. A lo largo de los siglos XII y XIII se utilizó el palacio musulmán sin apenas modificaciones. Aquí nació en 1271 la infanta Isabel², hija de Pedro III, casada con el rey Dionís de Portugal, y canonizada en 1625.

Las obras comenzaron con Jaime II, quien en 1301 nombra director de las mismas a Mahoma Bellito y dota de sacerdote a la capilla real (San Martín). Sin embargo será su nieto Pedro IV el que construya lo que se ha dado en llamar el palacio mudéjar, situado en la zona norte, junto a la torre. El palacio de Pedro IV, que lógicamente hay que entenderlo como una continuación del musulmán, consta en la planta baja de una gran Salón de Recepción, y de dos salones en la planta superior. Sufrió mucho en la transformación cuartelaria de 1862, y lo más interesante de lo conservado son sus alfarjes³ decorados con escudos.

El rey tenía en la Aljafería un jardín de fieras entre las que había una pareja de leones –símbolo heráldico de la ciudad– y un oso al que llamaban Anteón⁴.

De la Aljafería salían las comitivas reales para el acto solemne de la coronación de los reyes en La Seo, y a ella se volvía para festejarlo.

Aquí el judío leridano Crexas Abiatar operó de cataratas –con éxito– a Juan II, que había hecho voto a Santa Engracia⁵.

Y aquí se instaló también, tras el asesinato de Pedro Arbués, el Tribunal de la Inquisición. Los condenados eran encerrados en la Torre a la espera de los Autos de Fe que tenían lugar en la plaza del Portillo o en la del mercado.

Los Reyes Católicos construyeron un último palacio muy acorde con su filosofía política. Se trata en realidad de un itinerario iconográfico que conduce, a través de la escalera noble y la galería, a un deslumbrante Salón del Trono precedido de varias salas de espera (Pasos perdidos), donde los símbolos del poder sobrevuelan las cabezas de los que aguardan. De nuevo son las techumbres las que destacan tanto por su brillantez artística, como por la claridad de sus mensajes emblemáticos: la unidad del yugo, la fuerza de las flechas agavilladas, la decisión del nudo gordiano cortado, la justificación política del tanto monta, los nuevos aires de los grutescos renacientes junto a los rancios escudos de armas a los que se añade el fruto ya maduro de Granada.

Y en el Salón del Trono el friso epigráfico triunfal que recuerda en su composición a una antigua inscripción imperial romana.

¹ Carlos I hará algo parecido en la Alhambra de Granada al construir su palacio, en el más puro estilo renacentista, junto a los patios del palacio Nazarí.

² A raíz de su canonización por el papa Urbano VIII, la Diputación del Reino levantó, a partir de 1682, una hermosa iglesia que puso bajo su advocación: Santa Isabel de Portugal.

³ Un alfarje es una techumbre plana de madera tallada y ornamentada.

⁴ Nombre muy apropiado para un oso. Anteón era un gigante al que Hércules mató estrangulándolo en el aire para que su madre, la diosa Tierra, no pudiera comunicarle una fuerza que lo hacía invencible.

⁵ La promesa fue cumplida por su hijo, Fernando el Católico, y por su bisnieto Carlos I. De la iglesia que construyeron queda la magnífica portada de Sta. Engracia, uno de los primeros ejemplos del Renacimiento español.



El médico abandona la habitación de un apestado. Grabado de Luis Lobera, s. XV.



Ruinias del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia. Grabado de F. Brambila y J. Gálvez, 1812.



Ruinias del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia. Grabado de F. Brambila y J. Gálvez, 1812.



San Cosme vestido como un médico del siglo XV. Iglesia de Tobed, Zaragoza.



Juán Tomás Porcell, médico del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia, diseccionando el cadáver de una apestado en 1563.

32. LA SALUD EN LA ZARAGOZA MEDIEVAL

La Zaragoza medieval no era una ciudad limpia, como no lo era ninguna ciudad medieval. El magnífico sistema de alcantarillado romano estaba inservible desde hacía siglos, la mayoría de las calles no estaban pavimentadas y las aguas sucias, junto con las basuras, iban a parar a ellas –a pesar de los desvelos del *veedor de muros y carreras*– para regocijo de roedores, insectos, microbios y virus de amplio espectro.

En las casas no había agua corriente, ni por tanto baños. La higiene personal era manifiestamente mejorable. Había baños públicos para cristianos, judíos y mudéjares, pero su concurso no era suficiente, pues quizá no se relacionaba limpieza corporal con salud, sobre todo desde la óptica cristiana que no veía en el cuerpo más que una fuente de pecado, al que no había que prestar demasiada atención. Es famosa la anécdota de un canónigo de la catedral de Granada que, todavía en el s. XVII, señalando diferencias dignas de no pasar por alto acusaba a los moriscos de bañarse, incluso en diciembre.

Estos hábitos de vida favorecían la propagación de enfermedades contagiosas entre las cuales la más temida era la Peste Negra (Peste Bubónica). No se conocían las causas¹ y, peor aún, no había remedio. Era una maldición que Dios enviaba para castigar las maldades de los hombres. Para la mayoría de los médicos la peste era causada por el aire corrompido (los “miasmas”), por lo que en un principio ni siquiera pensaron en aislar a los enfermos. La amarga experiencia les fue demostrando a ellos y a las autoridades municipales que era preciso evitar la propagación y el contagio (cuarentenas, cordones sanitarios, etc.)

En el otoño de 1348 la Peste Negra llegó a Zaragoza. En octubre morían unas trescientas personas al día. La ciudad corría el riesgo de despoblarse. La Judería, por ejemplo, perdió un 80% de su población. Murieron miles de zaragozanos de toda clase y condición; la Muerte Negra alcanzó hasta la reina Leonor de Portugal, segunda esposa de Pedro IV. La peste –aunque con menor virulencia que en 1348– fue un azote constante que sacudió a la ciudad durante siglos.



Los enfermos se atendían en casa, pues tan apenas había centros de asistencia. De época de Jaime I data el Lazareto² al otro lado del puente. En la ciudad había algunos pequeños centros de atención anejos a las iglesias y el Hospital de Sta. Marta en casa del médico Guillermo Fuerte, quien en 1305 dispuso 12 camas para atender a los peregrinos del Camino de Santiago³.

Por eso fue todo un acontecimiento la creación del Hospital de Nuestra Señora de Gracia en 1425. Fue promovido por el propio rey Alfonso V, el cual mandó comprar unos terrenos frente a la puerta Cinegia (donde hoy se levanta el Banco de España).

Era un Hospital General en el que se atendía a todo el mundo fuera cual fuera su enfermedad y condición. Se dotó con dos médicos internos (permanentes), y otros externos que atendían “especialidades” (cirugía de mujeres, bubas, tiña, cirugía de hombres y cirugía alta). Junto a ellos trabajaban cinco cirujanos, más otro interno para las urgencias. La asistencia era gratuita, por lo que el Hospital dependía de la caridad y de las ayudas institucionales que a veces llegaban tarde y escasas.

① La peste es una enfermedad propia de las ratas (roedores). La infección humana la provoca la picadura de la pulga de la rata (*xenopsylla cheopis*), que se convierte así en el eslabón de contagio entre la rata y el hombre.

② La Leprosaría de San Lázaro se fundó en 1224 y perduró hasta el s. XV, momento en que el edificio fue ocupado por los mercedarios, a los que Jaime I concedió su escudo consistente en el signo real bajo una cruz blanca.

③ Por Zaragoza pasaba el Camino de Santiago levantino, que desde el Mediterráneo ascendía por el Ebro. También eran muchos los peregrinos que desde el camino francés bajaban al Pilar, pues allí se apareció la Virgen a Santiago.



Sello de Jaime II.



Sello de Juan I.



Medalla de Alfonso V.



Doña María, esposa de Alfonso V.

ORGANIZACIÓN MUNICIPAL DE ZARAGOZA

CONCEJO

Jurados
consejeros y
c. 100 vecinos.

CAPÍTULO Y CONSEJO

Jurados y
consejeros.

CONSEJO DE CIUDADANOS

Algunos pocos
ciudadanos.



Son los regidores del Municipio:

- JURADOS: 12 hasta 1414. Después 5.
- CONSEJEROS: 24 hasta 1414. Después 31.
- Total miembros: 36 hasta 1414. Después 36.

JUSTICIA Y POLICÍA

JALANQUÍA

Juez ordinario en la ciudad.

CAVALLERIES

Tres Jefes de policía, asistidos cada uno por diez hombres de la decena de las guardas.

ECONOMÍA

RECTORADO

Encargado de la Hacienda municipal.

ALCAIDE

Encargado de la supervisión de las transacciones comerciales.

URBANISMO

RECTOR DE ALMOYOS Y CANTONALES

Encargado de la seguridad de edificios y limpieza de las calles.

REPRESENTACIÓN

PROCURADOR DE LA CIUDAD

Representante de la ciudad en cuestiones judiciales (civiles o criminales) en las que ésta debiera intervenir como parte demandante o demandada.

AUXILIARES

SECRETARIO DEL CONCEJO

Secretario que levantaba las actas de las reuniones.

33. EL GOBIERNO DE LA CIUDAD EN LA BAJA EDAD MEDIA

Nada más conquistar Zaragoza Alfonso I convirtió a la ciudad en un señorío, que entregó a su vasallo el vizconde Gastón de Bearn, al tiempo que concedía buenos fueros a sus habitantes. Esta dualidad (señorío jurisdiccional y foralidad) perduró a lo largo de todo el s.XII, hasta que Pedro II dejó de nombrar señores de Zaragoza allá por 1206.

A partir de ese instante la ciudad va a ir constituyendo su régimen municipal tomando como base legal sus propios fueros. En este sentido el Privilegio de los Veinte, de 1129, es considerado el origen del Concejo zaragozano.

Con el tiempo la forma y función del Concejo se va a ir precisando a través de sucesivas ordenanzas (reglamentos municipales). La primera fue otorgada por el rey Jaime I en 1271. En ella se disponía la elección de 12 jurados¹, uno por parroquia, que permanecerían en el cargo un año, al cabo del cual propondrían a sus sucesores mediante cooptación.

Este sistema de "designación interna", hacía que los cargos municipales no salieran del círculo de determinadas familias, las cuales constituían un verdadero Patriciado urbano. Además, al ser una magistratura colegiada, estas familias rivalizaban entre sí por alcanzar una posición hegemónica. En 1275, por ejemplo hubo un violento enfrentamiento entre las familias Tarín y Bernardino, que acabó con el asesinato del jurado primero Gil Tarín.

Estos altercados llevarán a Jaime II, en 1311, a promulgar nuevas Ordenaciones, tratando de garantizar la limpieza en la elección de los jurados. El clima de violencia era tal que el rey se vio obligado a ordenar al Zalmedina² y a los jurados que

desarmaran a la gente en la ciudad, plagada, por lo visto, de matones a sueldo.

En 1391, y como consecuencia de las coacciones habidas el año anterior, Juan I completa las ordenanzas de su antecesor definiendo minuciosamente las funciones de cada uno de los cargos.

A la muerte sin sucesión directa de Martín I, el último rey de la casa de Aragón, se recrudecieron los enfrentamientos políticos entre los Luna –partidarios del pretendiente Jaime de Urgel– y los Urrea.

La nueva dinastía de los Trastámara introdujo notables cambios en el gobierno de la ciudad. Su objetivo era doble: por un lado, acabar con los endémicos desmanes nobiliarios y, por otro, asentar su real autoridad. El más importante lo llevó a cabo en 1442 la Lugarteniente Doña María (esposa del siempre ausente³ Alfonso V) al sustituir el viejo sistema de la designación, basado en la parroquia, por el de la *insaculación*.

El nuevo procedimiento consistía en escribir los nombres de los candidatos a los distintos cargos en trozos de pergamino con los que se hacían unas bolitas enceradas llamados *ceruelos*. Estos *ceruelos* eran metidos en tantas bolsas o *sacos* como cargos hubiera que cubrir. Luego esos *sacos* se vaciaban sucesivamente en una vasija llena de agua, y la mano inocente de un niño menor de 10 años extraía tantas *ceruelos* como fueran necesarios.

Fernando II, el Católico, ante la persistencia de las luchas intestinas, irá más lejos al arrogarse en 1487 la potestad de elegir él mismo a los cargos municipales durante tres años –que se convertirán en veinte– en un claro ejercicio de autoritarismo real.

¹ Los magistrados más importantes del concejo se llamaban *jurados* por el juramento que debían hacer al acceder al cargo.

² Zalmedina es el cargo judicial más importante de la ciudad: es el juez ordinario que entiende tanto de causas civiles como criminales.

³ De los 42 años que reinó Alfonso V pasó 29 en Italia.



Noble y campesino



Caballero



Dama



Presbitero

(Del manuscrito de la Catedral de Burdeos (siglos XII-XIII))

Monje

Burgués

Balletero

Gente del pueblo



34. LA SOCIEDAD ZARAGOZANA EN LA BAJA EDAD MEDIA

Cerca de cuatro mil fuegos¹ constituían Zaragoza al comenzar el siglo XV, lo que nos da una población en torno a los veinte mil habitantes. Estos zaragozanos estaban divididos en estamentos, los cuales —a diferencia de las clases sociales— bloqueaban el dinamismo social, pues difícilmente se pasaba de uno a otro.

La flor y nata de la sociedad zaragozana la componía la gran nobleza, que aquí se llamaron ricos-hombres o nobles. Eran unas veinticinco familias descendientes de aquellos barones que acompañaron a Alfonso I en la conquista de la ciudad. Poseían palacios en Zaragoza, pero vivían normalmente fuera de la ciudad, en medio de sus extensos dominios, donde imponían un duro régimen señorial sobre sus vasallos. Sus constantes rivalidades fueron fuente de inestabilidad política en la ciudad.

Por debajo de este reducido grupo se situaba la pequeña nobleza, que recibían el nombre de infanzones o caballeros. La separación entre ambas noblezas era tan clara en Aragón que incluso en las Cortes eran representadas por brazos diferentes. Las familias infanzonas pasaban de la centena, y sus actividades económicas eran más variadas: unos poseían tierras, algunos ocupaban cargos reales, otros tenían profesiones liberales (no manuales), otros eran rentistas²... y algunos hasta tenían deudas.

Otro estamento con privilegios era el eclesiástico, aunque también aquí hay que distinguir niveles; desde las altas y poderosas jerarquías, a cuya cabeza se encuentra el arzobispo de la ciudad seguido de priores, deanes, abades, comendadores de las órdenes militares, etc. (unas cien personas en total), hasta los simples curas y monjes que poblaban los abun-

dantes conventos de la ciudad. Era la jerarquía religiosa la que formaba el brazo eclesiástico en las Cortes.

En cuarto y último lugar se encontraban los vecinos de Zaragoza y sus familias que lógicamente formaban la mayor parte de la población. Vecino era todo aquel cabeza de familia que estuviera en posesión de la Carta de vecindad. Ese documento era la fuente de los derechos y obligaciones de los zaragozanos: por él eran libres y beneficiarios de los privilegios que los reyes daban a la ciudad, pero también por él estaban obligados a la satisfacción de impuestos. Ellos formaban el tejido vivo de la actividad económica. Eran labradores, pescadores, artesanos, albañiles, menestrales, comerciantes, ejercían profesiones liberales, etc. De estos dos últimos grupos surgirá una aristocracia urbana que tratará de enlazar con la de sangre.

Los habitantes cristianos de Zaragoza se distribuían, como ya hemos visto, en parroquias, y se organizaban en cofradías y oficios: asociaciones religioso-asistenciales y laborales. Ambas, parroquia y cofradía, formaban el horizonte vital del zaragozano común.

En la parte más baja de la sociedad estaban las gentes que por su pobreza o sus actividades formaban el grupo de los marginados: los pobres de solemnidad, los vagabundos, los gitanos, las prostitutas³, y hasta el verdugo, personaje de mal agüero al que no se le permitía tocar los productos en las tiendas antes de pagarlos.

Los judíos y mudéjares (moros) vivían en sus correspondientes barrios.

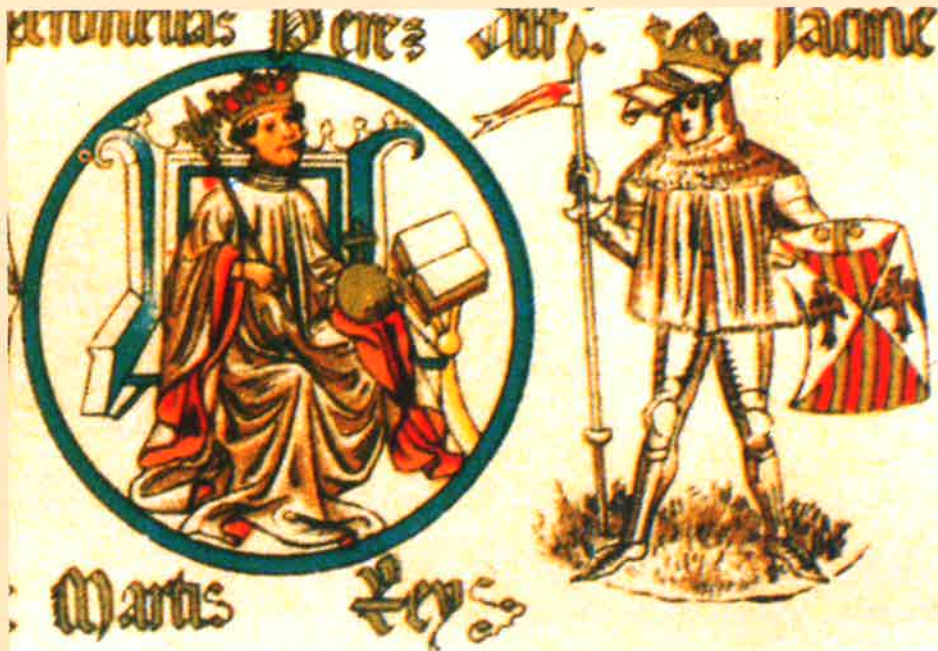
¹ Fuego equivale a hogar, a familia. Para calcular el número de miembros en la época se aplica un índice multiplicador de 4,7. Desde mediados del s. XIV se hacen censos por familias que se llaman *fogajes*.

² En la Corona de Aragón se emitían unos títulos de Deuda Pública llamados *Censales*.

³ Las mujeres de vida airada debían ir con la cabeza cubierta, sin joyas y vestidas de manera que se las pudiera diferenciar de las demás. Existía un barrio llamado del Burdel entre el Portillo y la Morería.



Los Compromisarios de Caspe, de Francisco Marín Bagüés, 1912. Diputación de Zaragoza.



Martín I y su hijo Martín el Joven, según el rolde de Poblet.



Fernanda de Alburquerque y su hijo Juan. Retablo de la Colegiata de Daroca (1484-88).

35. LA VIOLENCIA URBANA EN ZARAGOZA

La alta nobleza aragonesa hizo de Zaragoza el campo donde se dirimían sus disputas. A lo largo del siglo XV vamos a asistir a verdaderas guerras privadas como consecuencia de los enfrentamientos endémicos entre clanes nobiliarios. Los privilegios de clase (mejor diríamos de estamento) y el amparo en los fueros y libertades permitían a los señores abundantes desmanes. Llegó un momento en que el Zalmedina y los jurados del concejo, desconfiando del poco valor de sus decretos y de las normas promulgados para mantener el orden público, pidieron al rey que sensibilizara al Justicia (intérprete de los fueros) para que no aceptara sin más los recursos forales de firma y de manifestación¹, porque de hecho se traducían en la práctica impunidad de los infractores.

Todo este fermento de tensión social se politizó en tiempos de Martín I, cuando se planteó el problema de la sucesión al trono de la Corona de Aragón. A comienzos del siglo XV el enfrentamiento más sonado lo protagonizaban Antonio de Luna y Pedro Ximénez de Urrea. La convulsión ciudadana era tal que el propio Martín I tuvo que recordar a los jurados sus obligaciones, así como poner alerta a la ciudad, guardar sus puertas y prohibir la entrada a partidarios de uno y otro.

En marzo de 1410 llegó a Zaragoza Jaime de Urgel, nombrado Lugarteniente general por el propio Martín I, acompañado de su valedor en la ciudad Antonio de Luna. Su objetivo era influir en la elección de los representantes aragoneses que habrían de tratar el tema de la sucesión, pues el único hijo de Martín I, Martín el Joven², había muerto antes que su padre. Jaime de Urgel³ era en estos momentos

el candidato mejor situado, tanto por sus derechos dinásticos, como por el apoyo de Cataluña. Si conseguía el apoyo de Aragón su nombramiento podía darse por seguro.

Esta maniobra del de Luna provocó la ira de los Urrea. Alzaron a sus hombres, asaltaron la residencia del candidato, y a punto estuvieron de matarlo si no llega a fugarse –disfrazado– por un postigo de la muralla que daba al río.

El 1 de junio de 1411 moría asesinado el arzobispo García Fernández de Heredia a manos de Antonio de Luna. Este magnicidio perjudicó irremediablemente la candidatura de Jaime de Urgel en Aragón. Era preciso dar una solución a esta situación cada vez más insostenible. En Caspe los compromisarios de Aragón, Cataluña y Valencia eligieron finalmente a Fernando de Antequera⁴, lo que llevó a los partidarios del de Urgel a provocar nuevas alteraciones en Zaragoza.

Otro momento de graves perturbaciones se produjo en 1466 a raíz del asesinato de Pedro de la Caballería. Éste, cuando era jurado primero de la ciudad, y en aplicación del Privilegio de los Veinte, había mandado derribar las casas de Juan Ximénez Cerdán, algo que pagó con su vida. Zaragoza esgrimió de nuevo su privilegio y una tropa de 300 jinetes y 4.000 infantes, al mando del jurado (y turbio personaje) Ximeno Gordo⁵, destruyeron Pinseque y otros pueblos de los Cerdán.

En 1474, el entonces príncipe Fernando (el Católico) llamó a palacio al déspota Ximeno Gordo, lo mandó matar allí mismo y, al otro día, expuso su cadáver en el Mercado de la ciudad. Eran las nuevas formas de la justicia real, frente a los recursos forales.

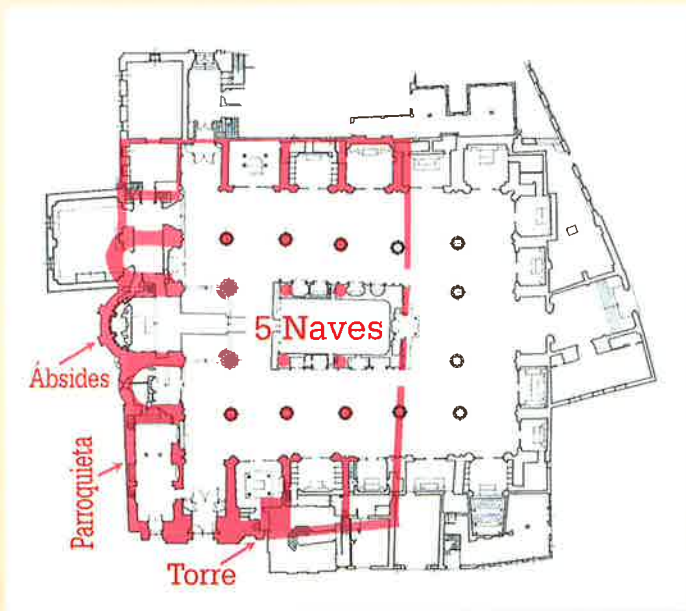
¹ El fuero de manifestación era una garantía procesal por la que el Justicia amparaba a aquella persona cuyo proceso se consideraba ilícito o irregular, custodiándolo en cárcel especial de manifestados.

² Martín, el Joven, moría en Cerdeña en julio de 1409. Su padre, viudo de María de Luna, se volvía a casar con Margarita de Prades a fin de asegurar la descendencia, pero en mayo de 1410 moría sin haberlo conseguido.

³ Jaime de Urgel era yerno de Pedro IV, e hijo de Pedro, conde de Urgel, lo que le convertía en el principal aspirante al trono y en el candidato de Cataluña.

⁴ Fernando de Antequera (Trastámara) era nieto de Pedro IV, y castellano por parte de padre.

⁵ Ximeno Gordo mayor (h. 1410-1474) fue un personaje que utilizó su noble linaje para manejar a su antojo la vida política de la ciudad. Detentó altos cargos e influyó en todos los asuntos municipales para su propio beneficio.



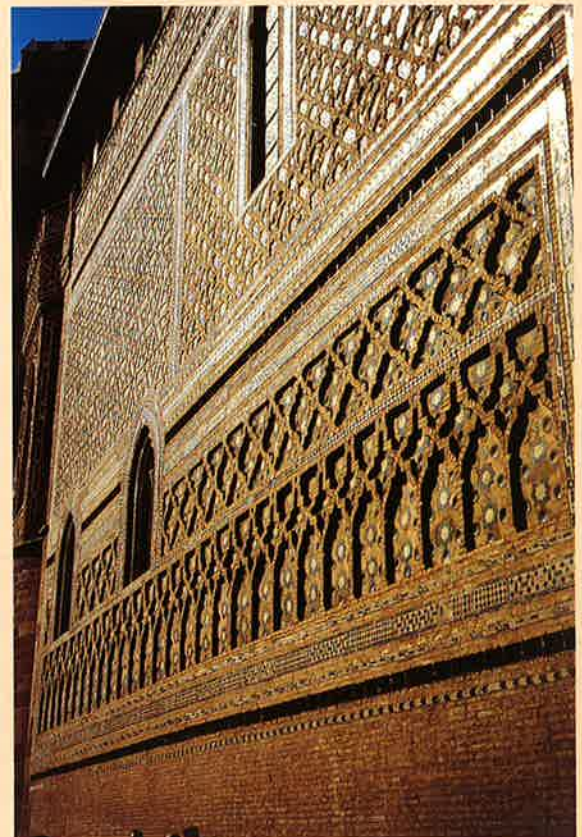
Planta de la Catedral de La Seo en los siglos XIV-XV sobre plano actual (según M. C. Lacarra).



Cimborrio de La Seo.



Bóvedas góticas de La Seo.



Muro de la Parroquieta.

36. LA CATEDRAL GÓTICO-MUDÉJAR DE LA SEO SS. XIV-XVI

Zaragoza se convirtió en sede arzobispal en 1318, desgajándose de la archidiócesis de Tarragona. Era obispo de nuestra ciudad Don Pedro López de Luna, quien, ante el ascenso, decidió modernizar la fábrica arquitectónica de la catedral.

La vieja iglesia de estilo románico se había terminado a fines del s. XII, y 120 años después se veía "*baja y oscura*". Con el paso del tiempo se había desarrollado en el norte de Francia un nuevo estilo –el Gótico–, que con nuevas fórmulas y adecuadas técnicas levantaba templos más ariosos y, sobre todo, más luminosos. Justo lo que deseaba el ahora arzobispo Don Pedro.

La catedral románica se derribó excepto los ábsides semicirculares que eran de piedra muy bien escuadrada (sillares). Sobre ellos se levantó un segundo cuerpo para darle altura, pero ya en ladrillo. Los albañiles que construyeron la catedral gótica de Zaragoza no eran franceses, sino de por aquí, e incluso muchos de ellos moros¹, pues se habían especializado en este oficio. Por eso el estilo gótico fue aquí interpretado desde una óptica propia, que en arte denominamos mudéjar.

El fondo del valle del Ebro carece de piedra, por lo que hay que traerla de bastante lejos. La alternativa es cambiar de material constructivo, y sustituir el sillar por el ladrillo. Esta pieza de arcilla cocida tiene un tamaño más pequeño lo que lo convierte en más manejable, al tiempo que permite hacer con él toda una serie de dibujos en relieve que palían la monotonía y pobreza visual del material. Estos elementos decorativos se disponen en resalte buscando su complemento natural: la luz del sol, que subraya con negras y perfiladas sombras los dibujos

geométricos tomados del viejo fondo del arábico musulmán.

Una vez alcanzada la altura deseada para la cabecera se planteó el resto del edificio: un transepto² y un cuerpo de tres naves, siendo la central más ancha y alta que las dos laterales para solventar así el segundo de los problemas. Aprovechando la mayor altura de la nave central se abrieron ventanas en sus muros laterales por donde entraba la luz natural, tamizada con vidrieras al menos desde 1447. Sin embargo a la cabecera no llegaba esa luz y seguía quedando oscura. Por eso se planteó construir un cimborrio³ sobre el crucero⁴. Don Pedro no lo llegó a ver. Se terminó 31 años después de su muerte, en 1376, siendo arzobispo Don Lope Fernández de Luna (cuyo sepulcro se encuentra en la parroquia). No debió de ser muy bueno, pues se vino abajo en 1403.

Las obras continuaron y el aragonés Benedicto XIII, el papa Luna, mandó hacer un nuevo cimborrio, en forma de tiara papal, que duró hasta finales del s. XV. En ese momento se construirá el actual. En tiempos de Don Alonso de Aragón (1478-1520) el cuerpo de las naves fue ampliado a cinco. De las tres anteriores sólo se conservó la central. Las cuatro nuevas alcanzaron una gran altura, casi igual a la central, por lo que la iglesia adquirió un aire de gran salón.

Como quiera que al aumentar a cinco naves (más las capillas laterales), la iglesia quedaba más ancha que larga, en época de Don Hernando de Aragón, entre 1547 y 1550, se le añadieron dos tramos más en los pies, con el consiguiente desplazamiento de la portada de la Pabostría a su posición actual.

¹ El nombre de moros era el que se les daba en la época, y no el de mudéjares.

² Transepto. Nave transversal situada entre la cabecera y el cuerpo de las naves.

³ Elemento arquitectónico de forma poligonal que se dispone sobre el crucero para iluminar la cabecera de la iglesia.

⁴ Espacio cuadrado en el centro del transepto, resultante del cruce de éste con la nave central del cuerpo de las naves.



Asesinato de Pedro Arbúés. Grabado de Pedro Villafranca, 1664.



Santo Domingo presidiendo el Tribunal de la Inquisición, de Pedro Berruguete, h. 1495. Museo del Prado, Madrid.



Por linaje de Ebreos.
(Judíos condenados por la Inquisición). Dibujo de Goya.

37. LA INQUISICIÓN EN ARAGÓN Y EL ASESINATO DE PEDRO ARBUÉS (1485)

Lo que desde un punto de vista religioso pudiéramos llamar espíritu inquisitorial aparece en Aragón a fines del s. XII, como consecuencia del movimiento espiritual Cátaro, que desde el Languedoc tendía a expandirse a este lado del Pirineo. Será Pedro II –que precisamente morirá en la batalla de Muret defendiendo a sus vasallos albigenses (cátaros)– quien en 1197 dicte pena de muerte para todo aquel hereje que sea sorprendido en sus dominios¹.

Habrà que esperar a 1231 para que la Santa Sede (Gregorio IX) cree una institución encargada de vigilar los desvíos y errores cometidos sobre la doctrina católica. Es la primera Inquisición o Inquisición medieval. En la Península sólo se instituyó en la Corona de Aragón. Fue en 1242 por voluntad del rey Jaime I y a instancias de San Raimundo de Peñafort. Pero durante la Edad Media nunca fue un tribunal ordinario, y fue decayendo en su actividad a lo largo de los ss. XIV y XV porque en Aragón no progresó ninguna herejía, y porque los judíos (conversos) eran especialmente protegidos por los reyes de Aragón.

Otra cosa bien distinta es lo que sucedió con la llamada Inquisición nueva. Para comprender bien la cuestión no debemos perder de vista el marco histórico en el que nace este segundo tribunal; y ése no es otro que el del enfrentamiento entre la concepción autoritaria que del poder real tiene Fernando II, y la idea pactista (representada por los Fueros y las Cortes) que de ese mismo poder tiene la nobleza aragonesa y la burguesía urbana.

El rey Fernando va a mantener un pulso político con Zaragoza² y con Aragón del que va a

salir victorioso, pues era tenaz y poderoso señor.

A petición de los Reyes Católicos la Inquisición nueva fue instaurada en Castilla por Sixto IV en 1478. Desde ese momento Fernando pretendió extenderla a Aragón, donde se encontró con una enconada oposición, tanto de los conversos³, como de la "clase política", que veía en ello una injerencia castellana.

Los conversos, que se sabían objetivo predilecto de la Inquisición, pugnaron para que siguiera siendo la Santa Sede quien nombrara a los inquisidores, pues era mucho más comprensiva y no tenía el afán político de la Diarquía⁴; pero el 17 de octubre de 1483 Fernando II se salió con la suya, y el dominico Tomás de Torquemada era nombrado inquisidor general de Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia por el papa Sixto IV. La constitución oficial del Tribunal se hizo en las Cortes de Tarazona en abril de 1484. Y el 2 de mayo, al mes siguiente, ya se nombró al primer inquisidor de Aragón; cargo que recayó en el canónigo Pedro Arbués. El 3 de junio, sin más dilaciones, tenía lugar el primer Auto de fe en el patio del palacio arzobispal.

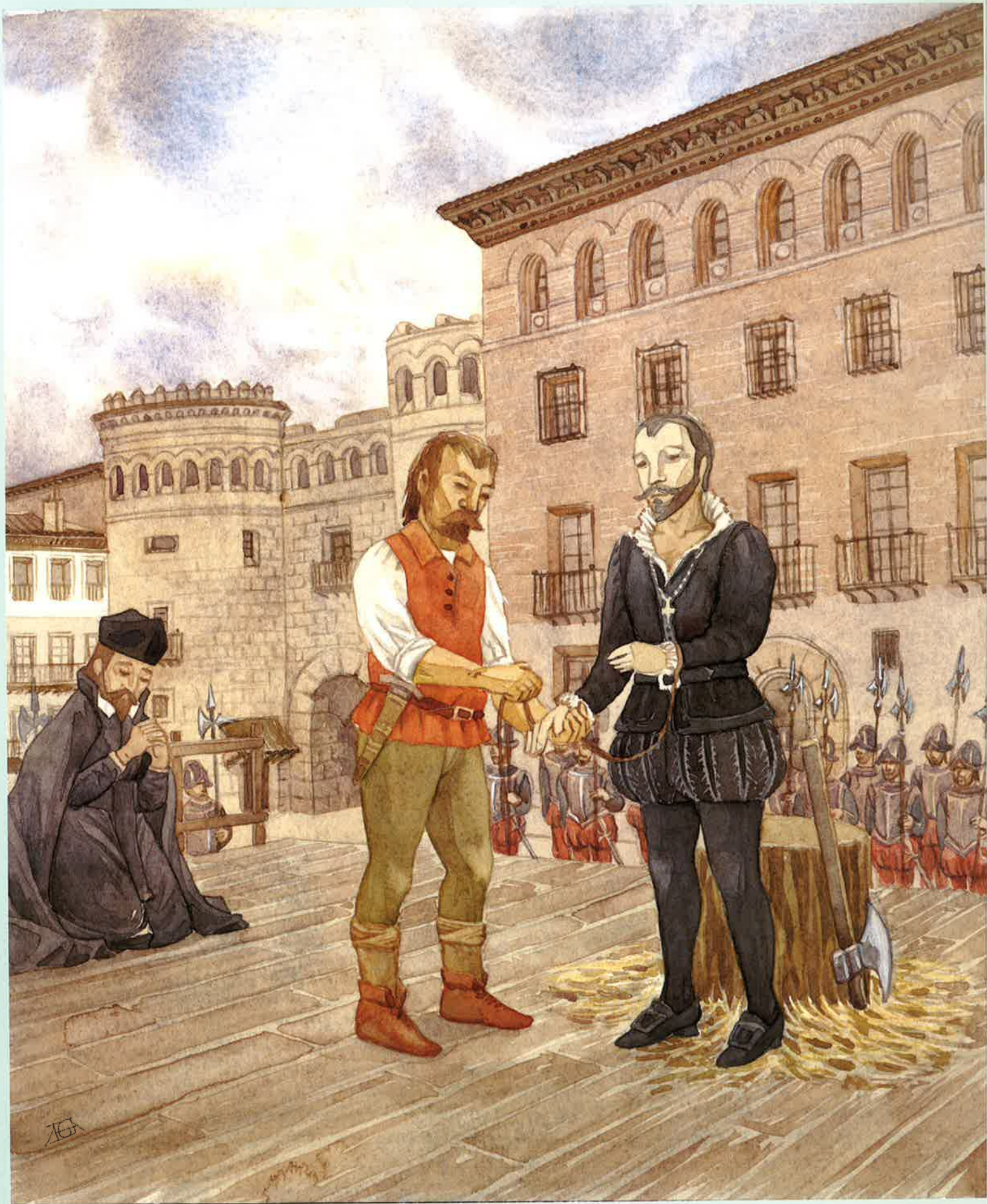
Los acontecimientos se precipitaron como si cumplieran un preciso plan. Los conversos zaragozanos no ven más salida que la acción directa. El asesinato de Pedro Arbués, en la madrugada del 15 de septiembre de 1485, mientras rezaba en La Seo, protegido con casco y cota de malla, fue un crimen que hoy llamaríamos "terrorista" (en el sentido de que atentaba contra las estructuras del Estado), seguramente conocido y consentido por el rey, pues de él esperaba sacar un extraordinario provecho político.

¹ Pedro II había viajado a Roma en 1204 para ser ungido y coronado por Inocencio III, el mismo papa que predicará la Cruzada contra los albigenses.

² En 1487 Fernando II se arrogará el derecho de nombrar a los cargos municipales de Zaragoza, y así lo hará durante los siguientes 20 años.

³ Los conversos son los judíos que por presiones, conveniencia o convicción se convierten al Cristianismo. Estos *cristianos nuevos* siempre estuvieron bajo la sospecha de una falsa conversión; de ser judaizantes en privado.

⁴ Se denomina Diarquía a la unión de las coronas de Castilla y Aragón en las personas de Fernando II e Isabel I.



Historia de Cuatro Ciudades

PARTE 5.

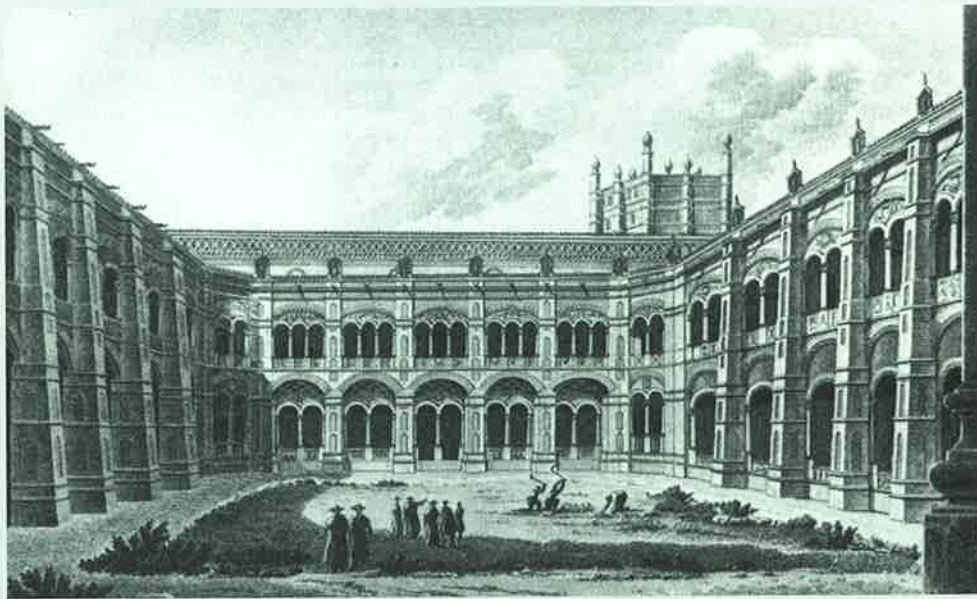
**Zaragoza
en el siglo XVI**



Portada renacentista de la iglesia de Santa Engracia de Zaragoza (c. 1512-1515), obra de Gil de Morlanes *El Viejo*, terminada por su hijo, Gil de Morlanes *El Joven*.



La Virgen de las Santas Masas, acompañada de ángeles músicos, detalle de la portada de Santa Engracia.



Claustro Grande del monasterio de Santa Engracia. Aspecto que tenía hacia 1807, en una litografía de Benoist, a partir de un dibujo de L.F. Lejeune. Al fondo, sobre los tejados, se ve la Torre de la Enfermería.

38. EL REAL MONASTERIO DE SANTA ENGRACIA DE ZARAGOZA

A finales del siglo XV se comenzó a construir un gran monasterio jerónimo en Zaragoza, el Real Monasterio de Santa Engracia, allí donde, desde el siglo IV se hallaba el Santuario de las Santas Masas o de los Mártires, iglesia subterránea donde se guardaban los restos de Santa Engracia y sus dieciocho compañeros, martirizados en las diversas persecuciones decretadas por algunos emperadores en los siglos III y comienzos del IV contra los cristianos. A lo largo de la Edad Media continuó el culto a los Santos Mártires, y se edificó una iglesia gótica sobre el subterráneo a la que se llamó iglesia alta. El gran monasterio jerónimo comenzó a construirse a partir de 1492, una vez terminada la Guerra de Granada, y fue el rey Fernando El Católico el promotor de dicha edificación. Cuenta el cronista e historiador del Reino de Aragón Jerónimo Zurita que el rey Juan II de Aragón había sanado de los ojos por intercesión de Santa Engracia, tras una difícil operación de cataratas.

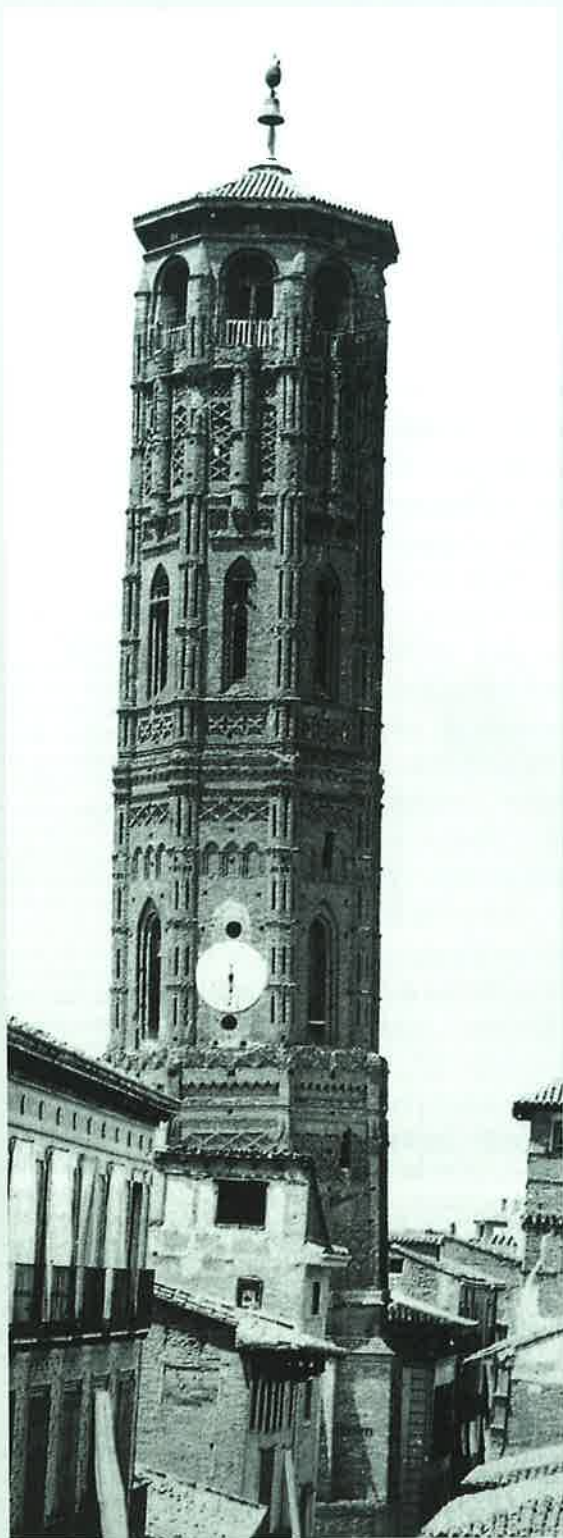
En agradecimiento hizo voto de fundar un monasterio junto al santuario de los Santos Mártires de Zaragoza, que sería entregado a la orden de San Jerónimo. Pero el monarca no pudo cumplir su promesa. A su muerte en 1479 dejó encargado de cumplirla a su hijo y sucesor Fernando el Católico. Los edificios del monasterio se fueron construyendo, fundamentalmente, entre 1492 y mediados del siglo XVI, pues el emperador Carlos continuó las obras hasta concluir las. La iglesia alta, gótica con fachada mudéjar, iniciada ya a comienzos del siglo XV, se terminó de edificar hacia 1520.

Su magnífica portada¹ de alabastro (c.1512-1515), obra de Gil de Morlanes, padre e hijo, y

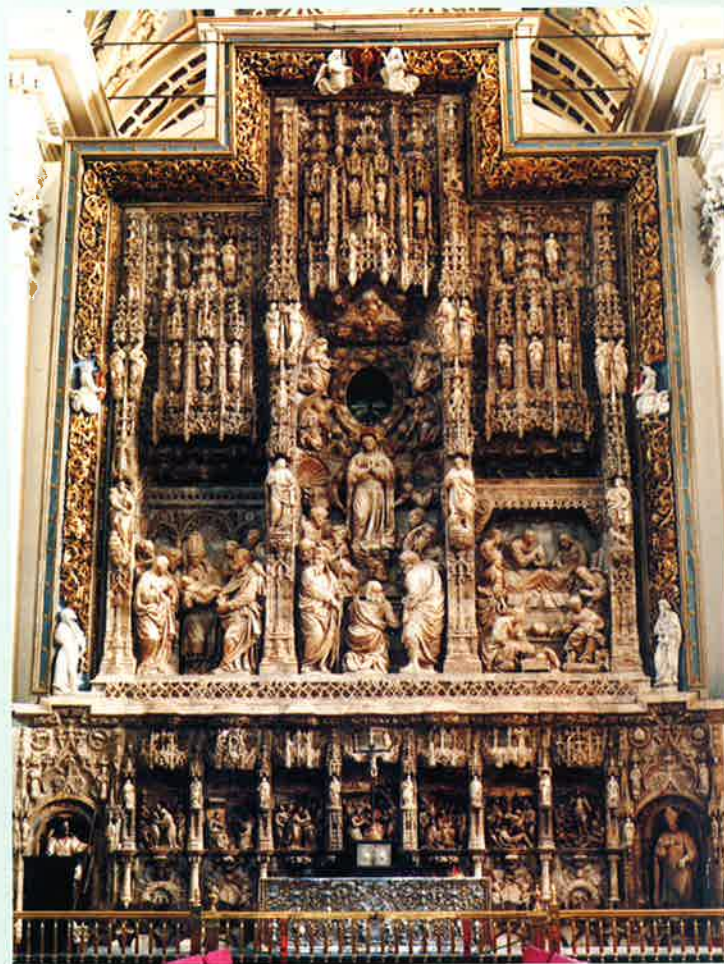
joya del Renacimiento aragonés, embellecía la suntuosa iglesia, en cuyas capillas había retablos y sepulcros renacentistas de alabastro, algunos labrados por el escultor castellano Alonso de Berruguete. Tuvo el monasterio dos claustros, uno menor, llamado Claustro Chico, y otro mayor, llamado Claustro Grande². Se construyó éste a lo largo de la primera mitad del siglo XVI y resultaba una obra de gran efectismo y singular belleza, fruto de la combinación armónica de la decoración mudéjar y renacentista. Era de planta cuadrada, pero con las esquinas achaflanadas, y estaba decorado con cintas de ladrillo, yeserías y azulejos de varios colores. En el lado norte de éste se hallaba el refectorio, con grandes ventanales cerrados con magníficas vidrieras góticas, y sobre él, en el piso superior la biblioteca, sala cubierta con un gran artesonado de madera, dentro de cuyos casetones y ochavos campeaban los yugos y flechas de la empresa que representaba a los Reyes Católicos. En esta biblioteca, que tenía más de 2.000 libros en el siglo XVI, escribió sus *Anales de la Corona de Aragón* el cronista e historiador Jerónimo Zurita. La llamada torre de la Enfermería, adosada al Este del claustro grande, era de forma prismática y planta cuadrada, adornada con torreoncillos en las esquinas, y su superficie estaba recorrida por motivos geométricos y azulejos, lo que le confería gran vistosidad. En el piso bajo se hallaba el archivo. Desde lo alto de la torre los monjes podían ver todos los alrededores de Zaragoza. El monasterio tenía una gran huerta que ocupaba la actual plaza de Los Sitios y sus alrededores y en ella había plantados olivos, frutales y hortalizas. El monasterio de Santa Engracia fue destruido por los franceses durante los Sitios de Zaragoza (1808-1809).

1 Esta portada, joya del Renacimiento, tiene aspecto de retablo, con sus dos pisos y ático, y sus grandes columnas candelabro. Su superficie está adornada con medallones, guirnaldas de flores y frutos, y cabecitas de angelitos (arquivoltas de la puerta), finamente labradas. Una serie de hornacinas aveneradas contienen estatuas de santos mártires (abajo), los cuatro Santos Padres de la Iglesia Occidental (entre las columnas), relieves con los retratos de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, arrodillados ante la Virgen de las Santas Masas (segundo piso), y en el ático el Calvario. Esas imágenes destacan el carácter martirial del templo, a la vez que se exalta a la monarquía hispánica de los Reyes Católicos, promotores de la edificación del monasterio, y a la orden jerónima. Por suerte, aunque mutilada, se salvó de la destrucción de los Sitios.

2 El Claustro Grande fue la otra gran joya del monasterio, que maravilló al rey Felipe II y a otros viajeros ilustres. Destruído parcialmente durante los Sitios (1808-1809), acabó por ser demolido en 1836, sin que las autoridades de la época fueran sensibles a la belleza del mismo.



Torre Nueva, fotografía de J. Laurent y Cía., Madrid, h. 1863-1877. Unos balconillos permitían contemplar desde el último piso los alrededores de Zaragoza.



Retablo mayor del Pilar, en alabastro, obra de Damián Forment (1509-1518).



Escena de "La Asunción de la Virgen" en el retablo mayor del Pilar.

39. LA TORRE NUEVA Y EL RETABLO DEL PILAR, DOS EXTRAORDINARIAS OBRAS DE ARTE EN LA ZARAGOZA DE COMIENZOS DEL SIGLO XVI

¿Qué queda de la Torre Nueva? Bien poco. Un inadecuado monumento que nos recuerda el lugar donde estuvo, en la plaza de San Felipe; una calle que desde esa plaza conduce a la plaza del Mercado; una serie de fotografías y litografías que nos muestran el aspecto que tenía; y el recuerdo de su alevosa y caciquil demolición en 1892, alegando una “probable” ruina, dada su inclinación¹. Desde los años de edificación la tuvo, y era menor que la de la Torre de Pisa. Aunque sectores intelectuales y populares de Zaragoza se movilizaron para intentar salvarla, sus esfuerzos fueron vanos.

La Torre Nueva se convirtió desde el siglo XVI en símbolo de Zaragoza. Fue una gran torre mudéjar que el Concejo o Ayuntamiento mandó edificar para colocar en ella el reloj de la ciudad y las campanas² –una grande para las horas y otra pequeña para los cuartos– que regulaban las actividades laborales, los tribunales y la vida de todos los zaragozanos. Durante los Sitios de Zaragoza (1808-1809) desde lo alto de la torre se vigilaba los movimientos del ejército francés.

Las obras de la Torre Nueva se iniciaron en 1504 y se prolongaron hasta 1512. Intervinieron en su construcción maestros de obras cristianos –Gabriel Gombao y Antón de Sarifiena– y mudéjares –Juce Galí, Ismael Allabar y maestro Monferriz–. Era de ladrillo, con cuatro cuerpos; el primero un gran basamento en forma de estrella de 16 puntas, sobre el que se sucedían otros tres cuerpos octogonales, con ventanales en arco apuntado, salvo el de remate, que fue construido en el siglo XVIII y coronado por un apuntado chapitel. Primorosas labores de lacerías en ladrillo, con fondos rellenos de azulejos, le conferían una gran vistosidad.

Por los mismos años el Cabildo del Pilar contrataba con el escultor valenciano Damián Forment³ la realización de un gran retablo mayor de alabastro de Escatrón para El Pilar. Era el año de 1509, y se pedía al maestro que el nuevo retablo fuese tan bueno o mejor que el de la catedral de la Seo. En 1512 estaba terminado el basamento o banco, y hasta 1518 proseguiría Forment su tarea, con la colaboración de ayudantes.

La grandiosa arquitectura del retablo y los motivos ornamentales (doseletes calados, guardapolvo con cardinas) están tratados todavía al modo tardogótico, mientras que el nuevo lenguaje renacentista se impone en las escenas y elementos arquitectónicos del banco (columnas abalaustradas, nichos avenerados, guirnaldas, putti o angelotes, etc.), así como en toda la escultura. En el banco se retrató el escultor Damián Forment junto con su mujer, en sendos medallones en bajorrelieve, algo de gran novedad en la España de la época.

El cuerpo principal del retablo, dedicado a la Virgen María, contiene las escenas del *Nacimiento de la Virgen*, a la derecha; la *Presentación de Jesús en el Templo*, a la izquierda; y en el centro la escena titular, *La Asunción de la Virgen*. Monumentalidad y naturalismo son dos rasgos de las esculturas en altorrelieve que conforman esas escenas, como se aprecia en la soberbia figura del apóstol Santiago. El influjo de la escultura italiana de finales del Quattrocento, así como de grabados de Dürero están presentes en esta obra excepcional de la escultura española del Renacimiento. Sobre la escena principal encontramos el óculo o manifestador⁴, rodeado de una Gloria de ángeles presidida por el Padre Eterno

¹ La inclinación de la Torre Nueva ya se inició en 1512, año de terminación de las obras, y se intentó poner remedio reforzando el basamento de la torre. Esa inclinación se piensa que fue causada por la acelerada construcción del basamento y primer cuerpo, por lo que la parte de la obra que daba al sol fraguó demasiado rápidamente. Desde mediados del siglo XVIII hasta su demolición en 1892 la inclinación no fue a más, por lo que el peligro alegado para justificar su derribo resultaba infundado.

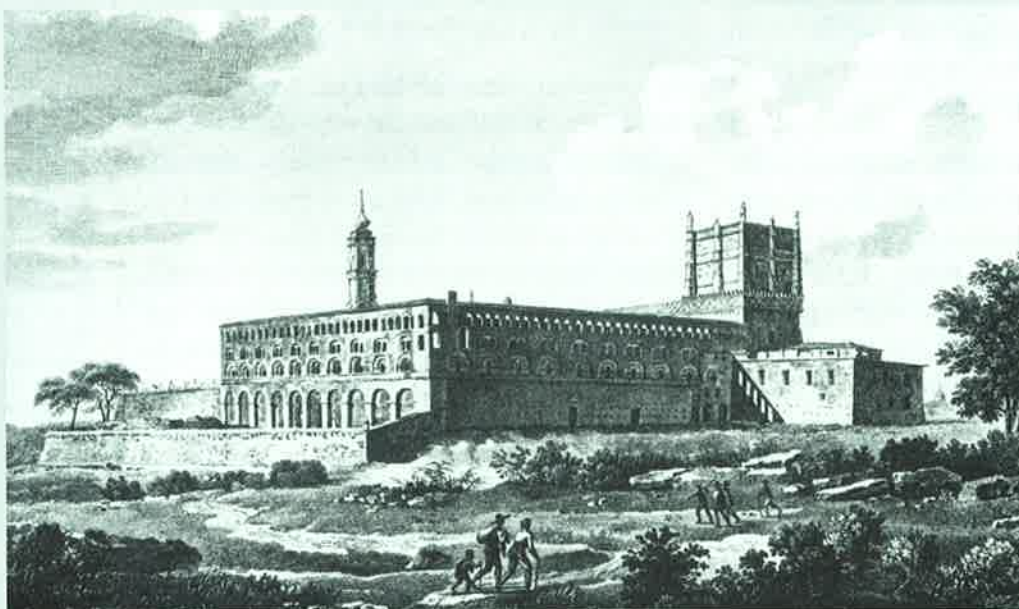
² El reloj fue construido por Jaime Ferrer, maestro relojero de Lérida, y las campanas fueron colocadas en 1508.

³ Damián Forment (h. 1475/80 - 1540), con ascendientes bajoaragoneses, fue el más importante escultor en Aragón durante la primera mitad del siglo XVI. En unión de su gran taller realizó bastantes retablos tallados en alabastro y madera, entre los que hay que destacar, aparte de éste del Pilar (1509-1518), los que hizo para las iglesias zaragozanas de San Pablo (1515-1517) y de San Miguel de los Navarros (1519 y ss.), el mayor de la catedral de Huesca (1520-1533) o el del monasterio de Poblet (Tarragona) (1527). Murió en Santo Domingo de la Calzada en 1540, cuando había iniciado el retablo mayor de su catedral.

⁴ El manifestador servía para exponer al culto el Santísimo Sacramento en días de fiesta religiosa.



Retrato de Carlos I de España y V de Alemania, por Tiziano (c. 1532-1533), Museo del Prado.



Vista del Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza desde la orilla del Huerva, hacia 1806. Grabado de J. Benoist a partir del dibujo de L.F. Lejeune, reproducido en *Voyage pittoresque et historique en Espagne* de A. Laborde.

40. LA LARGA ESTANCIA DE CARLOS I Y LA CORTE EN ZARAGOZA (1518-1519)

El 5 de mayo de 1518 hacía su entrada en Zaragoza Carlos de Habsburgo, conocido como Carlos I de España y, al ser elegido emperador de Alemania, como Carlos V. Era nieto de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano de Austria, e hijo de Felipe *El Hermoso* y Juana *La Loca*, hija ésta de Fernando e Isabel. Había llegado en 1517 a España desde Flandes, donde había nacido y se había criado, tras la muerte de su abuelo materno, Fernando El Católico. Tras ser reconocido como rey de Castilla, pretendía que las Cortes de Aragón le jurasen como rey en Zaragoza.

Vino Carlos acompañado de sus consejeros más próximos, como el cardenal Adriano de Utrecht –poco después papa, con el nombre de Adriano VI– y el canciller de Borgoña Jean de Sauvage (castellanizado Juan Servagio), y de un amplio séquito, en el que había nobles flamencos y castellanos. La comitiva hizo su entrada en la ciudad con gran solemnidad, alojándose el rey en el palacio real de La Aljafería, residencia de los monarcas aragoneses.

Pese al buen recibimiento que le hicieron los zaragozanos, Carlos no consiguió el objetivo político que se proponía. Después de varios meses de dilaciones y negociaciones, y tras jurar los Fueros y Privilegios del Reino de Aragón, las cortes aragonesas le juraron como rey de Aragón, pero no como único rey, sino compartiendo el trono con su madre, Juana *La Loca*, pues según los juristas aragoneses, por mucho que Carlos y sus consejeros alegaran que no estaba con capacidad mental para gobernar, era ella la que tenía la prelación en la sucesión. Por otra parte, a los representantes en las Cortes aragonesas sólo les interesaba que el joven monarca les respetase sus pri-

vilegios y nada querían saber de las aspiraciones de éste al trono imperial alemán.

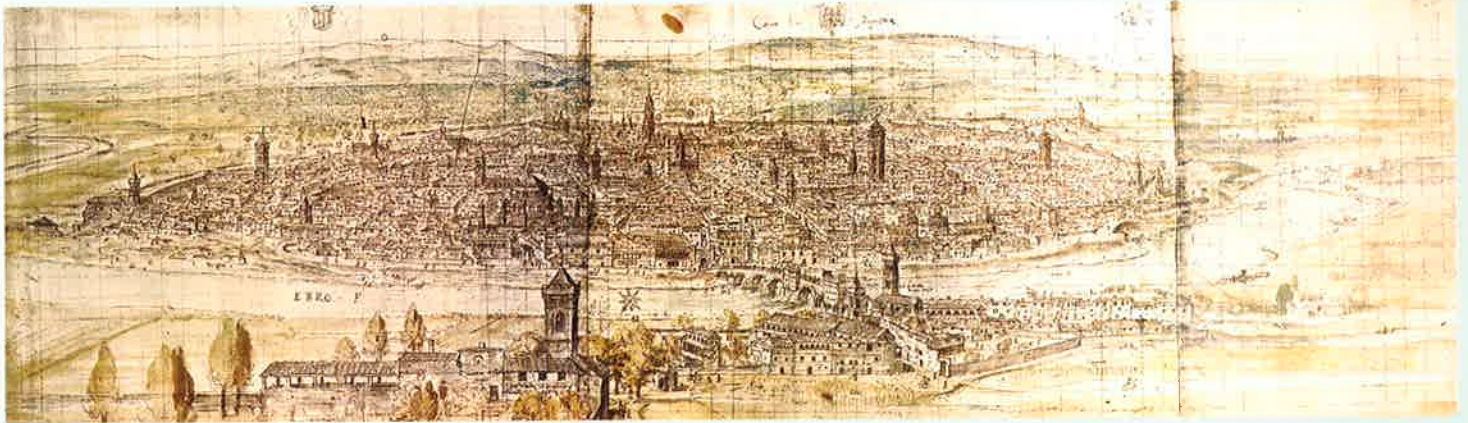
Durante esos casi nueve meses en que la corte real estuvo en Zaragoza la ciudad se convirtió en la capital política de España y fueron frecuentes las fiestas y regocijos, pero también se produjeron incidentes callejeros y protestas de los zaragozanos contra los acompañantes flamencos y castellanos del monarca, a los que se consideraba extranjeros. La refriega más grave es la que enfrentó al conde de Aranda con el castellano conde de Benavente y sus sirvientes; hubo más de 25 heridos y sólo la intervención del arzobispo de Zaragoza, don Alonso de Aragón, tío del rey, y la del propio monarca lograron calmar los ánimos.

Carlos I favoreció con entregas abundantes de dinero al Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, que estaba aún sin concluir. En él pudo admirar su maravillosa portada de alabastro (1512-1516), esculpida al gusto italiano o renacentista por el maestro Gil de Morlanes *El Viejo*¹, y concluida por su hijo, del mismo nombre, a la muerte de aquel. En la iglesia alta de dicho monasterio jerónimo, en la capilla de San Juan Bautista, sería enterrado el canciller real Jean de Sauvage, que fallecería en Zaragoza durante esa estancia. El joven escultor castellano Alonso de Berruguete², recién regresado de Italia, y el también escultor Felipe Bigarny labraron un suntuoso sepulcro renacentista de alabastro para guardar los restos del canciller.

Aquí en Zaragoza el Consejo de Indias encargó al navegante portugués Fernando de Magallanes que explorase las Islas de las Especies (Insulinidia, Filipinas...) en nombre del rey de España.

¹ Gil de Morlanes *El Viejo* (c. 1440/50 - c. 1516). Natural de Daroca, fue el escultor aragonés más importante de las últimas décadas del siglo XV y comienzos del XVI. Desde 1493 fue escultor del rey Fernando el Católico. Sus dos grandes obras fueron el retablo del monasterio-castillo de Montearagón (Huesca), labrado entre 1506-1511, y la portada de la iglesia de Santa Engracia (c. 1512-1515).

² Alonso de Berruguete (1488-1561) realizó el sepulcro del vicecanciller de Aragón Antonio Agustín, en la capilla de San Jerónimo, así como el retablo de la capilla de San Juan Bautista y el sepulcro del flamenco Juan de Sauvage, canciller de Carlos I, que falleció en Zaragoza en 1518. Restos de estos sepulcros se conservan en el Museo de Zaragoza.



Vista de Zaragoza por Anton van Wyngaerde, 1563. Dibujo a plumilla, con tinta sepia y aguada de color. Biblioteca Nacional de Viena.



Patio de La Infanta (1549-1551), sede de Ibercaja. Originariamente fue el patio de la casa del rico banquero Gabriel Zaporta, que estuvo en la calle de San Jorge hasta su derribo en 1903. En este *templo de la Fama*, destaca su excepcional decoración, con columnas antropomorfas de alabastro y relieves de estuco que representan medallones con retratos de personajes famosos, desde la Antigüedad al Renacimiento, y temas mitológicos. El complejo significado de éstos son fruto del ambiente humanista que se vivía en la capital de Aragón a mediados del XVI.



Palacio de los condes de Morata (1551-1555), actual sede de la Audiencia, en el Coso. Gran obra de piedra y ladrillo, con torreones y galería de arcos en el piso superior, tiene una vistosa portada, protegida por las estatuas de los populares "Gigantes" (Hércules y Teseo).



"Hércules", estatua de la portada de la Audiencia, obra del cantero Guillaume Brimbez (1552).

41. ZARAGOZA "LA HARTA" Y SU ESPLENDOR URBANO Y ECONÓMICO. LA LONJA DE MERCADERES

El siglo XVI fue para Zaragoza un siglo de prosperidad económica y de esplendor cultural y artístico. Además, recuperó la población perdida por las pestes en los dos siglos anteriores. Si a comienzos de la centuria tenía unos veinte mil habitantes, a mediados de siglo los zaragozanos ya eran unos veinticinco mil, población que se mantenía a finales del XVI. El barrio de San Pablo era el más extenso y poblado de la ciudad, acogiendo a unas diez mil personas. Hubo un porcentaje importante de población de origen francés, especialmente del otro lado de los Pirineos (Bearne, Bigorra), y de moriscos¹, que suponían unas setecientas personas, concentradas en la llamada Morería Cerrada (entorno de la actual plaza de Salameo y calle de Azoque). La recuperación demográfica vino acompañada de un auge económico.

Los viajeros extranjeros que la visitaban quedaban positivamente impresionados por el aspecto señorial y cosmopolita de la Ciudad del Ebro. La prosperidad económica impulsó la construcción de nuevos edificios que renovaron el caserío medieval, desde grandes casas hasta nuevos edificios civiles –Lonja, Aduana–, iglesias parroquiales y conventos.

Numerosas casas grandes y palacios se edificaron en las calles principales de la ciudad, especialmente en el Coso, en la zona del Mercado, en la orilla del Ebro y en el eje Mayor-Manifestación. Ricos comerciantes rivalizaron con los miembros de la alta o pequeña nobleza a la hora de mandarse construir mansiones vistosas y confortables. Eran casas-palacio edificadas de nuevo, o reformadas, con los materiales constructivos característicos del valle del Ebro, es decir, el ladrillo y el yeso.

Esas casas-palacio solían tener tres pisos en altura. El piso bajo estaba destinado a los servicios; allí estaban las caballerizas, la cocina, la despensa y los aposentos de los criados; además solía haber una sala de verano. El portal o puerta de acceso conducía, tras un zaguán, a un patio o luna, con columnas de alabastro o piedra, elegantemente adornadas². El piso intermedio o principal era ocupado por la gran sala, amplia estancia con balcones a la calle, donde los dueños de la casa recibían y agasajaban a los invitados, y celebraban las fiestas. También estaban en torno al piso superior del patio los distintos dormitorios y otras estancias. La *falsa*, o piso superior, solía abrirse al exterior por medio de un mirador o galería de arquillos de medio punto característicos de estos edificios en tierras aragonesas. Era un espacio destinado a desván o a simple aireación de la casa. Un alero saliente, o *rafe*, tallado en madera, generalmente, remataba esos edificios bajo el tejado.

Del elevado número de grandes casas renacentistas sólo han llegado a nosotros unas cuantas, que reflejan el pasado esplendor. Entre ellas destacan la casa de Miguel Donlope, actual sede de la Real Maestranza de Caballería, en la calle de Dormer, con vistosísimo alero o *rafe* de madera, y bello patio con relieves y medallones de estuco; la casa llamada de los Morlanes, en la plazuela de San Carlos, sede de la Filmoteca de Zaragoza; el palacio de Miguel Torrero, en la plaza de Ariño, sede del Colegio de Arquitectos de Aragón; el palacio de los condes de Morata, actual sede de la Audiencia, en el Coso, con la famosa portada conocida en Zaragoza como de los *Gigantes* por las dos grandes esculturas masculinas que

1 Mudéjares forzados a convertirse al cristianismo.

2 Estucos y relieves labrados en alabastro, con ornatos renacentistas (medallones, *grutescos*, motivos vegetales, grifos y atlantes) conferían a esos patios una belleza singular



Palacio de los condes de Sástago (1570-1574), en el Coso, construido por el maestro de obras Lope de Chacho, tiene amplia fachada y gran patio clasicista.



Aspecto de la plaza del Mercado hacia 1875, con las tiendas y negocios situados en los soportales.



Lonja de Zaragoza, construida por Juan de Sariñena y otros entre 1541 y 1551. El edificio renacentista es de ladrillo y tiene forma cúbica. Sus elementos constructivos y decorativos son de una sobriedad y equilibrio singulares, dentro del Primer Renacimiento español.



Interior de la Lonja. Es un diáfano y espléndido salón, con sus vistosas columnas anilladas de orden jónico separando las naves, y las bellas bóvedas de crucería estrellada sobre ellas.

la flanquean, labradas por Guillaume Brimbez; y también en el Coso el palacio de los Condes de Sástago, hoy espacio destinado a exposiciones por la Diputación de Zaragoza. De la Casa Zaporta queda el soberbio patio interior y la puerta en la actual sede de Ibercaja.

Los viajeros, cuando se acercaban a Zaragoza procedentes de Barcelona, de Valencia o de Madrid, divisaban el amplio caserío de la ciudad, con gran cantidad de torres y campanarios sobresaliendo por encima de los tejados, como bien se aprecia en la *Vista de Zaragoza* que dibujó en 1563 el flamenco Anton van Wyngaerde (Antonio de las Viñas). Eran torres mudéjares, en su mayoría, de iglesias y conventos; destacan entre ellas la de la iglesia de San Pablo, la de la Magdalena, o la Torre Nueva, edificada a comienzos del siglo XVI.

A Zaragoza se le llamaba *la harta*, como recogía en 1604 el viajero francés Bartolomé Joly en su diario de viaje, y ello por la abundancia de todo, especialmente en su abastecido Mercado, situado en una plaza principal, cerca del Ebro³. Botigas (tiendas) y negocios diversos, situados bajo pórticos, se disponían en las casas que rodeaban la plaza y en las calles adyacentes, como la calle Nueva del Mercado (último tramo de la actual Torrenueva), y las de Albartería y Cedacería⁴.

El viajero portugués Gaspar de Barreiros, que visitó Zaragoza en 1542, no escatimó elogios al describir la ciudad, pues *le pareció una de las más nobles y mejores de España*, por estar bien abastecida *de pan, vino, aceite y frutas muy buenas*. Sobre sus edificios dirá que *tiene las mejores casas en general que ninguna ciudad de España, salvo Barcelona, que las tiene tan buenas, pero no mejores*. Bartolomé Joly,

encontraba a la calle del Coso *la más hermosa que sea posible, comparable a la (del Corso) de Roma, de muy amplia anchura y muy seguida en línea recta*.

Zaragoza, además de poseer una rica agricultura (viñas, olivares, cereales, árboles frutales, moreras, lino y cáñamo), en tierras regadas con las aguas de los ríos Huerva y Gállego, fue una ciudad de gran importancia artesanal y comercial. Tuvo gran importancia la producción textil de lana, que daba trabajo a más de mil personas (cardadores y tejedores) en el centenar de talleres artesales que se concentraban, preferentemente, en el barrio de San Pablo. También fueron importantes la industria sedera, las tenerías, junto al Ebro, en torno a la plaza de las Tenerías, o la construcción.

El comercio conoció una gran expansión durante el siglo XVI. Los mercaderes zaragozanos (los Baptista, Santángel, Zaporta, Lacabra, Funes, Espés), la mayoría de origen judeoconverso, predominarán sobre los de origen extranjero, y formarán una auténtica burguesía comercial y rentista. Se dedicarán a comerciar con lana, cereales, aceite, carnes y pieles, que exportarán a Castilla, Cataluña, Valencia, Francia, Italia y Flandes, al préstamo de dinero con interés y al arrendamiento de rentas señoriales y eclesiásticas.

La necesidad de contar con un gran edificio destinado a la transacciones comerciales, al cambio de moneda y a los préstamos, llevó a la construcción de la Lonja de mercaderes, edificio destacado de la arquitectura civil zaragozana, que fue construido entre 1541 y 1551 por Juan de Sariñena y otros maestros de obras, contando con la intervención en la decoración de Gil de Morlanes *El Joven*.

³ Donde todavía está el Mercado Central de Zaragoza y su entorno

⁴ Estas calles desaparecieron al abrir la actual Avda. César Augusto.



Vista aérea de la cartuja de Aula Dei, cerca de Peñaflores, junto al río Gállego, cuya construcción promovió y pagó don Hernando de Aragón.



Retrato de don Hernando de Aragón (1498-1575).
Palacio Arzobispal de Zaragoza.



Sepulchro de don Hernando de Aragón en la capilla de San Bernardo de la Seo de Zaragoza.

42. DON HERNANDO DE ARAGÓN, ARZOBISPO DE ZARAGOZA Y VIRREY DE ARAGÓN

Fue don Hernando de Aragón (1498-1575) la persona más importante e influyente en Aragón a mediados del siglo XVI. Destacó en tres facetas: como reformador religioso, como gobernante y como mecenas de las artes.

Último de los miembros de la casa real de Aragón que fueron arzobispos de Zaragoza¹, fue hijo natural de don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, y de doña Ana de Gurrea, noble aragonesa. Por lo tanto, era nieto del rey Fernando el Católico. Después de una sólida formación humanística en la corte, junto a su abuelo, abandonó a los 24 años sus cargos en la orden militar de Calatrava, y movido por una auténtica vocación religiosa entró de monje cisterciense en el monasterio de Piedra, donde profesó a finales de 1523. Después fue abad del monasterio de Veruela (1535), iniciando obras en él, que luego serían continuadas por el abad Lupo Marco. Como visitador de la orden del Císter llevó a cabo una reforma profunda en la vida de los monjes. En 1539 fue nombrado arzobispo de Zaragoza por su primo el Emperador Carlos, aunque no vino a ejercer su cargo hasta 1541, rigiendo la sede hasta 1575.

Fue gobernante enérgico y decidido de la archidiócesis cesaraugustana, llevó una vida religiosa ejemplar y en 1565 convocó un sínodo provincial para introducir las primeras disposiciones y decretos del Concilio de Trento, a pesar de que no se mostraba muy de acuerdo con algunos de ellos. En el orden político fue nombrado en 1566 virrey de Aragón por el rey Felipe II (I de Aragón), su sobrino, en unos momentos en que aparecían tensiones entre el rey y las instituciones aragonesas. Fue su hombre de confianza en Aragón. Con respecto

al problema de los moriscos don Hernando mantuvo una actitud dialogante.

Como mecenas y promotor de las artes jugó un protagonismo destacadísimo. Don Hernando encontró en el pintor Jerónimo Vallejo Cósida² a su asesor artístico. Sufragó buena parte de los gastos de ampliación y reformas arquitectónicas del monasterio de Veruela (murallas, sobreclaustro, refectorio, dormitorio de padres y biblioteca), así como la de algunos retablos³.

Impulsó la construcción de la Lonja de Zaragoza, pues quería liberar el interior de la Seo y de otras iglesias zaragozanas de los negocios comerciales que en ellas se efectuaban. Hizo la última ampliación de la catedral de la Seo (1547-1550), con el añadido de los últimos tramos de los pies. El prelado se reservó una de las nuevas capillas, la de San Bernardo, para su enterramiento. Mandó hacer entre 1549 y 1555 sendos sepulcros de alabastro, uno para él, con esculturas de Juan Vizcaíno, y otro para su madre, Ana de Gurrea, labrado por Juan de Liceire, y el retablo de la capilla, también de alabastro, obra del escultor Pedro Moreto. Mandó hacer la desaparecida iglesia del monasterio cisterciense de Santa Lucía de Zaragoza.

Pero su magna obra como mecenas fue la fundación en 1563 de la cartuja de Aula Dei y su construcción, que inició Martín de Miteça a partir de 1564 y se concluiría en torno a 1570. Gastó en ello más de cien mil ducados. El retablo mayor de su iglesia sería pintado por Jerónimo Vallejo Cósida entre 1574 y 1585; algunas de las tablas de éste se conservan en el Museo de Zaragoza y una en la ermita de Villamayor.

¹ Fueron arzobispos de Zaragoza los siguientes miembros de la casa real de Aragón: don Juan de Aragón (h. 1440-1475), hijo natural de Juan II de Aragón, y que ocupó la sede cesaraugustana entre 1460 y 1475; don Alonso de Aragón (1470-1520), hijo natural de Fernando El Católico, que fue arzobispo desde 1478 hasta 1520; y don Hernando de Aragón (1498-1575).

² Jerónimo Vallejo, alias Cósida (c. 1510-1592) fue el más destacado pintor aragonés del Pleno Renacimiento. Proyectó también arquitecturas de retablos y supervisó los encargos artísticos del arzobispo don Hernando de Aragón.

³ Entre ellos el desaparecido retablo mayor, y el que era de la capilla de San Bernardo y ahora preside la iglesia de Vera de Moncayo, obra de Arnao de Bruselas.



Portada del libro *La Lengua* de Erasmo de Rotterdam, edición de 1551 hecha por el mercader de libros Miguel de Capilla. Contiene un retrato de Erasmo.



Portada de la primera edición de la primera parte de los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita, impresa en Zaragoza en 1562 por Pedro Bernuz.



Retrato de Jerónimo Zurita (1512-1580), primer cronista de Aragón y autor de los *Anales de la Corona de Aragón*.



Escudo de la Universidad de Zaragoza, que aparece en la maza de la universidad (1588). En el centro aparece la figura de San Pedro, entronizado en una cátedra, y flanqueado a la izquierda por el escudo de Aragón y a la derecha por el de la ciudad de Zaragoza.

43. LA CULTURA EN LA ZARAGOZA DEL RENACIMIENTO: IMPRESORES Y LIBREROS, EL HUMANISMO ERASMISTA Y LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

La ciudad de Zaragoza se convirtió durante el siglo XVI en uno de los centros culturales más fecundos de España. La penetración de la cultura humanista se produjo tanto desde Italia como desde Flandes, y contó con el apoyo decisivo de la imprenta zaragozana, del comercio de libros y el soporte de la universidad, que se fundará, con carácter definitivo, en 1583.

La imprenta, que había hecho su aparición en Zaragoza en la tempranísima fecha de 1475, conoció una gran actividad y florecimiento a lo largo de toda la decimosexta centuria. Los primeros impresores zaragozanos fueron alemanes o suizos (Mateo Flandro, Pablo Hurus, Juan Planck), como lo fue el gran impresor Jorge Coci (h. 1467-1546), la figura estelar de la imprenta zaragozana en las primeras décadas del siglo XVI. Llegó a Zaragoza hacia 1485 y fue discípulo y empleado de Pablo Hurus, a quien sucedió al frente de su taller del callizo de la Imprenta¹. Allí imprimió cerca de trescientos libros y publicaciones varias. Fueron libros de extraordinaria belleza, tanto por su tipografía como por sus ilustraciones, a partir de grabados xilográficos (en madera), y su presentación. Su edición en romance de las *Catorce décadas de Tito Livio* (1520) ha sido considerada la mejor y más bella obra impresa de todo el siglo XVI en España. De su imprenta también salieron, entre otras, las obras del poeta y músico Juan del Enzina (1516); los Fueros de Aragón (1517), o los *Cuatro libros del Amadís de Gaula* (1521).

Su sobrino Pedro Bernuz continuaría la labor impresora, y de sus prensas salió la primera edición de los *Anales de la Corona de Aragón* (1562) del gran cronista Jerónimo Zurita. En

la segunda mitad del siglo destacaron los impresores Juan Millán, Esteban de Nájera, el italiano Domingo Portonaris, que vino de Salamanca para imprimir la segunda edición de los *Anales de Zurita* (1579-1580), y los hermanos Lorenzo y Diego de Robles, éstos ya en las últimas décadas de la centuria.

Paralelamente, fueron numerosos e importantes los libreros zaragozanos, organizados en gremio desde 1537 bajo la advocación de San Jerónimo. En la segunda mitad del siglo había en Zaragoza más de setenta y cinco libreros, algunos de ellos también editores². La Universidad de Zaragoza favoreció mucho la demanda de libros, las impresiones y la venta de los mismos. También se importaban libros de otros centros españoles y extranjeros, especialmente de Lyon, el gran centro impresor de Francia. Los destinatarios eran eclesiásticos, abogados, médicos, estudiantes universitarios y burgueses cultos.

La cultura humanista zaragozana se vio pronto influida por el pensamiento del gran humanista holandés Erasmo de Rotterdam³. Fueron los cortesanos y eclesiásticos del séquito del rey Carlos I los que durante la estancia zaragozana de la corte (1518-1519) divulgaron entre eclesiásticos y humanistas aragoneses el pensamiento erasmista y sus obras principales, algunas de las cuales pronto serían editadas en Zaragoza; entre ellas, el *Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano* (1504), editado por Coci en 1528, los *Doce Coloquios*, o *La Lengua*, impreso por Miguel de Capilla en 1551.

Con esos estímulos intelectuales se creó en Zaragoza un importante círculo erasmista, que tuvo su época más floreciente entre 1520 y

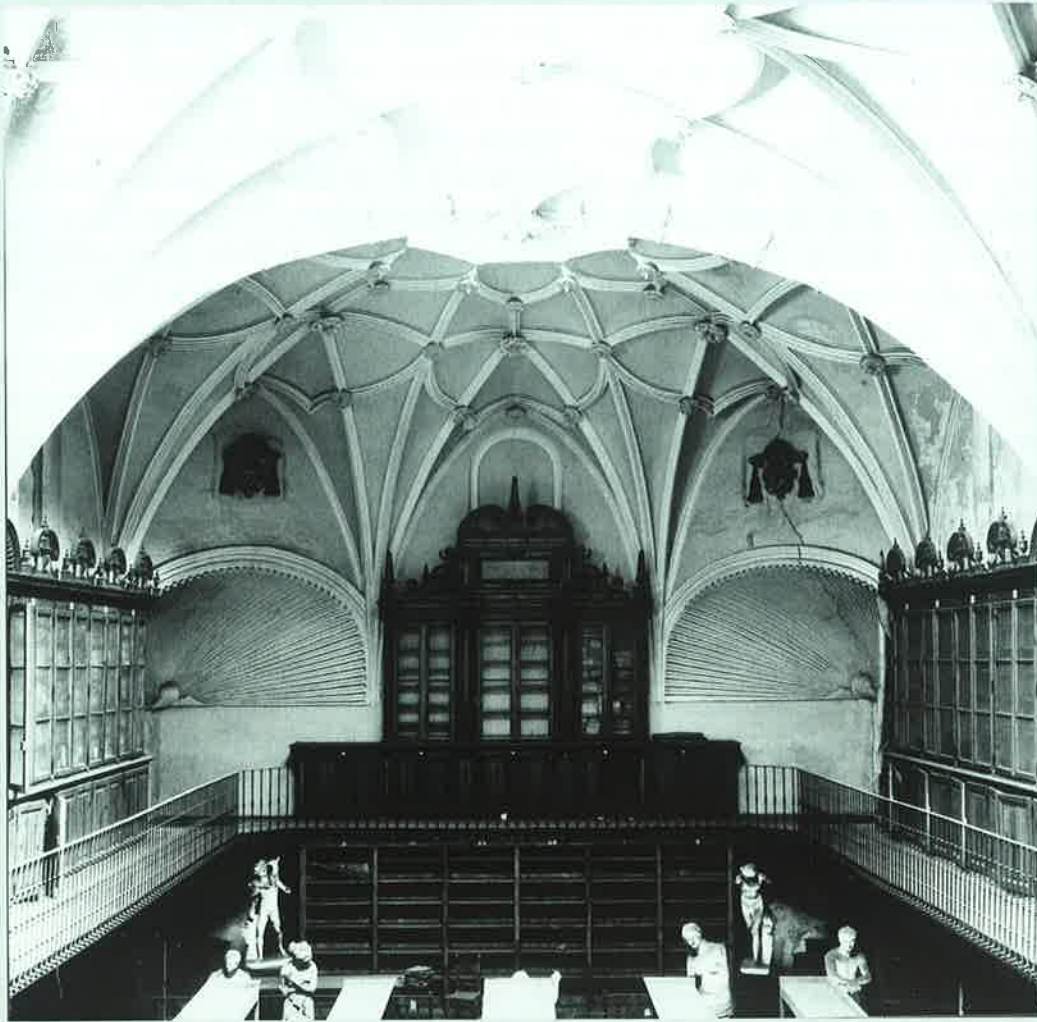
¹ Actual calle de Flandro, entre San Miguel y el Coso,

² Había libreros que se dedicaban a vender libros, tanto impresos en la ciudad como traídos de fuera; otros se dedicaban a encuadernar libros; y los había que también actuaban como editores, mandando imprimir libros con su dinero.

³ Erasmo de Rotterdam (1469-1536) fue uno de los grandes humanistas europeos. Conocedor del griego y del latín estudió las Sagradas Escrituras y defendió una reforma del cristianismo por medio de una vuelta al espíritu evangélico de sus comienzos, y una vivencia interior de la religiosidad, alejada de rituales complicados y de toda superstición.



Retrato yacente de don Pedro Cerbuna y del Negro, fundador de la Universidad de Zaragoza, óleo sobre lienzo, h. 1600, Museo de Arte Sacro de Calatayud.



Capilla de la antigua Universidad de Zaragoza, construida por Martín y Marco de Mañaría y Tomás de Obón en 1597. Estaba cubierta con bóveda estrellada de tradición tardogótica. Convertida en biblioteca universitaria y declarada monumento nacional (1969), el derribo de los edificios universitarios que la rodeaban la dejaron sin apoyos, por los que, lamentablemente, se hundió en 1973.

1535. Entre los destacados erasmistas zaragozanos hay que destacar al notable jurista de origen converso Miguel Donlope, procesado por la Inquisición. A partir de mediados de la década de 1530 las obras del sabio de Rotterdam fueron prohibidas en España por la Santa Inquisición, que metía en el mismo saco el ortodoxo persamismo reformista de Erasmo y el de los reformadores protestantes Lutero y Calvino. También destacó el teólogo oscense Juan de Quintana, confesor del Emperador Carlos entre 1525 y 1532, y después abad del monasterio de Montearagón (Huesca), Miguel de Mezquita y Mateo Pascual⁴, jurista eminente, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares y amigo del hebraísta Juan de Vergara y del teólogo y lingüista Juan de Valdés, también perseguidos por la Inquisición. Aún a pesar del control y la persecución inquisitorial las obras de Erasmo siguieron leyéndose con gran discreción en Zaragoza.

En la segunda mitad del siglo XVI la gran figura intelectual zaragozana fue Jerónimo Zurita y Castro (1512-1580), el gran historiador de Aragón, nombrado primer cronista de Aragón en 1548. Hijo de un médico de cámara de Fernando el Católico, había estudiado en Alcalá, y ocupó puestos en la administración real en Aragón; en 1566 Felipe II le nombró secretario de Cámara. Su obra fundamental serán los *Anales de la Corona de Aragón*, magna obra histórica sin igual en la España de su época por su honradez, meticulosidad y sentido crítico⁵. La narración la desarrolla desde la Época Musulmana y los orígenes del Reino de Aragón hasta el reinado de Fernando II el Católico, siguiendo un sentido cronológico de los acontecimientos narrados, que son políticos, institucionales y religiosos. La primera parte de los *Anales* se publicó en 1562 y la segunda en 1578-1579;

ésta fue redactada en su mayor parte en el monasterio jerónimo de Santa Engracia, donde sería enterrado Zurita a su muerte, acaecida en 1580. Su sucesor como cronista, Jerónimo de Blancas, fue un teórico del pactismo aragonés y de la figura del Justicia.

A mediados del siglo XVI Zaragoza todavía no tenía universidad. La universidad aragonesa estaba en Huesca, pero Zaragoza quería tener universidad. Ya en las Cortes de Monzón de 1542 Carlos V le había concedido la creación de un Estudio General, pero la oposición de Huesca y la falta de recursos fueron retrasando su apertura. Figura clave en el éxito de la fundación fue don Pedro Cerbuna⁶ (1538-1597), futuro obispo de Tarazona, que empeñó sus rentas de prior y vicario general del arzobispado de Zaragoza en sede vacante para que tuviese lugar la fundación de la Universidad Cesaraugustana el 24 de mayo de 1583. Gastó en ello 52.000 escudos.

Fue su primer rector don Juan Marco y la lección inaugural la dio el dominico Jerónimo Javierre, futuro cardenal. Se construyeron edificios⁷ para las facultades de Artes o Filosofía, Teología, Derecho, y Medicina y Cirugía, que se dotaron con 28 cátedras. Al principio tuvo unos 300 alumnos, que a finales del siglo aumentaron al millar. Las enseñanzas impartidas seguían fielmente el espíritu contrarreformista salido del Concilio de Trento. La Universidad de Huesca intentó por todos los medios impedir la fundación de la universidad zaragozana, pero, finalmente, la Real Audiencia de Aragón, el 12 de febrero de 1588, declaró válida la fundación y sus privilegios. La primitiva sede estuvo en la plaza de la Magdalena, en el solar ocupado por el I.E.S. Pedro de Luna.

⁴ Siendo Pascual vicario general del arzobispado de Zaragoza fue procesado en 1533 acusado de erasmista, pasando cuatro años en la cárcel.

⁵ Invirtió en su redacción treinta años de su vida, basándose en documentos extraídos de los archivos de Zaragoza, Barcelona, Valencia, Nápoles y Sicilia, y en abundantes lecturas. Muchos de los documentos consultados los transcribió literalmente.

⁶ Pedro Cerbuna y del Negro (Fonz, Huesca, 1538 - Calatayud, 1597) estudió en las universidades de Huesca, Valencia y Salamanca. Obtuvo los títulos de maestro en Artes y doctor en Teología por la universidad de Lérida, de la que fue catedrático, así como de la de Huesca. Estuvo vinculado a los grandes humanistas y prelados aragoneses Antonio y Pedro Agustín. Fue vicario general de Huesca, canónigo de la Seo y vicario general del arzobispado de Zaragoza. En 1585 fue nombrado obispo de Tarazona. Allí colaboró en la fundación del Colegio de San Vicente Mártir (1591), de jesuitas, y fundó el seminario conciliar de San Gaudioso (1593). Falleció en Calatayud en 1597 mientras hacía una visita pastoral.

⁷ Las principales edificaciones de la Universidad de Zaragoza se hicieron entre 1587 y 1597: aulas, sala de anatomía (1587), teatro o salón de actos (1594), claustro y capilla (1597). Fueron voladas por los franceses durante los Sitios (1808-1809), y sólo se salvó la capilla que, convertida en biblioteca, se derrumbó lamentablemente en 1973.



Monumento al Justiciazgo, Plaza de Aragón, Zaragoza. Fue inaugurado en 1904. El proyecto fue del arquitecto municipal Félix Navarro, y la gran estatua en bronce del Justicia Juan V de Lanuza fue hecha por el escultor Francisco Vidal Castro. La figura del Justicia se recuperó el 2 de diciembre de 1987.



Retrato de Antonio Pérez por Alonso Sánchez Coello, Hospital Tavera, Toledo.



Plaza del Mercado de Zaragoza, con la Cárcel de Manifestación, grabado del s. XIX.

44. LA REBELIÓN DE ARAGÓN DE 1591 CONTRA EL REY FELIPE II. SUS NEGATIVAS CONSECUENCIAS PARA LAS "LIBERTADES" ARAGONESAS

Seguramente, al pasar por la plaza de Aragón, te habrá llamado la atención el monumento situado en el centro de ella. Se trata del monumento que desde 1904 preside la plaza, y representa al Justiciazgo de Aragón, en la figura de Juan V de Lanuza, el joven Justicia que murió decapitado por defender los fueros y las libertades de Aragón tras los tristes sucesos de 1591, que se han venido conociendo como las Alteraciones de Aragón o de Zaragoza. Fue una rebelión de las instituciones forales aragonesas contra el rey Felipe II (I de Aragón) y su política autoritaria, que tendría graves consecuencias para aquellas y para las libertades aragonesas.

El conflicto tuvo como desencadenante un asunto que surgió fuera de Aragón. Antonio Pérez (1540-1611), secretario de Estado del rey Felipe II, huyó de Madrid en junio de 1590, tras haber pasado varios años en prisión, acusado del asesinato en 1578 de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, hermanastro del rey. Pérez, que odiaba a Escobedo porque temía que éste diera a conocer al rey los negocios sucios que llevaban entre manos Antonio Pérez y la princesa de Éboli (venta de cargos, negociaciones secretas con los sublevados flamencos), pagó a unos malhechores para que le asesinaran. Felipe II, consintió ese asesinato creyendo que Escobedo era un intrigante y un estorbo político, pero cuando los familiares de Escobedo pidieron justicia y se enteró de los manejos de Pérez ordenó su destitución y prisión. Su proceso se fue retrasando porque el propio rey temía verse salpicado, como cómplice del delito,

pero también porque el astuto Pérez ocultaba documentos secretos comprometedores. En 1590, tras ser sometido a tormento, Antonio Pérez, que temía por su vida, preparó su huida a Aragón disfrazado con las ropas de su mujer.

Al llegar a Calatayud Antonio Pérez se acogió al llamado Privilegio de Manifestación, a la protección de los fueros aragoneses, como hijo de aragonés que era¹. De esa manera, intentaba evitar la justicia real y la condena a muerte. De inmediato fue conducido a Zaragoza y encerrado en la cárcel foral, bajo la custodia del Justicia de Aragón, que entonces era Juan IV de Lanuza.

Antonio Pérez aparecía en Aragón en un momento de gran tensión entre las autoridades y oligarquías urbanas aragonesas y el rey Felipe II y su administración autoritaria. El rey consideraba que las instituciones aragonesas (Justicia, Diputación del Reino, municipios, etc.) gozaban de demasiados derechos e independencia de gobierno, y ello iba en detrimento de su poder real. Por ello, estaba preparando medidas que recortasen esas libertades, entre ellas nombrar un virrey *extranjero* para Aragón, es decir, que no fuera aragonés. Además, en los años anteriores el rey ya había cometido desafueros con violencia (Teruel, Albarracín, muerte de Antonio Martón), y el partido *fuerrista*, que veía en peligro las libertades del Reino, había ido radicalizando su posición. Pero no hay que idealizar la situación de Aragón en aquella época, pues no todos los aragoneses gozaban de los mismos derechos y de las mismas libertades.

¹ Su supuesto padre, el clérigo Gonzalo Pérez, secretario que fue del emperador Carlos y de Felipe II, era natural de Monreal de Ariza.



Don Juan de Lanuza en capilla, auxiliado por frailes agustinos y padres de la Compañía de Jesús, óleo pintado por Marcelino de Unceta en 1862, Ayuntamiento de Zaragoza.



El justicia Lanuza en el cadalso, óleo pintado por Victoriano Balasanz en 1886, Ayuntamiento de Zaragoza.

El joven Justicia, que viste traje negro de luto por el reciente fallecimiento de su padre, el anterior Justicia, se dispone a ser decapitado en la plaza del Mercado. Los cronistas del acontecimiento dicen que estaba muy sereno y pleno de dignidad a la hora de la muerte.

Felipe II, puesto que no podía actuar contra Antonio Pérez, al haberse acogido éste al Privilegio de Manifestación, hizo intervenir contra él a la Santa Inquisición². Para poderle procesar le acusaron, absurdamente, de blasfemo y hereje, y de estar en connivencia con los calvinistas bearneses. El delegado real, marqués de Almenara, el 24 de mayo de 1591 ordenó el traslado de Pérez a la Aljafería, donde tenía su sede y cárcel el Tribunal de la Inquisición.

El pueblo zaragozano, capitaneado por destacados fueristas, se amotinó y atacó el palacio donde vivía el marqués de Almenara, que herido gravemente murió dos semanas después. Un grupo muy numeroso de zaragozanos se dirigió a la Aljafería con la intención de asaltarla para llevar nuevamente a Pérez y otros detenidos a la cárcel de Manifestación. Para evitar el asalto, el virrey y el arzobispo de Zaragoza consintieron el traslado.

Los diputados del Reino escribieron de inmediato a Felipe II, justificando el motín y acusando a Almenara de haber comprado acusaciones falsas contra Pérez. Mientras, en las calles zaragozanas se pegaban pasquines y sátiras contra la Inquisición, contra Almenara e, incluso, contra el rey. Las autoridades aragonesas, aunque defendían en mayor o menor grado los fueros, estaban divididas en las medidas a tomar: unos, aún estando dispuestos a obedecer al rey, temían reprimir el movimiento surgido; otros, eran totalmente favorables y desobedecían las órdenes reales. Esa situación se alargó desde junio hasta septiembre de 1591. Mientras, en Madrid, el rey y sus consejeros estudiaban con cautela las medidas a tomar. Por fin, se decidió que Antonio Pérez sería llevado nuevamente el 24 de septiembre a la Aljafería. Ello provocó, como era de esperar, un nuevo levantamiento de los zaragozanos.

A pesar de los 2000 soldados que dispuso el virrey a lo largo del recorrido, desde la plaza del Mercado hasta la Aljafería, para evitar un nuevo motín, éste estalló en la plaza del Mercado. El desencadenante fue la muerte de un muchacho. El gentío se lanzó contra los soldados al grito de *Viva la Libertad*, encabezados por destacados defensores de los fueros. Las autoridades, miembros de la nobleza y soldados huyeron en desbandada. Antonio Pérez, aprovechando el desconcierto, quedó en libertad; primero se escondió en Bárboles, luego en Zaragoza, y cuando ya las tropas invasoras se acercaban a Zaragoza huyó a Francia³.

Felipe II ya estaba decidido a utilizar la fuerza contra Aragón antes del último motín. Mandó concentrar un ejército castellano de doce mil hombres en Ágreda (Soria), al mando de Alonso de Vargas, dispuesto a penetrar en Aragón. Pero esa entrada con fuerza armada, sin permiso de la Cortes de Aragón, iba contra los fueros. Por ello, el nuevo Justicia de Aragón, el joven Juan V de Lanuza, que había sucedido en el cargo a su padre, fallecido el 22 de septiembre, se dispuso a ofrecer resistencia al invasor, después de asesorarse por letrados y diputados, y presionado por labradores, artesanos y caballeros que le pedían defender los fueros ante tal atropello.

Difícilmente podría oponerse resistencia a tan fuerte ejército real. El pequeño ejército fuerista que se pudo reunir a toda prisa estaba formado por vasallos de los nobles fueristas comprometidos y por zaragozanos, pero le faltaban armas eficaces y organización. A primeros de noviembre de 1591 Alonso de Vargas entró al frente del ejército invasor en Aragón por Tarazona y por Mallén, y el día ocho en Utebo puso en fuga a los aragoneses, que huyeron sin presentar combate ante la desigualdad de fuerzas.

² Su jurisdicción no tenía límites, pues se extendía a todos los estados que formaban la Corona Hispánica.

³ Antonio Pérez Escobar (1540-1611), tras huir de Aragón a Bearn (sur de Francia), lleno de amargura y de odio, y dispuesto a lavar su imagen, publicó en París en 1593 un libro en el que justificaba su actuación y atacaba al rey Felipe II. Paralelamente, tras preparar la invasión de Aragón por el valle de Tena (febrero de 1592), que fracasó, se dedicó a conspirar con Inglaterra contra España. Después de 1598 Pérez fue cayendo en el olvido y murió en París en 1611. Su familia conseguiría en 1615 que el rey Felipe III revocase la condena de herejía que años antes había dictado la Inquisición contra él.



Ejecución de Juan de Lanuza, obra del pintor Mariano Barbasán, al óleo sobre papel, 1891, Ayuntamiento de Zaragoza, depositado en el Museo de Zaragoza.

Felipe II ordenó, en contra de la opinión de Vargas, una terrible represión, pues quería que el castigo contra los sublevados aragoneses fuera ejemplar. Secretamente, mandó prender al justicia Lanuza y decapitarle por traidor, sin proceso alguno. La detención del justicia era un nuevo contrafuero, pues según los fueros no podía ser preso fuera de sesión de Cortes. Otras muchas detenciones se sucedieron, en medio del temor de los zaragozanos. El 20 de diciembre de 1591, muy temprano, en una mañana fría y desapacible, Juan V de Lanuza fue llevado al cadalso, que había sido levantado la noche anterior en la plaza del Mercado. El ejército ocupante había tomado la ciudad para impedir cualquier alboroto o resistencia. Los zaragozanos, que no estaba dispuestos a asistir a tal ignominia, se encerraron en sus casas. Murió Lanuza decapitado⁴, pero antes, al oír el pregón que le condenaba a muerte, acusado de traidor, exclamó: *Traidor no, mal aconsejado sí*. Él había actuado tal como su cargo y las leyes aragonesas le mandaban obrar.

El conde de Aranda y el duque de Villahermosa, encarcelados en Castilla, murieron al poco en extrañas circunstancias. La represión continuó en los años siguientes. En la tarde del 19 de agosto de 1592 eran ajusticiados los destacados fueristas Pedro de Fuentes, Dionisio Pérez, Francisco de Ayerbe, Diego Fernández de Heredia, barón de Bárboles, y Juan de Luna, en medio de un ambiente aterrador, y sus bienes confiscados. Sus cabezas fueron colgadas con letreros en diversos lugares de Zaragoza, como criminales y para escarmiento público. Al día siguiente tuvo lugar el auto de

fe del proceso que se había abierto dos años antes contra Antonio Pérez, al que se agregó a bastantes detenidos por la sublevación. Un proceso religioso se había transformado en político. Pérez, al haber huido a Francia, fue quemado en estatua, condenado por hereje, traidor, sodomita y responsable de las alteraciones; 74 labradores y artesanos fueron condenados a penas que iban desde multas y castigos corporales hasta galeras (a remar en barcos reales); y 8 fueron quemados. Debió de resultar un espectáculo terrible. Otros 13 fueron condenados en sala (privadamente), entre ellos el prior de la catedral de La Seo. Aún habría otro auto de fe el 1 de diciembre de 1593, con 16 condenados. La represión, por lo tanto, fue terrible.

Las consecuencias políticas que la sublevación de 1591 tuvo para Aragón fueron desastrosas. En las Cortes de Tarazona de 1592, con muchos diputados temerosos y faltos de auténtica libertad, Felipe II llevó a cabo, valiéndose de los diputados que habían permanecido fieles al poder real, las modificaciones de las instituciones aragonesas que él quería, tendentes a fortalecer su autoridad. También se procedió a hacer retoques de los Fueros de Aragón y se añadieron algunos nuevos más restrictivos. El rey nombraría desde entonces al Justicia Mayor del Reino, y lo podría quitar a su gusto; la *guarda* del reino pasaba al presidente de la Audiencia Real, quitándosela al Justicia; los diputados no podrían convocar a los municipios aragoneses, ni a particulares, sin permiso real. Aragón perdía libertades y quedaba desguarnecido ante los ataques del poder real, que se sucederían en el siglo siguiente.

⁴ Cuentan los cronistas que hasta los capitanes y soldados asistentes lloraron al ver morir serenamente al joven Justicia, que sólo tenía 27 años.

Juan Tomás Porcell, a los 36 años, realizando la autopsia al cadáver de una mujer muerta de peste. Grabado que ilustra su obra *Información y curación de la peste de Çaragoça, y preservación contra la peste en general*, Zaragoza, 1565.



Cadáver de un apestado atacado por cuervos. Grabado del siglo XVII. Para combatir la epidemia, aparte de declarar una cuarentena de aislamiento, era necesario quemar y purificar las ropas de los enfermos y muertos.



45. LAS PESTES AZOTAN ZARAGOZA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII. SUS CONSECUENCIAS

Las epidemias de peste se repitieron cada cierto tiempo en los siglos XVI y XVII. Generalmente, su aparición venía precedida o acompañada de malas cosechas, que repercutían negativamente en las gentes, especialmente en las humildes, mal alimentadas.

Cuando la peste aparecía en Zaragoza cundía el miedo al contagio. Las familias acomodadas procuraban ponerse a salvo, huyendo de la ciudad hacia el campo, o a donde pudieran estar alejados de la enfermedad. Las autoridades tomaban de inmediato una serie de medidas. En primer lugar, cerraban las puertas de la ciudad, evitando la entrada de viajeros y productos comerciales, y decretaban cuarentena¹. Los contagiados eran atendidos en el Hospital General de Ntra. Sra. de Gracia y en otros hospitales. Por último, a los fallecidos se les enterraba en fosas comunes, cubriendo los cuerpos con capas de cal, como medida profiláctica. También se hacían rogativas pidiendo la mediación ante Dios de la Virgen del Pilar, de San Roque² y de San Sebastián, tradicionales protectores contra epidemias.

La epidemia de 1507, que duró seis meses, provocó la muerte, según cronistas de la época, de doce mil zaragozanos, cifra a todas luces exagerada. A finales del verano de 1518, con la Corte del rey Carlos I establecida temporalmente en Zaragoza, apareció la peste. Nuevas epidemias hubo en 1521, 1523 y 1530. Esta última fue la más mortífera de la primera mitad del siglo XVI. Pero, sin duda, la más grave de esa centuria fue la que apareció en Zaragoza en 1564, procedente de Francia. Conocemos sus circunstancias gracias a la descripción que hiciera el médico del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia, Juan Tomás Porcell³,

autor de un tratado en el que relata el desarrollo de la peste en Zaragoza, curación y medidas para preservarse de la enfermedad. Según Porcell, entre marzo y finales de diciembre de 1564, más de diez mil zaragozanos, un tercio de la población, murieron de peste.

A lo largo del siglo XVII las pestes alcanzaron una virulencia aún mayor que en el siglo anterior. La llamada *peste milanese* llegó con menor fuerza a Aragón en 1631, tras dos años de malas cosechas. Pocos años después, en 1642 y 1644, hubo nuevas epidemias. Pero la gran epidemia del siglo fue la de 1648-1654. Se había iniciado en Valencia, procedente de Argel, y, pese a las precauciones y medidas tomadas por los diputados del reino de Aragón, la epidemia penetró en 1648 por Sarrión (Teruel) y por pueblos del Bajo Aragón. El año de mayor virulencia fue el de 1652, en que afectó a Zaragoza. La mortandad fue enorme, ya que murieron unos seis mil zaragozanos, es decir, un cuarto de la población total de la ciudad. A finales de siglo hubo nuevas pestes, pero menos mortíferas.

Las consecuencias demográficas fueron tremendas. La población de Zaragoza fluctuó, con descensos y estancamientos: a mediados del siglo XVI tenía unos veinticinco mil moradores, en 1603 tenía unos veinte mil, hacia 1626 unos veinticuatro mil, la misma población en 1642; en 1645 había descendido a veintidós mil, y en 1655 a dieciocho mil habitantes. Sólo al final del XVII se recuperaron los veinticinco mil de comienzos de siglo. La pérdida de población aún hubiera sido mayor a no ser por la llegada de numerosos inmigrantes franceses, fundamentalmente bernesés y gascones.

¹ Cuarentena era el espacio de tiempo en que se aislaba a aquellos enfermos que venían de una ciudad o país infestado por una epidemia (peste, cólera, viruela, tífus...), así como las mercancías que llegaban de fuera.

² San Roque (Montpellier c. 1295 - 1327). Fue un santo peregrino que cuidaba a los apesados y enfermos por el camino. Es santo protector contra la peste y otras enfermedades contagiosas. Se le representa vestido de peregrino, acompañado de un perro que le llevaba un pan todos los días en la boca, y le lamía la llaga pestilente de su pierna.

³ Juan Tomás Porcell (1528 - antes de 1583). Nacido en Caller (Cagliari), Cerdeña, cuando pertenecía a la Corona de España, estudió medicina en Salamanca. Fue catedrático en el Estudio General que precedió a fundación de la Universidad de Zaragoza. Su estudio sobre la peste de 1564 en Zaragoza se divulgó por toda Europa.



IOHANNES AVSTRIACVS II

14



Felipe IV retratado por Velázquez en Fraga (1644), Colección Frick, Nueva York.



Grabado a buril de José Vallés, reproduciendo el túmulo levantado en la plaza del Mercado de Zaragoza para las honras fúnebres del príncipe Baltasar Carlos (1646). Biblioteca de Alfonso Fernández.



Retrato del príncipe Baltasar Carlos, pintado por Velázquez en 1635 ó 1636, Museo del Prado. El príncipe tenía entonces unos seis años.

46. LA CONVULSA DÉCADA DE 1640 EN ZARAGOZA: GUERRA, VISITAS REALES, EL MILAGRO DE CALANDA Y UNA GRAN RIADA QUE SE LLEVÓ LOS PUENTES

Cuando en 1640 los catalanes se sublevaron contra la Corona y contra la política absolutista promovida por el valido del rey Felipe IV¹ (III de Aragón), el conde-duque de Olivares², la situación de Aragón no podía ser más desfavorable para embarcarse en una nueva guerra contra Cataluña, que venía a sumarse a la Guerra de los Treinta Años (1618-1648)³ en la que estaba implicada España en Europa.

Unos años antes, en las Cortes de Barbastro de 1626, se había pedido a Aragón su incorporación a la Unión de Armas⁴. Ello suponría al Reino la entrega de altas sumas de dinero y la aportación de soldados para la defensa de las tierras de la Corona Hispánica⁵.

Los esfuerzos de la Ciudad de Zaragoza para concurrir a las necesidades de la monarquía fueron grandes desde 1630, tanto en dinero como en hombres; mantenía de 200 a 300 hombres armados al año para que sirvieran en el ejército. En 1638 se formó un tercio de mil hombres que marchó al mando del marqués de Osera y del Justicia Mayor del Reino para socorrer a Fuenterrabía, sitiada por los franceses, y a Navarra. Esos cuantiosos gastos impidieron sanear la hacienda zaragozana y el gobierno municipal iba de mal en peor; todo ello favoreció el descontento ciudadano, que aumentó en torno a 1640.

Cuando estalló la Guerra de Cataluña, debido al descontento de los catalanes con la política centralizadora y antiforal del conde-duque de Olivares, el reino de Aragón contribuyó con cuanto dinero y hombres le fue posible para el ejército real, pero los ataques de las tropas catalanas y francesas a la zona oriental de Aragón

(La Litera, Monzón) y las constantes requisas sumieron al reino en una gran postración, cundiendo el descontento entre los aragoneses. Los destrozos y las pérdidas provocadas por la guerra fueron muy superiores a los beneficios que el estacionamiento de los ejércitos realistas, que tenían a Zaragoza como cuartel general, produjo en la ciudad, de la que la que sólo se beneficiaron algunos sectores de la burguesía zaragozana. Dormer escribió que la Guerra de Cataluña le costó a Aragón 5 millones de libras jaquesas.

El hecho de que fuera Zaragoza el cuartel general del ejército realista hizo que el rey Felipe IV y su Corte la visitaran y permanecieran en ella en varias ocasiones entre 1642 y 1646. En 1642 vino Felipe IV para dar ánimos y dirigir a las tropas reales que se estaban enfrentando a los invasores del territorio aragonés. Llegó el 27 de julio y se trasladó poco después a Fraga, donde estaba el frente principal de la guerra tras la pérdida de Lérida a manos del ejército franco-catalán.

A finales de febrero de 1644 vino nuevamente el rey, en esta ocasión acompañado por el príncipe Baltasar Carlos⁶. En su séquito iba el pintor del rey, Diego Velázquez, que le haría un magnífico retrato en Fraga. Se iba a emprender la campaña de reconquista de Lérida, que cayó el 30 de julio. Tras regresar a Madrid en octubre de ese año, debido al fallecimiento de la reina Isabel, ya estaba el rey otra vez en Zaragoza en noviembre. El día 18 de ese mes se celebraban solemnes exequias en La Seo por la reina difunta, y el 25 inauguraba el monarca el nuevo puente de tablas sobre el Ebro, destruido en la riada de febrero del año anterior.

¹ Felipe IV, III de Aragón (1605-1665), fue hijo de Felipe III y de Margarita de Austria. Reinó entre 1621 y 1665. Fue un monarca muy culto y amante de las artes, pero dejó el gobierno en manos de validos, primero del conde-duque de Olivares, y después de don Luis de Haro, marqués del Carpio.

² Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde-duque de Olivares (1587-1645), fue valido de Felipe IV desde 1621 hasta 1643. Falto de realismo político, quiso imponer una política centralizadora y tendente al absolutismo del monarca, dando todo el protagonismo a la Corona de Castilla. Todo ello provocó el descontento de los estados forales y periféricos de la Corona Hispánica, incluido Aragón, y la separación temporal de Cataluña y definitiva de Portugal.

³ La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) enfrentó en Europa a las dos monarquías de la Casa de Austria (España y el Imperio), defensoras del orden tradicional y del catolicismo contrarreformista, contra las potencias protestantes (Holanda, Dinamarca y Suecia) apoyadas por la Francia de Luis XIII y el cardenal Richelieu.

⁴ La Unión de Armas, promovida por Olivares en 1626, pretendía ser una unión de todos los estados de la Corona Hispánica para el reclutamiento de un ejército de 140.000 hombres en caso de guerra; su mantenimiento se haría con aportaciones de los estados en proporción a su riqueza y población. Contó con el rechazo de los estados de la Corona de Aragón, especialmente de Cataluña. A Aragón se le pedirían constantemente ayudas (servicios) cada vez mayores.



Vista de Zaragoza, dibujada en 1668 por el italiano Pier María Baldi. En ella ya se ven reconstruidos el Puente de Tablas, en el centro, y el Puente de Piedra, a la derecha. La vista está tomada desde el convento franciscano de Jesús, en el Arrabal.



El Puente de Piedra sin las dos arcadas centrales, destruidas tras la gran riada del Ebro del 18 de febrero de 1643. Detalle de la *Vista de Zaragoza* (1647) pintada por J.B. Martínez del Mazo, Museo del Prado, Madrid.



El Milagro de Calanda, por Juan Andrés Merklein (1764), Museo Episcopal y Capitular de Huesca.



Cuadro anónimo, de mediados del siglo XVII, que representa a la *Virgen del Pilar* en su antiguo camarín. Se puede apreciar que el manto se colocaba entonces cubriendo casi totalmente la imagen de la Virgen. Desde mediados del siglo XVIII, por recomendación del arquitecto Ventura Rodríguez, el manto ya sólo cubre el pilar, dejando totalmente visible la imagen.

En agosto de 1645 volvió Felipe IV desde Navarra, con el príncipe Baltasar Carlos, Velázquez y el yerno de éste, el también pintor Juan Bautista Martínez del Mazo, que haría en el siguiente viaje la conocida *Vista de Zaragoza*. El rey venía a presidir las Cortes de Aragón y a que éstas juraran al príncipe Baltasar Carlos como heredero. La jura de los fueros por el príncipe tuvo lugar con toda solemnidad en la catedral de La Seo el 20 de agosto de 1645, y el 11 de octubre las Cortes le juraban como heredero del antiguo Reino de Aragón.

En el otoño de 1646 haría Felipe IV su última visita a Zaragoza, para clausurar las Cortes iniciadas el año anterior. El príncipe Baltasar Carlos moría de viruelas en Zaragoza el 9 de octubre, cuando iba a cumplir los 17 años. España se quedaba sin heredero al trono. El rey, desconsolado, se retiró al real monasterio de Santa Engracia, donde se celebraron los funerales. Los restos de Baltasar Carlos serían trasladados al panteón del Real Monasterio de El Escorial, pero su corazón quedó en Zaragoza, colocado bajo una lápida de piedra negra de Cañatorao en el lado del evangelio del presbiterio mayor de la catedral de La Seo. Ello era una muestra de afecto hacia Zaragoza.

El llamado Milagro de Calanda fue otro de los acontecimientos que emocionaron a Zaragoza, Aragón y toda España. Sucedió en la villa bajoaragonesa de Calanda el 29 de marzo de 1640. Antes de la medianoche de ese día, mientras dormía, el joven Miguel Juan Pellicer, de 23 años, recobró milagrosamente, por intercesión de la Virgen del Pilar, la pierna derecha que tenía amputada desde octubre de 1637. La rueda de un carro le había roto la

pierna en 1637, cuando trabajaba en tierras de Castellón. Se trasladó por sus propios medios a Zaragoza, donde el cirujano Juan Estanga le amputó la pierna derecha, cuatro dedos por debajo de la rodilla, en el Hospital Real y General de Ntra. Sra. de Gracia. Entre 1638 y comienzos de marzo de 1640 Miguel Pellicer pidió limosna en la puerta del Pilar. Todos los días se untaba el muñón de la pierna cortada con aceite de una de las lámparas que había en la Santa Capilla de la Virgen. Unos días después de regresar a Calanda se produjo el milagro. Se abrió un proceso de comprobación del suceso⁷. El 27 de abril de 1641 se dio sentencia positiva al proceso canónico, constatándose que había sido un milagro. El acontecimiento se celebró en medio de la alegría popular, con fuegos de artificio en la plaza del Pilar. En 1642 la Virgen del Pilar sería proclamada Patrona de Zaragoza.

Otro acontecimiento que perturbó la vida zaragozana fue la famosa y destructora riada del Ebro del 18 de febrero de 1643, miércoles de Ceniza. Así lo narra el dominico Lamana: *a las cuatro de la mañana comenzó a crecer el río Ebro, entre la una y las dos derribó los dos arcos de medio del Puente de Piedra y antes llevó el Puente de Tablas*. La alcántara, o Puente de Tablas, sería reconstruido de inmediato e inaugurado el 25 de noviembre de 1644, pero el Puente de Piedra tardaría bastantes años en reconstruirse. Entre 1657 y 1671 se reedificaría bajo la dirección del maestro de obras Felipe de Busignac y Borbón. Su elevado coste se sufragó con el impuesto de sisas, cargado sobre los productos de primera necesidad.

⁶ Aquellos diputados que se opusieron a la Unión de Armas fueron represaliados; en Zaragoza, fueron excluidos de las listas de elegibles a cargos municipales. Asimismo, el ordenamiento urbano de 1628 recortaría la autonomía municipal de Zaragoza, en favor del intervencionismo real. Si los "ciudadanos" (patriciado urbano) aceptaron esos recortes fue porque temían perder el monopolio del poder municipal en favor de la nobleza, que presionaba para acceder a cargos municipales.

⁶ El Príncipe Baltasar Carlos (1629-1646) era hijo de Felipe IV y de Isabel de Borbón. Desde los 14 años fue iniciado por su padre en los asuntos de la Corona, y puso en él todas sus esperanzas como sucesor. Su prematura muerte en Zaragoza, a los 16 años, frustró un futuro esperanzador para la Casa de Austria en España.

⁷ En el proceso participaron numerosos testigos; fue impulsado por el Ayuntamiento de Zaragoza y lo llevó el Arzobispado.



Libro de exorcismos contra las plagas del campo y conjuros contra tempestades, de R. Antonio Gascón, beneficiado de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza, publicada en 1682.



Útiles antiguos para tejer, anteriores a la Revolución Industrial, Museo del Pueblo Español, Madrid.



Libro manuscrito en el que se recogen las Ordinaciones del oficio de saqueros y lineros de la Ciudad de Zaragoza. (1686).

47. CRISIS ECONÓMICA Y CONSECUENCIAS SOCIALES EN LA ZARAGOZA DEL SIGLO XVII

En el siglo XVII las actividades artesanales y el comercio se vieron en Aragón seriamente afectados por la contracción económica general de España. La agricultura zaragozana soportó adversidades climáticas, plagas y otros inconvenientes. En 1616 se prohibió durante treinta años la plantación de viñas en el término de Zaragoza, debido a la superproducción de vino, y en 1621 se prohibiría la entrada en la ciudad de uvas o vino de fuera. En 1643 se helaron muchos olivos, con lo que disminuyó bastante la producción de aceite. Entre 1685 y 1688 una plaga de langosta asoló los campos zaragozanos, convirtiéndose en una auténtica pesadilla para los labradores.

Por lo que respecta a las actividades artesanales, éstas seguían basándose en los gremios, cuyas *ordinaciones* (normas) regulaban cada actividad productiva, las condiciones de trabajo y las actividades benéfico-religiosas. Algunos destacados arbitristas¹ achacaban la decadencia económica y el despoblamiento de Aragón a la competencia de los productos extranjeros que se introducían en el reino, principalmente franceses. Por ello, los gremios zaragozanos pidieron medidas proteccionistas que prohibieran esos productos foráneos, como decretaron las Cortes de Aragón de 1626. Pero las Cortes a partir de 1646 levantarían esa prohibición y defenderían en adelante medidas liberalizadoras para estimular el comercio. El Concejo² de Zaragoza siempre se opuso, y defendió medidas proteccionistas.

Pero ello no impidió que hubiera diferencias entre los gremios y el Concejo zaragozano, pues éste concedió licencias para ejercer diversos oficios a los que se alistaron en el

ejército durante la Guerra de Cataluña (1640-1652), y en la década de 1670. Los gremios consideraban esas concesiones una intromisión intolerable, y el Concejo acusaba a los gremios de exigir cantidades de dinero abusivas a los que querían examinarse de oficiales o de maestros, lo que vetaba a muchos candidatos³.

En las Cortes celebradas en Zaragoza en 1676 hubo un agrio debate sobre los problemas económicos de Aragón. Muchos diputados compartían las opiniones de los ricos comerciantes contrarias a los gremios. Se decretó que éstos debían reducir las tasas para los exámenes; se tomaron medidas proteccionistas, prohibiendo la entrada y venta de tejidos extranjeros; y se estimuló la exportación aragonesa (lanas, cereales, vino, aceite, carnes). Pero, con todo, no se abordaron medidas de tipo capitalista para un sistema productivo arcaico. Los gremios, más que causantes de la crisis eran sus víctimas.

En tantos años de penuria y escasez abundaron en Zaragoza los mendigos y necesitados. En 1609 había tantos que el Concejo dio cédulas a los pobres de solemnidad para que pudieran pedir. A ello se unían los niños huérfanos y los abandonados por sus padres. La institución municipal denominada Padre de Huérfanos⁴ se encargaba de recoger a los niños en sendos Hospitalicos de Niños y de Niñas, donde se les educaba hasta los quince años. En los años más duros había en ellos más de quinientos niños y más de trescientas niñas. Pero el Padre de Huérfanos también combatía a los ociosos y vagos, causantes de tumultos y reyertas. Para acogerlos se creó en 1669 la Casa de Misericordia. Esas instituciones contribuyeron a amortiguar las tensiones y conflictos sociales.

¹ Los arbitristas eran personas que en el siglo XVII proponían medidas para aumentar los ingresos de la hacienda pública y salir de la crisis económica. Los remedios (arbitrios) propuestos eran, en bastantes ocasiones, difíciles de llevar a efecto.

² Se denominaba Concejo a la institución del gobierno municipal, equivalente a ayuntamiento.

³ La situación se encrespó en 1675, cuando el Concejo dió nada menos que 168 licencias. Las presiones de los gremios consiguieron que al año siguiente se revocaran esos permisos.

⁴ El Padre de Huérfanos era un ciudadano que, subordinado al Concejo, se encargaba de la tutela de menores huérfanos o abandonados, de la represión de la vagancia y de la mendicidad. En Zaragoza ya está documentada su existencia en 1475.



Retrato ecuestre de *Felipe III*, pintado hacia 1634-1635 por Velázquez, Museo del Prado. Este monarca ordenó la expulsión de los moriscos.



La Expulsión de los moriscos, dibujo de Vicente Carducho, Museo del Prado.

48. CONFLICTOS Y TENSIONES EN LA SOCIEDAD ZARAGOZANA DEL SIGLO XVII

Las epidemias de peste, la crisis económica que persistió a lo largo del siglo XVII y los continuos conflictos bélicos favorecieron las tensiones en la sociedad zaragozana y el estallido de conflictos. La sociedad del Antiguo Régimen, estamental y con grandes desigualdades jurídicas y económicas, se resentía fuertemente cuando las condiciones económicas y políticas se deterioraban.

Ya comenzado el siglo, en 1610, se procedió a cumplir el decreto de Felipe III (II de Aragón)¹ por el que se expulsaba a los moriscos de Aragón. El año anterior se había decretado lo mismo para los moriscos de Valencia. Al haber fracasado los intentos de asimilación y de evangelización de éstos, el rey y el duque de Lerma tomaron la decisión de expulsarlos de España. Así se conseguiría la unidad religiosa que habían iniciado los Reyes Católicos.

La decisión real provocó en Aragón opiniones encontradas, pues mientras la Inquisición y el arzobispo de Zaragoza, don Tomás de Borja, eran partidarios de la expulsión, los nobles aragoneses eran contrarios a ella, pues la mayoría de ellos tenía vasallos moriscos trabajando sus tierras, y la expulsión supondría una notable disminución de sus beneficios. Aunque hubo intentos para impedirla o retrasarla, el 29 de mayo de 1610 se hacía público en Zaragoza el decreto de expulsión. Unos 64.000 moriscos aragoneses (el 15% de la población) salieron pacíficamente de España por el puerto de Los Alfaques (Tarragona) o por los pasos del Pirineo. Unos 750 (150 fuegos) fueron los moriscos zaragozanos expulsados. Muchos de esos moriscos zaragozanos eran alfareros, albañiles, curtidores y tintureros, y estas actividades artesanas se resintieron en la ciudad. Espe-

cialmente afectada quedó la fabricación de lozas, pues se fueron todos los vajilleros.

Durante las cuatro primeras décadas del siglo continuó recibiendo Zaragoza emigrantes de diversos lugares de Aragón, pero también emigrantes franceses. Ellos hicieron que el descenso demográfico provocado por las pestes fuera menos acusado. Jóvenes campesinos franceses, procedentes principalmente de Bearn y Gascuña, al otro lado de los Pirineos, venían a Aragón para hacer fortuna y después volver a sus lugares de origen. Muchos, que comenzaban con trabajos estacionales, acababan casándose con aragonesas y asentándose aquí. Zaragoza fue el principal destino de esos emigrantes, que se dedicaban a la agricultura, a la artesanía textil, al comercio, o se acomodaban como criados, taberneros y carniceros. Llegaron a suponer en algunas épocas del siglo la quinta parte de la población total de la ciudad. En años de enfrentamientos bélicos contra Francia, especialmente en la década de 1640, se dejó notar entre los zaragozanos un rechazo hacia ellos, y sobretodo contra los mercaderes franceses, a los que se acusaba de acaparadores y de favorecer sólo la venta de productos traídos de Francia. En las cortes de Zaragoza de 1646 se aprobó un fuero que consideraba extranjeros no sólo a los franceses nacidos en Francia, sino también a los hijos y nietos de franceses, aunque estuviesen casados con aragonesas y poseyeran inmuebles y bienes en el reino. Con ello se les impedía ocupar cargos públicos y eclesiásticos. Ese fuero se derogó en las Cortes de 1678 por perjudicar el poblamiento de Aragón.

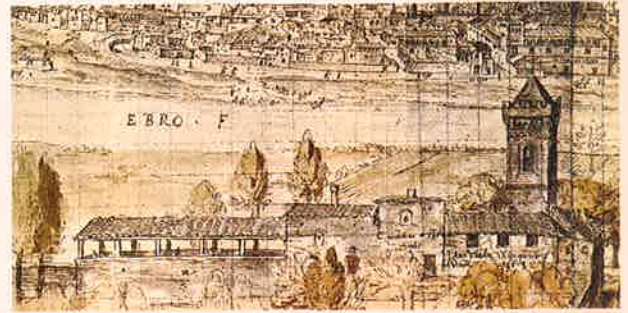
También hubo una reacción xenófoba contra soldados valones² acuartelados en Zaragoza

¹ Felipe III (1578-1621) fue hijo de Felipe II y de su sobrina Ana de Austria, y reinó entre 1598 y 1621. Fue hombre bondadoso y piadoso, pero falto de carácter para gobernar. Dejó el gobierno en manos de validos, primero del duque de Lerma y, tras caer éste, de su hijo el duque de Uceda; fueron personajes corruptos que practicaron el nepotismo.

² Las milicias valones eran reclutadas para los ejércitos de los Austrias en los Países Bajos del Sur (Valonia, Bravante, Hainaut, Artois), hoy sur de Bélgica y Norte de Francia, y Luxemburgo. Los valones eran católicos y de habla románica.



Fachada de la casa-palacio de Francisco Sanz de Cortés, rico comerciante ennoblecido por Carlos II con el título de marqués de Villaverde. Está en la plaza de San Felipe y hoy es sede del Museo Pablo Gargallo.



El convento franciscano de Jesús de Zaragoza, detalle de la *Vista de Zaragoza* de Juan van Wyngaerde (1563). Allí murieron bastantes soldados valones a manos de airados zaragozanos en 1643.



Fachada de la casa-palacio de los duques de Villahermosa en Zaragoza, situado en la calle de Predicadores. Este palacio fue remodelado profundamente en las últimas décadas del siglo XVII.



Bula *In Apostolicae Dignitatis* del papa Clemente X (1676), Biblioteca Capitular de La Seo. En ella se ordenaba la unión de los dos cabildos de La Seo y del Pilar en un solo Cabildo Metropolitano de Zaragoza.

durante la llamada Guerra de Cataluña. El alojamiento de tropas en sus casas y la obligación de mantenerlas causaba malestar a los zaragozanos. En mayo de 1643 había llegado a la ciudad un destacamento de 300 soldados valones, que venían a engrosar el ejército que estaba a punto de partir hacia la frontera catalana. La mayoría de ellos fueron alojados en el Arrabal, que había quedado aislado de la ciudad tras la gran riada del 18 de febrero de ese año, que había destruido un arco del puente de piedra y el puente de tablas. El ambiente estaba muy caldeado, pues a las malas cosechas del año anterior se unía el aumento de los impuestos que gravaban los alimentos de primera necesidad; con ellos se ayudaba a financiar la guerra.

Hambrientos, indisciplinados y sin cobrar sus pagas, los valones, con gran violencia, se dedicaron a robar hortalizas en las huertas de la margen izquierda del Ebro, a talar árboles y a robar en los corrales. En un enfrentamiento con labradores y con estudiantes, los valones respondieron a las pedradas de aquellos matando a cinco labradores que huían en una barca al otro lado del Ebro. Ello desató la violencia incontenida de las gentes, que asaltaron el convento de Jesús, donde se habían refugiado algunos de los valones perseguidos. En la iglesia mataron a 17 de ellos, sin tener en cuenta que estaban en lugar sagrado, y a otros 17 en diversas dependencias del mismo. En las calles y huertas del Arrabal mataron a otros 12 valones y bastantes en el convento de San Agustín y en otros lugares, hasta un total de más de 70 muertos y unos 20 malheridos. Unos 50 valones se salvaron al ser acogidos en casas de franceses y en conventos. Las autoridades trataron de calmar las iras de los zaragozanos, pero sin arriesgarse a reprimir el movimiento o tomar medidas contra los que

habían matado a valones, por miedo a que derivase en un motín contra el poder establecido.

Pero también hubo conflictos y discordias entre grupos y estamentos de la sociedad zaragozana. Los miembros de las grandes familias de la alta nobleza aragonesa³ y de la pequeña nobleza copaban los cargos de las más importantes instituciones aragonesas. En cambio, la nobleza no ocupó cargos en el gobierno municipal de Zaragoza, que quedaba en manos de los *ciudadanos*, es decir, de profesionales (abogados, notarios, médicos), rentistas, comerciantes y ricos propietarios agrarios que rivalizaban en ostentación con los nobles. Entre ambos grupos de poder, nobles y *ciudadanos*, habrá constantes fricciones por detentar el poder urbano y por cuestiones de protocolo en los actos públicos. Así ocurrió en 1669, cuando ante el desaire provocado por la ausencia de miembros de la alta nobleza zaragozana a un acto organizado por las autoridades municipales, éstas respondieron con una orden de expulsión de la ciudad de bastantes nobles⁴. Don Juan José de Austria, que acababa de llegar a Aragón como virrey, consiguió que se apaciguaran los ánimos y que se anulara la expulsión.

El alto clero también estuvo enfrentado en la ciudad, en concreto los canónigos de la catedral de La Seo con los de Santa María del Pilar, con pleitos y disputas que venían de tiempo atrás y que no cesaban. El milagro del Cojo de Calanda (1640), Miguel Pellicer, potenció la devoción pilarista y el protagonismo del cabildo del Pilar. Éste entabló un pleito con el cabildo de La Seo por la preeminencia catedralicia. El rey Felipe IV se inclinó por reconocer la catedralidad a La Seo y en 1676 el papa Clemente VII optó por una decisión salomónica, que fue unir los dos cabildos catedralicios en uno solo mediante la Bula de Unión⁵.

³ Esas grandes familias nobles eran las de los Híjar, Villahermosa, Fuentes, Sástago, Aranda, Castelflorite, San Felices, Camarasa, etc.

⁴ Fueron expulsados los marqueses de Cañizar, Coscojuela, Navarréns y Torres, y de los condes de Belchite, Castelflorit y San Clemente, además de otros caballeros y miembros de la pequeña nobleza

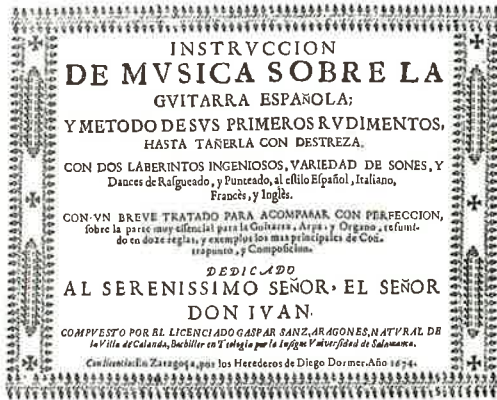
⁵ Con la Bula de Unión, en la Seo residirían 6 dignidades y 15 canónigos, y otros tantos en el Pilar. El deán, máxima dignidad del Cabildo, residiría seis meses en cada uno de los templos.



Retrato de don Juan José de Austria (hacia 1665), obra de pintor anónimo, Museo del Prado.



Arco del Arzobispo, desaparecido en la década de 1960. Fue mandado construir por Su Alteza para comunicar el palacio arzobispal y La Seo. Esta foto fue hecha por Miguel Faci hacia 1920-25.



Portada de la *Instrucción de Música sobre guitarra española*, de Gaspar Sanz (Zaragoza, 1674). Era un método para tocar la guitarra, que el músico calandino dedicó a su protector, don Juan José de Austria.



Aparición de la Virgen a San Cayetano (hacia 1650), obra del pintor Jusepe Martínez, Iglesia de Santa Isabel de Zaragoza. En la parte inferior del cuadro se aprecia una vista de Zaragoza, con el Puente de Piedra roto.

49. DON JUAN JOSÉ DE AUSTRIA, "SU ALTEZA", VIRREY DE ARAGÓN

Transcurría el mes de febrero de 1669. Ya hacía cuatro años que reinaba en España un niño, Carlos II, hijo de Felipe IV. En su nombre, y como regente, gobernaba su madre Mariana de Austria. Pero el verdadero hombre fuerte era su confesor, un jesuita germano, el odiado Padre Everardo Nithard.

Sólo una persona aparecía en el panorama político como capaz de oponerse a los manejos políticos del confesor y de la reina. Era don Juan José de Austria (1629-1679), hijo bastardo de Felipe IV y de la famosa actriz madrileña María Calderón, conocida como *La Calderona*. Reconocido por su padre en 1642, don Juan José había recibido una educación esmerada y, tras una formación intelectual, artística y militar, su padre le nombraría virrey de Nápoles (1648). Diversas empresas de gobierno y de guerra le dieron gran experiencia¹.

Era hombre valeroso, de clara inteligencia, sagaz, pero también era ambicioso y vanidoso. Ya en aquella época, supo tener en cuenta la opinión pública, valiéndose de la propaganda para ponerla a su favor en coyunturas difíciles. Nunca ocultó la antipatía que sentía por la reina regente y por el confesor, a quienes quería desplazar del favor del joven rey. Por ello, y apoyado por un sector importante de la nobleza, no dudaría en encabezar la oposición contra aquellos. Acusado de conspiración contra el confesor huyó a Barcelona y desde allí solicitó de la reina madre el cese de Nithard. Ante la negativa rotunda de Mariana de Austria, movilizó un ejército que, desde Barcelona hasta Zaragoza, hizo un paseo triunfal. En Zaragoza las gentes salieron a recibirle y vitorearle al grito de ¡Viva el Rey!, ¡viva don Juan José de Austria! ¡muera el jesuita Nithard!

En su marcha hacia Madrid se unieron a su ejército en Zaragoza trescientos infantes, además de otras personas armadas. Al llegar cerca de Madrid, el 23 de febrero de 1669, la regente, viendo que no tenía un ejército que impidiese el ataque del bastardo, destituyó al Padre Nithard y le ordenó volver a Viena. Pero Mariana de Austria, que no quería que don Juan José de Austria se convirtiera en el nuevo gobernante de España, manióbró con habilidad y le nombró Vicario General de los Estados de la Corona de Aragón y Virrey de Aragón (1669-77). Con ese cargo le alejaba de la Corte.

En los años en que residió en Zaragoza, hasta enero de 1677, don Juan José supo cultivar su popularidad y granjearse la simpatía de los zaragozanos. Medió en el conflicto entre la ciudad de Zaragoza y la villa de Longares. Mandó construir el *Arco del Arzobispo* para comunicar el palacio arzobispal, su residencia, y La Seo. Fue amante de la música; tuvo como profesor de guitarra al célebre músico aragonés Gaspar Sanz², nacido en Calanda, quien en 1674 le dedicaría su célebre *Instrucción de música sobre la guitarra española*, impresa en Zaragoza en 1674. También tuvo a su servicio en Zaragoza un conjunto de cámara, los llamados *Músicos de su Alteza*, de diversa procedencia, que deleitaron al virrey en su estancia y contribuyeron a la modernización de la música española de la época. Asimismo, fue amante de las artes y protegió al pintor del rey y teórico zaragozano Jusepe Martínez; éste trabajó para él, y le dedicó su tratado conocido como *Discursos practicables del Nobilísimo Arte de la Pintura* (h. 1675).

¹ Don Juan José de Austria consolidó su fama de militar en el sitio y toma de Barcelona (1652), al final de la Guerra de Cataluña, al mando de tropas aragonesas. Ayudó a la pacificación del Principado como virrey de Cataluña (1652-56); después fue gobernador de Flandes (1656-59), e intervino en las campañas de Portugal (1661-64)

² Gaspar Sanz Celma (Calanda, 1640 - Madrid, 1710) fue un célebre músico y sacerdote aragonés, catedrático de la Universidad de Salamanca. Estudió en Roma y en Nápoles, y fue profesor de guitarra del don Juan José de Austria. Sus obras para guitarra española, danzas populares y cultas, recogidas en su *Instrucción de Música sobre la guitarra española*, forman parte de los repertorios de los mejores intérpretes de guitarra, clavecín y conjuntos de música barroca.



Retrato del rey Carlos II (h. 1772-73), por Juan Carreño de Miranda, Museo del Prado. Tenía unos 11 ó 12 años, y lleva traje español de etiqueta, negro con golilla.

FVEROS Y ACTOS DE CORTE DE EL REYNODE ARAGON:

HECHOS POR LA SAGRA. CATOLICA, Y REAL
MAGESTAD DEL REY DON CARLOS II. NUESTRO SEÑOR,
en las Cortes convocadas en la Ciudad de Calatayud, y prorogadas
à la de Zaragoza, y en ella tenecidas en los Años de
M.DC.LXXVII. y M.DC.LXXVIII. # 1678



CON LICENCIA, Y PRIVILEGIO.

En Zaragoza, por FAXO ALBUENO, Impresor,
Año M.DC.LXXVIII.

Portada de los *Fueros de las Cortes de Aragón de 1677-1678*, jurados por el rey Carlos II durante su visita a Zaragoza.



Retrato de don Juan José de Austria, grabado por Juan Blavet para el libro del músico aragonés Gaspar Sanz *Instrucción de música sobre guitarra española*, Zaragoza, 1675.

50. EL REY CARLOS II VISITA ZARAGOZA PARA JURAR LOS FUEROS ARAGONESES Y CELEBRAR CORTES DEL REINO (1677)

En noviembre de 1675, a los 14 años, el enfermizo Carlos II¹ asumió el poder efectivo, pero no pudo evitar el control que sobre él ejercían su madre, Mariana de Austria, y el valido Valenzuela. Don Juan José de Austria, que había sido llamado por su hermanastro el rey para que le ayudase a gobernar, tuvo que regresar de inmediato a Zaragoza tras una maniobra de la reina madre para apartarlo de la corte.

Desde su regreso a Zaragoza, y con el apoyo de la nobleza aragonesa y de la burguesía zaragozana, Juan José de Austria comenzó a organizar un plan para apartar definitivamente del poder a la reina madre y al oportunista Valenzuela. Contaba también con el apoyo incondicional de todas las fuerzas vivas e instituciones de los Estados de la Corona de Aragón.

Llegado el momento propicio, en enero de 1677, don Juan José de Austria salió de Zaragoza hacia Madrid, acompañado de un fuerte contingente de tropas y de nobles aragoneses. Ese ejército llevaría como estandarte la señal real de la Casa de Aragón². Ante semejante presión, Carlos II aceptó el golpe de estado, destituyó a Valenzuela, que fue desterrado a Filipinas, mandó a su madre al Alcázar de Toledo y nombró primer ministro a su hermanastro don Juan José de Austria el 23 de enero.

Don Juan José, durante sus dos años y medio de gobierno, quiso recuperar el prestigio de la monarquía, poner orden en la administración real, eliminar corruptelas y abusos, y reducir los gastos de la corte. Pero malas cosechas, epidemias y una inflación galopante por el exceso de circulación de moneda de vellón le impidieron una labor de gobierno más brillante. El gran

acierto de su mandato fue llevar al ánimo del rey la necesidad de viajar a Aragón para jurar los fueros aragoneses ante sus Cortes.

El 21 de abril de 1677 emprendía la comitiva real el viaje hacia Zaragoza. La entrada de Carlos II, acompañado por don Juan José, tuvo lugar el 1 de mayo, en medio del delirio de los zaragozanos. La capital del viejo reino gastó en agasajo del monarca y de su cortejo cuanto tenía y aún más, para hacer lo más grata posible su estancia. Arcos de triunfo, desfiles de carrozas y fuegos de artificio, conformaron una gran fiesta barroca durante su mes de estancia, dejando exhaustas las arcas municipales y de los gremios artesanales, que quedaron endeudados por mucho tiempo.

El 1 de mayo Carlos II ante las Cortes de Aragón, reunidas en La Seo, juró los Fueros de Aragón. Las sesiones de las mismas se retrasaron, porque hubo que trasladarlas desde Calatayud, donde se habían convocado, hasta Zaragoza. Durante esa espera el rey, acompañado por su hermanastro, visitó iglesias, conventos zaragozanos³ y El Pilar, tomando bajo protección real la construcción del nuevo templo. El 29 de mayo, los diputados de las Cortes le juraban como rey de Aragón. El 2 de junio, la comitiva real partía de Zaragoza, y en ella don Juan José de Austria, que ya no volvería más a Zaragoza. *El último hombre grande de la Casa de Austria en España*, como le llamaron en el extranjero, murió en Madrid el 17 de septiembre de 1679. Su afecto a los aragoneses hizo que su corazón fuera traído en febrero de 1680, quedando colocado bajo la grada del rejado interior de la Santa Capilla, a tres palmos de la Santa Columna, según su deseo.

¹ Carlos II (1661-1700), reinó desde 1665 hasta 1700. Fue hijo de Felipe IV y Mariana de Austria. Enfermizo y de voluntad débil, se dejó influir por su madre, por el padre Nithard y por otros validos. De sus sucesivos matrimonios con M^a Luisa de Orleans y Mariana de Neoburgo no tuvo descendientes, dada la impotencia del rey.

² Formada por bastones de gules sobre campo de oro, es la actual bandera aragonesa.

³ Se detuvo especialmente en el real monasterio de Santa Engracia, donde se le ofrecieron reliquias y pudo admirar la maravillosa portada de su iglesia y las obras de arte que atesoraba.



Fachada de la iglesia del convento dominico de San Ildefonso, actual iglesia de Santiago de Zaragoza.



Balduino de la Capilla de San Pedro Arbués (h. 1664), en la catedral de La Seo. Fue el primero que se hizo en Aragón imitando el modelo de Bernini.



Fachada de la iglesia de Santa Isabel de Portugal, popularmente San Cayetano, en la plaza del Justicia. Su construcción (1682-1704) fue promovida por la Diputación del Reino de Aragón para honrar a la santa aragonesa (A Rainha Santa), patrona de Aragón.



Fachada del Hospital e Iglesia de Enfermos Convalecientes (finales del s. XVII), convertido desde 1809 en sede del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia, hoy Hospital Provincial de Zaragoza.

51. LA ECLOSIÓN DEL BARROCO ZARAGOZANO DURANTE EL REINADO DE CARLOS II

El Barroco fue cuajando en España y en Aragón a lo largo del segundo tercio del siglo XVII, pero habría que esperar al reinado de Carlos II (1665-1700) para verlo triunfar con todo su esplendor, aún a pesar de que las condiciones económicas no eran las mejores. En esas décadas cambió el aspecto de la ciudad de Zaragoza. Si a lo largo del siglo XVI habían sido, sobre todo, las construcciones civiles –grandes casas-palacio, la Lonja– las que habían dado ese aire señorial a la ciudad, en las últimas décadas del XVII fueron los edificios religiosos (iglesias, conventos) y plazas los que renovaron su imagen ciudadana.

En una época todavía de estancamiento económico, los dineros de algunos ricos aristócratas y burgueses, las limosnas y esfuerzos de parroquianos y devotos¹, y las rentas eclesiásticas permitieron emprender y realizar empresas constructivas de gran envergadura y costes. La sobriedad de los exteriores de los templos, hechos en ladrillo, sólo abandonada en las portadas, con esculturas en piedra o yeso, contrastaba con los adornados interiores, en los que las yeserías de las bóvedas, los dorados y la policromía de los retablos, pinturas y el movimiento de las estatuas hacían al fiel entrar en contacto emocional con la divinidad. Todos los sentidos captaban la emotividad y el boato de las ceremonias religiosas, en las que las gentes eran protagonistas, al igual que en las procesiones.

La decoración de la capilla dedicada en La Seo al beato aragonés Pedro de Arbués (1441-1485), que había sido canónigo de la catedral, con motivo de su beatificación en 1664, supu-

so todo un aldabonazo estético, con el primer baldaquino barroco, de columnas salomónicas, que se construyó en Aragón siguiendo el modelo de Bernini en San Pedro del Vaticano. El prototipo pronto se imitaría en otros baldaquinos para otras capillas de La Seo y para algunas iglesias zaragozanas y aragonesas².

Las obras de construcción de la iglesia del convento de San Ildefonso, de frailes dominicos, que se habían iniciado en 1625 y habían avanzado con lentitud, conocieron un fuerte impulso por los mismos años (1661-65), de la mano del destacado maestro de obras zaragozano Felipe de Busignac y Borbón. Éste, pocos años antes (1659-61), había construido un palacio en la plaza de San Felipe para el rico comerciante Francisco Sanz de Cortés³, actual sede del Museo Pablo Gargallo.

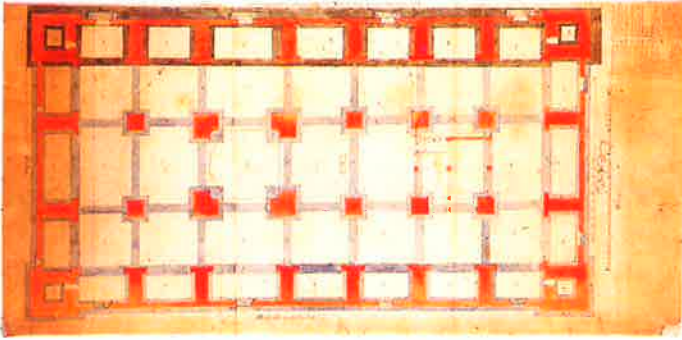
El nuevo colegio e iglesia de San Juan de Villanueva, de agustinos observantes, llamado popularmente de *La Mantería*⁴, por hallarse en la plaza de dicho nombre, abierta al Coso por el llamado Arco de San Roque, se convirtió en ejemplo de la nueva arquitectura que se estaba imponiendo. Se construyó gracias al apoyo de dos prelados agustinos, el arzobispo de Zaragoza, don Francisco Gamboa, y el obispo de Huesca, don Bartolomé de Fontcalda, que fundó el convento de Santa Mónica de Zaragoza. La iglesia de La Mantería, edificada entre 1663 y 1683, posiblemente con la intervención del maestro de obras Pedro Cuyeo, tiene una dinámica fachada, con placas geométricas en resalte, y está rematada por torreoncillos y frontón partido y estrangulado. El interior es el de una iglesia de planta de cruz griega, aunque de bra-

¹ El temor de las gentes, acosadas por las adversidades (pestes, guerras, violencia) y movidas por el clero a pedir la protección divina, por mediación de la Virgen y de los santos, y los deseos de los más poderosos de comprar la salvación promoviendo obras pías, en medio de un ambiente todavía muy marcado por el espíritu de la Contrarreforma, sirven para explicar esa auténtica fiebre constructiva de edificios sagrados y su decoración.

² Entre esos baldaquinos hay que destacar, en la misma catedral de La Seo los de las capillas de Santiago (h. 1700) y del Santo Cristo (h. 1730); el del altar mayor de la iglesia de San Felipe de Zaragoza; el de la Colegiata de los Corporales de Daroca (1670-82); el de la capilla del Sto. Cristo de la catedral de Barbastro (h. 1720); y el de la iglesia de Cariñena (h. 1735).

³ Francisco Sanz de Cortés pronto fue nombrado por Carlos II marqués de Villaverde y compró el condado de Morata.

⁴ La Iglesia de La Mantería hoy forma parte del Colegio de las MM. Escolapias, situado en la calle de Valenzuela y plaza de San Roque.



Planta de los cimientos del Templo del Pilar, hecha por el arquitecto zaragozano Felipe Sánchez en 1698. En ella corrige éste los defectos de cimentación que presentaba el proyecto de Francisco de Herrera para el templo.



Fachada de la iglesia de La Mantería, que fue del colegio de agustinos de Santo Tomás de Villanueva, y actualmente de MM. Escolapias.



Torre de La Seo, proyectada por Juan Bautista Contini (1683) y construida entre 1686 y 1704.



Detalle de las pinturas de la cúpula central de la iglesia de La Mantería, realizadas por Claudio Coello y Sebastián Muñoz entre 1683 y 1685.

zos ligeramente desiguales, que se cubren con cúpulas elípticas, y el centro con una cúpula hemiesférica. Pero lo que, sin duda, resultó espectacular en la Zaragoza de la época fue la decoración de pinturas ilusionistas que recibieron los muros y cúpulas de esta iglesia⁵, dentro del estilo barroco decorativo más moderno y espectacular de la Corte. Para ello, se hizo venir a Claudio Coello, pintor del rey Carlos II, que dejó aquí una de sus mejores realizaciones (1683-85), ayudado por su discípulo Sebastián Muñoz y por otros colaboradores.

También se construyó el Hospital de Convalecientes, actual Hospital Provincial, destinado al restablecimiento de enfermos pobres, gracias a la munificencia del arzobispo don Diego de Castrillo, que en 1686 donó todos sus bienes para dicho fin. La deliciosa iglesia, con planta de cruz griega y cúpula elíptica, y los pabellones que la flanquean son los restos que quedan de dicha fundación.

Los diputados del Reino de Aragón también quisieron honrar en 1677 a Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal, canonizada en 1625, declarando festivo su día, y votando la erección de una real capilla en su honor. La iglesia se levantó en la plaza del Justicia, llamada popularmente de San Cayetano, por ser los teatinos los que se encargarían de regentarla. Las obras, que se iniciaron en 1681 y no concluyeron hasta 1704, contaron con los mejores maestros de obras y decoradores del momento. Su fachada es la más espectacular del barroco zaragozano, con sus pilastras cajeadas, su abigarrada ornamentación de alabastro y estucos, y su movido remate.

Una serie de iglesias parroquiales, construidas en estilo mudéjar en los siglos bajomedievales,

recibieron profundas reformas barrocas a partir de las últimas décadas del siglo XVII: San Miguel de los Navarros, La Magdalena, San Nicolás de Bari, San Felipe y otras ya desaparecidas.

Pero fue la construcción del nuevo templo del Pilar la que se convirtió en la gran empresa de la época; tendría gran trascendencia en el barroco aragonés posterior. Contando con todo el apoyo del monarca Carlos II, se colocó la primera piedra el día de Santiago de 1681, en medio de festejos y celebraciones religiosas. La dirección de las obras, encomendada al arquitecto real Francisco de Herrera *El Mozo*, planteó problemas por errores en la cimentación, que tuvo que ser rectificada por el maestro de obras zaragozano Felipe Sánchez. A partir de 1694, con la administración férrea del arzobispo Ibáñez de la Riva Herrera, las obras pudieron avanzar a buen ritmo, y en 1700 las paredes maestras llegaban hasta la cornisa. Tras el parón de la Guerra de Sucesión prosiguieron las obras, y el 12 de octubre de 1718 se inauguraban los cuatro tramos de los pies del nuevo templo, situados hacia el Oeste. Todavía se conservó unos años la antigua Santa Capilla y el templo gótico comenzó a derribarse para continuar las obras del nuevo.

Por último, se construyó una obra emblemática para Zaragoza, la torre de la catedral de La Seo, después de derribar la antigua mudéjar, gravemente deteriorada. El proyecto fue hecho en Roma en 1683 por el arquitecto italiano Juan Bautista Contini, y su aspecto conferiría a la torre un aire muy novedoso e internacional, en contraste con las numerosas torres mudéjares que tenía la ciudad. Las obras comenzaron en 1686 y concluyeron en 1704⁶. Un vistoso chapitel bulboso remató la torre.

⁵ En esas pinturas Coello desarrolló un programa iconográfico-religioso de exaltación de Santo Tomás de Villanueva y sus obras de caridad, así como de la labor misionera de la orden de San Agustín por el Mundo. Para ello utilizó un lenguaje alegórico y una rica decoración ambiental con arquitecturas y esculturas fingidas, molduras y motivos florales.

⁶ La edificación corrió a cargo de los maestros de obras Pedro Cuyeo, Gaspar Serrano y Jaime Busignac, que sería sustituido después por Juan Sánchez. Un siglo después, el escultor Arali haría los adornos y esculturas que le faltaban.



HistorIA de CuATRO CiUDADES

PARTE 7.

**Zaragoza
en el siglo XVIII**



Retrato de Felipe V de España, pintado en 1701 por el pintor francés H. Rigaud, Museo de Versalles.



Retrato del Archiduque Carlos de Austria, de pintor anónimo, Museo de Maestros Antiguos de Bruselas.



Retrato de M^{rs} Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V, obra de un pintor anónimo de las primeras décadas del s. XVIII, Museo de Zaragoza.

52. ZARAGOZA DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN

El 1 de noviembre de 1700 moría en Madrid el último monarca español de la Casa de Austria. No había tenido descendencia de sus dos matrimonios. En su testamento dejaba como heredero de la Corona de España a Felipe de Anjou¹, un Borbón, nieto del monarca francés Luis XIV. El otro pretendiente a la corona, Carlos, archiduque de Austria², no aceptó el testamento, y desencadenó la Guerra de Sucesión a la Corona de España (1701-1713).

En 1705, ese conflicto continental se trasladó también a España, desencadenándose una auténtica guerra civil entre borbonistas, partidarios de Felipe V, y austracistas, partidarios del Archiduque Carlos (IV de Aragón) había sido aceptado como nuevo monarca en septiembre de 1701 por las instituciones aragonesas y había jurado los Fueros de Aragón en la Seo de Zaragoza. En 1702, ausente el rey en Italia, su esposa, M^a Luisa de Saboya, presidió en Zaragoza las últimas Cortes de Aragón que tuvieron lugar hasta su recuperación en época democrática, en mayo de 1982. En esas Cortes los diputados juraron a Felipe V como rey de Aragón.

Pero en los años sucesivos la situación cambió, incubándose actitudes antiborbónicas por una serie de *agravios* que sufriría Aragón del Borbón, y por otras causas. De una parte, Felipe V nombró a castellanos para ocupar los cargos más importantes de la monarquía en el reino, comenzando por el cargo de virrey y capitán general, que ocupó nuevamente el arzobispo de Zaragoza, don Antonio Ibáñez de la Riva Herrera; este prelado será la cabeza visible del bando borbónico en Zaragoza. Las tropas francesas acuarteladas en Zaragoza, o de paso por tierras

aragonesas, provocaron en esos años desórdenes y cometieron atropellos contra los zaragozanos y aragoneses, requisando grandes cantidades de granos, lo que provocó gran descontento. En ese ambiente crispado y anti-francés hay que situar la matanza de algunos soldados franceses a manos de amotinados labradores y artesanos del barrio de San Pablo, cuando el regimiento del mariscal Tessé, de paso hacia Cataluña, penetró por la puerta del Portillo de Zaragoza (28 de diciembre de 1705). Por último, la labor de propaganda en favor del Archiduque por parte de sus agentes y partidarios, especialmente la desarrollada por conde de Cifuentes, fue muy intensa a lo largo de 1705 en Zaragoza y en las Comunidades de Teruel, Daroca y Calatayud; éstas se decantaron claramente por el bando austracista.

Tras la conquista de Barcelona, Valencia e incluso Madrid por las tropas austracistas, Carlos III –nombre adoptado por el Archiduque como rey de España– fue proclamando rey de Aragón en Zaragoza, el 29 de junio de 1706. De todos modos, no se puede hablar de que hubiese en Aragón unanimidad en favor del Austria. Hubo ciudades claramente borbónicas, como Tarazona, Borja, Barbastro, Alcañiz, Fraga, Tamarite, Jaca, Caspe. Zaragoza cambió nada menos que cuatro veces de manos; esas mudanzas eran provocadas por el desarrollo de la guerra en España.

En Zaragoza, la mayor parte de la alta nobleza fue partidaria de Felipe V, lo mismo que buena parte de alto clero, empezando por el arzobispo. Nobles austracistas fueron el conde de Sástago, los marqueses de Coscojuela y Castro Pinós, el conde de Fuentes, además de desta-

¹ Felipe V (1683-1746), fue hijo segundo del Delfín, nieto del rey Luis XIV de Francia, y bisnieto de Felipe IV de España. Carlos II le dejó la Corona de España en su testamento. La primera parte de su reinado se vio interferida por su abuelo, que le indujo a implantar la monarquía absoluta y el centralismo político-administrativo en España. Después, influido por su segunda esposa, Isabel de Farnesio, llevó a cabo una política internacional menos vinculada a Francia, y volcada a recuperar territorios en Italia.

² El Archiduque Carlos de Austria (1685-1740), fue pretendiente al trono de España. Era hijo del emperador Leopoldo y nieto de María, hija de Felipe III de España. Contó con el apoyo de Cataluña, Valencia y con gran apoyo en Aragón, proclamándose rey de España en Madrid, en 1706, con el nombre de Carlos III. En 1711 fue nombrado emperador de Alemania. Sus aliados en la Guerra de Sucesión le forzaron a renunciar a la corona española en las Paces de Utrecht (1713) y Rastadt (1714).



Plano de la Batalla de Zaragoza, que tuvo lugar el 9 de Agosto de 1710 entre el ejército aliado y el francés. Reproducido por Mr. Tindals en la continuación de la "Rapin's History of England" (1741).



Retrato de Melchor de Macanaz (1670-1760), grabado por Barcelón hacia 1795. Él fue el inspirador de la supresión de los Fueros de Aragón en 1707.

cados miembros de la pequeña nobleza. Estos nobles austracistas y el bajo clero, mayoritariamente partidario de don Carlos, fomentaron las simpatías austracistas de buena parte de los labradores y artesanos zaragozanos. Las tensiones vividas en la Ciudad durante los años de la guerra debieron de ser grandes.

Zaragoza estuvo bajo las autoridades austracistas desde finales de junio de 1706 hasta finales mayo de 1707. Tras la victoria de las tropas borbónicas en la batalla de Almansa, éstas entraron en Zaragoza un mes después, el 26 de mayo de 1707. Felipe V, siguiendo las indicaciones de su abuelo, Luis XIV, procedió a suprimir las instituciones, fueros y derechos aragoneses, castigando a los aragoneses por traidores a su causa. La medida, injusta a todas luces, era acorde con la voluntad del monarca Borbón de implantar una monarquía absoluta y centralista, a imitación de la vigente en Francia. Por ello, las instituciones seculares aragonesas eran un estorbo para su proyecto. El 29 de junio de 1707 Felipe V decretaba en Aranjuez la abolición de los Fueros de Aragón. También desaparecían las instituciones públicas aragonesas, desde el Justicia a la Diputación del Reino, así como las Cortes. Aragón dejaba de existir como reino, y sus nuevas leyes e instituciones de gobierno se uniformarían a las de Castilla. El golpe era terrible.

La nueva política borbónica no pudo llevarse totalmente a efecto en Aragón, pues en agosto de 1710 Zaragoza volvería a caer nuevamente en manos de las tropas austracistas. Tras la batalla de Almenara (27-VII-1710), cerca de Lérida, las derrotadas tropas de Felipe V se replegaron hacia Zaragoza. Hasta aquí las persiguieron las tropas de Starhemberg y de Stan-

hope, que derrotaron nuevamente a las tropas borbónicas del marqués de Bay a las puertas de Zaragoza. Esa batalla, conocida como Batalla de Zaragoza, o del Barranco de la Muerte, tuvo lugar el 9 de agosto. Los dos ejércitos, con más de 20.000 hombres cada uno, se enfrentaron en el Monte de Torrero, y los atacantes austracistas mataron a más de 3.000 borbónicos en el llamado, desde entonces, Barranco de la Muerte³, donde hay un acueducto del Canal Imperial. También hicieron más de 4.000 prisioneros.

Sólo cuatro meses tendrían Zaragoza en su poder los austracistas pues, tras las victorias de los borbónicos en Brihuega y en Villaviciosa (9 y 10-XII-1710) Felipe V hacía su entrada en la ciudad el 4 de enero de 1711.

Felipe V, además de retomar las medidas antiforales y centralizadoras que había iniciado contra Aragón y Valencia entre 1707 y 1710, cambió el gobierno municipal de Zaragoza y del resto de las ciudades de Aragón. Suprimió los cinco jurados que, por *insaculación*⁴, eran elegidos, y creó los *regidores*⁵, presididos por el corregidor, nombrado por el rey. La autonomía del gobierno municipal desaparecía.

Pero, además de estas negativas consecuencias políticas y administrativas, la Guerra de Sucesión arruinó el campo aragonés, quebrantó su artesanía y su comercio, que se estaban recuperando en las últimas décadas del siglo anterior, y trajo más impuestos y un nuevo sistema fiscal, organizado por Melchor de Macanaz⁶, que fue Intendente General de Aragón (1711-1713). Zaragoza y el Reino de Aragón no se recuperarían económicamente hasta mediados del siglo XVIII.

³ Está situado al Este del Monte de Torrero, a continuación del Cabezo Cortado.

⁴ Se denomina *insaculación* a un procedimiento que se utilizó en los municipios aragoneses y en la Diputación del Reino desde el siglo XV hasta la llegada de los Borbones al poder, para elegir cargos que se proveían anualmente. Los nombres de los aspirantes, escritos en un boleto o papeleta, se metían en una bolsa o en una caja para cada tipo de cargo, y un niño menor de diez años extraía el nombre del elegido para ocuparlo. (Ver p. 105)

⁵ De los 24 *regidores*, 8 serían de la alta nobleza, que por fin accedía a cargos municipales después de décadas de intentarlo, y los otros 16 quedaban para caballeros e infanzones.

⁶ Melchor de Macanaz (1670-1760) tuvo un protagonismo muy destacado en la primera etapa del reinado de Felipe V, defendiendo una política regalista y centralizadora. Él fue el inspirador intelectual de los Decretos de 1707 que acabaron con los Fueros de Aragón y de Valencia, y los posteriores de Nueva Planta. Fue Intendente de Aragón entre 1711 y 1713, y su nombre ha quedado vinculado a Zaragoza en la llamada Arboleda de Macanaz, al otro lado del Ebro, frente al Pilar.



Vista de la basílica de Ntra. Sra. del Pilar desde el Puente de Piedra, con el aspecto que tenía a finales del siglo XVIII, en una fotografía de Laurent y Cía., de h. 1875. Se aprecia que le faltaban tres de las cuatro torres.



Exterior de la Santa Capilla del Pilar (1750-1765), proyectada por Ventura Rodríguez.



Interior de la Santa Capilla del Pilar, con el camarín de la Virgen y los altares con los grupos escultóricos de *Venida de la Virgen* y *Santiago y los convertidos*, obras de José Ramírez.

53. LA CONTINUACIÓN DE LAS OBRAS DEL PILAR Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA SANTA CAPILLA

El 11 de octubre de 1718 se inauguró la primera fase del nuevo templo del Pilar, iniciado en 1681. Lo construido eran los cuatro tramos de los pies. Entre 1718 y 1735 se concluyó el perímetro de la nueva basílica y se edificaron tres nuevos tramos hacia el Este. Para ello fue necesario derribar en 1718 el antiguo templo gótico-mudéjar. Asimismo, en 1725 se adoptó la solución definitiva para las cubiertas¹. Las naves se cubrirían con cúpulas, alternado con bóvedas de cañón; una cúpula grande se dispondría sobre la futura Santa Capilla y otra, aún mayor, se levantaría delante del altar mayor. La Santa Capilla sería el eje del nuevo templo.

Para la construcción de la Santa Capilla se hicieron proyectos a partir de 1737, pero la aprobación del que se llevaría a cabo se demoró hasta 1750. Gracias al rey Fernando VI y al ministro Carvajal el Pilar pudo contar con la excepcional intervención de Ventura Rodríguez², arquitecto real, que en 1750 hizo los planos para la nueva Santa Capilla. Hasta 1754 no comenzaron las obras. Mientras, entre 1752 y 1754, el pintor Antonio González Velázquez³, que había venido de Roma para dicha empresa, pintó al fresco la cúpula que hay sobre la Santa Capilla. Esas luminosas pinturas, de gusto rococó, representan la *Venida de la Virgen del Pilar* y la *Construcción por los ángeles de la primitiva Santa Capilla*.

Ventura Rodríguez resolvió muy acertadamente el recinto y estructura de la Santa Capilla, sin mover el sagrado pilar de la Virgen, que era inamovible para mantener el lugar en el que, según la tradición, lo habían colocado los ángeles en la madrugada del 1 al 2 de enero del año

40 de la Era. Rodríguez tuvo en el escultor aragonés José Ramírez de Arellano su hombre de confianza, contando con un buen equipo de maestros de obras, entre ellos Julián Yarza y Lafuente, y el cantero Juan Bautista Pirlet y su taller. En la construcción del recinto se utilizaron ricos materiales⁴. Los relieves de escultura se hicieron en mármol de Carrara. Buena parte de su coste lo sufragó el arzobispo de Zaragoza don Francisco Ignacio de Añoa y Busto.

La Santa Capilla es obra de singular belleza y armónicas proporciones. Está concebida como un gran baldaquino, de perfiles curvos y aberturas en la parte superior, que le confieren ligereza y ponen su espacio interior en relación dinámica con el espacio de la basílica. Para equilibrar el altar-hornacina donde está la Virgen del Pilar, Rodríguez colocó en otra hornacina a *Santiago y los Convertidos*, y en el centro el altar con la *Venida de la Virgen del Pilar*, obras escultóricas realizadas por José Ramírez de Arellano⁵ y su taller. Ramírez también hizo las estatuas y esculturas del exterior del templo. Otros destacados escultores académicos de la Corte, como Carlos Salas⁶ y Manuel Álvarez, labraron los medallones ovalados con escenas de la Vida de la Virgen. Esta bella joya del barroco se inauguró el 12 de octubre de 1765, con gran solemnidad y grandes fiestas. Salas haría en el trasaltar el gran relieve de la *Asunción de la Virgen* (1767-69). Los Bayeu y Goya pintarían unos años después las bóvedas y cúpulas que rodean la Santa Capilla. Todas las artes se integraban con absoluta armonía en un recinto excepcional en el panorama artístico español y europeo de la época.

1 Esa solución fue dada en un informe técnico elaborado por el maestro de obras Domingo de Yarza y presentado por el conde de Perelada.

2 Ventura Rodríguez Tizón (1717-1785) fue arquitecto real, Maestro Mayor de Obras del Ayuntamiento de Madrid y director de arquitectura de la Real Academia de San Fernando. Fue uno de los arquitectos más influyentes de la transición entre el barroco clasicista y el neoclasicismo.

3 Antonio González Velázquez (1723-1794) fue un destacado pintor madrileño formado en Roma con Giaquinto. Su obra maestra fue la pintura de la cúpula sobre la Santa Capilla.

4 Se utilizaron jaspes de Tortosa para las columnas y otros materiales pétreos de canteras aragonesas, como jaspes de Ricla y de Tabuenca, y piedra de La Puebla de Albornón para entablamentos y otras partes del templete.

5 José Ramírez de Arellano (h. 1705-1770), hijo del también escultor Juan Ramírez, fue el más destacado escultor aragonés del siglo XVIII y maestro de importantes escultores. Además de su intervención en la Santa Capilla trabajó con su taller la decoración de la capilla de San Antonio de Padua del Pilar y los retablos mayores de las iglesias de Santa Isabel y La Magdalena.

6 Carlos Salas Vilaseca (1728-1780), destacado escultor de origen catalán, formado en Madrid, desarrolló su actividad en Zaragoza. Hizo algunos medallones y el gran relieve del trasaltar de la Santa Capilla, así como el Panteón Real del monasterio de San Juan de la Peña.



Retrato de *Carlos III*, pintado hacia 1760 por el aragonés Joaquín Inza, Real Sociedad Económica Aragonesa, Zaragoza.



Interior de la que fue iglesia de la Inmaculada, del Colegio de la Compañía de Jesús en Zaragoza, después Real Seminario de San Carlos. El interior de este templo, joya del barroco español, que está presidido por un impresionante retablo, fue redecorado entre 1723 y 1750 por el hermano jesuita Pablo Diego, llamado *Lacarre*, ayudado por colaboradores.

54. EL MOTÍN DEL PAN DE 1766 Y LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS (1767)

En abril de 1766, reinando Carlos III, un grave acontecimiento alteró la vida ciudadana y llenó de temor a los zaragozanos. Estalló un motín popular, el Motín del Pan o Motín de los Broqueleros. Dicho motín hay que ponerlo en relación con el llamado Motín de Esquilache, que estalló el 23 de marzo en Madrid y fue inducido por los sectores más reaccionarios de la nobleza, que pretendía impedir la política de reformas impulsada por Carlos III.

Pero el motín de Zaragoza tuvo también otras motivaciones. Los años anteriores (1763-1765) habían sido años de malas cosechas, debido a la sequía. En esa situación de carestía, Carlos III decretó en 1765 la liberalización de los precios del trigo, lo que provocó de inmediato la subida de los precios del trigo, del pan, y de productos de primera necesidad. Además, Zaragoza comenzó a notar los problemas de abastecimiento. El día 1 de abril aparecieron en lugares céntricos de la ciudad una serie de pasquines que reflejaban el malestar popular; en ellos se amenazaba al Intendente¹, marqués de Avilés, blanco de las iras de los amotinados y a los usureros.

El día 6 de abril estalló el motín. Los amotinados desfilaron por el centro de la ciudad y consiguieron que el marqués de Castelar, Capitán General² de Aragón, accediera a sus peticiones: que se pusiera el trigo a tasa; que se diera libertad para masar y cocer pan; que se bajara el precio del aceite y de las judías; y que se castigara a los usureros y acaparadores. Pero, en vez de remitir el motín, se desencadenó la violencia. La casa del Intendente y las casas de varios ricos comerciantes de granos³ fueron saqueadas y alguna incendiada.

El marqués de Castelar no dio orden a las tropas de la guarnición para sofocar el motín, por más que se lo pidió el intendente-corregidor marqués de Avilés, enfrentado con las grandes instituciones (Audiencia, Ayuntamiento), miembros de la nobleza, censalistas y eclesiásticos. Fue un grupo de labradores y artesanos de las parroquias de San Pablo, La Magdalena y San Miguel, los llamados broqueleros⁴, quienes lograron acabar con los alborotos y desmanes a golpes y con el uso de armas.

Los protagonistas del motín no fueron los mendigos, vagabundos y gente más pobre, que se habían concentrado en Zaragoza debido a la crisis, sino que eran jornaleros y asalariados de bajo nivel (del campo, de la artesanía, obreros de la construcción), muy perjudicados por la crisis y la subida de los precios, y algunos estudiantes. La represión fue muy dura, con ejecuciones y otros castigos⁵.

Los motines estallados en diversas ciudades de España pusieron en peligro el trono de Carlos III, quien, en vez de girar a una política más conservadora impulsó con fuerza el reformismo ilustrado, en el que tuvieron un gran protagonismo los aragoneses Aranda y Roda. Consecuencia de los motines sería la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús de la Corona de España en abril de 1767. El gobierno acusó a algunos jesuitas de participar en el Motín de Esquilache, pero la motivación fundamental era la oposición de la Compañía a la política regalista del monarca y de sus ministros *golillas*⁶. Los jesuitas del colegio de Zaragoza, actual Real Seminario de San Carlos, abandonaron la ciudad el 4 de abril, camino de Teruel, donde se concentraron todos los jesuitas de Aragón. Luego partirían por mar hacia el exilio en los Estados Pontificios.

¹ Los intendentes se encargaban de administrar y controlar las finanzas reales; mandaban hacer los censos de población; controlaban el orden público y el abastecimiento de las ciudades; se encargaban de las obras públicas urbanas y del fomento de la agricultura, la industria y el comercio. Eran una especie de gobernadores civiles.

² Los capitanes generales sustituyeron con los Borbones a los antiguos virreyes en los estados de la Corona de Aragón. Solían ser militares nobles y de alta graduación, y poseían el mando militar, judicial –presidían las Audiencias– y político del territorio que gobernaban en nombre del rey.

³ Lucas de Goicoechea, Domezain, Losilla, Romeo, Castellanos.

⁴ Se les llamó broqueleros porque portaban un pequeño escudo. A 21 de los broqueleros que sofocaron el Motín del Pan, Carlos III les concedió título de hidalguía, y a otros diversos empleos.

⁵ Hubo 14 ejecutados tras juicio sumarísimo, 11 paisanos y 3 soldados, y bastantes condenas a azotes, prisiones en África y destierro. Los ajusticiados eran personas perfectamente conocidas en Zaragoza, con un domicilio fijo y trabajo remunerado, no delincuentes como reflejaron las versiones oficiales.

⁶ Funcionarios reales de procedencia social no aristocrática que habían obtenido sus cargos por méritos intelectuales y personales. Eran rivales de los *colegiales*, aliados de los jesuitas.



Retrato de don Ramón de Pignatelli y Moncayo (1791), por Goya, colección ducal de Villahermosa, Pedrola (Zaragoza).



Fuente de los Incredulos (1786), en Casablanca, junto al puente sobre el Canal Imperial.



Esclusas del Puerto de San Carlos o de Casablanca, en Zaragoza.



Vista general de las esclusas de San Carlos, con el molino harinero de Casablanca al fondo.

55. DON RAMÓN DE PIGNATELLI Y EL CANAL IMPERIAL DE ARAGÓN

La construcción del Canal Imperial de Aragón fue una de las empresas más ambiciosas y descomunales de entre las que se realizaron en Europa durante el siglo XVIII. Fue fruto del apoyo de algunos ilustrados, de unas circunstancias políticas y económicas favorables, y de la tenacidad de un gran aragonés, Pignatelli.

Don Ramón de Pignatelli de Aragón y Moncayo (1734-1793), perteneciente a la familia de los condes de Fuentes, una de las grandes casas de la nobleza aragonesas, recibió una esmerada educación en Roma, con los jesuitas. En 1753 fue nombrado canónigo de La Seo de Zaragoza por el papa Benedicto XIV. Hombre de singular inteligencia y gran estatura y peso, un gigante para la época, fue en varios periodos rector de la Universidad de Zaragoza. Sus dos grandes realizaciones fueron la construcción de una nueva sede para la Real Casa de Misericordia y la construcción del Canal Imperial de Aragón.

Ese gran canal ya se había iniciado en 1528 como Acequia Imperial. Con ella se suministraba agua de riego a las huertas zaragozanas de la margen derecha del Ebro, tomando las aguas en la localidad navarra de Fontellas. Pero su trazado no se hizo bien, por lo que el agua sólo llegaba con regularidad hasta Gallur; por ello las tierras de la ciudad de Zaragoza no se pudieron regar. Así permaneció la Acequia Imperial hasta 1722, en que una avenida del Ebro desbarató la presa de Fontellas. En 1766 se presentó al Consejo de Castilla el proyecto de construcción de un gran canal, que contó con el decidido apoyo del conde de Aranda¹. Era una coyuntura favorable pues, tras los motines de ese año, las autoridades zaragoza-

nas pensaban en aumentar con el riego la producción de cereales y dar sustento y trabajo a los jornaleros desocupados de Zaragoza.

Las obras del llamado Canal Imperial de Aragón serían financiadas con capital privado, en buena parte procedente del mercado bursátil de Holanda. En 1772 la situación administrativa del proyecto de construcción del canal era de total caos, por lo que en mayo de ese año intervino el Consejo de Castilla que, a propuesta del conde de Aranda, nombró al canónigo don Ramón de Pignatelli protector del proyecto. Pignatelli contó para sacar la empresa adelante con colaboradores zaragozanos –Pedro Herranat, Juan Antonio Payás y Juan Martín de Goicoechea–, expertos en gestión económica y financiera, y entre 1772 y 1776 reordenó la administración y revisó la financiación de las obras. La dirección de éstas se encomendó al ingeniero militar Julián Sánchez Boort², que había corregido el proyecto anterior de Krayenhoff.

El conde de Floridablanca, tras su nombramiento de primer secretario de Estado, pasaría a controlar la construcción del Canal Imperial de Aragón y dio todo su apoyo, tanto político como económico, a Pignatelli, respaldando su dirección en momentos en que se cuestionaba. A partir de 1776 las obras se llevaron a gran ritmo, pues en 1780 se terminó de construir la presa de El Bocal, en Fontellas (Navarra); en 1782 las aguas pasaron el acueducto sobre el Jalón, y después el que se elevó sobre el río Huerva; y el 14 de octubre de 1784 las aguas llegaban a Zaragoza. Pignatelli ese día ordenó que soltaran las aguas del canal para que corrieran libres por las calles de la ciudad, en

¹ Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda (Siétamo, 1719 - Épila, 1798), acababa de ser nombrado por Carlos III presidente del Consejo de Castilla, tras haber sofocado el Motín de Esquilache en Madrid. Este noble ilustrado aragonés ya se había interesado con anterioridad por la construcción de este gran canal.

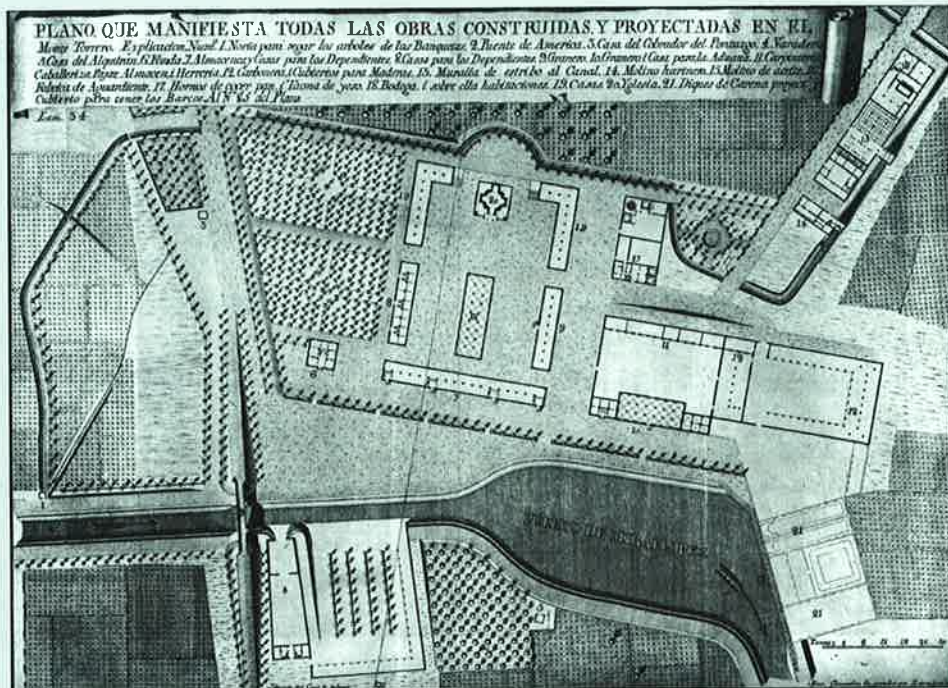
² La intervención de Sánchez Boort fue decisiva para resolver los aspectos más difíciles del proyecto, entre ellos el emplazamiento de la presa en Fontellas y el paso elevado de las aguas sobre el río Jalón. Pero también Pignatelli intervendría directamente en algunas partes del proyecto, como en las instalaciones de El Bocal, contando con un sólido equipo técnico que llevó a efecto el proyecto de Sánchez Boort.



Iglesia de San Fernando de Torrero, terminada en 1799. Se hizo para la atención religiosa de los trabajadores del Canal.



Puente de América sobre el Canal Imperial, en una litografía de F. Blanchard de 1831.



Plano del Puerto de Miraflores y del poblado de Torrero, con los distintos edificios, grabado por Mateo González para el libro del conde de Sástago "Descripción del Canal Imperial de Aragón..." (1796).

medio del entusiasmo de los zaragozanos. Las instalaciones que el Canal Imperial tendría en Zaragoza se construyeron poco después. En noviembre de 1786 se inauguraba el llamado Puerto de Casablanca, con sus esclusas, su molino harinero y su posada, y en diciembre de ese año, para dar paso al Monte de Torrero, el Puente de América, llamado así por el regimiento de infantería *América* que lo construyó, además de las instalaciones del Puerto de Miraflores y del poblado construido junto a él, con las distintas dependencias del mismo (astillero, almacenes, viviendas, etc.). También se construyeron una serie de almenaras³ y otros puentes. En 1799 se terminaría de edificar la magnífica iglesia neoclásica de San Fernando, en medio del poblado de Torrero, en la que intervino Tiburcio del Caso. A partir de 1790 las restricciones de caudales y problemas técnicos, al encontrar tierras yesíferas pasada Zaragoza, la destitución de Florida Blanca en 1792 y la muerte de Pignatelli en 1793 hicieron que las obras del canal fuesen a un ritmo mucho más lento.

La figura de don Ramón de Pignatelli alcanza un perfil extraordinario. Él organizó la marcha de las obras, controló directamente a los empleados y trabajadores con mano férrea, intervino en algunos trozos del trazado, y redactó las Ordenanzas del Canal (1781) y un Reglamento de navegación (1789). Los coetáneos elogiaron su labor y tesón al frente de tan descomunal proyecto. Pero su dirección no fue fácil, pues tuvo que sortear duras oposiciones, empezando por la de ciertos sectores de la nobleza aragonesa y de la Iglesia, de la Casa de Ganaderos y de labradores fuertes, que le

pusieron pleitos al sentirse perjudicados por las expropiaciones de tierras de secano hechas por Pignatelli para convertirlas en tierras de regadío, que se repartirían entre pequeños propietarios agrarios, arrendatarios y jornaleros de localidades de la Ribera del Ebro y de las partidas zaragozanas de Miralbueno, Garrapinillos y Miraflores. Pero no es menos cierto que Pignatelli contó con el apoyo político y económico de la administración real.

Fueron bastantes los que no creyeron que Pignatelli pudiera conseguir traer las aguas por el Canal Imperial hasta Zaragoza, pero él lo consiguió y, para escarnio de sus críticos, mandó construir en 1786 la llamada Fuente de los Incrédulos, primera fuente pública abastecida con agua del canal, que todavía hoy está junto al Puente de Casablanca⁴.

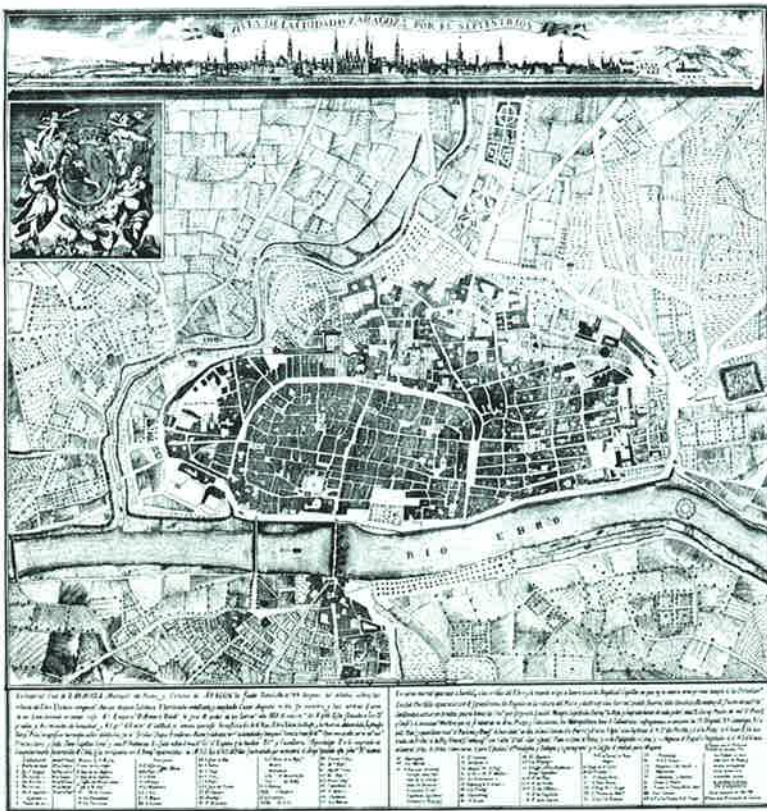
El objetivo de convertir el Canal Imperial en una cauce de navegación no se consiguió totalmente, pues sólo fue navegable desde Fontellas hasta 2 km. aguas abajo de Zaragoza, y no hasta Sástago, como se pretendía. Pero sirvió para articular económicamente la Ribera del Ebro, entre Tudela y Zaragoza. Por su cauce se embarcaron para la exportación cereales, lana, hortalizas y manufacturas. El aumento de las tierras de regadío y de los rendimientos de los cultivos fueron notables.

El cambio experimentado por esas tierras fue radical, como dejó escrito José Mor de Fuentes⁵ en su novela *La Serafina*, publicada en 1797: *A su espalda (de Zaragoza) asoma el antiguo sequeral de Torrero, transformado en el vergel más delicioso por los desvelos del inmortal Pignatelli*. Mejor no se puede describir.

³ Las almenaras eran unas construcciones de desvío de aguas de un canal para riego.

⁴ En la lápida que colocó en su frente, una inscripción en latín hace referencia a que se hizo para convencimiento de los incrédulos y comodidad de los caminantes.

⁵ José Mor y Pano, conocido como Mor de Fuentes (Monzón, 1762-1848) fue un ilustre aragonés, ingeniero hidráulico militar, escritor y periodista profundamente liberal. Enemigo de Godoy y de Napoleón, participó en los Sitios de Zaragoza, vigilando a los franceses desde lo alto de la Torre Nueva. Constitucionalista durante el Trienio Liberal se exilió a Francia, pero regresó a Zaragoza en 1826. Tradujo a Horacio, a Salustio, a Goethe y a Rousseau. Fue poeta, dramaturgo y novelista, y mantuvo una actitud radical e independiente. Su novela *La Serafina*, escrita en 1797, transcurre en Zaragoza, y fue reeditada varias veces. Mor murió en Monzón en 1848 en la más extrema miseria.



Plano de Zaragoza y Vista desde el Septentrion (1769), por Carlos Casanova. Es el primero que existe de la ciudad.



Fachada principal de la Casa de Misericordia de Zaragoza, promovida por don Ramón de Pignatelli y edificada entre 1777 y 1794 siguiendo el proyecto del arquitecto Gregorio Sevilla. Hoy es la sede de la Diputación General de Aragón.



Fachada del Palacio Arzobispal de Zaragoza (1787), renovado por José de Yarza y Lafuente siendo arzobispo don Agustín de Lezo y Palomeque.



Casas de la calle Eras, en el barrio de La Magdalena, construidas hacia 1780. Eran casas de labradores y algunas han sido restauradas.

56. ZARAGOZA DURANTE EL SIGLO XVIII: UNA CIUDAD QUE CRECE, PROGRESA Y SE EMBELLECE

Zaragoza contaba en 1711 con unos 25.000 habitantes, pero unos años más tarde, en el *Vecindario* del intendente Díaz de Arce ya tenía 30.039 habitantes. Ese crecimiento continuaría a lo largo de la centuria, y fue especialmente notable en las últimas décadas, pues según el censo de Floridablanca, en 1787 Zaragoza contaba con 46.040 habitantes, y en 1798 Ignacio de Asso indicaba que pasaba de 50.000 almas¹. Asso lo atribuía a *la fuerza y vigor de la Agricultura, cuyos adelantamientos se han promovido con la libertad de comercio, y acertadas providencias del Gobierno*. La política económica del despotismo ilustrado había favorecido ese crecimiento y el progreso de las gentes.

La disposición del casco urbano de la ciudad la conocemos por el Plano de Zaragoza hecho en 1734 por Carlos Casanova. De las 16 parroquias o barrios de la ciudad el más extenso y populoso era el de San Pablo, y en él habitaba un tercio de los zaragozanos. A bastante distancia le seguían los del Pilar, la Magdalena, San Miguel y San Gil; en cambio eran muy pequeñas las parroquias de San Andrés, San Pedro o San Juan el Viejo. El barrio del Arrabal, al otro lado del Puente de Piedra, era totalmente rural, y los labradores y jornaleros del campo se concentraban también en los barrios de San Pablo, La Magdalena y San Miguel, conviviendo en el vecindario con artesanos asalariados. El porcentaje de personas pobres se situaba en torno al 20%, que dependían de la caridad pública, de los conventos y de los hospitales y hospicios. La ciudad tenía 45 conventos y monasterios, que se situaban preferentemente en las zonas externas del casco urbano. El Hospital de Ntra. Sra.

de Gracia atendía a todo tipo de enfermos y pobres; los métodos terapéuticos utilizados en él con los enfermos mentales alcanzaron fama en la Europa de la época.

Fue en el último tercio del siglo cuando Zaragoza amplió algo su superficie urbana. El espíritu cosmopolita y de progreso de los ilustrados aragoneses se reflejaba en las empresas urbanísticas que se realizaron entonces. El Paseo de Santa Engracia, con su arboleda, se terminó en 1783². Era el más frecuentado por los zaragozanos, en las tardes de verano, que eran amenizadas por una orquesta de música pagada por el municipio. También se flanqueó de árboles en 1787 el camino que subía desde allí hasta Torrero. De las 11 puertas que tenía Zaragoza en 1785 se reedificó la Puerta Quemada (cerca de la plaza de San Miguel), y entre 1787 y 1795, con proyecto de Agustín Sanz, la Puerta del Carmen, todavía existente, de la que partía el camino hacia Madrid.

Durante esas décadas se construyeron en Zaragoza muchas casas nuevas e importantes edificios que la embellecieron grandemente. Además de la basílica del Pilar, con la Santa Capilla, se hicieron la fachada de La Seo, la nueva iglesia alta del monasterio de Santa Engracia, la de Santa Cruz, o la de San Fernando de Torrero. Entre las construcciones civiles destacaremos la Plaza de Toros, el nuevo Hospicio de Misericordia³, promovido por Pignatelli, la renovación del Palacio Arzobispal, una serie de cuarteles, de los que se conserva el de Convalecientes, las construcciones para el Canal Imperial de Aragón, las de Casablanca y las de Torrero, de las que quedan restos, y al finalizar el siglo el nuevo Teatro.

¹ De todos modos, la población de Zaragoza apenas suponía entonces el 7% de la población total de Aragón.

² Estaba situado junto al Huerva, a continuación de la Puerta de dicho nombre (al final del actual Paseo de la Independencia).

³ El nuevo Hospicio o Casa de Misericordia se construyó entre 1777 y 1794. En él se acogía a pobres y niños huérfanos o abandonados, que no tenían medios de subsistencia; se les daba trabajo en una moderna manufactura textil, creada por Pignatelli, que fabricaba telas para el ejército y otros productos textiles que se comercializaban. A finales del siglo XVIII unas 700 personas estaban acogidas en dicha institución. El edificio hoy es la sede de la Diputación General de Aragón.



Retrato de don Manuel de Roda y Arrieta en una copia hecha por Manuel Sala del retrato que le hizo P. Batoni en Roma en 1765. La copia está en el Real Seminario de San Carlos de Zaragoza, al que Roda regaló su biblioteca.



Retrato de don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda (1719-1798), pintado por Ramón Bayeu en 1769, Museo de Huesca. El retrato perteneció a la Universidad Sertoriana.



Escudo de la Real Sociedad Económica Aragonesa, grabado por Mateo González. Su lema era *Florece fomentando*.

57. LA FUNDACIÓN Y LAS ACTUACIONES DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS EN LA ÉPOCA DE LA ILUSTRACIÓN

La segunda mitad del siglo XVIII supuso para Aragón una época de prosperidad económica, de crecimiento de su siempre escasa población, y de protagonismo político y cultural de destacados aragoneses en la España de la época. Tras el Motín de Esquilache en Madrid y los motines que estallaron en 1766 en diversas ciudades de España, entre ellas Zaragoza, el gobierno que formó Carlos III con ministros ilustrados, entre ellos el zaragozano Manuel de Roda¹, quiso impulsar con decisión una política encaminada al fomento de la agricultura, la industria, el comercio, la educación y la cultura, según las ideas del despotismo ilustrado.

Dentro de esa política ilustrada hay que situar la creación de numerosas Reales Sociedades Económicas a lo ancho de la geografía española, impulsadas por Campomanes. Esas prestigiosas instituciones actuaron como instrumentos del centralismo borbónico y estuvieron controladas por los sectores partidarios de la política de reformas. La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País², fundada en Zaragoza en marzo de 1776, fue una de las más importantes de España, junto con la Matritense y la Vascongada.

Los objetivos de la R.S.E.A. fueron promover las actividades económicas, científicas, culturales y también las relacionadas con la beneficencia. El número de socios que la integraron entre 1776 y 1808 se eleva a 785 y procedían del funcionariado de la Administración, del clero secular, de la nobleza, de las profesiones liberales (abogados, catedráticos, médicos) y también hubo un elevado número de propietarios agrícolas de Zaragoza y de otras localidades

aragonesas. En los trabajos y proyectos encomendados fueron los funcionarios civiles y los eclesiásticos ilustrados los que demostraron una mayor actividad e interés. La R.S.E.A. tuvo hasta 1784 sus cargos ocupados y controlados por la nobleza, pero a partir de esa fecha fueron aquellos los que la dirigieron, tras el distanciamiento de muchos de los socios nobles. La financiación de sus actividades se hizo con cuotas, donaciones y rentas³.

Durante la época de la Ilustración la R.S.E.A. se ganó un sólido prestigio por la eficacia y los logros de sus medidas y actuaciones. De todos modos, no faltaron fricciones y diferencias con el Ayuntamiento de Zaragoza, con la Universidad o con la Real Casa de Misericordia, ya que estas instituciones veían perder su monopolio o control sobre los gremios artesanales, sobre la enseñanza o sobre la atención a los huérfanos y pobres.

Sus actuaciones en el ámbito económico se centraron tanto en el sector agropecuario y minero, como en el artesanal, industrial y comercial. El desarrollo del sector agrario y ganadero fue objetivo prioritario de la Sociedad. Los socios pensaban que si se quería mejorar la alimentación y las condiciones de vida de las gentes había que introducir nuevos cultivos (patata), así como aumentar los rendimientos y la producción de los cultivos tradicionales (cereales, vid, olivo) y de las plantas forrajeras para alimento de los animales (alfalfa). Para ello se seleccionaron las especies más adecuadas a los suelos y a su dura climatología, y se instruyó a los labradores en cuanto a los cultivos y sus técnicas por medio de sencillas cartillas de fácil comprensión.

¹ Manuel de Roda y Arrieta (1708-1782) fue un ilustre abogado zaragozano que desempeñó la embajada de España en Roma y desde 1766 hasta su muerte fue ministro de Gracia y Justicia de Carlos III. Personaje de gran protagonismo en el equipo ilustrado de Carlos III, él y Campomanes prepararon la expulsión de los jesuitas de España (1767).

² Dicha institución, con más de dos siglos de antigüedad, tuvo sus épocas de mayor esplendor en las décadas siguientes a su fundación, hasta 1808, y después en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX.

³ Las cuotas de los socios no fueron suficientes, y pronto hubo que conseguir dinero de entregas extraordinarias de algunos socios adinerados (conde de Aranda, arzobispo de Zaragoza); pero la mayor parte de los ingresos procedían de rentas eclesiásticas que el rey podía aplicar a tal fin (casi la mitad), y también de impuestos estatales (el 30%).



Retrato de don Juan Martín de Goicoechea y Galarza (1732-1806) en una copia del original de Goya, propiedad de la R.S.E.A. Fue vicedirector de la Económica entre 1794 y 1806, y viceprotector perpetuo de la Academia de San Luis, que ayudó a crear.



Retrato de don Juan Antonio Hernández y Pérez de Larrea (1730-1803) pintado por B. Salesa en 1802, propiedad de la R.S.E.A. Eclesiástico ilustrado, deán de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza y obispo de Valladolid (1801), fue censor y director entre 1799 y 1802. Además fue presidente de la Real Academia de San Luis.



Edificios anejos que fueron sedes de la Real Sociedad Económica Aragonesa y de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, en la desaparecida plazuela del Reino.

Los ilustrados fueron entusiastas de la plantación de árboles, ante la deforestación que había sufrido Aragón en los siglos anteriores. Se plantaron muchos árboles frutales y moreras, éstas para la alimentación de gusanos de seda, pero también árboles de sombra, como acacias y plataneros, en caminos, paseos y en las orillas del Canal Imperial de Aragón, especialmente a su paso por el término de Zaragoza. La R.S.E.A. estableció un Jardín Botánico junto al río Huerva, en el espacio que ahora ocupa la plaza de los Sitios.

En cuanto a la ganadería fomentaron la cría de caballar, la extensión de la raza ovina conocida como *rasa aragonesa*, y la apicultura. La minería conoció un gran impulso, pues se prospectaron yacimientos, se analizaron minerales y se promovió el uso del carbón mineral, procedente de Utrillas, para el uso doméstico, en sustitución del vegetal.

Por lo que respecta a las actividades artesanales, la Económica Aragonesa promovió la elaboración de un *Plan Gremial* (1783) para romper con las rígidas estructuras gremiales que impedían un desarrollo industrial, y para modernizar la artesanía, pero se encontró con la oposición de los gremios, apoyados por el Ayuntamiento de Zaragoza. Impulsó la modernización de la industria textil de la lana, del lino, del cáñamo y de la seda, introduciendo nuevos métodos de trabajo traídos desde Francia, y la de otras industrias⁴.

En cuanto al comercio, las soluciones que propusieron algunos de los socios (Arteta de Monteseuro⁵, Asso⁶) se encuadran dentro de los principios mercantilistas y proteccionistas,

pues pretendían que se exportaran más productos aragoneses (trigo, vino, aceite, aguardientes, tejidos) y se redujeran las importaciones de fuera de Aragón. Hicieron estudios de ingeniería del río Ebro a fin de conseguir su permanente navegabilidad desde Navarra hasta más abajo de Tortosa (hasta entonces sólo era navegable desde noviembre hasta junio), y poder así exportar a través del puerto catalán de Los Alfaques (Tarragona). Pero el elevado coste del proyecto impidió su realización y después se optó por arreglar el camino de carretas hasta Tortosa.

Los ilustrados de la Sociedad eran conscientes de que para conseguir todas esas mejoras, y con ello la prosperidad de Aragón, era necesaria la educación. La Sociedad Económica fundó varias escuelas de primeras letras en barrios periféricos de Zaragoza (Arrabal, Cartuja de la Concepción o Baja, Peñaflor), y se preocupó de la formación de los artesanos, creando la Escuela de Hilar a Torno (1778), la de Flores de Mano (1784), y la Escuela de Dibujo (1784), que en 1792 se convertiría en Real Academia de Bellas Artes de San Luis. Pero también abordó las enseñanzas científicas y técnicas, que no impartían las universidades españolas de la época; así creó una Escuela de Matemáticas (1780), la primera Cátedra de Economía Civil y Comercio (1782)⁷ que hubo en España, una Cátedra de Botánica (1797) y otra de Química (1797). Su labor fue muy fecunda y provechosa, si bien la Guerra de la Independencia (1808-1814) se encargó de desbaratar muchas de las empresas establecidas por la Sociedad Económica Aragonesa, institución orgullo de Aragón.

⁴ La R.S.E.A. asesoró a los alfareros, fabricantes de loza y vidrio en la mejora de sus productos, así como a los artesanos de la piel. Se mejoraron los procesos de elaboración de vinos, de aceite, de chocolate y de velas.

⁵ Antonio Arteta de Monteseuro (1745-1813) fue un eclesiástico ilustrado, arcediano de Aliaga en la catedral metropolitana de Zaragoza, socio destacado de la R.S.E.A. y primer consiliario de la Real Academia de B.A. de San Luis. Redactó estudios económicos en los que defendió el mercantilismo y el proteccionismo.

⁶ Ignacio Jordán de Asso y del Río (1742-1814) fue un destacadísimo integrante de la ilustración aragonesa, jurista, diplomático, científico y economista. Como diplomático desempeñó el cargo de cónsul de España en Dunquerque, Ámsterdam y Burdeos. Publicó importantísimos trabajos sobre flora y fauna aragonesas, así como la *Historia de la Economía Política de Aragón* (1798), obra fundamental de diagnóstico de la situación aragonesa de la época. Para la R.S.E.A. hizo diversos informes técnicos.

⁷ Su primer catedrático fue Lorenzo Normante y Carcavilla (1759-?) que regentó la cátedra de Economía Civil hasta 1801, en que marchó a Madrid para ocupar una plaza de oficial de la Secretaría de Estado.



Vista de la antigua Plaza de Toros de Zaragoza, en una fotografía de Laurent y C^a tomada hacia 1875. La plaza fue construida por el maestro de obras Julián de Yarza y Ceballos y maestros del Gremio de Carpinteros de Zaragoza. Al fondo se ve el edificio de la Real Casa de Misericordia, actual sede del Gobierno de Aragón.



Pintura que muestra el *Incendio del Teatro de Zaragoza* la noche del 12 de noviembre de 1778, colección particular.



El Teatro Principal de Zaragoza en la actualidad. Es continuador del que en 1799 se edificó en el Coso.

58. DIVERSIONES Y RECREOS DE LOS ZARAGOZANOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

La segunda mitad de la centuria fue para los zaragozanos más alegre y festiva que la primera, pues la situación económica mejoró mucho y aumentó la población de Zaragoza. Las fiestas de proclamación de Carlos III en octubre de 1759 y la prosecución en noviembre con motivo de la estancia en Zaragoza del nuevo monarca y su familia, que venían de Nápoles camino de la Corte, fueron memorables, con arcos de triunfo, mascaradas, desfiles de carros triunfales, fuegos artificiales, música, etc. Unos años después, en octubre de 1765, las fiestas de inauguración de la Santa Capilla del Pilar, alcanzaron también gran esplendor, estando las calles ricamente engalanadas con arcos y altares para servir de marco escénico a las procesiones religiosas.

Toros y comedias seguían siendo las diversiones más populares. Fue el canónigo don Ramón de Pignatelli quien, al ocupar el cargo de regidor de la Sitiada de la Real Casa de Misericordia en 1763, impulsó la construcción de una Plaza de Toros en 1764 en el Campo de Sepulcro, tomando como modelo la de Aranjuez; se hizo en el mismo lugar donde sigue estando la plaza de toros de la Misericordia¹. Tenía una capacidad para 8.000 espectadores, y en ella tuvieron tardes memorables los mejores diestros de la época, desde el aragonés *Martincho*², hasta Pepe-Hillo, Costillares o su rival Pedro Romero, todos ellos inmortalizados por Goya en sus grabados de *La Tauromaquia*. También se vieron en la plaza actuaciones de doma de caballos, equitación, o la elevación por unos franceses de un globo aerostático en junio de 1784.

En cuanto al teatro la afición fue a más. Entre 1769 y 1770 se amplió el aforo del teatro, con

capacidad nada menos que para 1.300 personas, y se redecoró su interior. Allí tuvieron gran éxito la bella actriz Paca Ladvenant, o la cantante y bailadora llamada *La Caramba*, llena de gracia y desenfado. Pero un gran incendio, ocurrido la noche del 12 de noviembre de 1778, durante la actuación de una compañía italiana que representaba la ópera de Metastasio *La real jura de Artajerjes*, provocaría muerte y destrucción³. La gente quedó atrapada en su interior, en medio de escenas de pánico y de histeria. El salvamento se emprendió con celeridad y fueron abundantes las acciones heroicas. Hubo 77 muertos y 52 heridos de gravedad. El teatro quedó totalmente destruido. El Ayuntamiento tomó la decisión, sancionada por Carlos III en marzo de 1797, de prohibir las representaciones de teatro en Zaragoza. Unos años después, tras un intenso debate entre partidarios y contrarios a la recuperación del teatro, se tomó la decisión de construir uno nuevo. A partir de 1791 se habilitó La Lonja como teatro provisional y en agosto de 1779 se inauguró el nuevo Teatro de la Ciudad, en el lugar donde está el actual Teatro Principal, con una tragedia original del abogado y escritor zaragozano Juan Francisco del Plano.

También fueron frecuentes conciertos de afeitados músicos que pasaban por Zaragoza. Pero el paseo seguía siendo el principal recreo de los zaragozanos, por las orillas del Ebro y por el paseo de Santa Engracia, concluido en 1783, que era el más frecuentado, especialmente en verano. Pero se podía continuar hasta el Monte de Torrero, por un camino arbolado que llevaba hasta el Puerto de Miraflores y el Puente de América, sobre el Canal Imperial.

¹ Era llamada así porque los beneficios obtenidos con las corridas servían para mantener el Hospicio de Misericordia.

² Antonio Ebassun, llamado popularmente *Martincho* (Farasdués, 1708 - Ejea, 1772) fue un torero aragonés muy famoso a mediados del siglo XVIII. Dominaba diversas suertes del toreo y saltos con gran habilidad y riesgo. Goya le vio torear en las fiestas del Pilar de 1764, en la plaza de toros que se estrenó entonces.

³ Una bujía cayó sobre el decorado y éste prendió la tramoya, extendiéndose rápidamente a todo el teatro.



La Gloria o Adoración del nombre de Dios (1771-1772), pintada por Goya en la bóveda del Coreto de la Virgen, en El Pilar.



Interior de la iglesia de la Cartuja de Aula-Dei, con las pinturas murales de Goya (1772-1774).



Regina Martyrum (1780-81), pintada por Goya en la cúpula que está delante de la capilla de San Joaquín del Pilar.



Regina Prophetarum (1781) pintada por Francisco Bayeu en una bóveda redonda del circuito en torno a la Santa Capilla del Pilar.

59. GOYA Y LOS BAYEU PINTAN EN ZARAGOZA

La pintura aragonesa conoció su momento más esplendoroso en la segunda mitad del siglo XVIII, con dos figuras que alcanzaron los máximos honores en la Corte y desarrollaron una pintura de grandes repercusiones en su época, Francisco Bayeu¹ (1734-1795) y su cuñado Francisco de Goya² (1746-1828), genio de la pintura universal.

Goya, natural del pueblo de Fuendetodos (Zaragoza), aunque criado en la capital de Aragón, donde su padre era maestro dorador, se formó bajo la dirección artística de José Luzán, primero, y ya en Madrid, de Francisco Bayeu. Marchó en 1770 a Italia, donde permaneció hasta mediados de 1771, en que regresó a Zaragoza. Al poco de llegar pintó al fresco la bóveda del coreto de la Virgen, en El Pilar, donde representó *La Adoración del nombre de Dios*, una composición de cálido colorido y dinámica composición, todavía dentro de una sensibilidad tardobarroca-rococó. Pero de esos años con taller abierto en Zaragoza (1771-1774) el encargo más ambicioso y amplio de Goya fue la decoración con pinturas de la iglesia de la Cartuja de Aula-Dei, cerca de Zaragoza, realizadas entre 1772 y 1774. Pintó al óleo sobre el muro una serie de escenas de la Vida de la Virgen, de las que algunas se perdieron en el pasado siglo. Son obras en las que Goya demostró un notable sentido escenográfico y un indudable monumentalismo³. Este ciclo de pinturas cerraba su etapa zaragozana.

A Madrid fue Goya a comienzos de 1775 llamado por Mengs, pero sin duda, fue su cuñado Francisco Bayeu quien le avaló. Ese mismo año vendría Bayeu a Zaragoza para iniciar las pinturas de las bóvedas y cúpulas que circunda-

ban la Santa Capilla, que le habían sido encargadas por el Cabildo. Los asuntos a representar eran las Letanías de la Virgen. Pintó entonces las dos bóvedas rectangulares situadas entre la Santa Capilla y el Coreto, representando *Reina de Todos los Santos*, y la que está tras la Santa Capilla, con *Reina de los Ángeles*. Francisco Bayeu las ejecutó con maestría, modelando las figuras con sentido clasicista y rica entonación todavía derivada de lo rococó.

Unos años más tarde, en octubre de 1780, Francisco Bayeu volvió a Zaragoza acompañado de su hermano Ramón y su cuñado Goya para terminar las pinturas en torno a la Santa Capilla. Francisco pintó en las dos bóvedas redondas del eje transversal las letanías de *Reina de los Profetas* y *Reina de los Apóstoles*, en la misma línea academicista de gran corrección formal. A Ramón Bayeu y a Goya se les encomendó pintar dos cúpulas a cada uno. Pero Goya sólo llegó a pintar una, en la que representó a la Virgen como *Reina de los Mártires (Regina Martyrum)*, delante de la capilla de San Joaquín. Las desavenencias con el Cabildo, que no valoraba adecuadamente su rápida y suelta manera de pintar, y con su cuñado Francisco, encargado de la obra, hicieron que una vez terminada esa cúpula regresara a Madrid a finales de mayo de 1781, amargado porque, a excepción de sus amigos, no habían comprendido su manera de pintar.

La pintura de *Regina Martyrum*, en la que representó a la Virgen María rodeada de ángeles y con muchos santos mártires aragoneses dispuestos en la parte inferior de la cúpula, es obra fundamental en la trayectoria artística de Goya⁴. Ramón Bayeu tuvo que pintar las otras tres cúpulas siguiendo el estilo de su hermano.

¹ Francisco Bayeu y Subías (1734-1795) fue en Madrid pintor de Cámara (1767), director de Pintura (1788) y director general (1795) de la Real Academia de B.A. de San Fernando. Tras la marcha de Mengs a Roma (1777) Bayeu se convirtió, hasta su muerte, en el pintor más destacado de la Corte.

² Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828) fue pintor de Cámara y primer pintor de Cámara (1799) del rey Carlos IV, además de director de Pintura de la Academia de San Fernando (1795). Fue incomparable pintor y grabador y murió en Burdeos (Francia) en 1828.

³ Las figuras sagradas se han humanizado y se muestran llenas de dignidad y elegancia. En algunas escenas Goya se atuvo a una estética tardobarroca y rococó, y en otras, más avanzadas, se mostró más clasicista.

⁴ Goya introdujo en ella novedades compositivas y la pintó con una pincelada muy suelta y fogosa, y un colorido vibrante y hermoso. Sus santos mártires parecen hombres y mujeres de carne y hueso elevados al cielo.





¡Qué valor!. Grabado de Goya al aguafuerte, aguatinta y punta seca, hacia 1810-1814, para la serie de los "Desastres de la Guerra". Reflejo en él la hazaña de Agustina de Aragón, que conoció el pintor aragonés cuando estuvo en Zaragoza viendo los efectos del Primer Sitio, en octubre-noviembre de 1808.



Mujeres zaragozanas atacan a los dragones polacos en El Portillo el 15 de junio de 1808. Grabado al aguafuerte y aguatinta por F. Brambila y J. Gálvez, para la serie *Ruinas de Zaragoza* (1812).



Retrato del general José Rebolledo de Palafox y Melzi, defensor de Zaragoza, por Marcelino Unceta en 1874. Ayuntamiento de Zaragoza.

60. LOS SITIOS DE ZARAGOZA (1808-1809)

La Guerra de la Independencia (1808-1814) fue un auténtico desastre para Zaragoza, para Aragón y para España. Zaragoza, tras los Sitios, quedaría en ruinas y abatida. La guerra fue una lucha de los españoles contra los ejércitos invasores napoleónicos, pero también una guerra civil entre españoles, unos patriotas, y otros, una minoría, afrancesados o colaboracionistas, que creyeron que con la monarquía de José Bonaparte¹ se podría recuperar una política reformista e ilustrada. Por otra parte, una minoría de patriotas liberales creyeron que había llegado el momento para llevar a cabo, simultáneamente, una revolución burguesa que, siguiendo los ideales de la Revolución Francesa, acabase con el Antiguo Régimen y con los privilegios y desigualdades políticas.

Zaragoza padeció, como ninguna otra ciudad española, la violencia de los ejércitos franceses sobre sus moradores, sus edificios y sus bienes, y luego la ocupación por los mismos. Los dos Sitios que sufrió la ciudad (1808-1809), han dejado señal imborrable en la memoria de los zaragozanos y sobre espacios, edificios y monumentos.

La primavera de 1808 fue muy conflictiva en lo político, con el Motín de Aranjuez que obligó a dejar el poder a Manuel Godoy y a abdicar al rey Carlos IV, y con la toma del poder y del trono por Fernando VII, apoyado por nobles contrarios al detestado ministro. En Zaragoza la caída de Godoy había sido celebrada con jolgorio por los estudiantes, y el descontento popular por la subida de los productos de primera necesidad y de los impuestos, especialmente el del vino, había provocado la huida del intendente Luis Garcini, destacado godoyista.

Cuando llegaron a Zaragoza las noticias del levantamiento de los madrileños contra los franceses el 2 y 3 de mayo, se encresparon los ánimos de los zaragozanos y en un ambiente de agitación se empezó a gestar la sublevación contra las autoridades godoyistas, en la que confluyeron la conspiración de los privilegiados fernandinos y un movimiento insurreccional de carácter popular, impulsado por labradores y artesanos, que deseaban cambiar el mal gobierno godoyista y que manifestaban actitudes antifrancesas. No se contó ni con el Ayuntamiento ni con la Real Audiencia. Cuando llegaron noticias de Bayona de la renuncia al trono de Fernando VII en favor de su padre Carlos IV, y de éste en Napoleón, el 24 de mayo estalló un motín contra las autoridades. Al día siguiente, el pueblo zaragozano, asumiendo la soberanía popular, destituyó a las indecisas autoridades reales, empezando por el capitán general Guillelmi, y obtuvo la entrega de las armas que se guardaban en el castillo de la Aljafería. Por la tarde nombraron como caudillo del movimiento al brigadier José Rebolledo de Palafox², al que trajo escoltado un grupo de labradores desde la finca de La Alfranca, donde se había refugiado tras escapar de Bayona, al parecer con la consigna dada por el propio Fernando VII de levantar Aragón contra los franceses.

Después de ser nombrado capitán general y asumir los máximos poderes políticos y militares del Reino de Aragón, Palafox convocó las Cortes de Aragón, algo que no sucedía desde 1702, pues habían sido suprimidas por el centralismo borbónico. Se recuperaba así un órgano político tradicional, que para dar legítimi-

¹ José Bonaparte, hermano del emperador Napoleón, fue rey *Intruso* de España desde junio de 1808 hasta julio de 1813, en que abandonó definitivamente España y volvió a Francia.

² El zaragozano José Rebolledo de Palafox y Melzi (1775-1847), perteneció a la familia del marqués de Lazán. Fue el jefe militar y político en los dos Sitios. Ideológicamente era un ilustrado y reformista, que se sintió incómodo con el absolutismo fernandino.



Defensa del púlpito de la iglesia del convento de San Agustín, pintura de C. Álvarez Dumont, 1887, Museo de Zaragoza. Se recrea la hazaña sucedida el 30 de enero de 1809.



Batalla de las Eras, el 15 de junio de 1808. Grabado al aguafuerte y aguatinta por F. Brambila y J. Gálvez, para la serie *Ruinas de Zaragoza* (1812).



Ruinas del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia y de la llamada Cruz del Coso, en lo que hoy es la plaza de España. Grabado al aguafuerte y aguatinta por F. Brambila y J. Gálvez, para la serie *Ruinas de Zaragoza* (1812).



Voladura del monasterio de Santa Engracia por los franceses la noche del 13 al 14 de agosto de 1808, cuando levantaban el Primer Sitio de Zaragoza. Grabado por F. Brambila y J. Gálvez para las *Ruinas de Zaragoza* (1812).

dad a los actos que habían sucedido se reunió en las Casas del Puente (Ayuntamiento) el día 6 de junio³. Las Cortes acordaron la proclamación de Fernando VII como rey en el momento más adecuado, reconocieron a Palafox en su cargo, que leyó un enardecido discurso con una serie de propuestas políticas, nombraron a Lorenzo Calvo de Rozas Intendente del Reino, y eligieron una Junta Suprema de Gobierno de seis miembros, presidida por el obispo de Huesca. Las Cortes y la Junta ya no volverían a reunirse, al iniciarse el Primer Sitio.

Zaragoza, que tenía entonces unos 43.000 habitantes, era una ciudad estratégica para los ejércitos franceses, que pronto se aprestaron a ocuparla, pero también se convertiría en referente y símbolo de la resistencia contra Napoleón y los franceses. A finales de mayo Zaragoza apenas tenía guarnición; por ello, con presteza mandó Palafox que se hiciera un alistamiento en todo Aragón, y que los voluntarios acudieran a Zaragoza para defenderla⁴.

Un ejército francés de 14.000 soldados y numerosa artillería salía de Pamplona al mando del general Lefèbvre y, tras conquistar Tudela y vencer a las tropas aragonesas del marqués de Lazán, hermano de Palafox, en Mallén y Alagón, se presentó ante Zaragoza el día 15 de junio de 1808. Había dentro unos 13.000 españoles armados, todos voluntarios salvo una minoría de soldados profesionales. En la mañana de ese día, Palafox, con un contingente de tropas salía de la ciudad, buscando enlazar con las tropas del barón de Warsage y con los restos del ejército de su hermano Francisco Palafox, que se habían refugiado en Calatayud; con ellos podría auxiliar a la sitiada

Zaragoza. Las autoridades municipales eran partidarias de la rendición, pues veían imposible la resistencia de una ciudad; los paisanos estaba dispuestos a una defensa a ultranza, a pesar de las penurias que se avecinaban, e impusieron sus deseos sobre la tibieza de aquellas. Así comenzaba el Primer Sitio.

Los flancos Sur y Oeste eran los más difíciles de defender, por no estar protegidos por los ríos Ebro y Huerva. Por ello, las barricadas y la defensa por zonas eran la táctica a seguir ante cualquier intento de asalto a la ciudad por los franceses. Además, para combatir en las barricadas sólo hacía falta capacidad de resistencia, ardor y mucho ánimo⁵. Aquí estuvo el éxito de la defensa de Zaragoza.

De todos modos, el cerco no fue total hasta el 11 de julio, por lo que Palafox pudo entrar en Zaragoza el 1 de julio con refuerzos y víveres. El día 15 de junio, cuando la caballería polaca había sobrepasado las defensas del Portillo se produjo la heroica reacción de las mujeres de San Pablo, que les atacaron con armas blancas y lograron impedir la invasión de la ciudad por allí. Ese mismo día, en las Eras de San Agustín se logró también derrotar en campo abierto a los franceses. El 2 de julio, en la batería de El Portillo, y tras haber muerto los artilleros, Agustina de Aragón⁶ dispararía el cañón que provocó la huida de los asaltantes y enardeció a los defensores.

La derrota de Bailén (9 de julio) supuso un gran quebranto para los franceses, que iniciaron aceleradamente la retirada hacia el Norte de España. Los últimos ataques franceses antes del levantamiento del Primer Sitio fueron los más violentos, con cañoneo sistemáti-

3 Asistieron 34 representantes de los cuatro brazos: 7 de la alta nobleza, 10 del clero, 9 caballeros e infanzones y 8 de las ciudades (universidades).

4 Los zaragozanos formaron 8 compañías de paisanos, destacando las mandadas por Mariano Cerezo y Santiago Sas, y 1.000 hombres de los Tercios de Voluntarios Aragoneses. También llegaron a Zaragoza militares y soldados huidos de Madrid y de otras partes de España. A comienzos de junio estaban preparados para defender Zaragoza unos de 9.000 hombres y dos centenares de artilleros.

5 Los tercios aragoneses creados, en un acto de alto calado sicológico, patriótico y religioso, habían jurado el 26 de junio, en un acto multitudinario y público ante una bandera con la efigie de la Virgen del Pilar, defender Zaragoza y a la Patria hasta la muerte.

6 El nombre verdadero de Agustina de Aragón era Agustina Zaragoza y Doménech (1786-1857), y no fue aragonesa, sino catalana de Reus. Llegó a Zaragoza, procedente de Barcelona, en junio de 1808. El 1 de julio se casó con un capitán, y al día siguiente se produjo la gesta que protagonizó con el cañón en la batería de El Portillo. Su vida personal es propia de una novela romántica. Sus restos, junto con los de otras heroínas de los Sitios, como Casta Álvarez, Manuela Sancho y María Agustín, reposan en la Capilla de las Heroínas, en la iglesia de N^{ra} Sra. del Portillo.



Puerta del Carmen (finales del s. XVIII), símbolo de los Sitios, con los destrozos causados por el cañoneo francés.



Monumento a *Los Sitios de Zaragoza*, obra del escultor Agustín Querol (1908), que preside la plaza de su nombre.

co desde Torrero sobre la ciudad. El 4 de agosto los franceses, que habían sido reforzados por las tropas del general Verdier, iniciaron una terrible ofensiva y penetraron hasta el Coso, pero los zaragozanos resistieron con coraje a los invasores en medio de escombros y ruinas, y les provocaron muchos muertos y heridos, obligándoles a retroceder. Fueron días de gran heroísmo, de defensores anónimos y de personajes como Mariano Cerezo, el cura Sas o la condesa de Bureta. El 14 de agosto los franceses se retiraban de Zaragoza tras incendiar el convento de San Francisco y hacer saltar por los aires el monasterio de Santa Engracia.

El repliegue de los franceses permitió poner un mínimo orden en la ruínosa Zaragoza, y se crearon falsas esperanzas para el futuro inmediato, que pronto se desvanecieron con la venida del mismísimo Napoleón con una gran ejército. La derrota de Castañes y Palafox por Lannes en Tudela provocó el nuevo cerco de Zaragoza el 23 de noviembre. Ahora las circunstancias eran distintas. Palafox había fortificado algunos de los conventos de la periferia, las ruinas actuaban como auténticas murallas defensivas, y se había hecho una gran recluta en todo Aragón y en Valencia. Había unos 50.000 defensores, además de la población habitual. Los 48.000 franceses, serían mandados sucesivamente por Moncey, Junot y Lannes.

Los 62 días que transcurrieron entre el 30 de noviembre y el 22 de febrero de 1809, en que capituló Zaragoza, fueron horribles, no sólo por los bombardeos, los túneles y minas preparados para hacer volar los baluartes defensivos, y los asaltos de los atacantes, que obligaba a luchar cuerpo a cuerpo contra ellos, sino por el

hambre y la epidemia de tifus que diezmaron a la población civil.

El 28 de enero de 1809, Lannes, seguro de que nadie vendría a socorrer a Zaragoza, lanzó el asalto definitivo contra la ciudad⁷. El 1 de febrero, la penetración francesa por la brecha abierta en el convento de San Agustín, defendido palmo a palmo, fue detenida por la reacción de los defensores, encabezados por el propio Palafox. Lannes escribía a Napoleón para comunicarle lo indescriptible de la resistencia de los zaragozanos y el horror de lo que acontecía entre las ruinas.

La epidemia de tifus, debida seguramente a la contaminación de las aguas, acabó de agravar la situación. Enfermó gravemente el propio Palafox, partidario de la resistencia hasta la muerte, y también sus inmediatos lugartenientes, O'Neill y Warsage, por lo que miembros de la Junta de Defensa, presidida por Pedro María Ric, salieron al atardecer del 22 de febrero camino de Casablanca para capitular ante el mariscal Lannes. Los franceses no fueron generosos con los sitiados y tampoco cumplieron las condiciones de la capitulación, pues asesinaron a más de doscientos patriotas, entre ellos los padres Sas y Boggiero, y de los 12.000 prisioneros deportados a Francia muchos murieron por el camino. A Palafox, moribundo, se le obligó a ir a Casablanca, en acto humillante, para ratificar de su puño y letra la capitulación⁸. En los dos Sitios murieron unos 54.000 españoles, la mitad de ellos civiles.

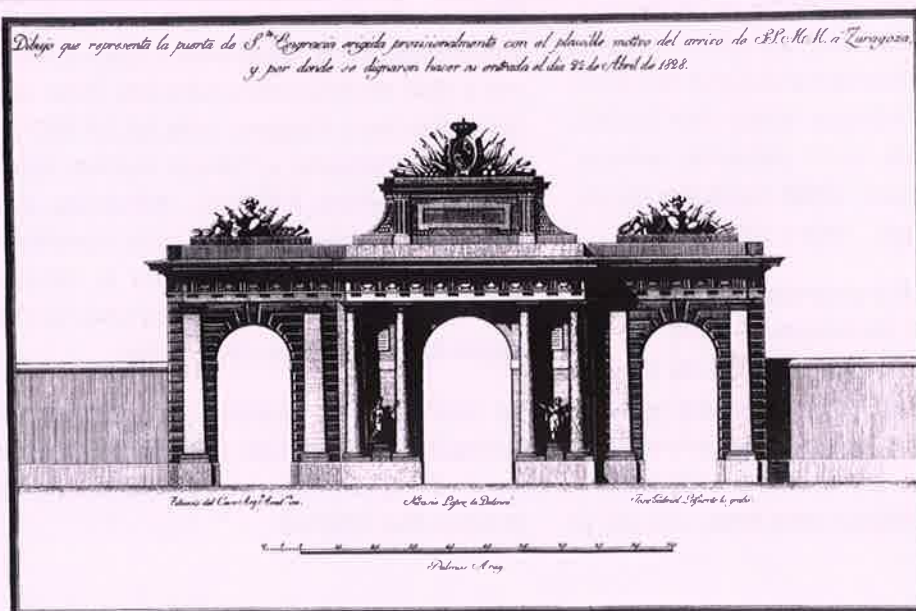
La resistencia de Zaragoza y su heroísmo se propagaron de inmediato por toda Europa. Fernando VII le premiaría con los títulos de *Muy Noble* y *Muy Heroica*.

⁷ Los franceses se introdujeron por diversos puntos, con el apoyo de los zapadores, que minaban todo cuanto se oponía a su avance.

⁸ Después, siguiendo órdenes del Emperador, Palafox fue conducido al castillo de Vincennes, como preso de estado.



Retrato de *Fernando VII*, pintado por Goya en 1815 para el Canal Imperial de Aragón, depositado en el Museo de Zaragoza.



Puerta provisional de Santa Engracia, levantada con materiales efimeros para la entrada de Fernando VII en Zaragoza el 28 de abril de 1808. De estilo neoclásico, fue proyectada por el arquitecto Tiborcio del Caso.

61. ZARAGOZA DURANTE EL REINADO DE FERNANDO VII: LOS AÑOS DE PENURIA Y LA LUCHA ENTRE ABSOLUTISMO Y LIBERALISMO

El 20 de julio de 1813, unos días después del abandono de Zaragoza por las tropas francesas, se proclamó en la ciudad la Constitución de 1812. El Ayuntamiento elegía a sus nuevos regidores constitucionales, pero el regreso a España de Fernando VII de su cautiverio en Francia iba a acabar bien pronto con los deseos y las ilusiones de los liberales. El 6 de abril de 1814 *El Deseado*, como se le llamó a tan inicuo monarca, entraba en Zaragoza en medio de gran entusiasmo. En los cinco días de su estancia, camino de Valencia, ya se pudo apreciar el ambiente propicio para la vuelta al absolutismo más duro. Labradores de varios barrios de la ciudad arrancaron y destruyeron la lápida conmemorativa de la Constitución de 1812, que habían colocado unos meses antes las autoridades constitucionales en una pared de los restos del convento de San Francisco¹.

El 4 de mayo, en Valencia, Fernando VII derogaba la Constitución de Cádiz, suprimía las Cortes de la Nación y reinstauraba el Antiguo Régimen Absolutista. También ordenó perseguir y detener a los liberales. En las dos décadas siguientes España conoció el enfrentamiento entre liberales y absolutistas, en un ambiente lleno de violencia, de bandolerismo rural y de pronunciamientos militares. El pueblo, emotivamente monárquico y clerical en 1814, fue cambiando poco a poco de actitud. El aumento de la presión fiscal en pleno estancamiento económico echará a las masas populares empobrecidas en manos de los liberales. Lo pone de manifiesto el motín de Zaragoza de noviembre de 1818 contra los precios de los productos de primera necesidad y contra el intendente. Llena de ruinas, la penuria de la ciudad fue completa en esos años.

El pronunciamiento liberal de Riego en Cabezas de San Juan el 1 de enero de 1820 tuvo su repercusión en Zaragoza con un pronunciamiento de apoyo el 5 de marzo, rápidamente encauzado por destacados conservadores como el marqués de Lazán y Martín de Garay. La Constitución de 1812 y el régimen liberal-parlamentario fueron impuestos a Fernando VII durante el llamado Trienio Liberal (1820-1823). Fueron años de gran turbulencia en la ciudad, con enfrentamientos entre la Milicia Urbana (liberales) y los absolutistas, y entre liberales moderados y exaltados o radicales. Riego, liberal radical, fue capitán general de Aragón unos meses, de enero a septiembre de 1821, y se creó en la Universidad de Zaragoza una Cátedra de Constitución, de corta existencia.

El 7 de abril de 1823 entraban en Zaragoza las tropas francesas de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, ejército enviado por las potencias absolutistas europeas para acabar con el régimen liberal en España y reponer al rey como monarca absoluto. Durante un año permanecerían soldados franceses en ella para impedir cualquier reacción de los liberales. Los absolutistas crearon sus *Voluntarios Realistas* para perseguir y reprimir a los liberales zaragozanos. Ello no impidió en 1828 el llamado *Motín de los Verdes*, en el que los campesinos se negaron a pagar el diezmo de las verduras cultivadas en las huertas zaragozanas al Arzobispo y al Cabildo². A la muerte de Fernando VII en septiembre de 1833, los partidarios del hermano del rey, Carlos María Isidro, contrarios a la sucesión de Isabel II, desencadenaría la Primera Guerra Carlista (1833-1840).

¹ El convento de San Francisco estaba en el solar de la actual Diputación de Zaragoza, en la plaza de España. Aparecieron pasquines contra las autoridades de la ciudad en los que se daban vivas al rey, a la patria y a la religión.

² Ya durante el Trienio Liberal había sido suprimido el pago del diezmo. Tras el Motín de los Verdes la Audiencia sentenció a favor del Cabildo, pero los agricultores ya no pagarían el diezmo.



Retrato de Carlos M° Isidro de Borbón, por el pintor Vicente López, Real Academia de B.A. de San Fernando.



Banderín de la Milicia Nacional de Zaragoza, que se conserva en el Ayuntamiento de Zaragoza.



Vista de la Lonja y del que fue antiguo Ayuntamiento de Zaragoza hasta 1837. La Puerta de Ángel aparece al fondo. Fotografía de Laurent y Cia., hacia 1875.

62. UN QUINQUENIO MUY AGITADO (1835-1839): LOS MOTINES LIBERALES, LA DESAMORTIZACIÓN Y LA CINCOMARZADA

La reina regente, M^a Cristina de Nápoles, para defender el trono de su hija, Isabel II, tuvo que enfrentarse con las armas a las partidas y ejércitos carlistas y buscar la colaboración política de los hasta entonces enemigos, los liberales moderados. Pero el paso desde un sistema político absolutista y socioeconómico feudal, sostenido por la alianza entre el altar y el trono, a otro liberal, parlamentario y burgués, no fue fácil. Los años siguientes a 1833 conocieron fuertes enfrentamientos bélicos, políticos y sociales, que fueron definiendo el nuevo Estado liberal y sus instituciones representativas (Cortes, diputaciones, ayuntamientos).

El liberalismo se fue abriendo paso en Aragón con algunas resistencias, tanto de los privilegiados (nobleza y clero), a los que se les terminaban los privilegios que habían tenido desde siglos, como de los campesinos de algunas zonas rurales de Zaragoza y Teruel, atraídos por el carlismo¹. Zaragoza fue una ciudad donde el carlismo tuvo pocos apoyos. El 27 de febrero de 1834 hubo un levantamiento carlista en el barrio del Arrabal, que fue sofocado por el capitán general Ezpeleta con mano dura.

Los liberales exaltados, deseosos de cambios más rápidos y profundos, caldeaban el ambiente popular zaragozano, en un año en que una gran epidemia de cólera causó en la ciudad una mortandad terrible, casi 1.300 muertos. Enfermedad, jornaleros sin trabajo, descontento por los excesivos impuestos y por las rentas eclesiásticas eran excelente caldo de cultivo para el estallido, el 3 de abril de 1835, de un violento motín popular, con gritos contra el arzobispo y el Cabildo, y pidiendo la supresión de los conventos. La ira popular, con

gritos de *Viva la Constitución*, se cebó especialmente con los frailes, y algunos conventos, como el de la Victoria y el colegio franciscano de San Diego, fueron asaltados y saqueados por las gentes enfurecidas. Once frailes, el canónigo José Marco y Catalán, conocido carlista, el sacerdote Rafael Mur y un librero fueron asesinados en aquellos violentos sucesos. El arzobispo absolutista Bernardo Francés y Caballero fue amenazado de muerte y obligado a partir al exilio en Francia.

Pero no terminó el malestar contra el clero. Un nuevo motín liberal exaltado estalló el 4 de julio, con participación de la Milicia Urbana; los amotinados, al grito de *¡Viva la Constitución, viva la libertad!*, asaltaron las casas de destacados realistas y los conventos de Santo Domingo, San Lázaro y San Agustín, donde mataron a diez frailes. Varios amotinados serían condenados a muerte y ejecutados.

Una Junta Provisional creada en agosto determinará la clausura de los conventos y la conversión de sus propiedades en bienes nacionales, así como el secuestro de los frutos del arzobispo. El gobierno liberal radical de Mendizábal² sería el promotor de la gran Desamortización de los bienes de los conventos suprimidos a partir del decreto de febrero de 1836. El Ayuntamiento de Zaragoza, hasta entonces instalado junto a la Lonja y el Puente de Piedra, pasó al convento de Santo Domingo, en la plaza de su nombre, y la recién creada Diputación de Zaragoza pasó a estar en lo que quedaba del convento de San Francisco, en la actual plaza de España. La Milicia Urbana, brazo armado de los liberales, pasó a denominarse Milicia Nacional³. Se procedió a inven-

1 El carlismo, movimiento político reaccionario y absolutista, supo utilizar la tradición foralista frente al centralismo liberal, y los problemas de los arrendatarios agrícolas y jornaleros de las zonas donde arraigó en Aragón para dar contenido a su ideología reaccionaria.

2 Juan Álvarez y Méndez, llamado Mendizábal (1790-1853) fue ministro de Hacienda en 1835, en el gobierno del conde de Toreno, y en 1836 jefe del gobierno que promovió la Desamortización.

3 La Milicia Nacional estaba integrada por pequeños artesanos y comerciantes, propietarios agrarios y profesionales, todos uniformados y con fusil.



Edificio de la Diputación Provincial de Zaragoza, en la plaza de la Constitución, actual plaza de España. El edificio se terminó en 1853.
Foto Laurent y Cia., h. 1875.



Litografía que representa el rechazo por los zaragozanos del asalto de Zaragoza por las tropas carlistas de Cabañero el 5 de marzo de 1838.

tariar los bienes desamortizados. Los numerosos cuadros y obras de arte de los conventos y monasterios pasarían a formar en el ex-convento de Santa Fe la base del actual Museo de Zaragoza. Los libros que formaban las bibliotecas de los conventos se reunieron en una biblioteca pública de Zaragoza (1837), que se instaló en el Real Seminario de San Carlos. En cuanto a los bienes rústicos y a los inmuebles, se sacaron a subasta pública, pues con el importe de su venta se pretendía cubrir la deuda que desde hacía décadas venía arrastrando la Hacienda Pública, objetivo que el gobierno sólo en parte consiguió.

Los conventos y monasterios zaragozanos de cuya venta se obtuvo más dinero fueron la cartuja de la Concepción o Baja; el monasterio cisterciense de Santa Fe, en Cadrete; el Colegio de las Vírgenes; la cartuja de Aula-Dei; el monasterio jerónimo de Santa Engracia; el colegio mercedario de San Pedro Nolasco; el convento de San Lamberto, de trinitarios; y el de Santo Domingo, de dominicos.

Los beneficiarios de dichas ventas en Zaragoza fueron, sobre todo, miembros de la burguesía liberal, comerciantes o arrendadores de rentas como Juan Bruil, Vicente Guallart, Manuel Marraco, Juan Maritorea, José Ostalé, la viuda de Agustín de Quinto y otros. De ese grupo saldrán los nuevos dirigentes económicos y políticos de Zaragoza y de Aragón durante el resto del siglo XIX.

El 1 de agosto de 1836 aún hubo otro motín en Zaragoza, encabezado por la Milicia Nacional, que se va a democratizar, y los liberales progresistas; proclamaron la Constitución de

1812, que fue promulgada para toda España por la Regente el 13 de agosto. El Ayuntamiento tenía las arcas vacías, y debía alimentar a las tropas que combatían a las partidas y ejércitos carlistas en tierras de Aragón. Los campesinos luchaban por liberarse definitivamente de las cargas y derechos señoriales. La revolución burguesa parecía afianzarse, mientras se promulgaba en junio de 1837 la Constitución de 1837, de perfil progresista.

Pero en el fondo de todos esos cambios estaba la guerra civil carlista, que se desarrollaba desde 1833 en el norte y este de España. Una parte de los dineros obtenidos de la Desamortización irían destinados a financiar los ejércitos isabelinos enviados para aplastar a los partidarios del pretendiente don Carlos⁴. Los zaragozanos estaban inquietos por los movimientos de las partidas y ejércitos carlistas, que merodeaban por comarcas cercanas. Por sorpresa, tropas carlistas del general Cabañero (unos 3.000 hombres y 300 caballos), entraron en Zaragoza en la madrugada del 5 de marzo de 1838. Tras escalar el muro cercano a la puerta del Carmen e inmovilizar a la guardia de la puerta de Santa Engracia, las tropas carlistas penetran en la ciudad por el Salón de Santa Engracia hasta el Coso. La reacción de los zaragozanos no se hizo esperar; paisanos y milicianos les arrojaron desde los balcones todo tipo de enseres, levantaron barricadas y dispararon contra ellos hasta conseguir ponerles en fuga. Por ello, la Reina Regente concedió a Zaragoza el título de *Siempre Heróica*. La *Cincomarzada*, ha sido celebrada desde entonces, salvo en el periodo franquista, como día festivo por los zaragozanos.

⁴ Las zonas de Aragón donde los carlistas contaron con apoyos fueron el Maestrazgo, zonas del Bajo Aragón y del Alto Aragón, campo de Belchite y comarca de Calatayud. Nunca ocuparon las ciudades importantes de Aragón.



Estación del Santo Sepulcro de Zaragoza, terminada en 1864, para el ferrocarril Madrid-Zaragoza. Ocupaba el lugar de la actual Estación de "El Portillo".



Retrato del banquero y político progresista Juan Faustino Bruil y Olliarburu (1810-1878), por Eduardo López del Plano.



Zaragoza.

Puerta del Duque de la Victoria.

Puerta del Duque de la Victoria, que estaba en la plaza de San Miguel. Fundida en hierro en Inglaterra, fue pagada por Juan Bruil y regalada a la ciudad de Zaragoza (1863), en honor del general Espartero, duque de la Victoria. Desapareció en 1919.

63. LA PRIMERA INDUSTRIALIZACIÓN DE ZARAGOZA Y LA LLEGADA DEL FERROCARRIL

Zaragoza, a mediados del siglo XIX, empezaba a cambiar, a la vez que se asentaba, no sin sobresaltos, el Estado liberal. El comercio, la construcción y las primeras industrias serán impulsadas por comerciantes-banqueros de ideología liberal progresista, algunos de los cuáles se habían beneficiado de la Desamortización. Miguel Alejos Burriel, alcalde de Zaragoza durante la Regencia de Espartero¹ (1840-1843), e influido por la utopía saintsimoniana, defendía la industrialización de la ciudad. Ideó unas calles industriales, con fábricas textiles y harineras que aprovecharían el desnivel y la fuerza hidráulica de las aguas del Canal Imperial, entre Torrero y los cursos del Ebro y el Huerva; para los trabajadores de las mismas proyectaba un poblado obrero en la zona de Cuéllar, cerca de las fábricas.

Otro de esos burgueses emprendedores, dirigente de la Revolución de 1854 en Zaragoza y representante del progresismo esparterista, fue el banquero Juan Bruil y Olliarburu, fundador de la Caja de Descuentos Aragonesa, precedente del Banco de Zaragoza (1858). Fue ministro de Hacienda en 1855, en el gobierno de Espartero; defendió el librecambismo y, sin conseguirlo, que el trazado del ferrocarril hacia Francia pasase por el Pirineo aragonés. Fue dueño de una lujosa torre junto a la desembocadura del Huerva, cuyos terrenos actualmente ocupa el parque que lleva su nombre. En ella había una hermosa alameda, jardines con plantas y flores muy variadas, fuentes, estanques y animales. Bruil la abría los días de fiesta para recreo de todos los zaragozanos.

Tomás Castellano y Gaspar Villarroya, que serían diputados del partido moderado, instalaron una

fábrica textil y después una importante industria harinera (1847) junto al Puente del Gállego.

Harineras y destilerías utilizarán la fuerza motriz del agua del Canal² y del Huerva y del Gállego para mover sus muelas. Pero también surgirán fundiciones que fabricarán máquinas y utillaje para las demás industrias. Entre ellas destacará la Maquinista Aragonesa (1853), creada por ingenieros franceses, y en 1863 surgirá Industrias Averly, todavía existente.

Las industrias irán situándose en los alrededores de la ciudad, junto a los cursos de agua, en las carreteras de salida y también junto a las estaciones del ferrocarril, que llegará a Zaragoza en esos años. El ferrocarril se convirtió en motor del desarrollo industrial, y para su trazado e impulso los progresistas dieron facilidades legales. La situación estratégica de Zaragoza, entre Madrid y Barcelona, y entre Valencia y Bilbao, favoreció la pronta llegada del ferrocarril. La primera línea que entró en servicio fue la de Zaragoza a Barcelona, inaugurada el 16 de septiembre de 1861 por el rey consorte, Francisco de Asís, en medio de la alegría del las 30.000 personas que se congregaron en el acto. El día 1 de agosto había llegado la primera locomotora a la llamada Estación de Norte, situada en el barrio del Arrabal. Es la única que se ha conservado de esas primeras estaciones de ferrocarril en Zaragoza³.

El ferrocarril entre Madrid y Zaragoza llegó en 1864 a la Estación del Campo de Sepulcro, donde ahora se halla la estación del Portillo. Ese mismo año se terminaría la línea Zaragoza-Pamplona, promovida por los Ferrocarriles del Norte para enlazar con el ferrocarril que desde Madrid iba a Francia por Irún.

¹ El general Baldomero Espartero (1793-1879), hijo de un modesto carretero, venció a los carlistas y lideró a los liberales progresistas. Fue regente de la Corona entre 1840 y 1843, gobernando con mano dura y desaciertos que le enemistaron con su propio partido. Tras la Revolución de 1854 ocupó el gobierno de España hasta 1856, en que fue desplazado por el general O'Donnell y la Unión Liberal.

² En Cuéllar, San José, Camino de las Torres.

³ En su fachada aparece la fecha de su inauguración, 1861.



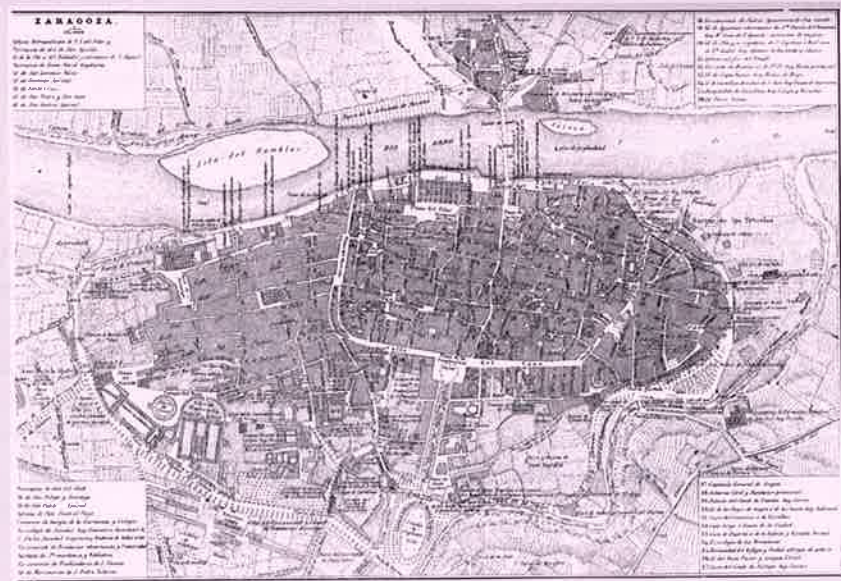
ZARAGOZA... 1668... Paseo de Santa Engracia. A. Laurent y Cia. 1875.
 Vista del Salón de Santa Engracia o calle de La Independencia (actual paseo) desde la plaza de la Constitución (actual de España); foto de J. Laurent y Cia., h. 1875.



La calle de Alfonso I desde el Coso, a finales del siglo XIX, con El Pilar al fondo.



Vista de la nueva calle de Alfonso y del caserío de Zaragoza en 1890, desde la única torre del Pilar que entonces estaba construida.



Plano de Zaragoza hecho por Coello hacia 1860-1865, para el Diccionario Geográfico de España de Madoz.

64. LA RENOVACIÓN URBANA DE LA ZARAGOZA BURGUESA

A lo largo del siglo XIX Zaragoza vio aumentar considerablemente su población, pues si hacia 1832 había recuperado los 50.000 habitantes que tenía en 1808, en 1857 ya tenía 63.446, veinte años después 89.222 y en 1900 rozaba los 100.000. Pero no hubo grandes planes de ensanche, ni grandes modificaciones de su urbanismo, si bien se remodelaron o se abrieron nuevas vías urbanas que todavía hoy son espacios destacados del plano urbano de la ciudad.

Uno de ellos será el Salón de Santa Engracia, llamado desde 1860 calle de la Independencia y después paseo, que se convirtió en la arteria principal de la ciudad. En 1811 y en 1816 se proyectó el paseo arbolado, pero sería el arquitecto Tiburcio del Caso quien en 1833 hiciera el plan urbanístico del Salón. Para su diseño se inspiró en la rue Rivoli de París, dotando a los edificios, que se irían levantando entre 1855 y 1882, de porches en la parte baja y confiriendo al paseo el aspecto de boulevard. La nueva burguesía isabelina se iría instalando en esas edificaciones amplias y confortables, símbolos del nuevo poder burgués.

En la plaza de la Constitución, actual de España, se levantó entre 1833 y 1845 la llamada fuente de La Princesa o de Neptuno¹, cuya figura fue esculpida por Tomás Llovet. Allí permaneció, como referencia visual de la plaza y del paseo, hasta 1902, en que fue sustituida por el actual monumento a los Mártires. En 1946 se colocó en el Parque Primo de Rivera.

El Salón de Santa Engracia terminaba en la Glorieta de Pignatelli y la Puerta de Santa Engracia. Presidiendo la glorieta se colocó el Monumento a don Ramón de Pignatelli, cuya

estatua, fundida en bronce, modeló Antonio Palao en 1859. Ese monumento hoy está en el parque que lleva el nombre del ilustre aragonés, en la subida de Cuéllar. Otros paseos circundaban Zaragoza, uniendo las puertas, además del que subía a Torrero, realizado a finales de la centuria anterior. Esos paseos servían para recreo de las gentes y cumplían una función higienista en una época de graves enfermedades contagiosas. Precisamente, buscando soluciones higiénicas se construyó en 1833-1834 el Cementerio Municipal de Torre-ro² que se inauguró en junio de 1834.

En la década de 1850 se empezaron a adoquinar las calles céntricas de la ciudad, pues hasta entonces la gran mayoría estaban sin empedrar y mal o nada iluminadas, y se ensancharon o trazaron nuevas calles. La calle de Don Jaime, conocida en su primer tramo con su antigua denominación de San Gil, se alineó en 1857. La necesidad de abrir una calle que condujera directamente desde el Coso hasta la plaza del Pilar, llevó a proyectar en 1858 la rectilínea calle de Alfonso I, derribando bastantes casas y eliminando un laberinto de callejas que conducían diariamente a la basilica a muchos zaragozanos. En 1866, siendo Candalija alcalde, se iniciaron las obras, que dieron trabajo a bastantes obreros en una época conflictiva, pues poco antes había estallado el *Motín de las Uvas*, por la subida del precio del vino. Las edificaciones, muy parecidas en fachadas y de la misma altura, se sucedieron en las dos décadas siguientes, convirtiéndose en viviendas de la burguesía mercantil y profesional, y la calle de Alfonso en la más comercial de la ciudad.

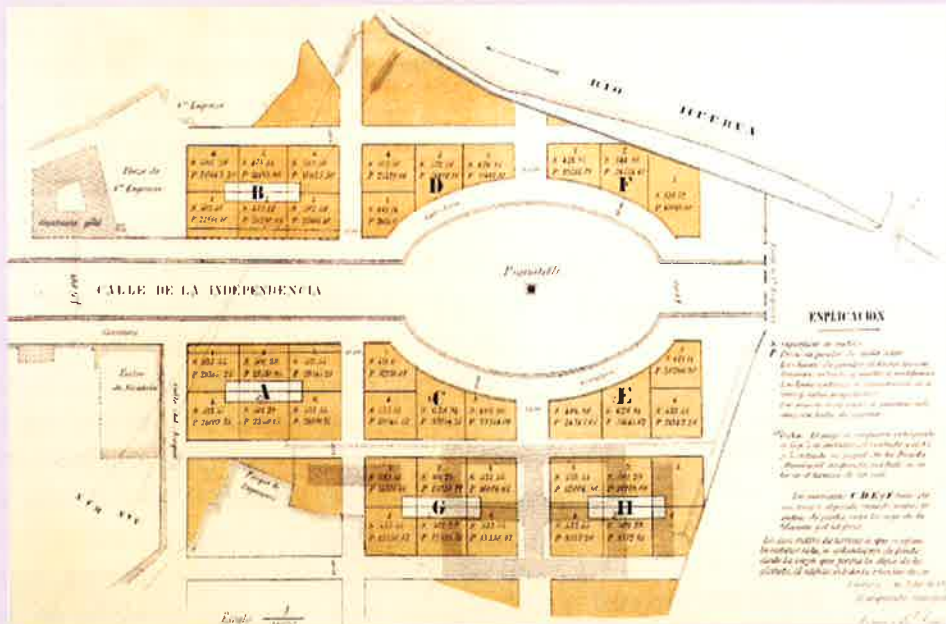
¹ Su construcción se decidió en 1833 para conmemorar la jura de la Princesa Isabel, futura Isabel II, como heredera al trono de España.

² Ya se había intentado hacerlo a finales del siglo XVIII, y luego durante la ocupación francesa, para evitar el enterramiento de los cadáveres en el interior de las iglesias o en los fosales anejos a ellas, pero nada se hizo por falta de decisión o de recursos.



Vista del Coso hacia 1875, con el palacio de la Audiencia en primer término. Foto Laurent y Cia., h. 1875.

ZARAGOZA. 1670. Palacio de la Audiencia y el Coso. A. Laurent y Cia. Madrid. Propiedad. Diputación.



Plano con la urbanización de la zona dedicada a la Primera Exposición Aragonesa, celebrada en 1868 en torno a la Glorieta de Pignatelli, actual plaza de Aragón.

SEGUNDA ÉPOCA.

EL GRITO ARAGONES.

DIARIO LIBERAL INDEPENDIENTE.

N.º III Sábado 9 de Abril de 1870. Año 528.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En el extranjero, 10 rs. mensuales; en España, 6 rs. mensuales; en Ultramar, 4 rs. mensuales. Se vende a 10 céntimos por número. Los anuncios se insertan a 10 céntimos por línea y día. Los avisos de matrimonio se insertan a 5 céntimos por línea y día. Los avisos de defunción se insertan a 10 céntimos por línea y día. Los avisos de obituario se insertan a 5 céntimos por línea y día. Los avisos de necrológica se insertan a 5 céntimos por línea y día. Los avisos de necrológica se insertan a 5 céntimos por línea y día.

Zaragoza. Lunes 18 de Febrero de 1869. Núm. 115.

LA REVOLUCION,

DIARIO REPUBLICANO DE LA TARDE.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En el extranjero, 10 rs. mensuales; en España, 6 rs. mensuales; en Ultramar, 4 rs. mensuales. Se vende a 10 céntimos por número. Los anuncios se insertan a 10 céntimos por línea y día. Los avisos de matrimonio se insertan a 5 céntimos por línea y día. Los avisos de defunción se insertan a 10 céntimos por línea y día. Los avisos de obituario se insertan a 5 céntimos por línea y día. Los avisos de necrológica se insertan a 5 céntimos por línea y día.

Cabeceras de algunos periódicos aragoneses publicados durante el Sexenio Democrático.

65. ZARAGOZA, DE LA REVOLUCIÓN DE 1868 A LA RESTAURACIÓN

El año de 1868 fue en Zaragoza año de una gran exposición y de convulsiones políticas. La I Exposición Aragonesa, organizada por la Real Sociedad Económica Aragonesa, quiso mostrar la producción aragonesa en agricultura, industria y artes, es decir, los logros económicos de la burguesía aragonesa. Imitando a otros certámenes europeos, fue la primera exposición que se organizó en España con un carácter comercial¹. El arquitecto Mariano Utrilla construyó una serie de edificaciones y pabellones en torno a la Glorieta de Pignatelli, después conocida como plaza de Aragón. Participaron 2.500 expositores, de los que la mitad eran aragoneses, y había 141 extranjeros. La producción agraria y de la industria agroalimentaria suponía la mitad de lo expuesto, y ya se hacían notar los productos metalúrgicos y químicos. Permaneció abierta dos años y después sus solares fueron urbanizados en torno a la plaza.

Unos días después, el 29 de septiembre, se uniría Zaragoza a la Revolución de 1868, conocida como *La Gloriosa*, que se había iniciado el 18 con el pronunciamiento del almirante Topete en Cádiz. Esa revolución² derribaría la monarquía de Isabel II, que tendría que exiliarse, y el gobierno moderado. En Zaragoza se formó una Junta Revolucionaria presidida por el progresista Gallifa, y en ella se integraron Gil Berges, Escosura, Zamora, Gastón, Arredondo y otros. Su programa democrático defendía el sufragio universal, libertades de imprenta, de culto, de asociación y de comercio e industria. Formado un gobierno provisional en Madrid, la Junta de Zaragoza se disolvió cuando se convocaron elecciones a Cortes constituyentes.

La tensión no disminuyó, pues a la escasez de trabajo y las malas condiciones de vida de las clases populares, se unían las diferencias entre los monárquicos y los republicanos sobre el sistema político que debía implantarse en España. El 6 de octubre de 1869 estalló una insurrección republicana en la ciudad; albañiles, artesanos, profesores y algunos pequeños labradores venidos de las cercanías, tras levantar barricadas con adoquines en el barrio de San Pablo, en la plaza de San Miguel y en el Portillo, y disparar contra las tropas del gobierno, fueron reprimidos y el levantamiento terminó el día 8. Hubo muertos y bastantes deportados.

Los zaragozanos, de todos modos, votarán mayoritariamente a los republicanos federales, que vencerán en todas las elecciones del Sexenio Democrático (1868-1874), y se creará en 1871 la Federación Obrera Zaragozana de la A.I.T.³ Esos trabajadores zaragozanos serán los encargados de organizar en abril de 1872 el II Congreso de la A.I.T. en España, que se celebró clandestinamente en unos locales de la calle Don Juan de Aragón, antes y después de que el 8 de abril el gobernador prohibiera el acto público de inauguración que se estaba celebrando en el Teatro Novedades.

En 1873 hubo en Zaragoza movimientos cantonalistas y en 1874 los republicanos federalistas volvieron a levantar barricadas tras el golpe militar de Pavía que abocaría a la muerte de la Primera República Española. A finales de ese año, el pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto repondría en el trono a un Borbón, Alfonso XII, y con él comenzaba el predominio de la burguesía conservadora.

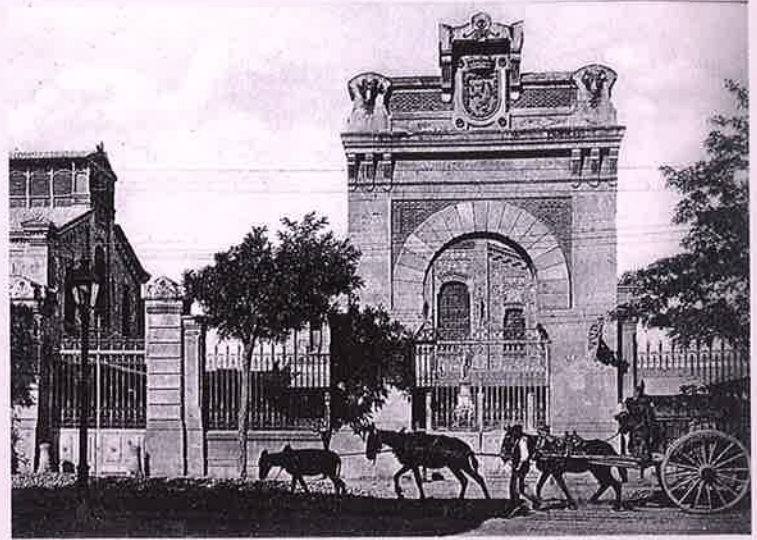
¹ El 15 de septiembre, el marqués de Orovio, ministro de Hacienda, inauguró la muestra en medio del entusiasmo, cuando ya se avecinaba el estallido revolucionario.

² La había promovido toda la oposición, desde los unionistas hasta los republicanos, pasando por los progresistas y demócratas.

³ Asociación Internacional del Trabajo.



La Industrial Química de Zaragoza, fundada en 1898, que estaba situada en la entrada del actual barrio de la Almozara.



Matadero Municipal de Zaragoza (1884), obra de Ricardo Magdalena.



Foto de hacia 1900, que muestra el edificio de la antigua Facultad de Medicina y Ciencias, obra de R. Magdalena, inaugurada el 18 de octubre de 1893, con la Puerta de Santa Engracia en primer plano.



Puente de Hierro o del Pilar sobre el Ebro, inaugurado en 1895, en la actualidad.

66. ZARAGOZA HACIA EL FINAL DEL SIGLO XIX

En 1875 se inicia en España la época de la Restauración. Alfonso XII, hijo de la destronada Isabel II, se convierte en rey de España, y vienen años de estabilidad política gracias al *turnismo* entre los dos partidos dinásticos, el conservador y el liberal, que se alternarán en el gobierno. El primero contará en Zaragoza con un prohombre, Tomás Castellano y Villarroya, terrateniente, banquero y ministro de Ultramar y de Hacienda. Los liberales echarán mano de un *cunero*¹, Segismundo Moret, que será jefe de gobierno. El *nuevo catolicismo* se abre al regeneracionismo social a partir del Congreso Católico Nacional celebrado en Zaragoza en 1890. El republicanismo posibilista de Castellar, bien organizado y democrático, gozará en Zaragoza de gran apoyo popular. Contará con numerosos concejales y destacadas figuras de gran talla intelectual, como Joaquín Gil Berges, Gil Gil y Gil o Marceliano Isábal, y un diario muy leído, *La Derecha*. Más a la izquierda, mientras se crea en 1889 la primera agrupación zaragozana del P.S.O.E., el ideario anarquista se extiende entre los trabajadores.

La industrialización de Zaragoza conoció un nuevo impulso en las últimas décadas del siglo. Las industrias agroalimentarias fueron las predominantes y, si bien las harineras sufrieron una crisis temporal, se abrieron alcoholeras y azucareras, éstas impulsadas por la extensión del cultivo de la remolacha azucarera en las huertas zaragozanas. Fue introducida por la Granja Agrícola de Zaragoza (1881), situada en Miraflores, centro modélico para el ensayo y mejora de nuevos cultivos (remolacha, alfalfa, maíces), el fomento del uso de maquinaria moderna, de abonos y la formación de los agricultores.

La primera azucarera en abrirse fue la de Aragón o *Vieja* (1893), y después las del Arrabal y la Nueva o del Gállego (1899). La Industrial Química², fundada en 1898, suministraría los abonos químicos necesarios a los agricultores aragoneses y españoles. En 1900 se instala en la zona de San José la fábrica de cervezas La Zaragozana.

Ante la demanda de maquinaria para las industrias y para los ferrocarriles se impulsa el sector metalúrgico. A las industrias Averly, ya existentes, se unen los Talleres Mercier, Cardé y Escoriaza, la Maquinaria y Metalúrgica Aragonesa y otras. También se crean en 1893 las primeras empresas de electricidad, la Electra Peral y la Compañía Aragonesa de Electricidad³. Las estaciones de ferrocarril, la del Campo de Sepulcro y la del Norte, a las que se une la de Cariñena en 1887, focalizan la instalación de industrias en su entorno. Un gran y moderno Matadero Municipal⁴, construido por el arquitecto Ricardo Magdalena, se inaugurará en 1885 en Montemolín. Como apoyo a los negocios y a la industrialización se fundan el Banco de Crédito de Zaragoza (1875) y la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza (1876), inicio de la actual Ibercaja. En 1887 se implanta el teléfono en la ciudad, con 15 abonados, y los primeros tranvías, tirados por mulas hasta 1902, aparecen en 1885⁵.

La ciudad se hermosea con el magnífico edificio de la Facultad de Medicina y Ciencias, obra de R. Magdalena, inaugurado en 1893, y con el nuevo Puente de Hierro sobre el Ebro (1895). Pero, mientras en 1892 se reconstruía la iglesia de Santa Engracia, al año siguiente se derribaba la Torre Nueva.

① En la época de la Restauración, los diputados *cuneros* eran los designados desde Madrid, por el gobierno, y que no eran de la provincia o región por la que se presentaban al Congreso o al Senado.

② Situada junto a la Puerta de Sancho

③ La Electra Peral usaba el vapor de agua para producir electricidad y la Compañía Aragonesa la fuerza hidráulica. En 1911 se fusionarían para crear Eléctricas Reunidas de Zaragoza.

④ Este edificio albergó la Exposición Aragonesa y hoy acoge servicios sociales y culturales.

⑤ Comunicaban la plaza de la Constitución, actual de España, con los barrios periféricos (Torrero, Delicias, San José) que estaban surgiendo con cierto desorden a finales del siglo.





Monumento conmemorativo de la Exposición Hispano-Francesa de 1908, también dedicado a la memoria de Basilio Paraiso, su promotor. Fue hecho por los Hnos. Oslé en mármol y bronce, e inaugurado en enero de 1910 en el comienzo del Pº de Pamplona. En 1951 se instaló en el Parque Primo de Rivera.



Palacio de la Alimentación en la Exposición Hispano-Francesa de 1908 (desparecido), foto de I. Coyne, 1908.



Plaza de Los Sitios, con el edificio del Museo de Zaragoza al fondo, obra de R. Magdalena y J. Bravo, y el Monumento a los Sitios de Zaragoza, con el grupo escultórico de A. Querol. Ambas obras quedaron de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.



Kiosko de la Música, obra modernista de José y Manuel Martínez de Ubago, hecho para el recinto de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 y hoy situado en el Parque Primo de Rivera.

67. EL PRIMER CENTENARIO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA Y LA EXPOSICIÓN HISPANOFRANCESA DE 1908

Al iniciarse el siglo XX Zaragoza, con sus 100.000 habitantes, no era aún una ciudad moderna. A lo largo del siglo anterior su recinto urbano apenas se había extendido más allá del muro de ladrillo. Había llegado ya el momento de planear un ensanche urbano. El arquitecto municipal, Ricardo Magdalena, y su colaborador, el topógrafo Dionisio Casañal, se encargarían de preparar un anteproyecto de ensanche. El paseo de Sagasta uniría el centro con Torrero, el paseo de Pamplona con la Puerta del Carmen y la urbanización de la Huerta de Santa Engracia rellenaría de edificaciones el espacio urbano entre la calle de San Miguel y el río Huerva. La Gran Vía, con el cubrimiento del Huerva, llegaría veinticinco años después.

El dinamismo industrial y comercial de la ciudad se manifestaría en 1808, con motivo de la celebración del Primer Centenario de los Sitios de Zaragoza. Las autoridades y las fuerzas vivas querían aprovechar ese acontecimiento, de tan alto significado histórico y emocional para los zaragozanos, para estrechar los lazos de amistad con los antiguos enemigos, los franceses, y dar a conocer la pujanza de la ciudad. Una Junta Conmemorativa de los Sitios, presidida por el empresario Basilio Paraiso¹, que contó con el apoyo oficial, se encargó de organizar el Centenario y una magna Exposición Hispano-Francesa. Paraiso encargó a Ricardo Magdalena la planificación de la misma, que se situó en la Huerta de Santa Engracia, en torno a la actual plaza de los Sitios.

Magdalena proyectó algunos de los edificios más relevantes; el resto fueron proyectados por jóvenes arquitectos zaragozanos o por foráneos. Algunos edificios de un lenguaje arquitectónico

eclecticista e historicista serían reutilizados después de la exposición. Es el caso del gran palacio que después albergaría el Museo Provincial de Zaragoza, proyectado por Magdalena e inspirado en los palacios renacentistas aragoneses; o el edificio de la Escuela de Artes y Oficios, obra de Félix Navarro y hoy bastante modificado; o el de *La Caridad*, más sobrio y funcional.

El resto de los edificios se construyeron con carácter provisional, con materiales ligeros como la madera, el yeso y el adobe, y se desmontaron una vez terminado el evento, que tuvo lugar entre mayo y diciembre de 1908. Para bastantes de esos edificios efímeros se prefirió el nuevo lenguaje modernista; así en el Gran Casino, obra de Magdalena, que perduraría hasta la década de 1930, en el Teatro, en la Puerta de Entrada, en el Pabellón de la Alimentación, o en el Pabellón Mariano, obra del arquitecto catalán José M^a Pericás. El Pabellón Francés, en cambio, utilizó una arquitectura neorrocócó. En el centro del recinto se elevó el Monumento a los Sitios, obra modernista del escultor catalán Agustín Querol.

Más de 5.000 expositores participaron, distribuidos en las diez secciones. Las más concurridas fueron las de agricultura, alimentación, industrias mecánicas (maquinaria agrícola, automóviles, maquinaria textil y eléctrica) y productos manufacturados. No faltaron las secciones sanitaria, de productos químicos y farmacéuticos, y de artesanías artísticas. Coincidiendo con la exposición se celebraron congresos económicos (de Cámaras de Comercio, de Sociedades Económicas, Agrícola Nacional), científicos y una gran Exposición Artística.

¹ Basilio Paraiso Lasús (1849-1930), hijo de un maestro oscense, logró destacar como empresario con su industria de vidrios *La Veneciana*. Ocupó la dirección del Centro Mercantil e Industrial de Zaragoza y de la Cámara de Comercio. Por su actuación organizativa del Centenario de los Sitios y de la Exposición Hispanofrancesa fue nombrado senador vitalicio, a pesar de sus ideas republicanas.



Aspecto del Coso hacia 1910, a la altura del palacio de Sástago. El gusto modernista se aprecia en fachadas y decoración de los comercios y cafés.



Cortejo fúnebre portando el cuerpo del cardenal Soldevila, asesinado por pistoleros anarquistas en junio de 1923. Su entierro constituyó una gran manifestación de duelo popular.

Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, en el Coso. Su fachada modernista fue construida por Francisco Albiñana Corralé entre 1912 y 1914. En él se reunía la burguesía liberal más emprendedora, y era sede del Ateneo de Zaragoza.



68. UN PERIODO DE GRAN CONFLICTIVIDAD SOCIAL: 1917-1923

Los años que distan entre la Crisis de 1917 y el comienzo de la Dictadura del general Primo de Rivera (1923) estuvieron llenos de tensiones sociales y políticas que hicieron saltar por los aires el Sistema de la Restauración que, mal que bien, había venido funcionando desde 1875. Los partidos llamados dinásticos, el conservador y el liberal, aparecerán divididos en facciones enfrentadas entre sí y carcomidos por el sistema caciquil en el que se habían sustentado. Frente a esos partidos *de notables* estaban apareciendo partidos de masas, bien en la izquierda republicana (Partido Radical, P.S.O.E.) o bien nacionalistas. El sistema parlamentario entraba en quiebra en 1917.

En Zaragoza la burguesía, vital y feliz en los años primeros del siglo XX, seguía apoyando mayoritariamente a los partidos dinásticos. Un pequeño grupo de católicos sociales intentaban aproximarse a los sectores populares. Un sector burgués aragonés y moderado, que mostraba anhelos autonomistas siguiendo a los burgueses catalanes, se aglutinaba en la Unión Regionalista Aragonesa¹. También hubo un regionalismo pequeñoburgués y popular, enraizado en la tradición de republicanismo federal, pero tampoco tuvo una fuerza relevante. El movimiento obrero se fortalecía en Zaragoza, con una C.N.T.² que tenía en la ciudad uno de los bastiones del anarquismo, con unos 20.000 afiliados en 1919, y una mucho menos numerosa U.G.T.³.

Los años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la que no intervino España, fueron años de grandes negocios para algunos, exportándose a los países en conflicto productos alimenticios e industriales. Pero el pueblo espa-

ñol pronto soportó el encarecimiento de los precios de los productos básicos. Las clases trabajadoras zaragozanas ya en 1916 reaccionarían contra la crisis con huelgas y protestas populares, que alcanzaron una frecuencia inusual⁴.

La Huelga General decretada en agosto de 1917 por C.N.T. y U.G.T. tuvo en la ciudad una gran repercusión, y marcó el aumento de la tensión entre patronos y obreros, que degeneraría en los años sucesivos en una gran conflictividad. El pistolismo anarquista y de la patronal, y la represión oficial provocarían 23 muertos entre 1917 y 1923. Gran sobresalto provocó el asalto del Cuartel del Carmen por dos soldados y el vendedor de periódicos anarquista Ángel Chueca la noche del 8 al 9 de enero de 1920; los asaltantes, que pretendían iniciar una sublevación popular, fueron fusilados. El 23 de agosto de ese año tres funcionarios municipales, el arquitecto José de Yarza, el ingeniero César Boente y el empleado Joaquín Octavio de Toledo, fueron asesinados cuando estaban reparando el alumbrado urbano durante una huelga convocada por el Sindicato de Metalurgia y Electricidad. Como consecuencia de ello se suspenderían los derechos constitucionales y se cerrarían los centros obreros.

Las posturas se radicalizaron más tras el asesinato del dirigente anarquista barcelonés Salvador Seguí, y el sector duro del anarcosindicalismo decidió vengar su muerte. Torres y Ascaso asesinaron la tarde del 4 de junio de 1923 al arzobispo de Zaragoza, cardenal Juan Soldevila, en la calle del Terminillo, en el popular barrio de Delicias. Tres meses después se imponía en España la Dictadura.

¹ La U.R.A. estaba encabezada por profesores universitarios defensores del derecho foral aragonés.

² C.N.T. son las siglas de la Confederación Nacional del Trabajo, sindicato anarquista de gran pujanza hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939.

³ U.G.T., siglas de la Unión General de Trabajadores, que era el sindicato socialista del Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.).

⁴ En el año 1917 Zaragoza ocuparía el segundo puesto por provincias en el número de horas de trabajo perdidas por huelgas, y al año siguiente el primero.



Edificios de Correos y Teléfonos, edificados en el Pº de la Independencia en 1926 y 1927. Representaban uno la tradición y otro la renovación arquitectónicas.



Cubrimiento del río Huerva en el inicio de la Gran Vía, foto de Coyne, 1925. A la izquierda aparece la Facultad de Medicina.



Colegio "Joaquín Costa", en el Pº de María Agustín, inaugurado en 1929 con unas instalaciones modélicas para la época.



Edificio historicista de la Academia General Militar, creada en Zaragoza en 1927.

69. ZARAGOZA DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Los años de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) fueron años de contrastes. De una parte, con mano férrea, se restableció el orden público y la paz social, a costa de amordazar al movimiento obrero, dejando fuera de la ley a la C.N.T. De otra, aprovechando la bonanza económica de los *felices años veinte* se impulsó la agricultura, con la realización de embalses y regadíos, siguiendo una política hidráulica regeneracionista defendida años antes por Joaquín Costa. La Confederación Hidrográfica del Ebro (1926), dirigida por Manuel Lorenzo Pardo¹, tuvo un gran protagonismo en el aumento de la producción agraria aragonesa, aunque los problemas de comercialización empañaron esos logros. Las obras públicas también se vieron favorecidas, con la construcción de carreteras y con la finalización en 1928 del ferrocarril entre Zaragoza y Canfranc, cuyas obras habían comenzado en 1882 para comunicar España con Francia a través del Pirineo Central. Esas obras hidráulicas y públicas ocuparon bastante mano de obra, con lo que los conflictos y la tensión social disminuyó considerablemente en esos años.

El general Primo de Rivera, su gabinete civil y sus técnicos también se preocuparon por la educación. Se construyeron bastantes escuelas en todo Aragón y en Zaragoza, labor que luego sería continuada e incrementada por los gobiernos de la II República. Entre esas nuevas escuelas hay que destacar el Grupo Escolar *Joaquín Costa*, centro modélico² situado en el Paseo de María Agustín. Fue construido dentro de un cierto clasicismo por el arquitecto Miguel Ángel Navarro Pérez e inaugurado en 1929.

Zaragoza, que alcanza por esos años los 150.000 habitantes, siguió con su expansión

urbana. Se urbanizan a partir de 1925 los espacios de la Huerta de Santa Engracia, en torno a la plaza de Castelar, hoy de los Sitios³. En el paseo de la Independencia se construirán sobre el solar que había ocupado desde 1878 el Teatro Pignatelli dos edificios públicos singulares y estéticamente bien distintos: el de Correos (1926), en ladrillo e inspirado en el mudéjar aragonés, obra de Antonio Rubio, y la Casa de Teléfonos (1927), obra de Ignacio de Cárdenas y Antonio Cañada, que muestra unos aires totalmente renovadores, decó-racionalistas. En la calle de Costa Antonio Rubio construirá el Gran Hotel (1928), magnífico para la época.

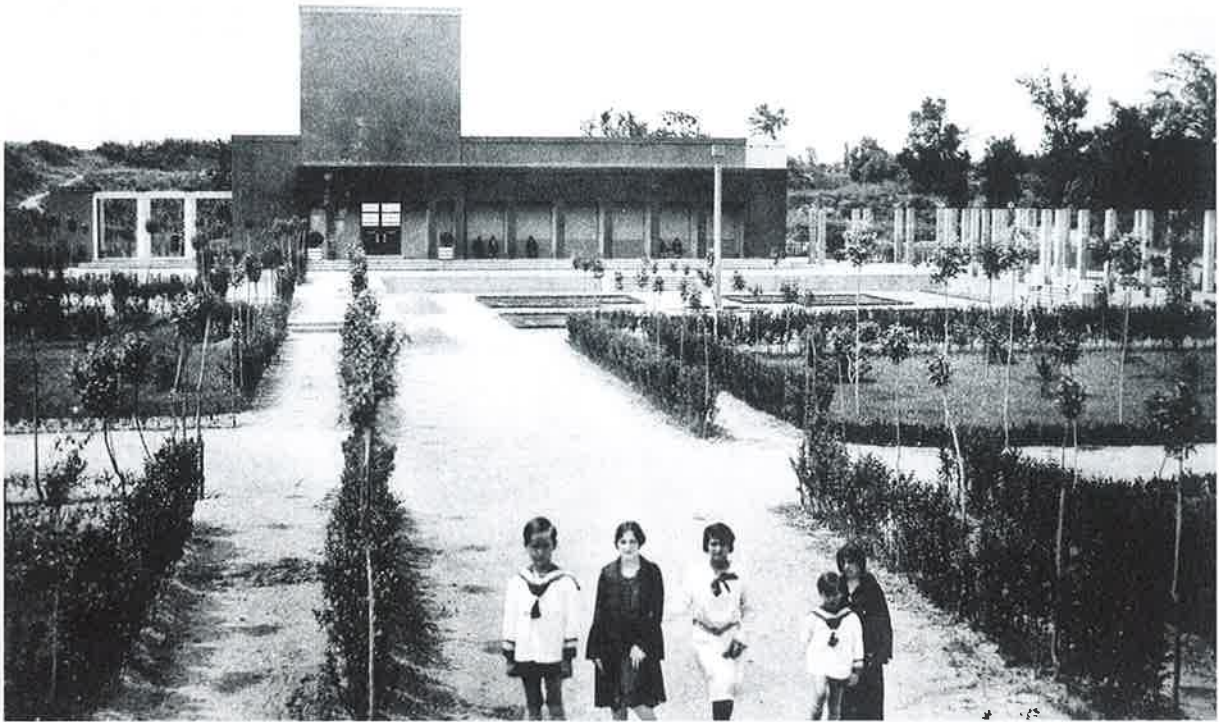
También se siguen construyendo viviendas en los Paseos de Sagasta, de Pamplona y de María Agustín, se traza la calle de Conde de Aranda, y el arquitecto municipal, Miguel Ángel Navarro Pérez, acomete entre 1925 y 1929 el cubrimiento del cauce del río Huerva, que permitiera trazar una Gran Vía, y la realización de un gran parque, al pie del Cabezo de Buenavista, el parque *Primo de Rivera*.

Zaragoza durante esos años ve incrementado el número de vehículos (unos 2.000), especialmente de automóviles, adquiridos por la burguesía zaragozana. El alcalde Miguel Allué Salvador (1927-1928) inaugurará los nuevos depósitos de agua para la ciudad, la apertura de la Gran Vía y conseguirá la instalación de la Academia General Militar (1927), de la que Francisco Franco será su primer director. Surgirán edificios para sede de bancos (Banco Zaragozano), colegios privados religiosos e instalaciones destinadas a la práctica del deporte, como el Club Natación Helios, o el campo de fútbol de Torrero.

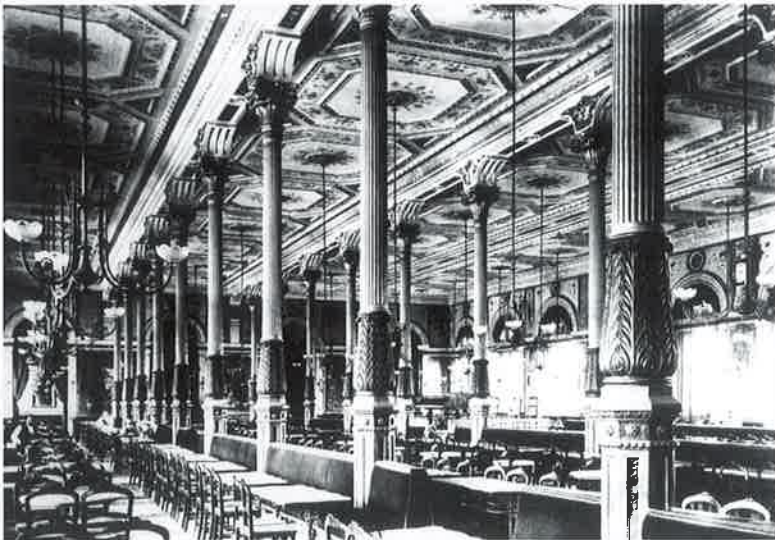
¹ Manuel Lorenzo Pardo (1881-1953), de madre aragonesa, fue ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y se vinculó desde 1906 a los regadíos de la Cuenca del Ebro. Estuvo influido por el espíritu regeneracionista de Costa. Durante la Dictadura de Primo de Rivera fue el primer director de la Confederación Hidrográfica del Ebro y planeó la mayoría de los embalses y regadíos que se hicieron entonces y en épocas posteriores. En 1927 Zaragoza le nombró hijo predilecto. Un monumento situado a orillas del Ebro, detrás de la Lonja, le recuerda.

² Contaba, aparte de las aulas, con piscina, con comedor escolar y salón-teatro, y estaba dotado de los métodos pedagógicos más modernos.

³ En la Huerta de Santa Engracia se había celebrado la Exposición Hispano-Francesa de 1808. Nuevas construcciones aparecieron en las calles de Costa, Sanclemente, Zurita e Isaac Peral.



Vista del Rincón de Goya, obra de Fernando García Mercadal, en 1928.



Interior del café *Ambos Mundos* de Zaragoza, que fue el más grande y capaz de toda Europa. Entre 1885 y la década de 1950 estuvo en el Paseo de la Independencia, y era lugar de encuentro de todas las clases sociales zaragozanas. Tenía orquestina para amenizar a los clientes.



Cenotafio que estuvo sobre la tumba de Goya en Burdeos, hoy colocado en la Plaza del Pilar, delante de la Lonja.

70. 1928: EL CENTENARIO DE GOYA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL RINCÓN DE GOYA

En el año de 1928 Zaragoza celebró el Centenario del fallecimiento de Francisco de Goya en Burdeos (1828). La figura de Goya se había convertido desde comienzos de siglo en uno de los referentes del regeneracionismo aragonés. Ignacio Zuloaga, a partir de 1913, había convertido a Fuendetodos, pueblo natal de Goya, en una especie de santuario del arte, al que acudían los jóvenes artistas movidos por la admiración hacia el pintor aragonés y su trascendental obra.

Por ello, resulta lógico que se quisiera celebrar por todo lo alto esa efemérides. Autoridades e instituciones culturales zaragozanas programaron una serie de actos conmemorativos y realizaciones que, salvo honrosas y polémicas excepciones, tuvieron un talante conservador, historicista y tópico. Entre los actos habría que destacar la magna exposición conmemorativa que organizaron en el Museo de Zaragoza la Real Academia de Bellas Artes de San Luis y la Junta del Patronato del Museo. Se expusieron 24 cuadros de Goya, propiedad de instituciones y coleccionistas zaragozanos, además de obras de Francisco Bayeu y diversos objetos de la época de Goya. El Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (S.I.P.A.), fundado poco antes, dedicó a Goya un número monográfico de su revista *Aragón*, en el que colaboraron destacados estudiosos de la obra del pintor¹. Con motivo del Centenario la ciudad de Burdeos regaló a la de Zaragoza el cenotafio que estuvo colocado sobre la tumba de Goya en el cementerio de la Cartuja de Burdeos, y que perteneció a su consuegro, Martín Miguel de Goicoechea. El cenotafio primero se instaló en el jardín del Rincón de Goya, y después en la plaza del Pilar, frente a la Lonja.

La gran realización del Centenario fue, sin duda, la construcción del Rincón de Goya (1928), obra totalmente innovadora para el momento y proyectada por el joven arquitecto zaragozano Fernando García Mercadal². Esta obra modélica del racionalismo funcionalista español, y una de las primeras muestras de esta corriente arquitectónica en Europa, era una apuesta arriesgada por su modernidad. García Mercadal pidió libertad de acción al asumir el encargo, y el conservador alcalde, Miguel Allué Salvador, se la concedió.

Concibió el edificio como un monumento a Goya, integrado en un paraje natural del parque *Primo de Rivera*, y lo hizo desde premisas internacionales, y no regionalistas, proyectado hacia el futuro, y no hacia el pasado. En él predominaban las líneas rectas y los volúmenes cúbicos y sencillos. Sería un centro de cultura, con una biblioteca, un pequeño museo sobre la vida y obra del pintor, y una sala de exposiciones, en la que mostrarían sus obras los jóvenes artistas innovadores.

Era un proyecto decididamente progresista y vanguardista, que recibió una crítica demolidora de los medios de comunicación zaragozanos –salvo la *Voz de Aragón*– y de los sectores burgueses y conservadores. Sólo los jóvenes artistas de vanguardia le apoyaron. García Mercadal, por esta obra, pionera de la arquitectura moderna en España, no cobró una sola peseta. Tras la Guerra Civil Española de 1936-1939 su espacio interior fue totalmente alterado y desvirtuado. En 1983 fue restaurado en su exterior, pero el interior sigue sin ser el que ideó García Mercadal.

¹ En algunos de los trabajos se hicieron aportaciones novedosas para el conocimiento de la producción aragonesa y zaragozana del pintor y aún hoy sigue siendo una obra fundamental.

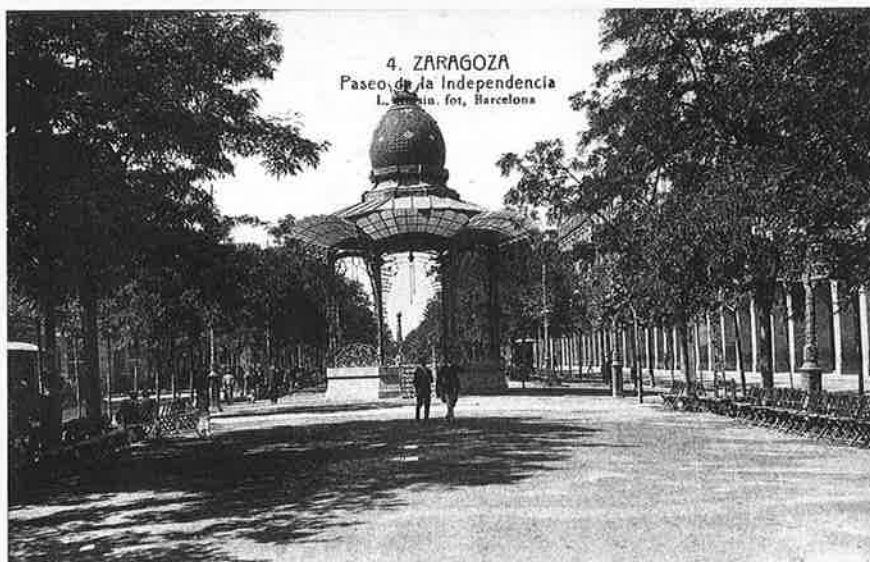
² Fernando García Mercadal (Zaragoza, 1896-1985). Arquitecto y urbanista, introdujo la arquitectura racionalista en España y fue fundador del G.A.T.E.P.A.C. Su obra maestra fue el *Rincón de Goya* de Zaragoza (1927-1928). En nuestra ciudad contruyó algunas casas y otras edificaciones, como la Residencia *José Antonio* (1947), conocida popularmente como la *Casa Grande*.



Celebración en el Paseo de la Independencia de la proclamación de la Segunda República en la tarde del 14 de abril de 1931. Foto de "Heraldo de Aragón".



Mitín de la C.N.T. durante los años de la Segunda República en la plaza de Toros de Zaragoza. Foto de "Heraldo de Aragón".



El Paseo de la Independencia en los años de la Segunda República. Era el lugar de encuentro y paseo de todas las clases sociales. Al fondo se ve el kiosko modernista (1908) de Martínez Ubagó, hoy en el Parque "Primo de Rivera".

71. LOS AÑOS CONVULSOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936)

Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 forzaron el cambio de sistema político de España. En las grandes capitales, entre ellas Zaragoza¹, el triunfo de las candidaturas republicanas fue claro y contundente. Dos días después, el rey Alfonso XIII, se marchó al exilio y se instauró la Segunda República.

El nuevo alcalde de Zaragoza, Sebastián Banzo, proclamó la República a media tarde del 14 de abril, y más de 30.000 zaragozanos se concentraron desde la plaza de España hasta la de Aragón, en medio de un entusiasmo indescriptible². El éxito republicano se vio ratificado en las elecciones a Cortes Constituyentes de junio de 1931. El gobierno republicano cerró la Academia General Militar en su política de reducir numéricamente la excesiva oficialidad del ejército. También reestructuró la Confederación Hidrográfica del Ebro, después de cesar a su director, Manuel Lorenzo Pardo.

En medio de una crisis económica, que afectó fuertemente a la clase trabajadora, la andadura de la República no fue nada fácil y estuvo plagada de conflictos sociales que perturbaron en Zaragoza la paz social. Las huelgas se iniciaron a primeros de septiembre de 1931, hubo otra en diciembre; en octubre de 1932 hubo una huelga de 38 días en el sector de la construcción, promovida por la C.N.T., y nuevamente en mayo otra huelga general. Las fuerzas de derecha y las económicas se alinearon preferentemente con la C.E.D.A.³, temerosas de que la República derivase hacia soluciones revolucionarias. El anticlericalismo de la izquierda se hizo virulento, lo que situó a gran parte de la Iglesia frente a la República. El Partido Radical giró hacia la moderación, tras salir del gobierno.

Las elecciones de noviembre de 1933, en las que por primera vez votaron las mujeres, dieron el triunfo a las candidaturas de derecha⁴. El gobierno de centroderecha, radical-cedista, se dedicó a detener los proyectos más progresistas de los gobiernos anteriores. Los republicanos se unieron en Izquierda Republicana para intentar recuperar el poder.

En 1934 la conflictividad social todavía aumentó más por la derechización del gobierno y por la crisis económica⁵. Una descomunal huelga general, convocada por C.N.T. y U.G.T., estalló en Zaragoza el 5 de abril y duró hasta el 9 de mayo, paralizando las principales actividades de la ciudad. La torpeza de las autoridades encrespó los ánimos de los huelguistas, hubo detenciones, atentados y apareció el hambre. Al final hubo readmisiones de los trabajadores despedidos y liberación de los encarcelados.

Esos años de la República fueron años de brillo para la vida cultural zaragozana, con revistas como *Cierzo* y *Noroeste*; con el triunfo de la arquitectura racionalista de Albiñana, Navarro, o los jóvenes Borobio, la escultura de García Condoy o la pintura de Berdejo y de González Bernal.

En febrero de 1936 se produce el triunfo electoral del Frente Popular⁶ frente a la derecha (C.E.D.A. y Bloque Nacional). España se había dividido en dos bloques hostiles, que representaban a fuerzas sociales y políticas antagónicas. En mayo de 1936 la C.N.T. anarquista celebró su Congreso en Zaragoza. El deslizamiento hacia la guerra en la primavera de 1936 fue imparable.

¹ En Zaragoza capital los votos de los partidarios de la República supusieron el 73,35 %, y los de las candidaturas monárquicas sólo el 26,65 %.

² Con ello manifestaban los deseos de cambios profundos en el país.

³ La C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas) fue el partido más importante de la derecha española durante la Segunda República. Fue creada en febrero de 1933 y su dirigente máximo fue José M^a Gil Robles. Contó con un sector democristiano, y su programa se resumía en el lema *Religión, Familia, Patria, Orden, Trabajo y Propiedad*.

⁴ El sistema electoral mayoritario y la abstención de los seguidores del sindicato anarquista de la C.N.T. perjudicaron a los partidos de izquierda. En Zaragoza la abstención fue del 45 %.

⁵ Además los barrios periféricos de Zaragoza carecían de las mínimas condiciones de salubridad.

⁶ El Frente Popular se formó el 15 de enero de 1936 para presentarse a las elecciones de febrero, con un programa de reformismo democrático. Estuvo formado, entre otros, por Unión Republicana, Izquierda Republicana, P.S.O.E., P.C.E., P.O.U.M. y el sindicato socialista U.G.T.



El general Miguel Cabanellas Ferrer (1872-1938), jefe de la Vª División Orgánica con sede en Zaragoza. Se sublevó contra la República el 19 de julio de 1936.



Tanqueta y soldados sublevados ocupan la plaza de España de Zaragoza en la mañana del 19 de julio de 1936. Foto de "Heraldo de Aragón".



Portada del diario zaragozano "El Noticiero", portavoz de la derecha católica, del 23 de julio de 1936. En su titular exalta y apoya la sublevación militar (movimiento) y su triunfo en Zaragoza.

72. 18 Y 19 DE JULIO DE 1936 EN ZARAGOZA: EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL

La primavera de 1936 había sido muy tumultuosa en Zaragoza, con una serie de acontecimientos políticos que fueron encrespando ánimos y llenando de inquietud a los zaragozanos: el violento enfrentamiento el 2 de mayo en la Universidad entre estudiantes falangistas y de la F.U.E.¹, con disparos y heridos; el multitudinario mitin de clausura del congreso nacional de la C.N.T. en la plaza de toros el domingo 10 de mayo, con la asistencia de más de 35.000 personas; otro mitin multitudinario de Francisco Largo Caballero, dirigente de la tendencia más izquierdista del P.S.O.E., y con intervención de dirigentes de las J.S.U.² y del P.C.E.³ en la misma plaza el 30 de mayo. Un proyecto de Autonomía para Aragón hecho en junio por profesores y abogados de la derecha aragonesista llegaba tarde.

A comienzos de julio el temor a una sublevación militar que acabase con el gobierno del Frente Popular planeó por España. Todo eran rumores y el miedo hizo su presencia, especialmente después de los asesinatos del teniente Castillo, socialista, y del diputado derechista José Calvo Sotelo en Madrid.

En la tarde del 17 de julio llegó a Zaragoza la noticia de que los militares, encabezados por el general Franco, se habían sublevado en el Protectorado Español de Marruecos. El sábado, día 18, los afiliados a los sindicatos y partidos de izquierda pedían armas al gobernador civil, Ángel Vera Coronel, para responder ante una sublevación de los militares en Zaragoza. El gobernador, manteniendo en todo momento la legalidad vigente, se negó a darles armas, y les pidió calma y colaboración. Confiaba en la lealtad a la República del capitán general,

Miguel Cabanellas⁴, y temía que se desencadenase el enfrentamiento.

Durante todo el día 18 la inquietud y el nerviosismo se palpaba en las calles. En Madrid desconfiaban de Cabanellas, que se mostraba ambiguo, pues formaba parte de la conspiración; el jefe del gobierno, Casares Quiroga, le pidió por teléfono que fuera inmediatamente a Madrid, para apartarlo de Zaragoza, y envió en avión al general Núñez de Prado, inspector de la aviación militar, para hacerse cargo de la capitánía general. Cabanellas no obedeció la orden, y presionado por sus subordinados⁵ preparaba el *Alzamiento*. Por ello, cuando al atardecer del 18 el general Núñez de Prado pasó a capitánía desde el gobierno civil, que estaba enfrente, para hablar con Cabanellas fue inmediatamente detenido. A las 11 de la noche, Cabanellas dispuso baterías en puntos estratégicos y mandó detener al gobernador, Vera Coronel, que junto a Núñez de Prado sería fusilado pocos días después.

A las cinco de la madrugada del domingo 19 de julio Cabanellas declaraba el estado de guerra con un bando en el que decía que se trataba de un *interregno*, debido a las gravísimas circunstancias y pensando en *los altos intereses de España y de la República* (sic). Lo cierto es que esa misma noche milicias de Falange en coches comenzaron a detener a cargos públicos, dirigentes de los partidos del Frente Popular en la ciudad y de los sindicatos C.N.T. y U.G.T. La huelga general que los sindicatos decretaron como respuesta a la sublevación militar fracasó por el terror impuesto, que se manifestó en las detenciones y fusilamientos de muchos dirigentes y militantes de izquierda en los días y meses siguientes.

¹ F.U.E., siglas de la Federación Universitaria Escolar, de estudiantes de izquierda, fue la agrupación de estudiantes más importante en los años de la II República. Creció mucho en afiliados en 1935.

² J.S.U., siglas de las Juventudes Socialistas Unificadas, creadas en abril de 1936 por la unión de las Juventudes Socialistas y las Comunistas.

³ P.C.E., siglas del Partido Comunista de España, fundado en 1921.

⁴ Miguel Cabanellas tenía reconocida fama de republicano y masón.

⁵ Esos dirigentes militares del *Alzamiento* en Zaragoza eran Álvarez-Arenas, Monasterio, Montaner y Urrutia.



Mapa en el que se aprecia el frente bélico de Aragón a finales de 1936, con las zonas controladas por los dos bandos contendientes.



Postal de propaganda (1937) conmemorativa del bombardeo del Templo del Pilar por un avión republicano (3.VIII.1936).



Acto político-propagandístico franquista ante la Puerta del Carmen, con participación de fascistas italianos y nazis alemanes. Foto de "Heraldo de Aragón".



Efectos de un bombardeo de la aviación republicana, que destruyó varias casas en la plaza de Huesca, junto a la iglesia de San Juan de los Panetes. Foto "Heraldo de Aragón".

73. EL DRAMA DE LA GUERRA CIVIL EN ZARAGOZA, 1936-1939

Tras la declaración del estado de guerra el 19 de julio de 1936, los militares asumieron en Zaragoza todas las atribuciones de gobierno tras destituir a las autoridades y cargos legítimos de la República¹. La llegada de más de 3.000 requetés (carlistas) navarros armados desde Pamplona la noche del 23 y el 24 de julio desbarató la huelga general declarada por los sindicatos tras la sublevación militar, detuvo el avance sobre Zaragoza de las columnas de milicianos anarquistas procedentes de Barcelona y dejó definitivamente a Zaragoza en zona franquista. Falangistas² y numerosos voluntarios de Acción Ciudadana se encargaron de controlar la ciudad, y de detener y *dar el paseo* (fusilar) a autoridades, dirigentes y militantes de partidos del Frente Popular y miembros de los sindicatos C.N.T. y U.G.T. El terror se generalizó para impedir cualquier reacción por parte de los partidarios de la República.

Los fusilamientos arbitrarios e incontrolados fueron numerosísimos, y tenían lugar en las tapias del Cementerio de Torrero³. Fueron fusilados el presidente de la Diputación, Miguel Manuel Pérez-Lizano, y otros 6 diputados provinciales, de un total de 9; varios diputados a Cortes de Izquierda Republicana (Sarría) y del P.S.O.E (Aladrén); 8 concejales del Ayuntamiento, y muchos obreros de la construcción, ferroviarios, tranviarios, chóferes y metalúrgicos. También se ensañó la represión con los maestros (unos 40 fusilados), con profesionales liberales progresistas, así como con 33 masones, entre ellos el destacado arquitecto socialista Albiñana Corralé. La proximidad de la columna anarcosindicalista *Durruti* y el miedo a que cayera Zaragoza en manos repu-

blicanas aún hizo más dura esa represión, que continuó en los años siguientes. En septiembre los soldados de la bandera del tercio *Sanjurjo*⁴, fueron ejecutados en masa al descubrirse que pretendían pasarse a zona republicana.

Al comienzo de la guerra Zaragoza sufrió varios bombardeos de la aviación republicana, que produjeron muertos y heridos. En la madrugada del 3 de agosto de 1936 dos aviones lanzaron sobre la basílica del Pilar dos bombas⁵, y otra sobre la plaza, que no explotaron. Este hecho, considerado como milagroso, reforzó la moral de los zaragozanos y de la *España Nacional*. El episcopado y el clero católico apoyaron al bando sublevado, pues al anticlericalismo de la izquierda se unían ahora la persecución y asesinato de miembros de ese clero y de gentes de derechas en la zona republicana. La barbarie y los odios se habían desatado en ambos bandos.

Zaragoza, con sus 180.000 habitantes, era vital para la economía y éxito final del bando franquista en la guerra⁶. Las industrias de la ciudad fueron militarizadas y puestas al servicio de los ejércitos franquistas.

La proximidad de los ejércitos republicanos, que llegaron a estar casi a las puertas de Zaragoza, y del frente produjeron la presencia de muchas tropas, incluidos italianos y alemanes de la Legión Cóndor, aliados de la España franquista. Los desfiles y actos patrióticos de apoyo a Franco, Jefe de la España Nacional desde octubre de 1936, el miedo y las humillaciones de las familias republicanas, y la incertidumbre y esperanza en la victoria final de los partidarios de Franco marcaron esos terribles años de muerte y desgracias.

¹ El gobernador civil, Vera Coronel, fue detenido en la noche del 18 de julio y fusilado a los pocos días.

² Militantes de Falange Española y de las J.O.N.S., pequeño partido de corte fascista fundado por José Antonio Primo de Rivera. Creció mucho desde el comienzo de la guerra.

³ En 1980, haciendo una ampliación del Cementerio de Torrero, se encontraron enterramientos clandestinos de personas fusiladas durante la Guerra Civil.

⁴ Estaba formada por voluntarios-obligados, que se alistaron para huir de la persecución.

⁵ Esas dos bombas que no estallaron están colocadas como recuerdo en el interior del templo del Pilar. Una de ellas perforó una de las esquinas del fresco de Goya que decora la bóveda del coreto, como todavía hoy se puede ver.

⁶ Zaragoza era importante nudo de comunicaciones y centro agrario e industrial, ya que los grandes centros industriales estaban en manos de la República.



El dictador, Francisco Franco, retratado por el fotógrafo zaragozano Jalón Ángel durante la guerra.



Celebración de un acto político-religioso ante la Cruz de los Caídos, elevada en un extremo de la Plaza de las Catedrales.



Vista de la antigua Feria de Muestras de Zaragoza, cuya torre se convirtió en un nuevo símbolo de la ciudad.



Reparto de ropas en el "Auxilio Social" de Zaragoza. Foto de "Heraldo de Aragón".

74. ZARAGOZA DURANTE LA PRIMERA ETAPA DE LA DICTADURA FRANQUISTA (1939-1959): LA DUREZA DE LA VIDA DE POSTGUERRA Y LA AUTARQUÍA

El 1 de abril de 1939 terminaba la Guerra Civil, con el triunfo de los sublevados el 18 de Julio. El régimen franquista fue una dictadura personal de Franco, autoritaria, nacional-católica y fascizante. El ejército y la Iglesia fueron pilares fundamentales en los que se apoyó. Los partidos políticos habían quedado suprimidos, y en 1937 el *Caudillo*¹ decretó la creación de un partido único a su servicio, F.E.T. y de las J.O.N.S.², de modos y retórica fascista. Después se convertiría en el Movimiento Nacional.

Los alcaldes de Zaragoza y los presidentes de la Diputación³ contaban con la aprobación del gobernador civil y jefe provincial de F.E.T. de las J.O.N.S. La administración y la Organización Sindical, de afiliación obligatoria, estuvieron controlados por el sector falangista, que se hacía presente en la sociedad por medio de sus organizaciones de encuadramiento –Frente de Juventudes, Sección Femenina, S.E.U.–; éstas protagonizaban actividades ideológicas, culturales, de promoción social, etc. Las noticias de los periódicos y las publicaciones estaban sometidas a una estricta censura previa.

La Iglesia, que gozó de autonomía, con su *Acción Católica* rivalizaba con las organizaciones falangistas. En el terreno educativo se vio compensada con permisos para abrir en esos años bastantes colegios religiosos en Zaragoza. Fueron años de reforzamiento de la religiosidad, favorecida con actos multitudinarios. La difusión e internacionalización de la devoción a la Virgen del Pilar fue extraordinaria, especialmente en Hispanoamérica. En El Pilar, cuyo edificio se logró salvar del derrumbe, se contruirían las dos torres que le faltaban y una nueva fachada neobarroca delante de la gran Plaza de las Catedrales⁴.

Las décadas de 1940 y 1950 en Zaragoza, como en el resto de España, fueron años de penurias, escasez, racionamiento de alimentos y bienes básicos –que obligaban a hacer largas colas para adquirirlos con las cartillas de racionamiento– y de estraperlo⁵. La situación de España, con una economía autárquica⁶, era muy mala. Argentina ayudó a España en esos años enviando trigo y carne. En 1947 Eva Duarte, esposa del presidente argentino Perón, visitó Zaragoza en medio de aclamaciones.

Voluntariosos alcaldes de Zaragoza (Sánchez Ventura, Gómez Laguna), preocupados por el abastecimiento de alimentos, fueron construyendo una serie de mercados en barrios. El problema de la vivienda era grave en Zaragoza⁷. Un Plan Sindical construyó a partir de 1950 más de 8.000 viviendas protegidas en Ciudad Jardín, Delicias –el barrio más populoso–, Las Fuentes, Torrero. Surgieron barrios como Oliver y Valdefierro, con grandes deficiencias, que acogían a emigrantes que empezaron a llegar de Andalucía en la década de 1950.

Se edificaron la Ciudad Universitaria, la antigua Feria de Muestras (1940-58), y en 1953 la nueva Residencia *Jose Antonio*, conocida popularmente como la *Casa Grande*. La instalación en 1954 de la Base Aérea hispanonorteamericana y el impulso industrial desde 1957 prepararon el *desarrollismo*. La cultura zaragozana estuvo muy mediatizada por el régimen. Aún así daba muestras de valía en el ámbito universitario, y en la renovación artística (Grupo Pórtico) y literaria (Peña *Niké*). La Institución *Fernando El Católico* (1942) tendrá un protagonismo cultural relevante.

① Al general Francisco Franco Bahamonde (1892-1975) se le dio el tratamiento de Caudillo y Generalísimo.

② Falange Española Tradicionalista y de las JONS, partido único fue creado en 1937 por decreto de Franco para integrar, además de falangistas y tradicionalistas o carlistas, a antiguos monárquicos, cedistas-católicos, y otros.

③ Tanto unos como otros eran de antigua procedencia cedista-católica o bien falangista.

④ Ésta se creó para grandes concentraciones políticas y religiosas.

⑤ Era la introducción y venta clandestina, en el mercado *negro*, de productos alimenticios y comerciales que escaseaban o no había en las tiendas, pero a precio mucho más alto.

⑥ Autosuficiente, con reducidos intercambios comerciales con el extranjero.

⑦ Había muchas familias realquilladas *con derecho a cocina*.



Vista aérea de la expansión de Zaragoza hacia el Sur a finales de los 60, con el Polígono Romareda y el barrio de Casablanca. Foto "Heraldo de Aragón".



El nuevo Ayuntamiento de Zaragoza (1946-1965), obra inspirada en la arquitectura civil aragonesa del Renacimiento.



Franco, acompañado de varios ministros durante una visita a Zaragoza a comienzos de los 70. Foto "Heraldo de Aragón".



El Real Zaragoza en la época de los *Cinco Magníficos*. En 1964 y 1966 ganó la Copa de España y en 1964 la de la UEFA.

75. LA ÉPOCA DEL DESARROLLISMO EN ZARAGOZA Y EL FINAL DEL FRANQUISMO (1960-1975)

El Plan de Estabilización Económica de 1959 y la llegada de ministros tecnócratas, algunos del *Opus Dei*, al gobierno trajeron el abandono de la economía autárquica, su liberalización en un sentido capitalista y su modernización; fue el *Desarrollismo*. Pero políticamente España, gobernada con mano férrea por Franco, siguió siendo una dictadura, eufemísticamente denominada *democracia orgánica*. En esos años pasó de ser un país agrario a un país industrial y de servicios. A la vez, la sociedad española evolucionó gracias al predominio de unas nuevas clases medias que poco a poco mirarán a la Europa democrática como referente.

En 1964, en el marco del Primer Plan de Desarrollo, se creó el Polo de Desarrollo Industrial de Zaragoza, uno de los cinco creados en España. La posición estratégica de la ciudad, la existencia de suelo, agua, y mano de obra cualificada, facilitaron la instalación de unas 150 empresas en los polígonos de Malpica, Montañana, carretera de Logroño o La Cartuja, que crearon más de 13.000 puestos de trabajo. Pero no se hizo en las condiciones más óptimas, ni se tuvo en cuenta la expansión industrial que ya experimentaba Zaragoza¹.

La emigración desde el campo aragonés, desde Soria o desde Andalucía a Zaragoza en busca de futuro conoció un crecimiento extraordinario y la construcción se vio beneficiada. Se urbanizaron barrios ya existentes, como Delicias, San José o Torrero, y otros nuevos, como Las Fuentes o Romareda. Zaragoza pasó de tener 300.000 habitantes a medio millón. Los alcaldes Luis Gómez Laguna, Cesáreo Alierta y Mariano Horno impulsaron las infraestructuras y la urbanización de nuevos espacios. El Plan

Larrodera de 1968 quiso solucionar el crecimiento urbano de Zaragoza, que lo haría en forma radial. Preveía un cinturón de ronda que circunvalase la ciudad, la expansión de Zaragoza por la margen izquierda, que no cuajó hasta finales de los años 70 (ACTUR)² y puentes para unir las dos márgenes del Ebro, de los que se construyó el Puente de Santiago (1969). Se hizo un nuevo Ayuntamiento (1965), se convirtió en Avenida el Paseo de la Independencia, se cubrió el ferrocarril que circulaba por Tenor Fleita y Avda. de Goya hasta la nueva Estación de El Portillo. Mercazaragoza (1967), en Cogullada, fue el más moderno mercado de abastos de España. Se elevaron modernas construcciones, pero la piqueta y la especulación también acabaron con bellos edificios antiguos y modernistas que deberían haberse conservado. El campo de fútbol de la Romareda vio en los 60 los éxitos del Real Zaragoza con sus *Cinco Magníficos*.

A finales de los años 60 y comienzos de los 70, en los medios obreros, con importantes conflictos laborales, y estudiantiles (Universidad) se manifiesta ya una activa oposición al régimen franquista³, que inicia su crisis final. Los problemas del campo, la lucha contra el Tránsito del Ebro-Pirineo Oriental (1974) y la movilización contra la presencia norteamericana en la Base, sirvieron para crear conciencia aragonesista, autonomista y antirrégimen, con la voz de cantautores como José Antonio Labordeta o La Bullonera y con una prensa más crítica⁴. La muerte de Franco en noviembre de 1975 abrió un nuevo panorama político en España, lleno de incertidumbres pero también de esperanzas democráticas.

① No se creó ninguna gran industria, sino pequeñas y algunas medianas, la financiación quedó en manos de la banca privada y, al final, se crearon menos de la mitad de los puestos de trabajo previstos.

② Área de Actuación Urgente (ACTUR). Su urbanización a partir de 1978 se hizo a costa de huertas muy fértiles y productivas.

③ Esa oposición estará promovida por partidos (P.C.E., P.S.O.E.), sindicatos de clase (C.C.O.O., U.S.O., U.G.T.) que actúan desde la clandestinidad y por movimientos cristianos.

④ A destacar el papel de concienciación desempeñado por el semanal *Andalán* (1972-1987), y los diarios *Heraldo de Aragón* y *Aragón Expres* (1970-1983).

PROCEDENCIAS

- AA.VV., Al-Andalus. *Las artes islámicas en España*, Madrid, Ediciones El Viso, 1992, p. 376-377 [58 (c)].
- AA.VV., *Aragón, Historia y Cortes de un Reino*, Zaragoza, Cortes de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, 1991, pp. 31, 50, 67 [82 (b), 82 (c), 94 (a)].
- AA.VV., *Aragón, Reino y Corona*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 2000, pp. 368, 355 [68 (d), 106 (c)].
- AA.VV., *Atlas Culturales del Mundo. Roma II*, Ediciones del Prado, p. 186 [34 (c)].
- AA.VV., *El Conde de Aranda. Palacio de Sástago*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1988, pp. 145 [178 (a)].
- AA.VV., *Enciclopedia Temática de Aragón*, v. 8, p. 110, 281 [76 (d), 86 (b,c)].
- AA.VV., *Gran Atlas de Historia de Aragón*, Zaragoza, Editorial Aneto, 1999, pp.123, 2-3 [54 (d), 98 (b,c)].
- AA.VV., *Gran Enciclopedia Aragonesa*, v. II, Zaragoza, 1981, p. 1823 [114 (c)].
- AA.VV., *Los genios de la pintura en España. Berruguete*, Madrid, Sarpe,1988, p. 55 n.º 40 [114 (b)].
- AA.VV., *Historia de Aragón*, Zaragoza, Guara, v. 2, pp. 142, 146, 157, 166 [36 (b), 40 (b), 42 (c), 44 (d)].
- AA.VV., *Historia de Aragón*, VII, Zaragoza, 1987, pp. 117, 63, [148 (b), 156 (b)].
- AA.VV., *Historia de Aragón*, tomo 11, Zaragoza, 1985, p. 149, [198 (b)].
- AA.VV., *Historia de la Humanidad*, Larousse, v. 5, p. 26 [48 (a)].
- AA.VV., *Historia de España*, tomo I, Barcelona, Salvat, 1974, pp. 296, 298 [52 (b,d)].
- AA.VV., *Historia de Zaragoza*, v. 2, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1976, p. 232, 264 [90(c), 92 (d)].
- AA.VV., *Los Reyes de Aragón*, Zaragoza, CAI, 1993, pp. 109, 131 [106 (a,b)].
- AA.VV., *Velázquez*, pp. 43, 33, [144 (a), 150 (a)].
- ANDRÉS VALERO, S., *Historia de Zaragoza*, v. 6, Zaragoza Cristiana (1118-1336), Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, p. 84, 88 [76 (c),134(c)].
- BATLLE, P., *La catedral de Tarragona*, Madrid, Everest, p. 36 [76 (e)].
- BELTRÁN, M. *et alii*, *Catálogo de Arqueología*, Zaragoza, Museo de Zaragoza, 1992, p. 23 [22 (e)].
- BLASCO IJAZO, J. *!Aquí ...Zaragoza!*, tomo II, Zaragoza, 1950, 2ª Edición, p. 11 [100 (b)].
- CONNOLLY, P., *Las Legiones Romanas*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 29, 55 [24 (c,d)].
- DELCAMBRE, A.M., *Mahoma, la voz de Alá*, Madrid, Aguilar, 1990, p. 78 [50 (b)].
- FACI, Miguel y Gabriel, *Zaragoza*, Diputación de Zaragoza, 1999, pp. 90, [154 (b)].
- FALCÓN PÉREZ, M.I., "Zaragoza en la Baja Edad Media (s.XIV-XV)", *Historia de Zaragoza*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1999, pp. 30, 76 [104 (b), 106 (d)].
- FERNÁNDEZ, A. *et alii*, *Artis*, Madrid, Vicens Vives, pp. 80, 136 [22 (d), 72 (d)].
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. y G. FATÁS CABEZA, *Aragón nuestra tierra*, Zaragoza, CAI, 1978, pp. 181, [212 (b)].

- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos. *La andadura de la revolución liberal y las guerras civiles (1883-1874)*, pp. 76, [194 (b)].
- *Historia de Zaragoza*, v. 12, Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908), Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, pp. 39, [200 (b)].
- GEA, 1980, v. 3, pp. 680 [128 (a)].
- GEA, 1982, v. 12, pp. 3349 [126 (b)].
- Goya, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1992, pp. 69, 65 [172 (a), 180 (a)].
- HERNANDO, C., *La Rioja. Tierra abierta*, Logroño, 2000, p. 36 [76 (b)].
- Historia 16*, n.º 217, Madrid, p. 53 [104 (a)].
- FATÁS CABEZA, G. y M. BELTRÁN LLORIS, "Salduie, ciudad ibérica", *Historia de Zaragoza*, v. 1, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1997, p. 29-30 [12 (b)].
- LAURENT y Cia., *En Aragón*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 1997, pp. 29, 15, 25, 21, [120 (a), 196 (a), 198 (a), 202 (a), 204 (a)].
- Los Puentes de Zaragoza. Nuestra Señora del Pilar*, Zaragoza, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Aragón, 1995, lám. 57, [206 (d)].
- LOZOYA, M. *Historia de España*, pp. 71, [166 (b)].
- MATEO PALACIOS, *Las órdenes militares en Aragón*, CAI 100, n.º 41, 2000, p. 41 [70 (b)].
- MONCLÚS, Francisco Javier, "Zaragoza", *Atlas histórico de ciudades europeas*. Península Ibérica, Barcelona, Salvat, 1994, p. 251, [204 (b)].
- PASCUAL DE QUINTO, J., *Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Zaragoza, CAI, pp. 99, 94 [104 (b,d)].
- PÉREZ SARRIÓN, Guillermo, "La integración de Zaragoza en la red urbana de la ilustración (1700-1808)", *Historia de Zaragoza*, v. 10, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, pp. 42, 57, 64 [126 (b), 128 (a), 180 (a)].
- PINILLA NAVARRO, Vicente. "Aragón contemporáneo", *Enciclopedia temática de Aragón*, tomo 9, Historia II, Zaragoza, 1988, capítulo XVIII, pp. 488, figura 3997, [200 (a)].
- RABANAQUE, E. et alii, *El artesanado de la catedral de Teruel*, Zaragoza, Ibercaja, 1981, pp. 75, 109 [64 (c), 88 (b), 108(a,b,c,d,e,f)].
- SALAS AUSENS, José Antonio, "Zaragoza en el siglo XVII", *Historia de Zaragoza*, v. 9, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, pp. 13, 75, 57, 63, [146 (a), 140 (b), 148 (c), 156 (b)].
- SARASA SÁNCHEZ, E., "Las ceremonias de las coronaciones reales", *La Seo ve la luz*, Periódico de Aragón (12-X-1988) p. 45 [94 (b)].
- SERRANO MARTÍN, Eliseo, "Zaragoza con los Austrias mayores (s. XVI)", *Historia de Zaragoza*, v. 8, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, pp. 85, 20, [134 (b), 140 (a)].
- SOLANO, F. y J. A. ARMILLAS, "Edad Moderna", *Historia de Zaragoza*, v. 2, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1976, pp., 344-345, [174 (b,c)].
- TINDALS RAPIN'S, *History of England*, p. 174, [166 (a)].
- TORGUET ESCRIBANO, Nardo, *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX. Apertura de la calle Alfonso I (1858-1868)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1987, pp., 72, 36, [202 (b,c)].
- VIGUERA MOLINS, M. J., *El Islam en Aragón*, Zaragoza, CAI, 1995, p. 64 [56 (c)].

FOTOGRAFÍAS

Academia General Militar, p. 214 (e).

ANSÓN, A., pp. 34 (a), 152 (c), 154 (d), 158 (a, c, d), 160 (b, d), 164 (a, b, c), 170 (a, b), 172 (c, d), 174 (a), 176 (b, c, d), 180 (c).

Archivo Biblioteca Cortes de Aragón, pp. 74 (d), 114 (a).

Archivo CAI, pp.16, 70 (a), 110 (b, c).

Archivo CAI, Autor: Ceruelo, A., p. 128 (c).

Archivo fotográfico Ayuntamiento de Vivar, p. 54 (e).

Archivo fotográfico Diputación de Zaragoza, pp. 62 (b), 92, 102 (a).

Archivo fotográfico Diputación General de Aragón, p.112 (c), 144 (b).

Archivo fotográfico Ibercaja, p.124 (b).

Archivo fotográfico Servicio de Cultura. Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 12 (a), 20 (a, b, d, e), 24 (a), 28 (a), 30 (c, d), 34 (d, e), 44 (b), 58 (b), 64 (a), 86 (a), 90 (e), 126 (c, d), 134 (a), 138, 152 (a), 188 (b), 196 (b), 210 (a, c, d), 212 (c), 214 (a, b, d), 216 (c), 224 (c), 226 (b).

Archivo Histórico Nacional, p.54 (b).

Archivo Municipal de Zaragoza, pp. 176 (a), 196 (c), 200 (a, c), 206 (a, b, c), 210 (b), 214 (c), 212 (a), 216 (a, b).

Arzobispado de Zaragoza, pp. 64 (b), 74 (b), 76 (f), 78 (d), 82 (d).

Boloqui, B., p. 158 (b).

Bullón, G., p. 132 (a).

Fábrica Nacional de Moneda y timbre, p. 22 (c).

FATÁS P.J., pp.32 (a, b, c, d), 44 (c), 68 (b), 70 (c, d), 96 (a), 118 (a, b), 124 (a, c, d), 126 (a), 160 (c), 168 (b, c), 178 (c), 180 (b), 182 (b, c), 192 (a, b).

Fundación Opel Nueva Empresa, Autor: RUIZ ARBE, A., p. 120 (b).

Heraldo de Aragón, pp. 218 (a, b), 220 (b), 222 (c, d), 224 (a, b, d), 226 (a, c, d).

LOSTAL, J., pp. 22 (a), 24 (d), 48 (c), 56 (a), 72 (b), 78 (b), 80 (c), 88 (a, c), 94 (c), 102 (b, c, d, e), 112 (b, d).

MÍNGUEZ, L., p. 56 (d, e, f).

Museo de Huesca, p. 174 (b).

Museo del Prado, pp. 78 (c), 98 (a), 122 (a), 144 (c), 154 (a), 156 (a).

Museo de Zaragoza, pp. 18 (a), 28 (b, d), 30 (b), 34 (b), 80 (e), 190 (a), 194 (a).

Museo Marés, p. 28 (c).

Palacio del Senado, Archivo Oronoz, p. 42 (a).

SAN VICENTE, A. pp. 130 (b).

VILLARROYA, C., p. 48 (d).

DIBUJOS

ALMAGRO, A., p. 50 (c).

PÉREZ CASAS, J. A., pp. 50 (a), 72 (a).

RIART, F., p. 26.

ÍNDICE DE AUTORES:

La agilidad que se ha querido dar al texto ha hecho aconsejable no dotarle de aparato crítico. Por eso es de justicia citar aquí los nombres de los autores más importantes en que nos hemos basado a la hora de redactar este libro:

M^a Carmen Aguarod, Angel Alcalá, Sebastián Andrés, Gonzalo Arias, José Antonio Armillas, Fernando Baras, Antonio Beltrán Martínez, Miguel Beltrán Lloris, Francisco Beltrán Lloris, José Antonio Biescas, José Blasco (†), Belén Boloqui, Gonzalo Borrás, Domingo Buesa, Bernabé Cabañero, Angel Canellas (†), Julián Casanova, M^a José Cervera, Gregorio Colás, Carlos Corona (†), Jose Luis Corral, Antonio Durán (†), M^a Victoria Escribano, M^a Isabel Falcón, Guillermo Fatás, Eloy Fernández, José Antonio Ferrer, Carlos Forcadell, José Francisco Forniés, Carlos Franco de Espés, M^a Pilar Galve, Luis García Iglesias, Luis Germán, José Ignacio Gómez, Luis González, Jose Antonio Hernández, Encarna Jarque, Jose M^a Lacarra (†), M^a Carmen Lacarra Ducay, Herminio Lafoz, Jesús Lalinde, Daniel Lasabagaster, Fabián Mañas, Francisco Marco, Ana Mateo, Alberto Montaner, Antonio Mostalac, Miguel Angel Motis, Rafael Olaechea (†), Luisa Orera, José Orlandis, José I. Pasqual de Quinto, Antonio Peiró, Jesús Ángel Pérez Casas (†), Guillermo Pérez Sarrión, Vicente Pinilla, Guillermo Redondo, Cristina Román, Miguel Angel Ruiz, José Antonio Salas, Angel San Vicente, Esteban Sarasa, Eliseo Serrano, José Angel Sesma, Enrique Solano, Fernando Solano, Federico Torralba, Agustín Ubieta, M^aJesús Viguera, Joaquín Vispe, Tomás Ximénez de Embún (†), Luis G. Antón.

La historia de esta ciudad es vieja... muy vieja. A lo largo del tiempo aquí han pasado muchas cosas. Pequeñas cosas, si se quiere, desde el punto de vista de la Historia con mayúsculas, pero la vida de los hombres –casi siempre anónimos– ha florecido en este lugar, y la ciudad se ha ido construyendo con sus afanes diarios, sus deseos y sus miedos, sus torpezas y sus aciertos, sus cobardías y su generosidad. Y con muchísimas cosas más.

La Zaragoza pretérita está lejos en el tiempo, pero en cambio sigue aquí, debajo de nuestros pies. Por donde hoy pisamos, pisaron nuestros antecesores. Sus asuntos les hicieron –como a nosotros– recorrer sus calles y doblar sus esquinas, a veces despacio y a veces deprisa; a veces guiados por ideas luminosas y a veces llevados por el corazón caliente. En ocasiones, hasta la vida les iba en ello.

Aquí se han oído murmullos, voces altas, palabras de amor, rezos, cánticos de alegría y gritos de angustia en varias lenguas, que, a la postre, han constituido nuestra personalidad histórica. En eso la historia de Zaragoza se puede parecer a la historia de otras muchas ciudades, lo mismo que una partida de ajedrez se puede parecer a otra: las piezas son las mismas y los movimientos están estipulados, pero en cambio uno no se aburre de jugar porque no hay dos partidas iguales.



CAJA INMACULADA ■



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA